



SIN REGLAS

VIRGINIA V.B.



Sin reglas

Virginia V. B.

© Virginia V. B. 2024

1era edición, noviembre 2024

Portadas: EdicionesK

Corrección. Llyc.correcciones

ISBN:

Sello: Independently published.

Todos los derechos reservados

*El amor es como el fuego; suelen ver antes el humo los que están fuera,
que las llamas los que están dentro.
Jacinto Benavente.*

SINOPSIS

¿Hyun Dune? Bueno... Es carismático, guapo a rabiar y la mano derecha de mi cuñada. Me gustó en cuanto le vi, y no tardamos en hacernos amigos. Muy amigos, de hecho. También hicimos un pacto. En Seattle. Uno que no pienso romper por muy grande que sea la tentación al tenerlo aquí, en la granja.

¿Dakota Morgan? Uf... La mujer más cabezota que he conocido en la vida. Inteligente y preciosa, sí, eso también. Me atrajo en cuanto la vi. Y ambos estuvimos de acuerdo con el pacto. Ahora, semanas después de aquello, y a riesgo de perder la salud mental, estoy en su territorio con un propósito.

Una granjera y un publicista.

Tunner y Seattle.

Un pacto arriesgado.

¿Quién de los dos cederá primero a la tentación?

PRÓLOGO

Dakota

Me giro y contemplo, horrorizada, la salida de mi hermano de ese probador. Juro que no sé si echarme a llorar o a reír; puede que haga las dos cosas y luego me desmaye por la impresión. ¿Es que se ha vuelto loco el muy idiota? Odio cuando se le va la pinza de esta manera y le da completamente igual el ridículo que pueda hacer. ¿Acaso no le importa dejarnos en evidencia delante de toda esa gente importante que está esperando para conocerlo? ¿De la prensa de esta ciudad y de todo Washington? Desde luego que no, qué cosas tengo; ya debería de saberlo de sobra después de todos estos años a su lado; nunca he conocido a nadie como él; alguien a quien le importa un pimiento lo que puedan pensar de su persona o sus decisiones. Es digno de admirar, sí, pero, a veces, hay que saber dejar de lado ciertas cosas y ceder, sin más.

Con lo bien que lo estaba haciendo...

«Demasiado bueno para ser cierto».

—No pensarás presentarte en ese evento vestido así, ¿verdad? —inquiero, incrédula.

—¿Qué? ¿No te gusta?

El muy tarado gira a la derecha y luego a la izquierda para que pueda verlo bien, como si no hubiera visto ya bastante, por favor; un destello más de ese dorado intenso y me quedo ciega de por vida.

—¿Tú te has mirado bien en el espejo? —insisto.

—Pues claro, peque, ¿lo dudas?

Suspiro.

—Me gustaría decir que sí, que creo que te has fumado algo ilegal y todo eso, sin embargo, tratándose de ti...

Frunce el ceño, ofendiéndose.

—¿Qué quieres decir con eso de «tratándose de ti»?

En lugar de responder, lo vuelvo a mirar de pies a cabeza. Todo lo que lleva puesto es para caerse muerta y no desear resucitar, jamás. El chándal no puede ser más feo; negro, como de terciopelo y manchurroneos de colores fosforescentes por todas partes; las deportivas no le pegan nada de nada; tampoco todos esos abalorios que se ha colgado del cuello y de los dedos; y de las gafas de sol mejor ni hablar. Parece un rapero chungo recién salido del Bronx; o de la cárcel, ya puestos.

—¿No vas a contestar? —Alza una ceja, burlón.

Chasqueo la lengua.

—No, no voy a hacerlo. Sabes de sobra a qué me refiero con eso de «tratándose de ti».

—Soy único en mi especie, ¿eh?

—Sí, y pienso que estás a punto de extinguirte.

Suelta una carcajada.

—¿Crees que la arpía esa se molestará cuando me vea llegar de esta guisa?

Me pinzo el puente de la nariz con los dedos, exhalando.

—Oh, sin duda lo hará. Luego te matará. Y así se extinguirá esa especie en la que solo estás tú y de la que tanto te enorgulleces, tonto del culo.

—Eres una exagerada.

—Ya lo veremos. ¿Seguro que no quieres darle un par de vueltas más?

—¿Tú qué crees, peque?

—Que vas a ir haciendo el ridículo y, por ende, yo también. Soy tu hermana y te quiero, Jason, pero en momentos como este...

—¿Qué? —se mofa.

Aprieto los dientes para gruñir:

—Te arrancaría la cabeza.

Mi hermano ha tenido la gran suerte, aunque él no lo vea así, de heredar de un padre desconocido un buen paquete de acciones de una de las mejores empresas de publicidad de todo el país; sí, de golpe y porrazo, salvándonos de una ruina asegurada; aunque él, de nuevo, tampoco lo viera tan oscuro como yo y tuviera la esperanza de salir por sus propios medios de ella; pobre iluso. El caso es que, para recibir dicha herencia, solo tiene que casarse con la otra heredera y cumplir equis requisitos; nada de otro mundo, unas minucias de nada; pero, claro, el muy idiota se siente manipulado, indignado y no sé cuántas cosas más; en lugar de dejarse llevar y pensar en toda esa pasta que va a recibir y todo lo que podrá hacer con ella, se pone en plan tonto y ahora quiere presentarse disfrazado de payaso en la que será su presentación en sociedad, por decirlo de alguna manera. Nosotros no pertenecemos a este mundo en el que acabamos de aterrizar, y nunca imaginamos, ni por asomo, acercarnos a él; no obstante, aquí estamos, dispuestos a lo que haga falta, aunque sea haciendo el ridículo, por lo que se ve. Que sí, que somos de Tunner, un pueblo situado a las afueras de Salem, Oregón, y vivimos en una granja que se marchita como las plantas al sol y sin regar, pero no somos catetos ni tontos, solo granjeros. Y, sí, esto nos quedará grande y toda esa mierda, sobre todo a él, porque yo ni pincho ni corto, la verdad, pero, insisto, es mucho mucho dinero el que va a recibir, y con él podrá cumplir su sueño, ¿por qué no puede acatar las normas y ya? ¿Por qué quiere hacerse notar de esta manera? ¿Por qué...?

—Peque... —Sus dedos chasquean delante de mis narices trayéndome al aquí y ahora.

Pestañeo y le miro.

—¿Adónde te habías largado? —pregunta.

Entrecierro los ojos y contengo unas cuantas palabrotas, recordando el bote en el que la abuela me obligaba a echar una moneda cada vez que soltaba una de ellas.

—Seremos el hazmerreír de medio mundo. Lo sabes, ¿verdad?

—Seremos, no, seré.

—Yo voy incluida en el paquete, idiota.

Sonríe de medio lado.

—Ya, pero tú estás preciosa, como siempre.

Niego con la cabeza, susurrando:

—Si la abuela levantara la cabeza...

Arranca las etiquetas de la ropa de un tirón.

—Pues nos daría un susto de muerte, ¿no crees? —Suspira, dramático—. ¿Lista?

Alzo los hombros y tuerzo los morros.

—Qué remedio.

A la chica de la caja se le escapa la risa cuando nos acercamos para pagar.

Y solo acaba de empezar.

«Tierra, trágame».

Hyun

Hoy está siendo un día de locos y, para qué negarlo, me preocupa que mi mejor amiga y jefa pueda perder los papeles en algún momento de la noche. Se juega demasiado. La observo y enseguida me doy cuenta de que está nerviosa. Mucho. No deja de mirar el reloj de una forma compulsiva y eso no es buena señal; apostaría todo lo que tengo a que está a punto de liarla parda, y no perdería ni los calzoncillos; la conozco demasiado bien como para equivocarme. Son muchos años cubriéndonos las espaldas en todo y no voy a dejar que hoy tire por la borda lo que casi ya tiene en las manos. Lo que tanto desea: el paquete completo de acciones de la agencia de publicidad que su madre ayudó a crear y en la que ambos trabajamos. No solo las de su madre, sino también las de Patrick, el marido de esta y padre del otro heredero; ese que no tengo muy claro que se digne a aparecer en la fiesta que tanto nos hemos esmerado en preparar para presentarlo oficialmente delante de toda esta gente y todo el estado de Washington.

Coge una copa de una de las bandejas y bebe con ganas.

—Despacio, Bri, vas a atragantarte —le susurro al oído—. Y la gente te mira.

—No me digas lo que tengo que hacer, Hyun. Era lo que me faltaba —masculla.

Uf, la cosa está a punto de ponerse a arder como el granjero no aparezca en los próximos cinco minutos.

Empiezo una cuenta atrás mental sin apenas reparar en ello, porque pregunto:

—¿Crees que se habrá perdido?

Brianna aprieta los dientes y el tallo de la copa.

—Lo dudo mucho. Este lo que quiere es tocarme las narices y lo está consiguiendo.

Le doy un toque disimulado con el codo y digo en voz baja:

—Sonríe.

—¿Perdona? —medio gruñe.

El periodista que representa a una de las cadenas de televisión más importantes de Seattle sale de su izquierda, acompañado de su cámara, dándole un susto de muerte. La boca del tío se abre y un aluvión de frases empieza a caer sobre nosotros, dejándome algo bizco y viendo chiribitas de colores en el aire. ¡Qué manía tiene esta gente de no avisar!

Me echo un poco hacia atrás, no soy yo el que debe salir en primer plano, así que le dejo el espacio a ella para que obre su magia y conquiste a todo el mundo como siempre hace. Su padre, Bernard Hanson, no nos quita el ojo de encima. ¡Maldito mafioso! Ese hombre es el mal personificado, y cuanto más lejos, mejor. Si pudiera, le pagaría un viaje a la luna solo de ida. Odio a ese hombre desde que lo vi por primera vez hace más de veinte años; todo el tiempo que dura mi amistad con su hija, a la que conocí en la universidad y de la que me hice inseparable. Y, no, nuestra relación no ha ido más allá de la amistad; aunque pueda parecer raro, los hombres y las mujeres pueden ser amigos sin sentirse atraídos ni nada por el estilo.

De repente, me doy cuenta de que a nuestro alrededor todo es silencio, y, al fijarme en Brianna, veo que se ha quedado muda y con la boca abierta; los ojos clavados en un punto en concreto.

Sigo su mirada y... ¡Hostia puta! ¡No puede ser!

—Lo mato —asegura a mi lado.

Sin poder evitarlo, y juro que lo intento, se me escapan las carcajadas a borbotones, consiguiendo con ello que mi amiga me fulmine con la mirada y quiera estrangularme con sus

propias manos.

—No tiene gracia —me ladra.

Sigo riéndome y replico:

—Hostias que no, Bri, míralo bien, por favor.

Y eso hace la pobre, igual que el resto de los presentes, que se han quedado estupefactos y deben de creer que es el payaso que viene a animar la fiesta.

«Verás cuando sepan quién es realmente».

No me perdería la reacción de esta gente por nada del mundo; por eso ni me muevo, para que no se me pase ni un detalle. Es entonces cuando me fijo en la acompañante del granjero; no más de treinta, alta, delgada y con el pelo de un rubio rojizo que llama la atención, muy parecido al de la persona que va disfrazada a su lado.

«Es guapa, ¿eh?».

Mucho. Y también joven.

«¿Y eso qué importa?».

Espero a que empiece el paripé de estos dos para acercarme a ella.

Le ofrezco una copa de champán.

—Tú debes de ser Dakota.

Sonríe, asintiendo.

—¿Y quién eres tú? —Acepta la copa y bebe.

—Soy Hyun, mejor amigo de Brianna y su mano derecha. Y acabo de declararme muy fan de tu hermano.

Me mira a los ojos y me quedo sin respiración, creo que por primera vez en mi vida.

Extiende la mano libre hacia mí.

—Encantada de conocerte, Hyun, espero que podamos ser buenos amigos.

El calor de la palma de su mano me envuelve.

—Yo también lo espero.

Y lo digo de todo corazón.

Aunque ya se me hayan pasado por la cabeza unas cuantas cosas que no suelen hacer los amigos. ¿O sí?

1

Dakota

Algún tiempo después...
Tunner, Salem, Oregón

Me seco el sudor de la frente y miro al horizonte haciendo visera con la mano al trabajo realizado hasta ahora; llevo levantada desde las cinco de la madrugada, encargándome de todo mientras Jason y Brianna se han ido de luna de miel; después de lo acontecido, se lo merecen. El padre de mi cuñada, fallecido no hace mucho, no era santo de mi devoción, precisamente; estando en Seattle, y porque no podía salirse con la suya y quiso poner a mi hermano contra las cuerdas, me apuntó con una pistola y me obligó a entrar en su coche, drogándome y llevándome a saber Dios dónde; me retuvo durante muchas horas, haciendo que todo aquel que me conocía en la ciudad se preocupara por mí y pusiera el grito en el cielo; no consiguió lo que se proponía; mi hermano no se achantó, al contrario, hizo todo lo que estuvo en su mano para impedir que ese desgraciado tuviera algún poder sobre la agencia de publicidad; yo, sin embargo, me cagué de miedo. No, no llegó a hacerme daño como tal, pero aún me tiemblan las piernas cuando pienso en ello. Por eso no puedo decir que lamentáramos su muerte, ni siquiera su hija lo hizo; era un delincuente con todas las letras y, al parecer, estaba implicado en la muerte del padre de mi hermano y la madre de mi cuñada en ese accidente de tráfico. Ojalá esté pudriéndose en el infierno.

Colette se baja del tractor de un salto, aproximándose.

Hemos empezado hoy a preparar una de las parcelas de tierra para su sembrado, aireando el suelo y descompactando los terrones de dicha tierra para aflojarla y que se oxigene.

—¿Un descanso? —propone.

Ella y Archer se mudaron hace un tiempo a la granja de al lado y, desde entonces, nos hemos hecho amigos y nos ayudamos en todo lo que podemos, como buenos vecinos; además, somos los únicos que vivimos en esta zona, una de las más apartadas del pueblo.

—Sí, por favor —imploro, acercándome a la nevera portátil en la que guardamos el té helado y algo de picoteo.

—¿No te parece que para estar en noviembre hace demasiado calor? —inquire, sirviendo sendos vasos del líquido refrescante.

Cojo el que me tiende y me lo llevo a la frente antes de responder:

—Será cosa del cambio climático.

—Sí, el tiempo se ha vuelto loco y todo está cambiando.

Entrechocamos los vasos y bebemos con avidez.

—Ya solo nos quedan esos metros del fondo —señalo—. A ver si nos da tiempo a terminar antes de las cinco.

—Ya verás que lo conseguimos.

—Eso espero, porque estoy reventada.

—¿Qué hay ahí dentro para comer?

Encojo los hombros, despreocupada.

—No sé. Algo de queso, pan, un poco de jamón cocido y creo que un par de bolsas de patatas fritas que tenía por casa.

Le protestan las tripas y me río.

—Parece que tienes hambre.

—Ja, muy graciosa.

Rebusca en la nevera portátil hasta dar con el queso, el jamón cocido y el pan; en cuestión de un minuto, se hace un sándwich para ella y otro para mí. Cómo se nota que estamos curtidas en este tipo de cosas.

Nos sentamos en el suelo, apoyando la espalda en la rueda trasera del tractor.

Suspiro, agotada.

—No tengo muy claro que luego pueda volver a ponerme en pie —me quejo.

—Ya, menudo trabajazo hemos hecho hoy, ¿eh? ¿Es por esa tormenta que anuncian?

—Sí, en parte. No quiero que se nos pase el tiempo de airear la tierra porque luego está encharcada y todo eso.

Ambas miramos al cielo, al nubarrón que se acerca con demasiada rapidez.

—No deberíamos de estar perdiendo el tiempo con esto, empezará a llover de un momento a otro —mascullo a la vez que le doy un buen bocado al sándwich.

—Estamos desfallecidas y necesitamos reponer fuerzas, no me seas tan cascarrabias. Últimamente, protestas por todo. ¿Tu estado de ánimo tiene algo que ver con el tío ese que va a venir de Seattle para hacerse cargo del proyecto de Jason?

—¿Te refieres a Hyun?

—¿Acaso va a venir algún otro?

Cierro los ojos y exhalo.

—No tiene nada que ver con él. Hyun es buen tío.

—Os acostasteis y ahora va a venir aquí.

—¿Y eso qué tiene que ver? También me acosté contigo y con Archer y aquí seguimos, siendo amigos y llevándonos bien, ¿no?

—Si tú lo dices...

—Hicimos un pacto, ¿sabes? Lo nuestro duraría el mismo tiempo que durase mi estancia en la ciudad. Lo que significa que ya es agua pasada.

Mastica y traga, llevándose el vaso a la boca.

Después de beber, replica:

—Pero te gusta.

—Joder, ¿y a quién no? Está cañón, ya lo verás con tus propios ojos.

Su risa es contagiosa.

—Así que cañón, ¿eh? Háblame de él.

—Colette...

—Vamos, Dakota, lo estás deseando, no te hagas de rogar.

Lo que estoy deseando es verlo, aunque no debería. Como acabo de decirle, lo nuestro es agua pasada. Punto.

—Dakota... —insiste.

Y le hago un pequeño resumen de mi historia con Hyun, que tampoco fue para tanto.

—Ya te dije que lo conocí en aquella fiesta que hicieron en honor de mi hermano, ¿recuerdas?

—Sí, esa parte puedes saltártela, ya me la sé.

—Bien.

Entonces le hablo del día que me ofreció acompañarlo a hacer un castin de modelos para un anuncio que preparaba la agencia y, como de la noche a la mañana, empezamos a pasar más tiempo juntos; algo que molestaba a Jason sobremanera, aunque no se metió en mi decisión. Pobre Hyun, él, que se había convertido en su fan número uno, y mi hermano lo detestaba por el simple hecho de ser el mejor amigo de la otra heredera. También le cuento el día que me llevó por primera vez al Vip's, el local ese en el que la gente conocida y rica se desmadraba de lo lindo y hacía lo que le viniera en gana.

—¿Fue allí donde os acostasteis por primera vez?

—Sí —confirmo—, y también fue el lugar donde hicimos el pacto.

—¿Y en qué consistía el pacto?

—Ya te lo dije, Colette.

—Refréscame la memoria, anda.

Alzo los ojos al cielo, meneando la cabeza, pero lo hago y respondo:

—Consistía en que lo nuestro duraría hasta que yo me fuera de Seattle.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que hay algo que no me estás contando?

Bebo el último trago de té que queda en el vaso, pensativa.

—Dakota...

—Mira, Hyun es unos años mayor que yo y...

—¿Cuántos años? —me interrumpe.

—Dieciséis.

—¿Qué? —chilla, sorprendida.

—Tiene la misma edad que Brianna.

—Vale, la edad solo es un número, ¿no?

Me río.

—Quiere casarse y formar una familia.

Mi amiga se atraganta con un trozo de pan y tengo que darle unas palmaditas en la espalda.

Tose, mirándome con los ojos abiertos como platos.

—¿Me estás diciendo que quiere casarse contigo?

—Conmigo no, idiota. —Desvío la mirada—. Yo soy demasiado joven para eso.

Guardamos silencio y ella frunce el ceño.

—Así que ese es el problema... —refunfuña algo molesta—. Tu edad no importa para acostaros, pero sí para casaros, ¿es eso?

Empiezo a perder la paciencia y a cabrearme un poco.

—Colette, no quiero casarme con Hyun, ¿vale? Ni siquiera estoy enamorada de él. Y ya sabes lo que pienso respecto al maldito matrimonio.

—Pero te molestó.

—¡Pues claro que me molestó! La excusa de la edad, en los tiempos que corren, me pareció patética, no te voy a engañar.

—Y, aun así, aceptaste el pacto.

—¡Claro que lo acepté, Colette! Hyun está buenísimo, es un tío genial y solo quería divertirme. No obstante, no me pareció bien que me rechazara sin más como esposa, algo que ni de coña entra en mis planes, ¿entiendes? En realidad, es una tontería y todo eso ya es historia.

Nos lo pasamos bien todas esas semanas, y ya, no hay más que contar.

—¿Es bueno en la cama?

—¿Que si es bueno en la cama? Uf, el tío sabía muy bien lo que se hacía en cuanto se quitaba la ropa. ¡Madre mía, solo de pesarlo me palpitan los pezones!

Carraspeo poniéndome en pie con dificultad.

—Será mejor que volvamos al trabajo si no queremos que nos pille la tormenta.

—¿Me vas a dejar con las ganas de saber lo mejor? —se mosquea.

La ayudo a levantarse y me río.

—Eso queda entre él y yo, perversa.

Volver a concentrarme en la tarea del día es complicado; sobre todo después de haber hablado de Hyun y de recordar sus proezas entre las sábanas. Aquella primera vez fue..., bueno, todas las veces lo fueron, para qué decir lo que no es, una puta pasada; la piel me traspira y el aliento se me entrecorta al recordarlo; aun así, lo hago y, mientras le doy caña a la tierra con el palote para el huerto, revivo aquel momento como si estuviera pasando ahora mismo, poniéndome cachonda a más no poder. Se me eriza el vello de todo el cuerpo solo con pensar en cómo me iba quitando la ropa y lamía cada porción de piel que quedaba al descubierto. Lo caliente y suave que tenía la lengua, y en lo que me gustaba todo lo que me hacía con ella. Y no solo con ella, a Dios gracias. Esa noche se dedicó por entero a mí e hizo que me corriera un montón de veces, y todas fueron intensas y brutales. Cada experiencia con él lo era, me ponía a cien solo con mirarme, con eso ya lo digo todo. Después de los primeros orgasmos, llegó el pacto y una advertencia:

—No te enamores de mí, Dakota.

Sonreí y le clavé la mirada sin demostrarle que me había dolido que, justo en ese momento, sintiera la necesidad de advertirme de algo así. Y si era él el que se enamoraba de mí, ¿qué? No lo hice, no me enamoré, pero tampoco voy a negar que, de haber pasado más tiempo en Seattle, no lo hubiera hecho. Hyun es una pasada de tío, en serio. Me salvé por los pelos de caer rendida a sus pies y fastidiarlo todo.

Y, ahora, me guste o no, ya que no es cosa mía, sino de Jason, es él el que viene a mi territorio para hacerse cargo del proyecto que mi hermano tiene para la granja y del que su mujer es socia inversora. ¿Cómo demonios vamos a hacer para mantener a raya la química y la atracción que existe entre nosotros para no cagarla?

Lo que pasó en Seattle no se puede repetir.

Ni de coña.

2

Hyun

Me bebo de un trago lo que el camarero acaba de servirme en el vaso y pido más. El susodicho me escudriña con el entrecejo fruncido y el morro de lado; una mueca un poco extraña si uno se para a contemplarla en profundidad.

—¿Te encuentras bien? —se interesa.

—Ponme otra copa y no preguntes.

Coge la botella del líquido oscuro y fuerte y echa un buen chorro en el vaso.

—A mandar, tú no te cortes y sé un borde, total...

Exhalo con lentitud, pillando el sarcasmo al vuelo.

—Lo siento.

Se acoda en la barra, con un trapo blanco sobre el hombro, y dice:

—Hyun, sabes que puedes contarme lo que sea y que no voy a juzgarte. ¿Estás así porque la jefa se ha ido de luna de miel y te sientes sobrecargado de curro?

Bebo de nuevo.

—Qué va, no es eso.

Me observa con intensidad.

—Venga, desembucha de una vez y aligera esa carga que te hace ser un poco idiota.

—Si no fueras mi amigo, te...

—Anda ya, Hyun, no profieras amenazas que no puedes cumplir. Los dos sabemos que no eres de esos.

—Tienes razón, no soy de esos. Pero podría serlo.

Sonríe.

—Claro que sí, amigo.

—¿No me crees?

—¿Por qué le das tantas vueltas?

Me encojo de hombros y suelto:

—El marido de Brianna, Jason, tiene un proyecto ecológico para su granja y yo debo hacerme cargo de él, ¿sabes?

—¿Y cuál es el problema? ¿No te ves capaz?

—Sí que me veo capaz.

—¿Entonces?

Se yergue y tamborilea con los dedos sobre la barra.

—El problema es que tengo que trasladarme a un pueblo de Oregón y quedarme por allí una temporada.

—¿Y?

—Y que Dakota también estará allí.

Entrecierra los ojos.

—Dakota.

—Sí, Dakota, la hermana de Jason. La...

—¿Hablas de la chica que venía contigo tanto por aquí? —me interrumpe.

—La misma.

—¿No es tu novia?

—No.

—Pero vosotros dos...

—Sí.

—Pues parecíais algo más que amigos con derecho a roce, ya me entiendes.

—He ahí el dilema, Aaron, que no sé cómo están las cosas entre nosotros. Ni siquiera se despidió cuando se marchó, fue todo muy precipitado.

—No parecía una chica complicada, háblalo con ella y listo. No creo que...

Se tensa en cuanto escucha el taconeo por el pasillo del fondo; ambos sabemos a quién pertenecen esos pasos firmes y decididos: Drew Hills, la otra dueña del Vip's. Uno de los mejores locales de Seattle, del que soy asiduo desde que lo inauguraron. Ella y Brianna no se llevan muy bien, aunque a mí me parece una mujer digna de admirar por todo lo que logró en la vida, aun teniendo muchas cosas en contra.

Se para a unos metros de nosotros y habla con una de las personas que está preparando el espectáculo de esta noche, que, por lo que aprecio desde aquí, será uno de los platos fuertes.

Ella y Aaron estuvieron casados, pero, al parecer, la cosa no fue demasiado bien y se divorciaron hace unos meses. Las malas lenguas dicen que él le fue infiel, algo que yo nunca me creí.

—Aaron, abrimos en quince minutos, ¿lo tienes todo listo?

El tono de su voz es frío, altanero.

—Hyun —pronuncia al pasar por mi lado.

—Drew —respondo.

No debe de importarle mucho que todo esté listo o no. Lo da a entender al no esperar una contestación de su ex.

Cruzo la mirada con él, que pone los ojos en blanco.

Soy un privilegiado por poder estar aquí antes que nadie. Es lo que tiene ser amigo de uno de los socios. Sí, a Aaron le tocó la lotería hace unos años y parte de ese dinero lo invirtió aquí en el Vip's; no solo se casó con Drew, sino que se hicieron socios. Por eso sigue aquí, a pesar del divorcio.

—Pitt está de vacaciones —me explica—, y no me queda otra que sustituirlo.

Asiento.

—Está tensa la cosa, ¿eh?

—No lo sabes tú bien. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, hablábamos de tu chica.

—Dakota no es mi chica. De hecho, nunca debimos traspasar la línea.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Vaya respuesta de mierda.

Saco un billete de la cartera.

—¿No vas a quedarte a ver el espectáculo de esta noche? Es de los potentes.

No lo dudo. La puesta en escena de esta gente siempre lo es. No es la primera vez que me quedo ojiplático frente al escenario y con un calentón de tres pares de pelotas.

—Tengo una maleta que preparar y un millón de cosas por hacer.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana a primera hora.

Rechaza el billete que le entrego con la cabeza.

—Invita la casa. ¿Debo de desearte suerte o que te sea leve?

—Ni puta idea. Puede que ambas cosas.

Se ríe.

—Bueno, pues ya me contarás cuando vuelvas.

—Si hay algo que contar...

Me despido y recorro la estancia hasta la puerta.

Suspiro en cuanto la traspaso.

Estar aquí por primera vez sin ella ha sido raro de narices. ¿Por qué nos acostumbraremos tan rápido a lo bueno?

La echo de menos. Lo hago desde la misma mañana en la que Bri me dijo que se había ido detrás de su hermano; algo completamente entendible, dadas las circunstancias. Dakota Morgan es una chica dicharachera, divertida, sexi y especial, por la que me sentí atraído al instante de conocerla. Una atracción correspondida. Traspasamos la línea de la amistad en cuanto nos atrevimos. Yo di el primer paso, y ella me siguió sin replanteárselo siquiera. Las cosas claras, siempre; lo nuestro solo sería sexo y duraría lo mismo que su estancia en esta ciudad. Fácil y sencillo. Para mí lo fue. No tengo tan claro que haya sido así para ella. No hemos vuelto a hablar desde que se fue y, no sé, me da miedo que con la distancia se haya perdido el buen rollo que teníamos.

Le pago al taxista que me deja en la puerta de casa e inspiro hondo al salir.

No voy a negar que lo nuestro podría haber sido algo más, hacíamos buena pareja y nos entendíamos a las mil maravillas; no obstante, es tan joven... Sé que eso de la edad es una tontería, sin embargo, yo he disfrutado de la mía todo lo que he podido y es hora de sentar cabeza y formar una familia; a ella aún le queda mucho por vivir y no seré yo el que le corte las alas.

«No te corresponde a ti decidir eso».

Por supuesto que sí. Además, lo hablé con ella y estuvo de acuerdo. El pacto que sellamos con aquel polvazo fue lo mejor que se nos podía haber ocurrido.

«¿Y de quién fue la idea del pacto? ¿Suya o tuya?».

¿Y eso qué importará ahora?

Cruzo el recibidor de casa sin encender la luz, yendo directo al baño, donde me doy una ducha y me lavo los dientes. No tardo nada en hacer la maleta ni preparar el neceser; lo tengo casi todo dispuesto encima de la cama, en la otra habitación. En cuanto termino con eso, voy al salón y me pongo cómodo en el sofá con el sonido de la televisión de fondo mientras le doy otra vuelta al proyecto de Jason y a la lista de prioridades. Solicité al ayuntamiento de Salem las licencias pertinentes, ya hace unos días, y aún no he tenido respuesta alguna. El perito agrícola quedó en pasarse por la granja, para evaluar la tierra y demás, a finales de esta semana. Mañana llamaré a la empresa que se encargará del sistema de regadío y a los del fertilizante ecológico. Tacho un par de cosas más que están finiquitadas y coloco una interrogación en una de las partes que no tengo clara. Decido dejarlo por hoy cuando bostezo como un oso cinco o seis veces.

Lo último que hago, una vez en la cama, es revisar el correo electrónico; hay uno nuevo de mi madre. Con mi padre no recuerdo cuándo fue la última vez que hablé, creo que antes del verano, y estamos en noviembre. Nuestra relación no es fluida, hace demasiado tiempo que los Dune van a lo suyo y viven su vida. Y nos vemos un par de veces al año como mucho. No me avergüenza decir que considero más familia a Brianna, y al matrimonio que trabaja para ella en

casa, que a la mía propia. ¿Los quiero? Podría decirse que sí, no dejan de ser mis padres, después de todo. Me ha tocado así, qué le vamos a hacer.

Leo su correo, pero no respondo. Lo haré en otro momento y cuando me apetezca.

Cierro los ojos e inspiro hondo.

Estoy nervioso y, a pesar de que me caigo de sueño, sé que me va a costar un triunfo dormir bien. No lo haré hasta que no llegue a esa granja y compruebe que todo está bien entre Dakota y yo.

«Y que no se ha arrepentido de lo vuestro».

Eso también, claro.

Doy muchas vueltas y tengo sueños raros en los que vivo situaciones surrealistas. Paso calor y, luego, frío. Y así toda la maldita noche. Para cuando Sebastián e Isabel, el matrimonio del que hablaba antes, llegan a buscarme, me siento para el arrastre. Tenía pensado trabajar un poco en lo que dura el trayecto hasta Tunner, tres horas y media, más o menos; ahora solo me planteo echar una cabezadita y llegar allí medio decente y presentable. Lo último que quiero es que Dakota se preocupe al verme y pueda llegar a hacerse ideas erróneas o a creer lo que no es.

«¿Y qué sería eso si puede saberse?».

—¿Has dormido algo, muchacho? —interroga Isabel en cuanto me subo al coche.

—Poca cosa.

—Pero ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, de maravilla.

—Pues no lo parece, hijo. —Sebastián también me mira con esa cara que siempre ponen cuando sospechan que algo no va bien.

—Solo estoy cansado, nada más.

—Puede que estés incubando algún virus.

«Ojalá fuera eso».

Le sonrío a los dos y cojo la bolsa de papel que ella me tiende.

—Café y bollos de los que te gustan.

Ensancho la sonrisa, agradecido.

—Eres la mujer de mi vida. —Su marido carraspea a mi lado, cogiendo el volante con las dos manos—. Lo digo en el mejor de los sentidos, Sebastián, te lo juro.

Me guiña el ojo.

—Lo sé, muchacho, lo sé.

Ni trabajo ni cabezadita. En cuanto me tomo el café y me como un par de bollos, caigo como un ceporro.

La próxima vez que abro los ojos, estoy frente a una casa vieja, pero no por ello fea.

Y el corazón pisa el acelerador, desbocándose.

No sé si estoy preparado para esto.

3

Hyun

¿Por qué estoy tan nervioso? Solo hace unas cuantas semanas que no tenemos contacto. Y tampoco es como si fuera Brianna, que la conozco desde hace un millón de años.

«Con Brianna no te has acostado nunca».

¿Y qué? Imagino que me pondría nervioso si durante mucho tiempo no supiera nada de ella; a los amigos se les echa de menos, ¿no? Uno se preocupa por sus vidas y todo eso.

«Claro, claro».

Que mi propia mente me dé la razón como a los locos, me repatea bastante las narices, la verdad.

—¿Vamos a quedarnos en el coche todo el día o vamos a salir de él y llamar a esa puerta en algún momento?

El retintín en la pregunta de Sebastián me hace gruñir por lo bajo, pero tiene razón.

Inspiro hondo, armándome de valor, y abro la portezuela del coche. Aún no he puesto un pie en el camino terroso, cuando la puerta principal a la casa se abre de par en par. Mi corazón echa el freno un par de segundos al verla ahí, bajo el dintel, sonriente, los brazos cruzados sobre el pecho y preciosa. Al instante, vuelve a acelerar, pasando de cero a cien en un nanosegundo.

«Esto no es normal».

Sí que lo es. La echaba mucho de menos y me alegro de verla, eso es todo.

Sonrío al cruzarse nuestras miradas.

Coño, qué guapa está; parece radiante y... muy tranquila.

«Ojalá pudieras decir lo mismo de ti».

Menuda gilipollez.

Tuerzo el gesto cuando Isabel me adelanta y, con paso acelerado, se le acerca y la estrecha entre los brazos, exclamando:

—Qué ganas teníamos de verla, niña.

Un beso en la mejilla y un apretón de mofletes.

—Y yo a vosotros —susurra ella—. Bienvenidos a nuestro humilde hogar.

Al final, soy el último en aproximarse, porque Sebastián también ha hecho lo mismo que su mujer y me ha dejado atrás.

Nos miramos durante unos segundos, que se me antojan eternos. Yo, sin saber qué decir, y con muchas ganas de rodearla con los brazos para sentir esa cercanía que llevo extrañando todas estas semanas; ella, pues no sé lo que le estará pasando por la cabeza, para qué decir lo contrario.

Rompe el silencio con una palmada inesperada, sobresaltándome, y diciendo:

—Vaya, vaya, pero si es el soltero de oro de Seattle en persona, qué alegría verlo de nuevo, señor Dune.

«¿Eso ha sonado a sarcasmo?».

Pues no lo sé, puede que un poquito sí, ¿no?

—¿Soltero de oro? —replico sintiéndome un poco ofendido.

Su boca se ensancha y ríe.

—Ven aquí, anda.

Su abrazo me llena de calor y su olor, ese tan particular a algo fresco y dulce, me escala las fosas nasales, colándoseme en el cerebro y trayéndome imágenes que no es buen momento para recordar; digamos que no son para todos los públicos, precisamente. ¿Y los labios en mi mejilla? Joder, hacen que me cosquillee la piel justo ahí.

Carraspeo, apoyándole la barbilla en la cabeza y apretando el abrazo.

—Yo también tenía muchas ganas de verte, peque.

Se separa un poco y refunfuña:

—Solo mi hermano puede llamarme así, y lo sabes, Hyun Dune.

—Bah, cierra el pico y abrázame otra vez, protestona.

No necesito pedírselo dos veces.

—El sentimiento es mutuo —me murmura en el pecho.

¿Podrá escuchar el fuerte retumbar de mi corazón contra este?

«Claro, hombre, porque, en lugar de orejas, tiene un estetoscopio».

Ignoro este último pensamiento; creo que se me está yendo un poco la olla.

«Un poco mucho, diría yo».

Doy un paso atrás.

Romper el contacto con ella me cuesta, sin embargo, Isabel y Sebastián están ahí plantados, observándonos con cara de... a saber qué, y empiezo a ponerme un poco nervioso.

«¿Más?».

—¿Qué tal el viaje? —pregunta, indicándonos que pasemos al interior de la casa.

—Para unos mejor que para otros —responde Sebastián clavándome los ojos, burlones.

—Sí, alguien ha dormido todo el camino —lo secunda su esposa.

Ahogo una exclamación exagerada.

—Había pasado mala noche, ¿vale?

—¿Y eso? —Se preocupa Dakota—. ¿Estás bien?

Le quito importancia con la mano.

—Demasiado trabajo —miento.

—¿El proyecto de Jason ya te trae de cabeza?

Niego.

—Ya sabes que soy bastante perfeccionista y que me gusta tenerlo todo controlado.

—Ya te lo dije en Seattle, la vida hay que tomársela con más calma. ¿Os apetece tomar algo?

Entramos en una cocina grande y espaciosa; los muebles y los electrodomésticos no son de última generación, pero se ven bonitos y le van de maravilla a la estancia. Todo está impoluto y, sobre la mesa larga y de madera, nos espera el tentempié que Dakota ha preparado para nosotros.

—No tenía que haberse molestado, niña.

—Isabel, creía que entre nosotras ya había la suficiente confianza como para que me tutearas. En Seattle ya lo hacías.

La mujer le sonríe nerviosa.

—Es la costumbre.

—Pues, a partir de ahora, ya sabes...

—Entendido.

—Vamos, sentaos —apremia.

Obedecemos sin rechistar.

Yo escojo el sitio que está contra la pared, así no me perderé ninguno de sus movimientos.

Verla de nuevo es como un soplo de aire fresco y, hasta que no me acostumbre otra vez, no podré dejar de buscarla con la mirada.

Nuestros ojos se enredan sin querer, o quizá queriendo, no lo sé. Me gusta mirarla. Me gusta estar aquí. Todo parece estar bien entre nosotros, ¿verdad?

Asiente como si me hubiera leído el pensamiento.

Sí, todo está bien entre nosotros.

Dakota

Me está costando la vida no demostrar la emoción que siento al verla de nuevo; no demostrar que ese abrazo que nos dimos ahí fuera no ha sido lo mejor que me ha pasado en todas estas semanas. Está guapísimo con ese traje beis y esa camisa... Todo le sienta de maravilla a este hombre. Ya dije que Hyun era un tío muy guapo, pero no es solo lo físico, sino todo lo demás; sabe escuchar, divertirse, es inteligente... La mujer que tenga la suerte de que se enamore de ella se llevará un partidazo, lo puedo asegurar.

Me giro, dándoles la espalda, y cojo la cafetera.

Aún me tiemblan un poco las manos, algo normal teniendo en cuenta lo nerviosa que estaba cuando abrí la puerta. Puede parecer una tontería, lo sé, pero es que no sabía qué iba a encontrarme al hacerlo, si a un Hyun frío y arrepentido de todo o al que está ahí sentado sin quitarme el ojo de encima. Gracias a Dios, fue al segundo; no sabría cómo lidiar con el primero. Bueno, sí, sí que sabría, y no saldría bien parado de ello.

Y yo tampoco.

—¿Necesitas que te eche una mano con eso? —ofrece desde el fondo de la cocina.

Respondo sin girarme:

—Todo controlado, pero gracias.

Vierdo agua en la tetera y la pongo al fuego antes de servirles a ellos los cafés. Lo mío son las infusiones; jengibre y miel, para variar un poco.

Suspiro al sentarme a la mesa.

—¿Y bien? —pregunto—, ¿cómo ha ido todo por la gran ciudad?

—Nada de otro mundo, niña. Echamos mucho de menos a la señora Hanson. ¿O debería decir Morgan?

—Brianna no se ha puesto el apellido de su marido. A ninguno de los dos les pareció importante ese rollo —aclara Hyun.

—Exacto, cada uno conserva el suyo —añado—. Eso de cambiarse el apellido cuando te casas es una soberana tontería.

—Totalmente de acuerdo —coincide.

—Antes estaba mal visto que la mujer conservara su apellido una vez fuera entregada en matrimonio —replica Sebastián.

—Uff —resoplo—, qué mal suena eso de entregada. Es la mujer la que toma la decisión, no...

—Ahora, sí —interrumpe Hyun—, antes, por desgracia, no.

—Tienes razón.

Me ponen al día de algunas cosas, nada importantes; una conversación trivial para romper el

hielo; donde salen a relucir el tiempo, el trabajo, los guisos de Isabel, lo contentos y felices que están todos por mi hermano y mi cuñada, y las ganas que tenían de conocer nuestra granja.

—No dejamos de hablar nosotros —dice Hyun—, ¿qué nos cuentas tú?

Me encojo de hombros.

—No mucho, la vida por aquí es bastante más tranquila que en Seattle, aunque no por ello menos divertida.

—¿Te agobia llevar sola todo esto en ausencia de Jason?

Bebo de la taza, negando con la cabeza.

—Para nada. Archer y Colette me echan una mano siempre que pueden. Esta semana estuvimos preparando la tierra del huerto de atrás para su sembrado en el mes de marzo.

—¿Qué huerto es ese?

Sonrío.

—Tranquilo, es el más pequeño. El que utilizaremos para las cosas más básicas. Jason no lo incluyó en el proyecto.

—Ah, vale, porque estoy pendiente de la llegada del perito agrario para que evalúe la tierra.

—Lo sé, mi hermano me lo dijo ayer cuando hablamos por teléfono. ¿Qué haces, Isabel? —inquiero al ver que se pone en pie, dispuesta a recoger las cosas de la mesa.

—Mi trabajo, niña. No vas a cargar tú con todo ahora que nosotros estamos aquí.

—Estáis aquí para hacerme compañía.

—Y para ayudarte —manifiesta su marido con énfasis.

No soy capaz de frenarlos y nos dejan solos en la mesa.

—¿Seguimos sin saber cuándo regresan los tortolitos? —Quiere saber Hyun.

—Si Brianna no te ha dicho nada al respecto, a mí Jason tampoco.

—¡Viva el amor! —ironiza con guasa.

—No seas tan envidioso, ya te llegará el turno —me burlo.

—No hay prisa por eso.

—¿No? Pues creo recordar que una de las últimas veces que nos vimos te planteabas hacerte un perfil en una de esas aplicaciones para buscar esposa, ¿lo has olvidado?

Se ruboriza, poniéndose serio.

—Eso fue una broma, Dakota.

—Pero es lo que quieres, ¿no?

«¿Qué estás haciendo, tonta del culo?».

—Sí, es lo que quiero —responde al fin.

—Pues entonces habrá que ayudarte a encontrar a esa buena mujer que te soporte.

—¿Tú?

—Oh, Hyun, no pongas en duda mis dotes, soy muy buena con eso.

—Me encantaría ver cómo lo intentas, a ver si eres capaz de lograrlo.

El ambiente de la cocina se ha enrarecido un poco y puede que ahora nos estemos retando con la mirada.

Me gustan los retos, aunque me revienten.

—¿Quieres apostar algo?

Entrecierra los ojos.

—Pensaré en qué.

—Bien.

—Bien.

—¿Os enseño la granja? —ofrezco con ganas de salir de aquí.

Aceptan encantados.

El aire de fuera me llena los pulmones.

Si tenía alguna duda sobre mi salud mental, ahora ya lo tengo claro.

Me falta un tornillo y la tuerca de otro.

«Sin ninguna duda».

4

Dakota

Les encanta la granja y se entusiasman con todo lo que van viendo; cómo se nota que vienen de la ciudad y que no están acostumbrados a todo esto, de lo contrario, no reaccionarían así, ni de coña. Isabel se queda enamorada de la parcela en la que tengo sembradas un montón de especias; con lo que a ella le gusta cocinar, imagino que se sentirá como un niño que acaba de entrar en una tienda de chuches. A Sebastián, sin embargo, lo que más le llama la atención es la zona en la que están los animales; las gallinas, cerdos y vacas tienen su propio espacio, y el hombre se queda maravillado contemplándolos campar a sus anchas por la zona. Hyun se centra más en la parte productiva, aunque, aquí, mires donde mires, de casi todo se saca algo de provecho, o bien para nosotros, o bien para los animales.

—No me la imaginaba tan grande —dice.

Me paro a su lado y sigo su mirada.

—¿Y cómo te la imaginabas?

Alza los hombros.

—No lo sé, puede que la haya subestimado y no creyera que tuviera todo este potencial. ¿Cuántos animales hay?

Miro por encima del hombro hacia el lugar en el que Isabel y su marido se han quedado abortos, en la zona donde pastan las vacas.

—En los gallineros hay entre cuarenta y sesenta gallinas. Cerdos, ahora mismo, solo tenemos diez. Y en cuanto a las vacas, son doce, pero Jason quiere ampliar la producción de leche, así que comprará unas cuantas más en cuanto se haya renovado el espacio y todo lo demás.

—Interesante —murmura—. Vais a necesitar mucha más mano de obra.

—Cierto. La granja dará trabajo a gente del pueblo.

—Entonces, esto va a ser bueno para la zona y para vosotros a nivel personal.

—Lo será.

—¿Se ha publicado ya en el boletín oficial del pueblo y de la ciudad el proyecto que se llevará a cabo aquí?

Niego con la cabeza.

—Brianna dijo que tú te encargarías.

—Me lo imaginaba.

—¿Algún problema con eso?

—No, ninguno.

—Bien. ¿Seguimos? Quiero que le eches un vistazo a la finca colindante. Mi hermano quiere hacer una propuesta de compra al dueño y le interesa tu opinión al respecto.

—Sí, claro.

Advertimos a Isabel y a Sebastián de que continuamos sin ellos, y caminamos todo recto hasta la valla destartalada y medio caída que colinda con nuestra granja por el lado izquierdo, al fondo.

—Es esa de ahí. —Indico con la cabeza y la mano.

Silba a mi lado.

—Es impresionante. Y ambicioso.

—Sí, por eso Jason quiere esperar a ver cómo va todo con el nuevo proyecto para hacerle una oferta al dueño.

—No tengo ninguna duda de que todo irá sobre ruedas, Dakota. Tu hermano sabe lo que se hace, solo necesitaba un empujón. Y de eso ya se ha encargado su padre, que en paz descanse.

Suspiro.

—No sé qué sería de nosotros a estas alturas sin esa herencia. La deuda que teníamos ya era una carga demasiado pesada, la verdad.

Noto que me mira con intensidad, poniéndome un poco nerviosa.

—Bueno, eso ya pasó, no pienses más en ello.

Giro la cabeza hacia él, devolviéndole la mirada.

—Nunca hay que olvidar esas cosas, Hyun. Son las que nos mantienen con los pies en el suelo. Y nunca se sabe cuándo puede acabar la buena racha.

Sonríe, acelerándose la respiración.

—Eso no pasará.

—Dios te oiga.

Guardamos silencio unos segundos, sin apartar los ojos del otro.

No voy a volver a repetir que es guapo, creo que ya han sido demasiadas las veces que he pronunciado esa palabra. Tampoco diré que siento cosquillas en la boca del estómago cuando lo tengo tan cerca o me mira de esa manera. Y mucho menos hablaré de las ganas que tengo de...

—Aaron te manda recuerdos —pronuncia con la voz rasgada.

¿Él también nota lo fuerte que es la química que sigue entre nosotros?

«Eso parece».

Ladeo la cabeza, entrecerrando los ojos.

—¿Aaron? —balbuceo.

Carraspea, aclarándose la voz.

—Sí, ayer estuve en el Vip's tomando un trago y...

—¿Salí a relucir en la conversación? —le interrumpo—. ¿Vas mucho por allí? —Me cambia el tono de voz y eso me molesta.

—Lo cierto es que no, que no voy tanto como antes. Y, sí, saliste a relucir en la conversación porque le comenté que estaría por aquí una temporada.

—Ah, bien, devuélveselos cuando lo veas. O cuando hables con él, ya sabes..., en el club.

El énfasis en la última palabra ha estado fuera de lugar, lo sé.

Se acerca un poco más, dándome la impresión de que quiere acariciarme o... ¿besarme? Se me acelera el pulso solo de imaginarlo; no obstante, debe de pensárselo mejor y no hace ninguna de las dos cosas.

Recula el mismo paso dado y habla:

—No he vuelto a acostarme con nadie en el club desde que te fuiste, Dakota.

«Disimula la sonrisa, tonta».

Y la corto antes de que brote en todo su esplendor, claro.

—Eso no es de mi incumbencia, Hyun.

—Ya lo creo que sí. —Uno, y dos pasos más, en mi dirección—. Por tu culpa, eso no volverá a pasar en el Vip's.

¿Qué quiere decir con eso? ¿Que en cualquier otro lugar sí podría pasar? ¿Que ya ha

pasado? Como si a mí me importara con quién se acuesta o con quién se levanta, vamos.
No sé si sentirme ofendida o halagada.
«Respira, idiota».
¡Malditos ojos rasgados!

Hyun

No debería de estar haciendo esto, lo sé, pero es superior a mis fuerzas no jugar a ponerla nerviosa; ya lo hacía antes y, por lo que se ve, soy incapaz de dejar de hacerlo, por mucho que me haya planteado no ir por ese camino. Me encanta cuando se ruboriza así y le brillan los ojos con tanta intensidad. Seguro que, si le pongo los dedos en el cuello, noto lo acelerado que le va el pulso, justo ahí.

Sonrío para mis adentros.
Soy un cabroncete.
Y, además, con mucha suerte.

Recuerdo la primera vez que inicié este juego, haciéndome adicto a él, por supuesto. Fue aquel día que la llevé al castin de una de las campañas que realizaba la agencia. Le dije que ella sería la modelo perfecta; que me gustaban muchísimo las pecas de su nariz y el tono rosado de su piel cuando le hacía un cumplido.

—Eres preciosa —le susurré al oído, acercándome demasiado.

Se le aceleró la respiración en cuanto le posé una mano en el hombro desnudo; llevaba una camiseta de tirantes que le quedaba de muerte, por cierto.

No tengo muy claro quién estaba más interesado, ella o yo. A mí ella siempre me dejaba sin aliento, para qué mentir. La habría besado en ese mismo momento; le habría devorado la boca y se la habría profanado como si fuera la tumba del mismísimo faraón, reclamándola como propiedad privada a partir de ese instante, y solo mía. Me contuve a duras penas, aumentando las expectativas para cuando llegara el momento; que llegaría, más pronto que tarde. Y cuando lo hizo...

«Deja de ir por ahí, colega».
Y lo hago, de lo contrario, malo.

Ahora mismo me está mirando justo como lo hacía aquella vez; como si arrancarme la cabeza fuera lo primero en su lista de prioridades del día. No me río, no tiene gracia. Lo de jugar con fuego no se me da muy bien que digamos; ya nos hemos quemado una vez y con eso es suficiente, gracias.

—No voy a volver a cruzar esa línea, Hyun —advierte, molesta.

—No quiero que la cruces.

—Pues entonces deja de hacer eso o te daré tal patada en las pelotas que te las dejaré moradas.

Solo de pensar en ello, se me congela la expresión.

—Lo siento —mascullo—, es la costumbre.

Se cruza de brazos, presionándose los pechos sin darse cuenta.

—Deja de mirarme las tetas, Hyun.

—Perdón, perdón —balbuceo—. Los ojos se me van solos.

Gruñe y se me escapa la risa.

—No tiene gracia, cretino.

—Vamos, Dakota, solo es un juego inocente.

—Inocente y una mierda. Ya hemos jugado a esto, ¿recuerdas?

—Imposible olvidarlo —grazno.

—Pues inténtalo con más fuerza.

—¿Tú lo has hecho? ¿Olvidarlo? —inquiero.

—¿A ti qué te parece?

Sonrío de medio lado.

—Me parece que lo tienes igual de presente que yo. Refréscame la memoria y dime por qué decidimos hacer un pacto.

Se sulfura y resopla, pero responde:

—Hicimos un pacto porque tú eres viejo, quieres casarte y formar una familia. Y yo soy joven y quiero vivir la vida sin ningún tipo de atadura.

—Cierto. Y, ahora, en lugar de acostarnos juntos, vas a ayudarme a encontrar una esposa, ¿no?

—Exacto. Una que sea de tu edad y a la que le guste cocinar y quiera tener una docena de críos contigo.

—Una docena son muchos, me conformo con un par.

Aprieta los dientes.

—Tú mandas.

«Estás tensando demasiado la cuerda, macho».

Lo sé, joder, y que me embista una de esas vacas si no estoy disfrutando de lo lindo con ello. Cuánto echaba de menos estos momentos... Que sí, que tiene razón y quiero casarme y sentar la cabeza, como suele decirse; no obstante, no tengo muy claro que exista una mujer que me lo haga pasar tan bien como ella, en todos los sentidos. Ojalá tuviera diez años más. Y ojalá quisiera las mismas cosas que yo y estuviéramos en la misma onda. Seríamos perfectos el uno para el otro. Pero así es la vida. A veces te pone en el camino algo que, por mucho que desees, no puedes tener.

Exhalo con lentitud, resignándome.

—Oh, mira, por ahí vienen Archer y Colette —anuncia como si nada.

«¿Archer y Colette?».

Sigo la dirección de su mirada y me quedo pasmado con la presencia de esos dos. El tío es impresionante, alto como yo, pero más fuerte. Y, siendo sincero, muy atractivo. Ella es menuda, baja y muy resultona; bastante guapa.

«Y Dakota se acostó con los dos».

Maldición, no me recuerdes esas cosas.

«Es lo que hay».

¿Por qué de repente tengo ganas de ponerme a gruñirles?

«No quieres saber la respuesta a eso».

¿No quiero?

«No».

Me tenso en cuanto él le pasa un brazo por los hombros, sonriente y murmurando:

—Hola, bonita, no te he visto en todo el día.

—He estado bastante ocupada.

Nuestras miradas se cruzan.
La mía y la de Archer, sí.
¡Puto machito de pueblo!

5

Hyun

El tío de las narices, el tal Archer, se muestra posesivo con Dakota y eso no me gusta un pelo; yo también me he acostado con ella y podría hacer lo mismo, pero no lo hago; menuda gilipollez. Intento disimular que ya me cae como el culo, cuando nos presenta y extendiendo la mano que el muy capullo no coge, dejándome colgado.

«Imbécil».

—Yo soy Colette —se presenta la chica—. Y estoy encantada de conocerte al fin.

Enarco una ceja con interés.

¿Significa ese «al fin» que Dakota ha estado hablándole de mí?

Ella sí me coge la mano que aún no me dio tiempo a retirar. Ha sido rápida. Supongo que para que no se notara demasiado el desplante de su... ¿amigo?

—Lo mismo digo, Colette, Dakota me ha hablado mucho de ti y es un placer conocerte.

Me muestro encantador, por supuesto. Conquistar a las chicas suele dárseme bastante bien; que se lo pregunten a Dakota si hay alguna duda, a ver qué dice al respecto. Tendré a Colette en el bote en lo que tarda en cantar un gallo; seguro que es una buena aliada para lo que surja, que, viendo lo visto, igual no es mucho.

—¿Dakota te ha hablado de nosotros? —se sorprende—. Ojalá pudiera decir lo mismo, pero ha sido bastante reservada en cuanto a ti, por eso tenía tantas ganas de conocerte.

Bueno, algo es algo. Al menos les ha dicho que existo, de lo contrario, su amigo no se estaría comportando como un capullo integral. Conociéndola, no sé cómo se lo permite.

No le quito la vista de encima a Colette, sonriendo de medio lado.

—¿Y qué querías saber exactamente? —pregunto.

—Oh, bueno, me gustaría muchísimo que me hablaras del Vip's y de lo que se cuece por allí.

Su amiga tose intentando llamar su atención. No lo consigue, claro; la tengo toda yo.

Desvío los ojos hacia Dakota, sabiendo que puede que no le haya dado detalles, pero sí que ha contado ciertas cosillas.

—¿El Vip's? —interrogo.

Odio cómo ese gilipollas le hace círculos con el pulgar en el hombro, pero no puedo hacer nada, así que sigo disimulando, que tampoco se me da nada mal, al parecer.

—¿Tú también quieres saber cosillas del Vip's, Abnel?

—Me llamo Archer, tío, no Abnel. Y, no, no me interesa ese club para nada.

Sí, acabo de hacer lo mismo que Jason hacía conmigo, lo de cambiarle el nombre, y eso solo para fastidiar; a mí no me molestaba que el granjero lo hiciera, me hacía bastante gracia, la verdad; sin embargo, a este de aquí...

Sonrío para mis adentros.

«Gracias por la idea, Jason, ahora ya sabemos cómo sacarlo un poco de quicio».

Vuelvo a mirar a Colette, que no ha retirado la mano de la mía y que puede que se haya tensado un poquito cuando el otro ha contestado de esa forma tan... ¿despectiva?

—Voy a estar una buena temporada por aquí, ¿sabes? Hablarte del Vip's siempre será un

placer.

—¿En serio? —duda.

—En serio —afirmo.

Tiene una sonrisa preciosa y me gusta que me la dedique a mí; sobre todo si consigue con ello que su amiga frunza el ceño, así como lo está haciendo.

«Será muy divertido estar por aquí».

Puede que no tanto si tengo que verle la cara a este idiota muy a menudo.

Estaría muerto si las miradas matasen. Yo, no él.

La llegada de Sebastián e Isabel impide que sigamos con este desafío tan estúpido, pero no fui yo quien lo empezó, así que...

A ellos sí que los saluda con educación e, incluso, besa la mejilla de Isa.

¡Payaso!

Me molesta un poco que los invite a cenar esta noche y que ellos acepten encantados; no obstante, como no soy el dueño de la granja y aquí también soy un invitado, aunque venga a trabajar, cierro el pico y acepto la compañía a regañadientes; tendré que ir acostumbándome, no me queda otra.

Se van a sus cosas un rato después, prometiendo traer el vino para el asado que se ha empeñado en cocinar Isabel.

El resto de la tarde la paso inspeccionando las parcelas y el interior de la casa junto a Dakota, con la que parece haberse cortado el buen rollo tras la aparición de esos dos. Tengo que meditar sobre lo que ha pasado ahí fuera; puede que mantenerme al margen, y dejar de jugar a un juego que puedo perder, sea lo mejor. No soy de los que les van las rivalidades por una chica y toda esa basura. No tengo nada que demostrar y tampoco una posesión que marcar, eso para empezar. Y, para terminar, seguimos sin estar en el mismo punto, por lo tanto, sería una pérdida de tiempo y de energía.

«Pero sí que sería divertido».

Depende de cómo se mire.

Me encierro en la habitación que Dakota me ha asignado. Empiezo a pensar que hospedarme en algún lugar del pueblo puede que hubiera sido mejor idea que quedarme aquí.

La ducha me sienta de maravilla, al menos me relaja.

Cuando bajo a cenar, ya están todos alrededor de la larga mesa de la cocina. El asado de Isa, como siempre, está de muerte; la conversación es distendida, al menos la mayoría del tiempo. Yo, en lugar de hablar mucho, lo que hago es observar, algo que también suele dárseme bien.

Y ellos dos, Dakota y Archer, sí que parecen estar en la misma onda.

Dakota

Aunque no lo parezca, estoy tensa de narices. Tanta atención por parte de Archer me molesta, pero no se lo digo; lo haré más tarde, a solas. A ver, que sí, que nos hemos acostado algunas veces y nos lo pasamos genial cada vez que lo hicimos, pero eso fue hace mucho tiempo; y no ha vuelto a pasar desde entonces, no entiendo a qué viene este marcaje ahora, sinceramente. Que esté celoso de Hyun es una tontería, tampoco hay nada entre nosotros.

«Pero podría haberlo».

Sí, y también podría caer un meteorito y desintegrar el planeta.

Observo a este último y a Colette. Parece que se han caído bien. ¿Qué estarán cuchicheando? Seguro que ella le está haciendo un interrogatorio del club; por su bien, espero que él y yo no formemos parte de ninguna clase de información.

Se ríen.

Entrecierro los ojos.

«¿Es necesario que estén tan juntos?».

—¿Por qué no dejas de mirarlos? —exclama Archer a mi lado—. Ni que te importara lo que están hablando.

Corto un trozo de carne con brío.

—¿Y qué si me importa, Archer? No es asunto tuyo.

—Dakota... —pronuncia en voz muy baja.

—No, Archer, Dakota nada. Antes ya quedaste como un capullo, y sigues pareciéndolo ahora. Tú y yo no somos nada y haces que parezca todo lo contrario. ¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Pensé que querías mantenerlo alejado.

—¿A Hyun? —Asiente—. ¿En qué momento te ha parecido que quería tal cosa?

—No lo sé, supongo que lo imaginé.

—Pues deja de imaginar lo que no es. Y, ya de paso, de comportarte como un idiota. Esa actitud no te pega, Archer.

Traga lo que tiene en la boca y me fulmina con la mirada.

—A lo mejor soy yo el que quiere mantenerlo alejado.

Me atraganto con el trozo de patata que acabo de comer.

—¿Qué? —Toso, dándome en el pecho.

Me pone el vaso de agua en la mano.

Todos nos miran con atención, pero los únicos ojos que veo son los de Hyun.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —consigo balbucir—, no ha sido nada.

—¿Mejor? —Esta vez es Archer el que se interesa.

Frunzo los labios y digo con los dientes un poco apretados:

—Ya hablaremos luego tú y yo.

La conversación no tarda en ser fluida de nuevo, más entre unos que otros, pero, para ser la primera vez, no creo que vaya nada mal. Se habla de animales, de hortalizas y fertilizantes; también del tiempo de sembrado y de cosecha, de la influencia del ciclo de las lunas y del trabajo que nos espera mañana.

Ayudo a Isabel a recoger la mesa y a servir el postre.

No llevo nada bien que ahora sea ella la que se encargue de la cocina; no por nada en concreto, sino porque no estoy acostumbrada a que me sirvan, al menos no aquí en la granja. Pero se enfada cada vez que se lo digo, así que no me queda otra que ceder y dejarla a su aire.

Preparo café, colocándolo también sobre la mesa.

Colette me trae cubiertos al fregadero y, en cuanto me tiene a tiro, exclama:

—¿Te has ofrecido para buscarle esposa?

Cierro los ojos y suspiro.

—¿De eso era de lo que cuchicheabais antes?

—Entre otras cosas —dice—. ¿Te has vuelto loca?

—¿Por qué?

—No sé, déjame que piense... ¿Por querer buscarle una esposa y no quedártelo para ti? ¿Tú has visto cómo está el hombre?

Me río.

—Ya te lo dije. Y yo nunca miento.

—Si no lo quieres tú, me lo quedo yo —murmura con énfasis.

—¿Estás dispuesta a casarte con él? Porque eso es lo que quiere.

—Pues me caso y punto.

Vuelvo a reír y, luego, la miro.

—Colette, pero si estás enamorada de Archer, mujer, no...

Se echa hacia atrás, como si le hubiera golpeado con algo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Acaso es mentira?

Se ruboriza y se tapa la cara.

—¿Tanto se me nota? Porque juro que intento disimularlo.

Le paso un brazo por los hombros.

—Seguro que él no se da ni cuenta, pero yo lo hice cuando volví de Seattle. Enseguida supe que algo había cambiado entre vosotros.

—Dirás que algo cambió en mí, él sigue como siempre. ¿No ves que no deja de marcar el territorio contigo?

Ignoro esto último y manifiesto:

—Pues si no ve lo que tiene delante de las narices, es que es más tonto de lo que creía.

—¿Hombres?

—¡Hombres! —énfasis.

—¿De verdad que vas a buscarle una esposa? —insiste.

—Si es lo que quiere, por supuesto —afirmo.

—¿Y eso no te molesta?

—Me ofrecí yo, Colette, ahora no puedo retractarme.

—Eres tonta, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—Haríais muy buena pareja.

—Eso también lo sé, créeme.

—Entonces...

—No queremos las mismas cosas, Colette. Estamos en puntos diferentes.

—¿Alguna vez vas a decirme quién te hizo tanto daño para no querer casarte y formar una familia?

Exhalo con fuerza, soltando sin pensar:

—Fue mi madre. Ella siempre priorizó a los hombres antes que a sí misma. Y me prometí que nunca cometería ese error.

Y mantengo esa promesa.

De momento.

6

Dakota

Mi madre fue una mujer a la que conocí más bien poco. Para empezar, se quedó embarazada de mi hermano siendo una adolescente que no debía de saber muy bien lo que hacía; o puede que sí y le diera igual. La abuela decía que siempre había sido una egoísta, pero, bueno, tampoco es que yo pueda opinar mucho al respecto, la verdad sea dicha. El padre de mi hermano, ese del que ha heredado las acciones de la agencia de publicidad y al que no conocía de nada, la dejó en la estacada en cuanto se enteró de que iban a tener un retoño, y nunca más volvió a dar señales de vida; hasta hace unos pocos meses, claro, que pasó lo del accidente en el que él y su esposa perdieron la vida. Total, que la que se encargó de criar a Jason fue la abuela. La pobre mujer hizo de padre y madre; no solo con él, sino conmigo también. Se dice que de los errores se aprende, ¿no es así? Pues mi madre no lo hizo, porque volvió a cometer el mismo error diez años después, pero esta vez con un vendedor ambulante, y nació yo. Si no hubiera sido por la abuela, que en gloria esté, no sé qué habría sido de nosotros. Casi nunca hablamos de ella, no tenemos mucho que decir. Murió cuando por fin empezábamos a tener algo de relación y a conocerla; cuando por fin parecía que había encarrilado su vida, se la llevó un infarto agudo de miocardio. Yo solo tenía cinco años. Y apenas guardo buenos recuerdos de la mujer que me dio la vida. Lo único que siempre tuve bastante claro fue que ella prefirió a los hombres con los que tropezaba antes que a nosotros y a sí misma. Nunca se valoró lo suficiente. Y a nosotros, muchísimo menos. Hace ya demasiado tiempo que me prometí que eso nunca me pasaría a mí; que nadie, jamás, tendría el poder de hacer que me perdiera a mí misma por enamorarme. No soy como ella y nunca lo seré. Divertirme, siempre. Pertenecerle a alguien hasta ese punto, nunca.

Suspiro, girándome en la cama y poniéndome de lado.

Hace rato que todos estamos acostados, pero no consigo cerrar los ojos para dormir. No debí comentarle a Colette que mi madre tenía la culpa de que fuera como soy. Mencionarla no hace que me sienta bien, al contrario. Nunca me faltó nada, pero no fue gracias a ella, sino a la abuela, ella sí que lo dio todo por nosotros. Esa mujer era increíble y, tanto mi hermano como yo, la adoraremos hasta el fin de nuestros días.

Me sobresalta la vibración del teléfono sobre la mesilla de noche. De hecho, pego tal brinco que casi me caigo de la cama.

—¿Jason? —susurro con el corazón a cien.

—Buenos días, peque...

—¿«Buenos días, peque»? —lo interrumpo enfadada—. ¿Tienes idea de la hora que es aquí? ¿Te has parado a pensarlo siquiera?

—Ups.

Ahogo una exclamación.

—¿No se te ocurre una respuesta mejor, caraculo?

—Lo siento, pero, no, no lo pensé. Estoy esperando a que Brianna salga de hacer una visita guiada por la Mezquita Azul y tenía ganas de hablar contigo.

—Ya, y como Estambul está dentro de la misma franja horaria que Oregón, ¿eh?

Los tortolitos están haciendo un recorrido bastante amplio en su viaje de novios. Un

recorrido que los llevará a visitar unos cuantos sitios en varias semanas.

—¿Tan tarde es? —pregunta.

Suspiro, resignándome a hablar con él. Total, no puedo dormir de todos modos...

—Es la una de la madrugada, Jason. Digamos que tú me llevas unas diez horas de ventaja.

—De verdad que lo siento mucho, peque. Anda, sigue durmiendo, hablaremos en otro momento.

—No importa, ya lo estamos haciendo ahora, ¿para qué esperar?

No le digo que, en realidad, el sueño lleva esquivándome un buen rato el muy cabrón. Y, no, no voy a meter ninguna moneda en el bote, porque ya no soy una niña y no me da la gana; aunque me remorderá la conciencia por ello más tarde, conociéndome...

—¿Cómo va todo por ahí? ¿Chun ha llegado con Isabel y Sebastián?

Se me escapa la risa.

—¿Durante cuánto tiempo más vas a estar llamándole así?

Se ríe él también.

—No lo sé, ¿hasta que me canse?

Pongo los ojos en blanco, aunque no pueda verme.

—Uf, qué crío eres, Jason.

—¿Han llegado o no? —insiste.

—Sí, llegaron al mediodía y ya están instalados en sus correspondientes habitaciones.

—¿Y está todo bien? ¿Qué opina Chun de la parcela colindante?

—Le ha gustado. Dijo que era viable. Y por aquí todo está bien, sin novedad en el frente, salvo que ya no estoy sola.

—Eso me alegra, peque. No me gustaba nada la idea de que te quedaras sola ahí en la granja.

—Archer y Colette viven muy cerca —replico.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Dime que no invitaste a venir a Sebastián y a Isabel porque no querías que entre Hyun y yo...

—Lo que hagáis vosotros dos es cosa vuestra —me corta—. Como tú misma sueles decirme, ya eres mayorcita, así que... Pero sin contarme detalles, ¿de acuerdo?

Resoplo.

—No hay nada que contar al respecto, idiota, solo somos amigos.

—Sí, sí, tú y tus amistades con derecho a roce...

Estando en Seattle, le conté que me había acostado con Archer y con Colette, y se quedó pasmado. Pobre, nunca se le hubiera pasado por la cabeza que su hermana fuera capaz de hacer algo así. Puede que lo haya dejado un poco traumatizado.

Hablamos durante unos cuantos minutos y, ahora que ya sabe que estoy acompañada, parece quedarse tranquilo.

—¿Me llamarás si surge algo? —pregunta antes de colgar.

—Disfruta de la luna de miel, hermanito, no dura para siempre. Y, sí, si algo importante surge, te llamaré, ¿vale?

—Vale. Te quiero, peque, cuídate mucho.

—Igualmente, dale un beso a Brianna de mi parte.

—Lo haré.

La línea se queda en silencio.

Y yo aún tardo un buen rato en quedarme dormida.

Hyun

Me despierto sobresaltado con la alarma del reloj y sin saber muy bien dónde me encuentro, pero solo hasta que escucho cantar a una jauría de gallos ahí fuera.

«¿Y eso existe? ¿Las jaurías no son de perros?».

Y yo qué sé si es la primera vez que me encuentro cara a cara con esos bichos. No tengo idea de animales. Ni de hortalizas. Ni de plantas. Ni nada que se le parezca. Fin de la historia.

«Bandada suena mejor, ¿no?».

Sí, lo que tú digas.

Gruño para mis adentros.

Casi nunca suelo despertarme de tan mal humor.

Echo la sábana hacia un lado de una patada. He dormido como el culo. Un culo muy inquieto, por cierto. Menuda noche. Tantos sonidos extraños... Jamás imaginé que los grillos pudieran dar tales conciertos. Dios, menuda pesadilla. Supongo que solo será cuestión de tiempo acostumbrarme, de lo contrario, sé de uno que lo va a pasar muy muy mal con esto de vivir en el campo.

Bebo de un trago el botellín de agua que tengo al lado de la cama, y sacudo la cabeza intentando despejarme del todo. No tengo muchas ganas de hacer la rutina diaria de ejercicio; no obstante, necesito activarme de alguna manera y eso suele ayudar bastante. Rebusco en la bolsa de viaje, que aún no he deshecho, y saco un pantalón corto y una camiseta. No encuentro la bolsa del calzado y rechino los dientes. La he dejado en el maletero del coche, seguro. Estoy a punto de salir a buscarla cuando suena el teléfono.

Sonrío, frotándome los ojos.

—Hola, Bri —saludo—, ¿cómo va la cosa por Turquía? Porque seguís por ahí, ¿no?

—Sí, estaremos por aquí un par de días más. Y la cosa va de maravilla.

Se nota, sí. Su tono de voz es diferente; risueño, calmado. Enamorarse del granjero, y mandar al carajo las cláusulas del contrato que firmaron antes de casarse, fue lo mejor que pudo hacer. Nunca la había visto tan feliz. Y se lo merece con creces.

—¿Cuál será el siguiente destino? —me intereso.

—Oh, pues no lo recuerdo muy bien, pero creo que Grecia y, después, Italia.

—No tienes ni idea de la envidia más asquerosa que te tengo en este momento —gruño.

—¿Una mala noche? —Quiere saber.

—Malísima —aseguro.

—Los gallos son madrugadores, ¿eh? —dice con retintín.

—No me digas... No me había dado cuenta, graciosa.

—¿Alguna novedad?

La pongo al día de cómo llevo el proyecto de su querido marido; lo que tengo solicitado, lo que haré hoy y las citas que tengo concertadas para el resto de la semana. También le hablo del nuevo contrato firmado para la campaña de la próxima fragancia de su marca favorita, y de que ya tenemos a la modelo ideal para protagonizarla. Por último, le relato los términos de la cancelación de ese otro contrato que los abogados recomendaron rescindir antes de que ella se

exiliara en la granja de su esposo, cuando falleció el mafioso de su padre.

Aparto la cortina y miro por la ventana.

Ni de coña me imagino a Brianna viviendo aquí, sin embargo, lo hace. Y, al parecer, hasta cuida de los animales y demás.

—Veo que lo tienes todo controlado.

—¿Acaso lo dudabas? —me ofendo.

—Lo cierto es que no. Confío en ti por completo, y lo sabes.

Sonrío y digo:

—Pues gracias por ese voto de confianza.

Carraspea.

—¿El reencuentro con Dakota bien?

Suspiro.

—Estaría mintiendo si te dijera que no.

—¿Seguro?

—Seguro, Bri.

—Genial. No hagas nada que yo no haría, ¿vale? Y mantenme informada de todo. Ve enviándome correos o dejándome mensajes. Responderé lo antes posible.

—Tranquila, tú disfruta de la luna de miel con tu marido, que esto está chupado.

—Sí, sí, ya me lo dirás dentro de una semana. —Se ríe—. Dales recuerdos a Isabel y a Sebastián, y un beso a Dakota. Te quiero un montón, Hyun.

—Y yo a ti, Bri. Saluda al granjero de mi parte.

Dejo el teléfono sobre la cómoda y vuelvo a descorrer un poco la cortina para echar otro vistazo al exterior; se ha puesto a llover a cántaros. Adiós a mi salida matutina a correr.

«¿Y ahora qué, si son solo las seis y media de la mañana?».

El barullo de abajo me obliga a abrir la ventana y, al segundo, me quedo con la boca abierta, sin creerme del todo lo que estoy viendo.

¿Qué diablos hace Dakota corriendo detrás de un cerdo? Porque no estoy soñando, ¿verdad?

Me froto los ojos con las manos.

«No, estás más despierto que nunca».

7

Hyun

Cierro la ventana y salgo disparado escaleras abajo. No creo que pueda hacer mucho por ella ni por el bicho, pero algo haré seguro.

«Sí, partirte de risa».

Eso será más tarde, de momento, me enfrentaré a esto a ver cómo va. Mira que correr detrás de un cerdo a estas horas... Menuda energía que se gastan por estos lares.

En el recorrido hasta allí, no me encuentro ni a Sebastián ni a Isabel, y eso es raro de narices; son las personas más madrugadoras que conozco.

Salto sobre la madera y entro en el recinto cercado sin tener ni idea de a qué me enfrento en realidad. Puede que esta sea una de las rutinas diarias y yo me esté metiendo donde nadie me llama, a saber...

El suelo está embarrado y la observo ir de un lado a otro, con la respiración agitada. Creo que está a un tris de quedarse sin aire. Al bicho, sin embargo, para estar tan gordo, no parece afectarle la intensidad de la carrera. Ni de la lluvia.

—Bonita forma de hacer ejercicio tenéis por aquí —digo de forma casual, chorreándome el agua por la cara—. El bicho te lleva ventaja con diferencia.

Frena de golpe, mirándolo a él con las manos apoyadas en las caderas.

El animal tampoco la pierde de vista, supongo que por si acaso.

Dakota coge una honda bocanada de aire antes de hablar:

—Buenos días a ti también, tío gracioso. El bicho se llama Vito Corleone y, al parecer, tiene ganas de que haga con él un montón de picadillo y unos preciosos y sabrosos jamones.

—¿Vito qué? —suelto pasmado.

—Corleone. Le encanta hacerme sudar la gota gorda, al muy cerdo.

Frunzo el ceño.

—¿Llamar «cerdo» a un cerdo es un insulto?

Desvía los ojos hacia mi persona, Dakota, no Vito, y me fulmina con ellos.

—¿Vas a echarme una mano o piensas quedarte ahí disfrutando del espectáculo?

—Pues no sabría decirte, la verdad. No me gusta meterme en movidas ajenas.

—Hyun —advierde—, no tientes a la suerte tú también, con él ya tengo bastante.

—Entendido.

Hago el amago de girarme y largarme para sacarla un poco más de sus casillas y eso; sin embargo, al volver a mi posición inicial, por lo que se ve, con el movimiento he llamado la atención de Corleone, que me observa con mucha atención. Suelta un gruñido, y luego otro, antes de lanzarse a la carrera a por mí.

«¡Mierda, corre!».

Juro que lo intento, pero el miedo me paraliza y no soy capaz de salir por patas de aquí y poner mi vida a salvo. En el último momento, antes de que me embista con esa cabeza gigante, me subo a la cerca y me sujeto con fuerza.

Las carcajadas de Dakota son estruendosas.

«¡Cabrona!».

Este es el segundo mafioso al que le tengo miedo. Y, ahora que lo pienso, su parecido con el padre de Brianna es asombroso. ¿Se habrá reencarnado y por eso ha venido a por mí? Porque yo soy bastante majo y suelo caerle bien a todo el mundo; incluso a los animales, sí. No entiendo este ataque tan gratuito, ni...

—No te muevas —sisea Dakota acercándose con lentitud.

No lo haría ni aunque me pagaran un millón de dólares.

Entre ella y Sebastián, doy gracias a Dios por su aparición inesperada y tan necesaria, consiguen devolver al cerdo a su lugar sin que yo sufra daño alguno.

«Menudo cobarde».

Me ignoro a mí mismo al escuchar el retintín en la voz de Dakota, burlándose:

—Ya puedes bajarte de ahí. Has sido de gran ayuda, gracias.

Aún me tiemblan las piernas cuando lo hago.

—¿Los entrenáis para que sean asesinos en serie o qué coño le pasa a ese bicho? —exclamo con los dientes apretados.

Su risa esta vez no es contagiosa, al contrario, puede que me enfurezca un poco.

—Vito es muy enérgico por las mañanas —explica—. Están acostumbrados a Brianna y conmigo son un poco capullos. Sobre todo él.

Dejo de caminar de golpe.

—¿Brianna? ¿Has dicho que están acostumbrados a Brianna?

—Sí, ella se encarga de las pocilgas desde que vive con nosotros. Eso sí, se coloca una mascarilla rociada en perfume antes de hacer nada.

—¿Una mascarilla?

Asiente y se encoge de hombros.

—Las pocilgas apestan, ya lo verás.

No lo visualizo. No. Ni a mi amiga ahí dentro, cuidando de tanto cerdo, ni la mascarilla cubriéndole nariz y boca. Y mucho menos a mí remplazándola. No, ni de coña. No me haré amigo de los animales, ni voy a susurrar a caballos, ni a ordeñar vacas. Me niego.

—¿Y Sebastián? —pregunto al ver que no nos sigue.

—Tranquilizando a Vito.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Tranquilizándolo? Créeme, yo estoy más nervioso que él. El nombre le va que ni pintado, por cierto.

Se ríe.

—Eso son cosas de mi hermano, que se empeña en ponerles nombre cuando van a terminar como lo hacen.

—¿Y cómo lo hacen?

—¿Muertos y despiezados? No pongas esa cara, esto es una granja, Hyun. Y queremos que sea productiva. Los animales, hortalizas y demás se venden para conseguirlo, ¿no lo sabías?

—Algo había oído, sí.

—Bien. Bonito pijama —señala con guasa.

¿Pijama? ¡Ay, joder! ¿He bajado en pijama a socorrerla?

«Las prisas».

Encima es el más llamativo que tengo, el de Songoku.

¡Tierra trágame!

—¿Cómo es que nunca te había visto uno de esos? —se regodea.

—¿Porque nos lo montábamos en el club y allí no tengo ninguno?

Chasquea la lengua.

—Cierto.

Volvemos a iniciar la marcha, dirigiéndonos a casa, empapados de pies a cabeza y llenos de barro.

—Qué tiempos aquellos, ¿eh? —Suspiro.

—¿Cuáles? —Se hace la tonta.

Me acerco un poco más a ella, rozándonos los hombros para hablarle casi al oído:

—Aquellos en los que nos deseábamos todo el tiempo y nos deshacíamos de la ropa en cuanto cruzábamos la puerta del Vip's. ¿Lo has olvidado? Te encantaba que te acariciara aquí con la lengua —susurro deslizándole el dedo índice por la clavícula—. Y te gustaba aún más que...

—¡Para! —grazna.

Se ha puesto roja como un pimiento morrón y se le ha acelerado la respiración.

«Eso es buena señal, ¿no?».

Sonrío para mis adentros.

Una de la mejores.

Dakota

Solo de imaginarlo, haciendo justo eso, se me calientan la piel y la sangre; por no hablar de esa otra zona que se siente tan abandonada desde que regresé de Seattle.

—¡Para! —ordeno con la voz estrangulada.

«¿Dios, eso ha sonado al graznido de un pato o me lo ha parecido a mí?».

El muy idiota suelta una de esas carcajadas que tanto me gustan.

—No lo has olvidado, ¿eh? Interesante.

—Nada de interesante. Prometiste que dejarías de hacer eso —protesto.

Se detiene a escasos centímetros de mí. Como sigamos así, nos darán las uvas antes de que entremos en casa.

—¿Dejar de hacer qué, exactamente?

—De provocarme.

—No prometí nada y lo sabes, Dakota.

—Sí que lo hiciste. Ayer, poco después de llegar.

Exhala hondo y sonrío de medio lado.

«¡Mierda!».

—Cariño..., nunca hago promesas que no voy a cumplir. Creía que me conocías mejor.

—Que te den, cretino.

Me alejo de él a grandes zancadas, dejándolo, seguramente, muy complacido consigo mismo.

Cierro la puerta detrás de mí, me descalzo junto al perchero y subo las escaleras de dos en dos, más enfadada conmigo que con él. No puedo dejar que me afecte de esta manera cada vez que me hable así. Vamos a pasar mucho tiempo juntos y tengo que mantenerme firme con eso de no volver a cruzar la línea, aunque me provoque de esta manera y me cueste la misma vida, maldita sea. No puede salirse con la suya, de lo contrario, no sé qué será de mí.

Entro en el baño, el único que hay aquí en la planta de arriba, y me quito la ropa mojada antes de lavarme las manos y la cara, que se me ha puesto igual de roja que una granada madura. Ese es el efecto que tienen en mí las palabras susurradas del caraculo ese. Me seco con la toalla y me miro al espejo, alentándome:

—Tú puedes con esto, Dakota, no te rindas.

Inhalo y exhalo, calmando el desenfrenado latido del corazón, que se vuelve a disparar en cuanto abro la puerta.

—¿Qué haces aquí? —gruño entre dientes.

—¿Esperar para entrar al baño?

—Hay otro abajo.

Chasquea la lengua.

—Ya, pero mis cosas están en esa habitación, y quiero darme una ducha antes de desayunar.

Lo fulmino con la mirada.

—Pues todo tuyo. Ojalá te ahogues con el chorro de la ducha.

—No te caerá esa breva.

Lo sé, porque el chorro de agua no tiene la suficiente presión para cargárselo.

—No te pongas chulito o voy a buscar a Corleone y lo planto delante de la puerta.

Alza las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, tú ganas, solo era una broma, mujer.

Sonrío con suficiencia.

—Así me gusta, machito.

Y lo dejo ahí en la puerta, sin decidirse a entrar en el baño por miedo a que cumpla la amenaza.

Qué tonto es.

«Y eso te encanta».

No, no me encanta, me chifla.

Ayudo a Isabel en la cocina, poniendo la mesa y llevando el desayuno a esta.

—Huele de maravilla —le digo.

—Mejor sabrá.

—Seguro que sí.

Me asomo al pasillo y grito:

—¿Hyun, te sirvo el café?

No le gusta tomarlo demasiado caliente, por eso pregunto.

La respuesta afirmativa me llega amortiguada. Ojalá supiera por qué.

Me quedo estupefacta cuando lo veo aparecer pocos minutos después.

—¿Tienes una reunión o algo así? —exclamo.

—¿Por qué?

—Llevas puesto un traje, camisa, corbata y gemelos en los puños.

—¿Y? Siempre me visto así.

—Estás en una granja, Hyun, ¿de verdad quieres usar tu ropa de firma aquí?

Se pone nervioso, toqueteándose la fina y elegante corbata de seda.

—Es la única que tengo.

Me río.

—Estás de broma, ¿no?

—Claro que no. ¿Alguna vez me has visto con ropa casual?

Lo cierto es que no, nunca lo vi vistiendo unos vaqueros ni nada que se le parezca. Desnudo, sí. Con ese otro estilo de ropa, no.

Suspiro y anuncio:

—Esta tarde te llevaré al pueblo de compras. Y ni se te ocurra decir que no. Hasta entonces, te mantendrás alejado de cualquier zona que no esté dentro de estas cuatro paredes, ¿entendido?

Se le curvan los labios hacia arriba y suelta:

—Me encanta cuando te pones tan mandona.

¡Ay, señor, compadécete de mí, porque esto va a ser duro de narices!

Y lo digo en serio. Muy en serio.

8

Dakota

En la granja siempre hay mucho que hacer y la mañana pasa volando. No sé a qué se dedica Hyun todo el tiempo que estoy fuera con los animales y el huerto, pero cada vez que tengo que entrar en casa por algo, lo pillo al teléfono con su traje de firma y sus caros zapatos. Mira que no traer ropa más sencilla a un sitio como este... ¿En qué demonios estaría pensando?

Envuelvo una toalla en el pelo y me seco el cuerpo con otra.

No tenía pensado ir hoy a ninguna parte, no obstante, como aquí el señorito no tiene con qué vestirse, aparte de sus trajes de firma, pues no queda otro remedio.

Me pongo la ropa interior, unos pantalones cortos y una camisa de tirantes, antes de peinarme y echarme crema en la cara y las manos. El trabajo en una granja es duro y, a veces, por mucho que quiera cuidarme y tener la piel de otra manera, es inevitable que me salga alguna que otra dureza, sobre todo en las manos. Por último, me echo algo de perfume y un poco de brillo en los labios.

—Estoy lista, Hyun —anuncio bajando las escaleras—. ¿Te queda mucho?

—Estoy cogiendo la cartera y bajo.

—Revisa bien tus cosas, así podremos comprar lo que te falte.

—Sí, mamá.

—Idiota.

—Te he oído.

—Con esa intención lo dije.

Isabel está en la cocina lavando unas zanahorias y unas judías verdes, la mar de entretenida y tarareando una canción.

—¿Seguro que Sebastián y tú no queréis venir con nosotros? —pregunto por tercera vez.

Cierra el grifo y me mira.

—¿Para qué? Aquí hay de todo, niña, y nosotros no necesitamos nada. Hemos venido preparados. Además, Sebastián sigue en los gallineros revisando la rejilla metálica. Creo que le encanta este lugar.

Le devuelvo la sonrisa.

—¿Y a ti?

—A mí también, claro, me recuerda mucho al sitio en el que me crie. Vendréis para la cena, ¿verdad? —Asiento—. Estará lista a las seis y media. Salteado de verduras y unos filetes de cerdo que había en el congelador.

Se ha hecho dueña y señora de esta parte de la casa; en realidad, de todo en general. Y me da cosilla que insista en que es obligación suya ocuparse de las tareas del hogar.

—Suenas delicioso —digo dándole un beso en la mejilla—. Cualquiera cosa nos llamas, ¿vale? Voy a ver si espabilo a este, porque al paso que vamos...

Me guiña el ojo y sigue a lo suyo.

Salgo al pasillo, al pie de las escaleras, y lo llamo:

—¡Hyun! ¿Quieres darte prisa?

—Ya voy, ya voy.

Escucho sus pasos arriba y enseguida se deja ver.

—Venga ya, ¿te has cambiado de traje? —increpo.

—Tú también. Y te has duchado.

—Llevo todo el día trabajando ahí fuera, ¿esperabas que fuera al pueblo oliendo a sudor y porquería de animales?

—Por supuesto que no. Yo también estaba sudado.

—No lo dudo, pero no has salido de casa. Y podías haberte puesto uno de tus pijamas o la ropa de deporte, ya que estamos...

—Eres una gruñona, Dakota Morgan.

—Lo soy cuando me hacen perder el tiempo.

—Tu tiempo conmigo no está perdido, cielo, y lo sabes.

Gruño por lo bajo y me aparto cuando intenta rozarme el pómulo con el dedo índice.

—Las manos quietas —advierto.

Alza los ojos al techo y suspira.

—Lo que tú digas.

El trayecto al pueblo suele durar diez minutos, siempre y cuando no lleves delante un tractor, como justo es nuestro caso. Hyun va quejándose por todo. Primero lo hace porque no dejo que se ponga al volante y le obligo a sentarse en el asiento del copiloto; nunca ha estado aquí, ¿cómo voy a dejar que conduzca si no sabe en qué dirección vamos?

—Para eso están las indicaciones, listilla, solo tengo que seguirlas —rebato.

Tiene razón, por supuesto, pero no me da la gana y punto.

Sigue con el coche; que si es una tartana y tiene más años que Matusalén; que si nos va a dejar tirados en cualquier cuneta y seremos pasto de los animales...

—Dices de mí, pero me superas, amigo —replico.

—¿De qué hablas?

—No haces más que protestar por todo, Hyun.

—No es cierto.

—Ah, ¿no? Eres un esnob.

Frunce los labios y no dice nada.

«Alabado sea Dios».

Tunner es un pueblo pequeño de dos mil y pico habitantes. No tenemos grandes cosas por aquí, pero sí las suficientes. Algunos bares y cafeterías, dos o tres restaurantes, una farmacia, un consultorio médico... Lo necesario, vamos. Unos cuantos kilómetros más allá, se encuentra la capital del estado, Salem; preciosa y con demasiado barullo; aunque eso no me disgusta. Me encanta ir de vez en cuando y perderme por sus calles y librerías; sobre todo en estas últimas. Los libros son mi perdición, todos los géneros; bueno, todos no, el terror no me gusta, y mis favoritas son las historias de romance con ciertos toques de erotismo.

Entro en el aparcamiento y...

—¿Me traes a un bazar chino a comprarme ropa?

«Y aquí está de nuevo don gruñón».

Suspiro.

—No es un bazar chino, Hyun. Además, no sé por qué te pones así, podrían ser parientes tuyos.

Entrecierra los ojos para mirarme.

—Soy coreano, no chino.

—Para el caso...

—Eres igual que tu hermano.

—Y tú eres igual que un grano en el culo —respondo, aparcando el coche en uno de los huecos libres.

Quito las llaves del contacto y abro la portezuela.

Él ni se mueve.

—¿Vienes o no?

—No pienso entrar ahí a comprar ropa.

—Muy bien, ya lo hago yo.

Salgo decidida del coche, dejándolo con la boca abierta.

Si cree que no soy capaz de cumplir mi palabra, va listo.

«¡Maldito cabezota!».

Hyun

Sigo el movimiento de esas caderas que tanto me gustan y sonrío para mis adentros; sacarla de sus casillas es mi pasatiempo favorito, así que, no, no suelo ser tan capullo como aparento. Me comporto así por el simple placer de verla apretar los dientes y reaccionar a las tonterías que puedo llegar a soltar por la boca.

Cruza las puertas de cristal, y yo detrás, como un corderito bien adiestrado.

Carraspeo, llamando su atención.

Me mira por encima del hombro.

—Veo que has entrado en razón —suelta con guasa.

—No es eso, es que no me fío de ti.

Se le escapa la risa.

—Haces bien en no hacerlo.

—¿A Brianna también la trajiste a comprar a este antro?

—Brianna es más lista que tú y vino preparada para vivir en una granja. De hecho, no tuvo ningún reparo en quitarse sus finísimos zapatos de tacón y calzarse unas katiuskas para ayudarme en las pocilgas. No como otros, que echan a correr en cuanto un pobre animalillo se les acerca.

—Ese bicho quería comerme.

—Créeme, no serías su plato favorito.

—¿Y el tuyo?

Se gira de golpe, obligándome a frenar el paso.

El rubor le cubre las mejillas y me encanta.

—No empieces —advierde.

—Solo era una pregunta inocente, mujer, no te pongas así.

Me fulmina con sus preciosos ojos color café.

—Los platos favoritos se vuelven empalagosos cuando se repiten tanto, ¿lo sabías?

«La madre que la parió».

Sí, esta mujer tiene respuesta para todo.

Pero yo también.

—No vi que ese fuera tu caso en Seattle. Al menos no escuché que te quejaras...

—Que no lo escucharas no significa que no lo hiciera.

Nos miramos a los ojos con intensidad.

Una muy potente y cargada de... ¿anhelo? ¿Deseo?

Por mi parte, para ser sincero, admito que ambas.

—Pues siempre venías a por más... ¿Eres masoquista o algo así?

Me distrae con la lengua humedeciéndose el labio inferior.

—Sí, algo así —murmura.

—¿Tienes hambre ahora?

—Eso te gustaría, ¿verdad?

Me acerco tanto que inhalo el olor de su piel, antes de responder:

—¿Tú qué crees?

—Creo que este tema quedó zanjado en Seattle, Hyun. Los dos estuvimos de acuerdo, ¿recuerdas?

Claro que lo recuerdo. Y ahora lamento haber sido el de la puta idea del pacto de las narices. Sí, lo sé. Ella quiere unas cosas, y yo, otras; pero podríamos divertirnos juntos mientras llegan, ¿no?

—¿Es por el tal Archer? —inquiero sin poder evitarlo.

—No hay nada entre Archer y yo. Igual que no hay nada entre tú y yo.

—Podría haberlo —sugiero.

Asiente con la cabeza.

—Podría, sí, pero no pasará.

—Dakota...

—Por favor, Hyun —ruega, interrumpiéndome—, déjalo estar y no insistas.

Juro que vine a este lugar mentalizado de que dejar las cosas como estaban era lo mejor. Que lo importante era que la unión y el buen rollo que compartimos en Seattle siguiera intacto y no hubiera malos entendidos entre nosotros. No los hay y todo está bien; no obstante, no entiendo muy bien por qué parezco una veleta pensando unas cosas y haciendo otras totalmente diferentes. ¿Es que se me ha ido la olla o qué me pasa?

«Puedes hacerlo. Puedes mantenerte en tu lado de la línea».

Por supuesto que puedo, joder.

—¿Hyun?

Parpadeo.

—Vale, lo dejo estar.

«¿De momento?».

—Gracias.

Retrocedo, guardando las distancias.

—¿Vamos?

Recorremos juntos los pasillos de ropa masculina. Ni siquiera me fijo en lo que vamos echando en el carrito metálico: pantalones, camisetas y sudaderas. Me da igual, la verdad, estoy demasiado ocupado dándole vueltas a todo. Digo que quiero casarme, ese es mi deseo, y, sin embargo, no estoy haciendo nada para llegar a cumplirlo. Estoy demasiado ocupado para tener citas y eso debe cambiar.

Paseo la mirada por el gran almacén, o lo que quiera que sea esto, porque aquí dentro hay de todo un poco, fijándome en las mujeres que nos rodean; ninguna me llama la atención lo suficiente como para atreverme a dar el paso que me acerque a ella. Salvo una. Y acepté dejarlo

estar.

«Tienes que intentarlo».

Sí, tengo que hacerlo, de lo contrario, me quedaré para vestir santos. Ninguna mujer va a llamar a mi puerta pidiéndome matrimonio.

«Eso es porque no te conocen».

Exacto. Y no puedo estar babeando detrás de Dakota todo el tiempo; eso no nos llevará a ninguna parte. Hoy mismo crearé un perfil en una de esas aplicaciones de citas, a ver cómo resulta el tema.

«¿Decidido?».

Decidido.

Pago en la caja todo lo que nos llevamos, incluso un par de cosas que ella ha cogido para sí, y cargo con las bolsas hasta el coche.

—¿Sigues en pie tu ofrecimiento de encontrarme esposa? —le pregunto de sopetón.

Se le caen las llaves de las manos y la cartera.

Enarco una ceja.

«Interesante».

Mucho.

9

Hyun

Los primeros días en la granja son un poco complicados. Me cuesta acostumbrarme a la rutina de aquí y por eso creo una propia. Madrugo un montón, y sin que haga falta que ponga una alarma ni nada por el estilo. La misma naturaleza se encarga de ello; que se lo pregunten a los gallos si no. Por mucho tiempo que llegue a pasar en este lugar, no creo que me haga muy fan de ellos ni de su forma de cantar. Son un incordio, pero es lo que hay. Nunca entenderé que Brianna decidiera cambiar Seattle por este rincón perdido de la mano de Dios, la verdad.

«El amor...».

Sí, eso debe de ser.

Lo dicho, creo una rutina propia en la que salgo a correr unos cuantos kilómetros, conociendo los alrededores del pueblo; espóiler: no hay un alma y, por ende, nunca me encuentro con nadie en el recorrido. Cuando regreso, me quedo en la parte de atrás de la vivienda y hago algunas flexiones, abdominales y sentadillas; por último, unos buenos estiramientos y una ducha. Para ese entonces, Dakota, Isabel y Sebastián ya pululan por la zona haciendo sus cosas; solemos desayunar todos juntos, también comer y cenar; es el momento en el que solemos ponernos al día de todo.

Giro a la derecha y aligero las zancadas.

Los primeros pasos para poner en marcha el proyecto de Jason están dados. El perito agrario vino a evaluar la zona a finales de la semana pasada, como acordamos, quedando en enviarme los informes cuanto antes. Informes que necesito para demostrar ante la junta directiva de la agencia de publicidad que se invertirá el dinero en algo productivo y real. Aunque, bueno, ahora el dinero es de ambos dueños y pueden utilizarlo en lo que les dé la real gana; no obstante, así decidió Bri que se hicieran las cosas, y yo solo cumplo órdenes. Digamos que son puros trámites burocráticos para que no haya lugar a dudas.

Enfilo el último tramo de la carrera.

Lo de la licencia de obra, sin embargo, no va según lo planeado. De momento, no nos la han concedido y no logro comprender el porqué, si se cumplen todos los requisitos de la solicitud. Hoy tengo una reunión en el ayuntamiento con la Junta de Portavoces del pueblo, para que me lo expliquen bien y así poder subsanar cualquier error cometido.

Ralentizo la marcha y rodeo la casa.

En cuanto a la apuesta con Dakota, pues no tengo muy claro qué decir al respecto. Tras caérsele las llaves y la cartera, y recuperarlas, dijo que sí, que seguía en pie su ofrecimiento, por lo que he creado varios perfiles en aplicaciones de citas serias, no solo en esas en las que se queda para mantener relaciones sexuales; que, si caen, oye, bienvenidas sean, todo hay que decirlo. Y, como estaré por esta zona algún tiempo, el radio de kilometraje para encontrar a alguien que pueda interesarme no es muy amplio que digamos, pero ya he recibido más de uno de esos «me gusta», y he devuelto alguno. También dijo que me llevaría de caza al pueblo y que me presentaría a todas las mujeres disponibles. Parece habérselo tomado muy en serio, y todavía no tengo muy claro si eso me agrada o me disgusta.

Hablando de apuestas..., apostaría por lo último.

No hemos establecido cláusulas ni reglas, pero sí un premio. Si consigue que me enamore de alguien, durante el tiempo que permanezca aquí, y le proponga matrimonio, le pagaré un viaje a París, su ciudad favorita del mundo, con todo incluido.

«¿Y si no lo consigue?».

Si no lo consigue, seguiré soltero, pero seguro que me lo habré pasado genial en el proceso. En realidad, debo confesar que mi intención al aceptar el juego no es otra que pasar más tiempo con ella. ¿Quién dice que, en el transcurso de algunas semanas, por unas razones u otras, no estemos los dos en el mismo punto? ¿Quién dice que no...?

—Aquí estás, por fin te encuentro. —Su voz me sobresalta y pego un brinco en el suelo, donde estoy tumbado estirando.

Su cara, del revés, es lo que veo al abrir los ojos.

—Tu teléfono ha estado sonando un montón desde que saliste a correr y me he tomado la libertad de cogerlo, por si era algo urgente.

—¿Y lo era? —pregunto con la respiración más calmada.

—No lo sé, Aaron dijo que te volvería a llamar.

Frunzo el ceño.

—¿Aaron?

Qué raro, solemos hablar mucho en el club y eso, pero no suele llamarme nunca.

—¿Segura que era Aaron? —insisto.

—Claro que estoy segura, lo dijo él.

¿Está molesta o son imaginaciones mías?

—¿Y va a volver a llamar?

Resopla, impaciente.

—¿Acaso estás sordo?

«Sí, está molesta».

Sonrío sin querer.

—Dile que la próxima vez llame a una hora más razonable —advierte antes de largarse.

«¿Está mosqueada por la llamada en sí o por la hora?».

Ojalá lo supiera, pero no es el caso.

Me seco el sudor de la frente y la sigo al interior de la casa sin volver a cruzarme con ella. No lo hago hasta un buen rato después, en el desayuno. Y ya parece más relajada.

«¿Tú crees?».

Pues ahora que la tengo delante no sabría decirlo, para qué engañarnos.

Se me escapa la risa.

Craso error.

Dakota

Como si no tuviera bastante que hacer, que ahora también soy recadera y cojo las llamadas de teléfono de este caraculo. ¿Desde cuándo Aaron y él son tan amigos? No recuerdo que hubiera una relación tan estrecha entre ellos cuando estuve en Seattle. A lo mejor se me pasó por alto, pero suelo ser bastante observadora con todo, y no vi ninguna señal de amistad profunda o algo así.

«¿Por qué te molesta tanto que haya llamado? ¿Crees que alguien lo echa de menos en el club ese?».

Ni lo sé ni lo quiero saber.

«Claro, claro, lo que tú digas, amiga».

¿Estoy hablando conmigo misma o con Colette? Porque tengo la impresión de que es ella la que está dentro de mi cabeza bombardeándome a preguntas, maldita sea.

Exhalo con fuerza.

Dejo el plato con las tostadas con demasiada fuerza sobre la mesa, y voy a por el café y la leche, consiguiendo que esta última se derrame un poco encima de un par de tostadas.

A Hyun se le escapa la risa y lo ametrallo con la mirada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquiero sentándome en la silla de enfrente.

Sebastián e Isabel se nos unen en silencio, dirigiendo la vista a uno y a otro.

—Nada, solo que pareces muy... enérgica esta mañana, ¿no?

Enérgica, dice, a que le arreo un puñetazo y le borro la sonrisa de golpe.

—Dormía plácidamente cuando tu teléfono empezó a sonar con demasiada insistencia.

Mira su teléfono, negando con la cabeza.

—¿Dormías plácidamente a las seis y cuarto de la mañana? ¿Tú, que te levantas a las cinco y media? Permíteme que lo dude —suelta con retintín.

Capullo, lleva poco más de una semana aquí y ya se sabe mi rutina al dedillo.

Aprieto los labios y luego replico:

—Tengo derecho a que un día se me peguen las sábanas, ¿no crees?

Chasquea la lengua.

—¿Y ese día ha sido justo hoy?

—Sí, justo hoy, ¿pasa algo?

—Qué casualidad.

Sebastián carraspea, interrumpiéndonos.

¿Qué demonios me pasa? Me estoy comportando como una idiota y yo no soy así.

«Anoche te costó conciliar el sueño».

Como todas las noches últimamente, así que, sí, debe de ser eso.

«Seguro que lo es».

Sin ninguna duda.

—¿Hoy es la reunión en el ayuntamiento? —Quiere saber Sebastián.

Mierda, me había olvidado de la reunión con la Junta de Portavoces del pueblo, por eso Hyun se ha puesto el traje de tres piezas; empezaba a acostumbrarme a verlo con ropa más casual; que, por cierto, vaya cómo de bien le sientan a ese cuerpo los vaqueros y las camisetas un poco ajustadas.

—Sí, hoy a las nueve, pero no necesito que me lleves, por si ibas a ofrecerte.

—¿Acaso sabes dónde está el ayuntamiento? —exclamo con ganas de burlarme de él.

Espira, untando mantequilla en la tostada que tiene en la otra mano, sin mirarme.

—Mujer, no creo que sea muy difícil llegar hasta allí. El pueblo tampoco es tan grande y tonto no soy.

Bebo de la taza y digo con sorna:

—Permíteme que esta vez sea yo la que dude de eso último.

Entonces sí me mira, y no me sorprende el cosquilleo que me recorre la columna vertebral, todo lo contrario.

Sin embargo, no es a mí a quien habla, sino a Sebastián.

—¿Te importa que me lleve el coche de Brianna?

—Para nada —niega el buen hombre—, sabes que puedes usarlo cuando quieras.

—Gracias. ¿Qué arreglarás hoy?

Esa pregunta me excluye de la conversación. No solo a mí, también a Isabel que, no sé por qué motivo, sonrío de esa forma al mirarnos.

A saber qué se le estará pasando por la cabeza a la pobre mujer.

Veinte minutos después, la ayudo a recoger la mesa y a llevar los platos sucios, cucharillas y tazas al fregadero mientras elaboro una lista mental con todas las cosas que he de hacer hoy, que no son pocas; aquí siempre hay mucho por hacer, aunque no lo parezca.

Subo a lavarme los dientes y a recoger el pelo en una cola alta.

Hyun me intercepta en el pasillo.

—Por si te interesa, Aaron llamó para recordarme que está a punto de caducar mi suscripción al club.

Ladeo la cabeza un poco, buscándole los ojos y cruzándome de brazos.

—¿Y por qué iba a interesarme tu vida, Hyun?

Se encoge de hombros.

—También quería saber si estaba dispuesto a apuntarme a la subasta benéfica que cada año organiza el club. Los hombres subimos al escenario y las mujeres pujan por nosotros —explica como si nada—. El dinero recaudado se dividirá entre varias organizaciones.

—¿Y estás dispuesto? —pregunto sin poder evitarlo.

Se me ha puesto un nudo en la garganta de repente.

—Veo que eso sí que te interesa —se regodea.

—Es simple curiosidad, nada más.

Gira sobre los talones, dirigiéndose a su habitación, sin darme una respuesta.

Y eso me repatea.

Estoy bajando las escaleras cuando me llama:

—¿Dakota?

Alzo la cabeza con los dientes apretados.

—¡Qué! —gruño.

—Le he dicho que no cuenten conmigo.

Y el nudo de la garganta desaparece de un plumazo.

¡Zas! Por arte de magia.

10

Dakota

Me preocupo al ver que va pasando la mañana y que Hyun no llega de su reunión en el pueblo. Tenía que haber ido con él y no dejarlo solo. A ver, no, tonto no es, pero ¿y si le ha pasado algo en el camino? No hay nadie en unos cuantos kilómetros a la redonda y tampoco es que suela pasar gente a diario, la verdad; si está tirado en una cuneta o se le ha estropeado el coche, pues nadie podrá socorrerlo a no ser que ocurra un milagro.

«¿No lo ves capaz de venir andando?».

Sí que lo veo, sin embargo, no sé, no puedo evitar preocuparme al pensar que algo malo le ha sucedido.

«Seguro que no es nada».

Puede ser, sí. En nuestro ayuntamiento pasa igual que cuando uno va al médico; sabes a la hora que entras, pero no a la que sales.

Me limpio el sudor de la frente con el dorso del brazo.

Las malas hierbas me lo están haciendo pasar mal y me cuesta arrancarlas; hasta tengo las manos doloridas de tirar por ellas. Después de ocuparme de las vacas, mientras la ordeñadora hace su función, de limpiar el gallinero, echarles de comer a las gallinas y cargar los bidones con agua fresca, se me ha ocurrido la genial idea de arrancar las malas hierbas de los bordes del huerto que solemos tener como uso exclusivo para nosotros. La peor idea que se me podría ocurrir, no obstante, y para qué mentir, prefiero tener la mente ocupada y no imaginándose a ese caraculo por ahí medio moribundo.

«No es un niño. Sabrá cuidarse solo».

Ya, veremos.

Aguanto media hora más con las rodillas clavadas al suelo, arrancando aquí y allá, con demasiada fuerza y bastante brío.

—Respira hondo y tómate un descanso, anda.

Colette llega con una jarra de algo helado y unos vasos.

Me incorporo un poco, limpiándome las manos en la ropa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida—. Te hacía con Archer camino de la ganadería de los Corbett.

—Al final fue solo. Como una de las vacas está a punto de parir, ya sabes, pensamos que era mejor no dejarla tanto tiempo sin supervisión.

Los Corbett tienen la mejor ganadería del condado de Douglas, a dos horas de camino del nuestro. Ellos fueron quienes nos vendieron parte de los animales que hay en nuestra granja.

Termino por incorporarme del todo, acercándome al tocón de madera, y que a veces usamos como mesa, donde mi amiga ha colocado la jarra y los vasos.

La propia casa nos cobija de este sol abrasador de noviembre. Sigo sin comprender cómo es posible que nos estemos muriendo de calor en esta época. Luego vendrá el frío, claro; y lo hará sin avisar, de golpe y porrazo.

¡Maldito cambio climático!

—Isabel me dijo que estabas aquí detrás muy ocupada.

—Sí, hace rato que estoy limpiando esto.
Me sirvo un vaso de limonada.
—Parecías muy concentrada. ¿Va todo bien?
Se sienta en el suelo, recogiendo las rodillas y apoyando los brazos en ellas.
Su mirada es insistente.
—Hyun se fue hace horas al pueblo, tenía una reunión en el ayuntamiento.
—¿Y estás preocupada?
Suspiro y bebo antes de responder:
—No puedo evitarlo. —Sigo bebiendo—. Madre mía, esta limonada está buenísima.
—No te olvides de decírselo a Isabel. ¿Por qué no le llamas? Me refiero a Hyun, sí, no me mires así. Tiene teléfono, ¿no? Así saldrías de dudas.
Entrecierro los ojos, negando con la cabeza.
—¿Y que luego se burle de mí por preocuparme? No, gracias.
Se le curvan los labios, burlones.
—Entonces, ¿lo mejor es parecer indiferente o algo así?
—Sí, algo así.
Me siento a la vera del otro extremo del tocón.
—Pero no lo entiendo, ¿no se supone que sois amigos? —Asiento—. ¿Y los amigos no se preocupan unos por otros?
Alzo los hombros.
—Supongo.
—Ya veo...
—¿Qué ves?
—Lo que te pasa.
—Ah, ¿sí?
Sirve más limonada y agacha la mirada.
—Sí, quieres parecer indiferente por miedo a que él piense que no solo lo ves como un amigo, ¿me equivoco?
—¿Por qué crees algo así? —inquiero con la voz un poco aguda.
Exhala despacio.
—Porque yo hago exactamente lo mismo con Archer.
—Tú estás enamorada de Archer, Colette, yo no lo estoy de Hyun.
«Ni quieres estarlo».
Exacto.
Sus ojos se achinan y sonrío de una forma rara.
—¿Qué? —exclamo.
—Nada, nada, que tienes toda la razón del mundo. Por cierto, ¿cómo va la búsqueda de esposa? ¿Habéis programado ya alguna cita? Porque con lo bueno que está, digo yo que no os costará encontrar a una mujer dispuesta a quedar con él, ¿no? Yo lo estaría...
—No digas tonterías —mascullo.
—Lo digo en serio.
A que le agarro ese mechón de pelo que se le acaba de soltar de la trenza y se lo retuerzo...
Ella y Archer tienen que estar juntos. Punto.
—¿Por qué no lo apuntas al maratón de baile? Es dentro de unas semanas y la recaudación este año será para los Jordan. Se les ha quemado el granero y necesitan uno nuevo.

Ostras, es verdad, no me acordaba del maratón de baile que se suele hacer en el pueblo por esta época, después de la fiesta de las calabazas.

Sonrío de oreja a oreja.

—Qué gran idea, Colette, ¿cuándo podemos apuntarnos?

—La suscripción ya está abierta en la página web del ayuntamiento.

Bato las palmas como una niña pequeña, emocionada.

Es un buen plan para que Hyun conozca mujeres de su edad y quieran lo mismo que él.

«¿Y las que solo busquen un revolcón?».

Gruño para mis adentros.

Prefiero no pensarlo.

Hyun

Lo primero que hago al salir del ayuntamiento es buscar una farmacia y comprar una caja de aspirinas. Ahí dentro me han puesto la cabeza como un bombo que no deja de golpearme las sienes con insistencia, volviéndome loco. Y todo por un mísero error, que aún no tengo muy claro que de verdad exista. En cuanto me tomo un par de estas pastillitas blancas, llamo a Brianna.

—¿Puedes pedirle a tu marido que se ponga? —grazno al escuchar su voz.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan alterado?

Espiro con fuerza.

—Nos han denegado la licencia de obra para la construcción de los invernaderos de policarbonato.

—¿Qué? ¿Por qué?

Camino como una fiera enjaulada, de un lado a otro, por el aparcamiento público del pueblo.

—Eso me gustaría a mí saber, por eso necesito hablar con Jason. ¿Puede ponerse o no?

—Relájate un poco, ¿quieres?

—No, no quiero. Al menos hasta que hable con él. Necesitamos esa licencia si queremos que el proyecto arranque, Bri.

—Lo sé, pero no se solucionará porque te pongas así, y lo sabes.

Inspiro hondo y trato de volver a soltar el aire despacio, varias veces.

—¿Mejor?

—Ni de puta coña, pero, oye, lo he intentado.

—Lo que tú digas —murmura y, luego, grita—: ¡Amor, es para ti!

Pongo los ojos en blanco, con dolor de oídos.

«¿Amor? ¿En serio?».

Lo sé, son más empalagosos que comer una tonelada de algodón de azúcar con las manos, qué le vamos a hacer.

—¿Qué pasa, Chun?

Sonrío a mi pesar.

Sigue haciéndome gracia que me llame así, y no tengo idea de por qué.

«¿Porque ahora tú haces lo mismo que el tal Abner?».

No creo que sea por eso, pero, bueno, no lo descarto del todo, ¿eh?

Le explico a Jason lo que ha pasado en el ayuntamiento con la solicitud de la licencia y la de vueltas que me han hecho dar para conseguir una nueva solicitud, que ahora llevo guardada en una carpeta de cartón que me ha costado dos dólares.

¡Ladrones!

—¿Me explicas otra vez por qué no dieron la solicitud por válida?

Resoplo.

—Porque en el apartado de solicitante solo se puso uno de tus nombres, el de pila, y, al parecer, hay un segundo.

—No lo hay.

Me quedo clavado en el sitio.

—¿Cómo que no lo hay? —inquiero alzando la voz de nuevo.

—No que yo sepa. De hecho, mi documento de identidad así lo atestigua.

Me meso las sienes con la mano libre.

—¿Y qué me dices de la partida de nacimiento?

Se queda pensativo y, luego, chasquea la lengua.

—No lo recuerdo, pero tiene que estar metida en alguno de los cajones del cuarto pequeño. El que usaba la abuela para coser y guardar trastos.

—Genial —rezongo por lo bajo.

—Pídele a Dakota que te ayude a buscarlo.

—Eso haré, sí.

—Siento no haber sido de más ayuda, Chun, de verdad.

—Más lo siento yo, que parezco una peonza dando vueltas de un lado a otro. Te llamaré si la encuentro.

—Gracias por todo.

—De nada, hombre, para eso estamos.

«¿Eso era ironía?».

No, pero me da igual que haya sonado así. Estoy cabreado y es lo que hay. No pienso disculparme por ello.

Entro en la cafetería de la esquina, la que está al lado de la librería, y pido un café para llevar. La camarera, una mujer con buenas curvas y una sonrisa resplandeciente, coquetea conmigo mientras me lo sirve y me cobra.

En la tapa del vaso ha anotado su número de teléfono.

«No tires el vaso para que lo vea Dakota».

No tenía pensado hacerlo.

«Así me gusta».

Entrechoco unos cinco imaginarios y subo al coche, no obstante, no me pongo en marcha hasta terminar el delicioso café.

Llego a la granja pasadas las tres de la tarde, ya más calmado.

Y agotado.

La mayoría de las veces me puede más el cansancio mental que el físico.

Dakota me espera en la puerta de entrada.

Y sus ojos echan chispas.

—Así que estás vivo... —pronuncia.

Ladeo la cabeza con el ceño fruncido.

—¿No debería estarlo?

—Llevas horas fuera de casa.

—Lo sé.

—Ni una llamada y tampoco un mensaje. ¿Qué coño te pasa, Hyun?

Me río, sacándola un poco más de sus casillas.

—Para no querer ser la esposa de alguien, haces bastante bien el papel, ¿lo sabías?

Gruñe, haciéndose a un lado, y dejándome pasar.

Le hago un pequeño resumen de lo que ha sido parte de mi día en el pueblo y en la reunión de las narices.

—Entonces, ¿no has solucionado nada?

—No. Hay que volver a enviar la solicitud, pero, antes, tenemos que buscar la partida de nacimiento de tu hermano para cerciorarnos de que no tiene un segundo nombre.

—Pues qué bien...

—Ya. ¿Y qué has hecho tú?

Desvía la mirada al cuadro de la pared. Bastante feo, por cierto.

—Ah, esto... Te he inscrito en el maratón de baile del pueblo.

Carraspeo.

«¿Que ha hecho qué?».

11

Hyun

¿He oído maratón y baile en la misma frase? No, deben de ser imaginaciones mías o un efecto secundario de las aspirinas que me tomé hace un rato. Dakota no se atrevería a inscribirme en algo así sin consultármelo primero, ¿verdad?

«¿Tú qué crees?».

Apoyo una mano en la barandilla de la escalera, hasta que consigo que sus ojos me vuelvan a tener en el foco de atención.

No hablo.

Y se pone nerviosa. Mucho. Incluso se muerde los labios y, después, algún padraastro imaginario que le ha salido en alguna parte del dedo pulgar.

Sigo sin romper el silencio.

Lo hace ella.

—Me pareció buena idea —trata de explicarse.

—¿Qué te pareció buena idea, exactamente?

—Ya sabes, lo del maratón de baile y eso.

—¿Con «y eso» te refieres a mi participación en él?

—En realidad, es una tontería, nada de otro mundo y seguro que te lo pasas bien.

—No me has preguntado al respecto, Dakota.

—A ver..., que no es igual que la subasta esa que rechazaste del club. En esto no hay nada sexual, solo se baila durante unas horas y se recauda dinero para ayudar a algún vecino. En este caso, a los Jordan, que su granero se ha quemado hace poco y necesitan construir uno nuevo. Esta es nuestra manera de contribuir a...

—Pues apúntate tú —la interrumpo.

—Lo he hecho.

Entrecierro los ojos, llevando ambas manos a las caderas.

—Ah, ¿sí?

—Claro, siempre que puedo lo hago.

«Eso cambia las cosas, ¿no?».

Solo un poco.

—Además —continúa—, participando en el maratón de baile, podrás conocer a varias mujeres sin necesidad de dar «me gusta» en una aplicación. ¿Lo has pensado?

Lo cierto es que no. Conocer mujeres es lo que menos se me había pasado por la cabeza ahora mismo, para qué decir lo contrario.

«Esta chica está en todo».

Ya te digo. Parece tener ella más prisa en casarme que yo mismo.

—¿Dónde está el cuarto en el que tu abuela cosía?

Frunce el ceño, como si no supiera de qué hablo. Que no lo sabe. Es lo que tiene dar un vuelco inesperado a la conversación.

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Acaso vas a confeccionarte un vestido de baile?

«¡Ja, qué graciosa, hombre!».

Suspiro.

—Necesito encontrar, cuanto antes, la partida de nacimiento de tu hermano. Él me dijo que vuestra abuela guardaba en ese cuarto las cosas y los documentos importantes.

Se ríe.

Y, conociéndola, creo saber por qué.

—Dakota Morgan, ¿me estás imaginando con un vestido de baile? —mascullo entre dientes.

Asiente a carcajada limpia.

—Lo siento, la imagen surgió sin más y...

—¿El cuarto, Dakota? —Mi paciencia se resquebraja, sobre todo cuando se están riendo de mí.

—Perdón, sí, al fondo del pasillo, la puerta de enfrente.

—Gracias.

Giro sobre los talones y salgo disparado en esa dirección, con ella detrás, por supuesto. Al final voy a terminar cabreándome. Hoy no es un buen día para que me busque las cosquillas y el bocinazo que puedo darle no le va a gustar nada de nada.

Ambos entramos en el cuarto, pequeño y lleno de cachivaches y de polvo.

Toso con fuerza y estornudo.

—¿Cuánto hace que no entra nadie aquí?

Se queda pensativa y, luego, responde:

—Jason no sé, pero yo no lo hago desde que murió la abuela, así que...

—Vale, demasiado tiempo —zanjo.

Me acerco a la única ventana que hay y hago fuerza sobre el pestillo, que me cuesta lo mío descorrerlo para abrir las hojas de par en par. Ni hablar de lo que puedo sudar hasta que llega a entrar aire por la puñetera ventana.

Miro a mi alrededor, con más ganas de morirme que de ponerme a buscar nada. Esto es un puto desastre y no sé por dónde empezar. Y, por lo visto, ya que pasea la vista por las mismas paredes que yo, Dakota tampoco.

«Habrá que tomárselo con calma».

Qué remedio, sí.

Me quito la chaqueta del traje, que la dejo por ahí en cualquier lugar, y remango las mangas de la camisa hasta los codos. No me pasa desapercibida la mirada de Dakota, como si le gustara lo que ve.

«Y eso te encanta».

¿Y a quién no?

Empiezo por dejar libre de trastos la única mesa que hay en el cuarto, al menos que se vea. Mi intención es ir abriendo cajas sobre ella y hacer montones con los papeles que vayan saliendo de estas. Los demás trastes pueden esperar.

Acabo de empezar y ya estoy lleno de polvo.

Qué mierda.

Dakota se dedica a contemplar, ensimismada, recortes de tela y de fotografías de revistas que hay en un corcho, en la otra pared. No es hasta que la escucho sorber por la nariz que me percató de que está llorando. Y no soporto ver llorar a una mujer. Mucho menos a una que me importa.

Por eso intervengo, anunciando:

—No sé bailar.

Se limpia las lágrimas con disimulo y, sin girarse del todo, inquiere:

—¿Perdona?

Alzo la vista hacia ella, que está de pie y yo sentado en una silla antiquísima e incómoda.

—Me has apuntado a un baile y no sé bailar, Dakota, a eso me refiero.

«¿No sabes bailar?».

¡Cállate!

—Ah, eso... —murmura—. ¿Te burlas de mí?

Niego con la cabeza.

—Ni un ápice.

—Pero ¿cómo no vas a saber bailar, Hyun?

—No me gusta.

—Pues el baile es dentro de unas semanas, tienes que aprender.

—¿Y quién va a conseguir tal milagro?

—Yo misma —se ofrece sin pensarlo.

—¿Tú?

—¿No me crees capaz?

No hay rastro de lágrimas y su sonrisa resplandece.

«Eres un fenómeno».

¿Lo dudabas? Porque yo no.

Dakota

No sé por qué, pero la idea de enseñar a Hyun a bailar me entusiasma; incluso me ha dado un subidón de la leche. Hace unos minutos, lloraba recordando a la abuela y, ahora...

«¡Un momento!».

Inclino la cabeza, observándolo bien. Sí, parece bastante satisfecho consigo mismo, lo que me hace creer que mi sospecha no va tan desencaminada.

—Lo has hecho para que dejara de llorar, ¿verdad?

Sigue removiendo papeles y más papeles, ignorándome.

—¿Hyun? —insisto.

—La partida de nacimiento de tu hermano no va a buscarse sola, Dakota.

—¿Lo has hecho para que dejara de llorar?

Sonríe de medio lado.

—No sé de qué me hablas.

—Oh, sí, ya creo que lo sabes. Te vas a enterar cuando...

—Deja de protestar y háblame de ese maratón de baile, anda.

«La mujer que consiga a este hombre...».

Sí, se llevará un gran tesoro.

Ahí donde lo ves, haciéndose el loco y, a veces, el duro, no es más que un trozo de pan; siempre dispuesto a ayudar a los demás sin pedir nada a cambio. Y qué suerte la mía conocerlo y ser su amiga.

«¿Con derecho?».

Ya no.

Voy hacia el armario de la izquierda, donde la abuela guardaba las bobinas de hilo, agujas, alfileres y las cintas de rematar, y me pongo de puntillas para alcanzar una caja grande de plástico; sin embargo, por mucho que me estiro no... De repente, lo noto; es el pecho de Hyun, que se me pega a la espalda a la vez que alza el brazo por encima de mi cabeza, alcanzándola él por mí. Y no parece tener prisa por volver a su sitio.

«Ay, Dios...».

El corazón se me dispara, latiendo a lo loco.

Y contengo la respiración.

He tenido las manos pegadas a ese torso duro infinitas veces; no solo las manos, también la boca; por no hablar de los surcos que mi lengua se ha permitido el lujo de dibujar y reseguir, una y mil veces.

Se me escapa un jadeo.

Para mi desgracia, uno muy involuntario. Y sonoro.

—¿Estás bien?

El timbre de su voz me pone en funcionamiento el riego sanguíneo; como si hasta ahora no hubiera circulado por él ni gota de sangre.

«¡Qué tontería!».

Eso mismo digo yo, sin embargo...

—¿Dakota?

Trago saliva, asintiendo.

—Estoy... Estoy bien —balbuceo.

—¿Seguro?

—Ajá.

Es entonces cuando siento correr el aire entre su pecho y mi espalda; no obstante, tardo unos segundos en recuperar el control de mí misma, aunque no del todo; el corazón no late, brinca, dando golpetazos a diestro y siniestro.

«Por los pelos, ¿eh?».

No quiero ni pensarlo.

Me niego.

—Voy a por un café, ¿quieres algo? —casi chillo, llegando a la puerta.

Sonríe.

—Una tila. Y que sea doble, por favor.

Mierda, mierda, mierda. Esto no debería de estar pasando. No debería de sentirme así por un simple contacto. Es de locos una reacción como esta por mi parte. Necesito respirar. Y agua. Mucha agua. A poder ser, helada.

Abro la ventana de la cocina de par en par y asomo la cabeza, cogiendo aire a bocanadas gigantes. Puede que esté exagerando, pero mi corazón se ha desbocado y no suele hacerlo a la ligera; lo conozco bien.

Inspiro y espiro, ralentizando, al fin, el tamborileo del corazón.

«Bien, eso está mejor».

Sí, mucho mejor.

Sonrío a mi pesar. Creo que acabo de parecer una completa desquiciada. Me he asustado y, seguramente, no haya ningún motivo para ello. ¿O sí?

«No empieces otra vez, ¿quieres?».

No lo hago, dejo de pensar y me concentro en contar hasta cien, por lo menos.

—Dakota, cielo, ¿te encuentras bien?

Me sobresalto en cuanto la mano de Isa me roza la espalda.

Está preocupada, lo noto en el tono de su voz.

Me aclaro la garganta un par de veces antes de responder:

—Sí, creo que me he mareado un poco. El calor, o puede que la tensión, a saber...

—Ven conmigo y siéntate aquí.

Me toma el pulso y la temperatura con el dorso de la mano.

—¿También eres enfermera? —exclamo.

—No, soy madre y me sé todos los trucos, habidos y por haber, para estas cosas.

—¿Y qué tengo?

«¿Aparte de una subida de temperatura?».

Sí, aparte de eso, listilla.

—Seguro que nada grave. Por el momento, te haré un café, ayudará si es cosa de la tensión.

—Vale, gracias.

Madre mía, soy patética del todo.

Suspiro, masajeándome la frente, y, de pronto, lo veo ahí, delante de mis narices: un vaso de porexpan con el logotipo de la cafetería Mandrágora. El mismo que traía Hyun antes en la mano. Y hay números. En la tapa.

Oh, joder, no me lo puedo creer.

¿Eleaine ya le ha dado su número de teléfono?

Estrujo el vaso con fuerza.

Qué poco ha tardado esa golfa en querer echarle el guante a Hyun.

Pues lo siento por ella, pero no es la candidata ideal.

Nunca lo será.

12

Dakota

No regreso al cuarto de la abuela hasta que no estoy recuperada del todo de lo que sea que me haya pasado. Ya no sudo, respiro bien y el corazón se mantiene en su sitio a un ritmo normal, como tiene que ser.

Por otro lado, debo de tantear cómo fue el tonto exacto con la camarera del Mandrágora; no es que me caiga mal esa mujer, es que tiene un historial un poco complicado, por decirlo de alguna manera. Y no es buena para alguien como él, la verdad.

Abro la puerta y Hyun alza la mirada hacia esta.

—Por fin —exclama—, empezaba a pensar que me habías dejado solo ante el peligro.

Me tiemblan los labios.

«No te rías».

Eso intento, pero la estampa es bastante divertida y caótica, para qué engañarnos. Tiene la cara, el traje y las manos manchadas de polvo y de color negro; puede que de tinta de alguno de esos documentos viejos, que con los años se esté desintegrando o algo así. Una de las torres que ha hecho con dichos documentos le llega por la barbilla y se tuerce hacia la derecha, amenazando con desplomarse de un momento a otro. Tiene el pelo disparado en varias direcciones, como si en algún momento se hubiera vuelto loco y hubiera estirado de él perdiendo la paciencia. Pobrecillo, me da hasta pena y todo.

—¿Por qué has tardado tanto? —inquire.

—Un problemilla en la cocina.

Se yergue en la silla, prestándome más atención.

—¿Un problema? ¿Cuál?

Le resto importancia con la mano.

—Se me derramó el agua de la cafetera y no encontraba la tila por ninguna parte. Isabel la había cambiado de sitio sin querer —miento.

«Debería darte vergüenza».

Lo sé.

—Me has asustado, pensé que sería algo más grave.

Dejo la taza con la tila en un pequeño hueco de la mesa, y digo:

—Doble, como pediste.

—Ya no me apetece. Además, está caliente y hace mucho calor. Podías haberle echado una piedra de hielo.

Chasqueo la lengua.

—Claro, hombre, como soy adivina y solo estoy aquí para servirte a ti...

—Te has marchado tan escopeteada que no me dio tiempo a decir nada más.

—Sabes dónde está la cocina y el camino hasta ella, ve y sítete tú mismo.

—Qué irascible, no se te puede decir nada —replica, burlándose.

—¿Has encontrado la partida de nacimiento de mi hermano? —Cambio de tema.

—Aún no, tu abuela lo guardaba todo y me da que deberías echarle un vistazo a la mayoría de estos papeles y tirar a la basura parte de ellos. No son importantes y no sirven para nada.

—Lo haré.

Desvió los ojos a la caja que me llevó al estado de... ¿cómo decirlo? ¿Desquicie? ¿Patetismo? ¿Ida de olla total?

«No fue la caja, fue la espalda de Hyun y su cercanía».

No le doy a mi mente, cotilla y observadora, las gracias por el apunte; no me da tregua y me tiene hasta las narices.

—¿Miraste en esa caja? —señalo.

Recuerdo que, hace muchísimo tiempo, vi a la abuela con ella abierta en el rincón, donde está la vieja mecedora; la tenía sobre las rodillas y se le caían las lágrimas observando fotografías; imaginé que ahí sería donde guardaba las cosas importantes para ella; al menos las más sentimentales.

Me acerco a la silla, donde la ha dejado, y la abro despacio por miedo a lo que pueda encontrarme; odio las arañas, y como un bicho de esos me salga de aquí, puedo morirme del susto. Lo sé, vivo en el campo y me enfrento a cosas peores, pero ¿qué le voy a hacer si me cago de miedo al verlas?

No tardo en encontrar lo que buscamos, en el fondo, junto con mi partida de nacimiento y los informes del Hospital General de Salem, donde, al parecer, nacimos los dos. Siempre pensé que yo había nacido en otra ciudad, aún más lejos de aquí, y que mi madre me había traído después con la abuela; según estos informes, no fue así.

—Aquí tienes —digo tendiéndole el papel amarillento y algo ajado.

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

Me encojo de hombros.

—No lo sabía, pero lo supuse. Mira, también hay fotografías de cuando éramos pequeños.

—¿En serio? —Sonríe—. Esas tengo que verlas yo. Puede que dé con alguna que avergüence tanto a tu hermano que consiga que deje de llamarme Chun y todo.

Alzo las cejas, devolviéndole la sonrisa.

—Suerte con eso.

—No crees que la vaya a tener, ¿eh?

—Conociendo a Jason, ni de coña.

—Ya, me lo imaginaba, de todos modos, lo intentaré.

Nos pasamos un buen rato sentados en el suelo, en el único lugar que podemos, echándonos unas risas con las fotografías. Creo que llego a ponerme de color bermellón unas diez veces por lo menos. Entre que las imágenes son más viejas que el catarro, y que enseñe el trasero en la mayoría de ellas, no es para menos, vaya. ¿Es que la abuela solo sabía enfocar esa parte de mi anatomía? En fin, pobrecilla, seguro que hizo lo que pudo; yo era un trasto, un culo inquieto que las liaba muy a menudo, no como mi hermano, que tenía fama de ser el hermanito de la caridad; el muy caraculo las mataba callando y nadie sabía que, en realidad, las liaba tanto o más que yo, lo que pasaba que a él nunca lo pillaban y a mí, sí.

—Eras un bebé precioso —asegura Hyun, acariciando una de las fotografías.

Estamos uno al lado del otro, hombro con hombro y espalda pegada a la pared.

—¿Verdad que sí?

Me clava la mirada con intensidad, susurrando:

—Y te has convertido en una mujer aún más preciosa.

Se me eriza el vello de la nuca, despertándome el cosquilleo en la boca del estómago.

Trago saliva.

—¿Tú crees? —farfallo.

Asiente.

—Te lo juro por lo más sagrado.

Me tiene atrapada con esos ojos almendrados y no puedo dejar de mirarlo. Y debería hacerlo, porque corro el riesgo de seguir lo que me nace y dejarme llevar, cometiendo un gran error con ello.

Inclina la cabeza hasta rozarme la frente con la suya, obligándome a contener la respiración.

—Hyun... —balbuceo sin apenas voz.

—No voy a besarte, aunque no niego que me apetece mucho hacerlo.

Su voz es rasgada, ronca, sexi.

¡Y cómo me gusta, madre mía!

Inspiro hondo y suelto, cargándome el momento:

—Eleaine no es una buena elección.

Se echa hacia atrás y frunce el ceño.

—¿Quién coño es esa? ¿Estábamos hablando de otra cosa y me sales con esto?

Carraspeo.

—En realidad, no, no estábamos hablando de nada.

—Yo sí lo hacía. Y, por si no te has enterado, dejaba claro que me apetecía mucho...

—Eleaine es la camarera de la cafetería en la que hoy has cogido el café para llevar —le interrumpo a conciencia—. La que te escribió su número de teléfono en la tapa, ¿la recuerdas?

No le da demasiadas vueltas.

—Claro que la recuerdo. Rubia, buenas curvas y guapa.

Qué descripción tan típica y básica.

¿Está conteniendo la risa?

¿A que le arreo un sopapo en esa cara de besugo estreñado?

«¡Hombres!».

Como decía la abuela, que en gloria esté: «Mejor cerdos que dan jamones y no rompen corazones».

—¿Qué pasa con ella? —se interesa.

—Acaba de divorciarse de su tercer marido y tiene tres hijos, no con él, sino con los anteriores.

—Vale, ¿y qué? No tenía pensado pedirle matrimonio precisamente.

—¿Y qué tenías pensado?

—No lo sé. Quizá llamarla, invitarla a una copa y...

Algo desconocido me corroe las tripas.

Me pongo en pie, sacudiéndome la ropa con demasiada fuerza. Tanta que me hago daño y todo.

—Te van a salir cardenales —se guasea el muy...

¿Qué le hace tanta gracia?

«¿Tú?».

—No puedes llamarla —zanjo.

Se pone a mi altura, que es bastante para ser mujer: un metro y setenta y ocho centímetros. Aun así, tiene que agachar un poco la cabeza.

—¿Por qué?

Aprieto los labios y, luego, espeto:

—Porque no me gusta.

Suspira, achinando los ojos más de lo que ya los tiene.

—No es a ti a quien tiene que gustarle, ¿me equivoco?

Creo que estoy dejando el plumero al aire, o como se diga. Y todo por romper el hechizo con él e impedir que fuera más allá y me besara. Por supuesto que yo también lo deseaba, sin embargo, no puede ser; cometeríamos un gran error si volviéramos a ir por ese camino. Uno demasiado conocido y que nos es muy fácil recorrer. Nos lo sabemos de memoria.

Giro sobre los talones, dirigiéndome a la puerta.

—¿Adónde vas ahora? ¿A por otro café?

No grita. No se sulfura. Solo me mira, risueño.

Esto le gusta, que me deje en evidencia. Es culpa mía por dar mi sincera opinión de esa mujer. Tenía que dejar que la llamara y que él mismo se diera cuenta de la clase de persona que es. Más tonta no puedo ser.

Me encaro con él:

—¿Sabes qué te digo? Que lo hagas. Llámala y ten una cita con ella. Como bien dices, no es a mí a quien debe gustarle, sino a ti. Así que adelante, ya casi eres el padrastro de tres niños. ¡Felicidades! ¡Y no te rías, capullo!

Vale, ahora se me ha ido la pinza del todo y he gritado más de la cuenta, pero es que me da mucha rabia que se ría de mí.

«¡Lechuguino!».

Doy un portazo cuando salgo, dejándolo a punto de descojonarse de risa.

Me encierro en la habitación y, a pesar de la insistencia de todos ellos, que van pasando por mi puerta de uno en uno, no bajo a cenar. Me siento fatal, pero no porque esté enferma, sino por el ridículo que he hecho hoy. Y se me cae la cara de vergüenza solo de pensarlo.

Son pasadas las ocho cuando entro en el baño y me doy una ducha. No sé el tiempo que paso bajo el agua, debe de ser bastante, porque, cuando salgo, abajo todo está en silencio.

No pego ojo en toda la noche.

Tengo que cambiar el chip y dejar que Hyun se enrolle con quien le apetezca. Nunca he sido celosa y no pienso empezar a serlo ahora. Además, no tengo motivos para ello, ¿verdad? Solo soy una amiga un tanto... ¿protectora? Sí, podría decirse que soy justo eso. No quiero que le hagan daño y sufra, al contrario, quiero que sea muy muy feliz.

«Pero no con ella».

Con ella ni de coña.

13

Hyun

En este puto ayuntamiento van a acabar conmigo. O todos están tarados o se están riendo de mí en la cara. Resulta que, hace dos noches, cuando Dakota se pilló el cabreo del siglo y se encerró en su habitación, yo hice lo mismo después de cenar. Cubrí la nueva solicitud para la licencia de los invernaderos, con intención de enviarlo todo por Internet a la página web y así acelerar el procedimiento, pero no pudo ser. No pudo ser porque, casualidades de la vida, quiero pensar, en la página de las narices se estaba realizando el mantenimiento obligado. Un mantenimiento que, a mi parecer, teniendo en cuenta que sé bastante bien cómo va todo esto, porque tenemos nuestra propia página en la red de la agencia, debería de haber tenido una duración de equis horas, como mucho seis. No se tarda tanto en supervisar el tráfico de dicha web, actualizar el contenido y garantizar que el sitio es seguro, joder. Pues ya van dos días enteritos y, ahora, estoy esperando el turno para que una de esas mujeres de ahí me atienda. Y, al parecer, el marcador digital de ahí arriba, ese que está colgando de una columna y no hace más que parpadear, se atascó hace más de quince minutos, lo que puede indicar que se ha estropeado y me están haciendo perder el tiempo. Eso, o que la mujer se ha tomado un descanso para tomarse el café que se está llevando a la boca con tanto descaro. Yo es que alucino, de verdad. Si solo hay cuatro gatos en esta sala, ¿cómo pueden tomarse las cosas con tanta calma? ¿Se creen que tengo todo el tiempo del mundo para estar aquí esperando a que se dignen a atenderme?

Miro el reloj por quinta vez y resoplo.

Nadie de las personas que están al otro lado del mostrador se da por aludida, y eso me mosquea aún más. No sé si soy yo, que no caigo bien por aquí al creer que todo debería de ser como en la ciudad y estoy equivocado, o toda esta panda de capullos son unos vagos de mucho cuidado.

Me vibra el teléfono en el bolsillo, lo saco y respondo:

—Dime, Aaron, ¿qué pasa?

—Aún no he recibido la transferencia para renovar tu suscripción al club. No es que no confíe en ti, pero el gestor tiene que hacer el trimestral final del año y ya sabes cómo va esto.

—Sí, sí, ya sé. Tenía pensado hacerla hoy mismo, pero estoy atascado en el ayuntamiento y no sé si me dará tiempo a pasarme por el banco.

—¿Tan mal está la cosa?

—Son más lentos que el desfile de un caracol.

—Estás en un pueblo, Hyun, uno pequeño. Se toman la vida con otra filosofía, no se estresan por nada. Haz tú lo mismo si no quieres desesperarte.

—Eso tendré que hacer, sí.

—Oye, por cierto, ¿cómo va lo de la apuesta? ¿Ya has encontrado candidata?

El otro día cuando hablamos, a falta de tener a alguien más con quien hacerlo, Bri está demasiado ocupada siendo feliz por medio mundo, le comenté lo de la apuesta y lo que de verdad esperaba de ella. Por eso quiere estar al tanto. Por eso y porque también es muy cotilla, todo hay que decirlo.

—¿Sigue pareciéndote que estoy haciendo el idiota y es una pérdida de tiempo?

Se ríe.

—Sabes que sí. Yo soy más de ir al grano y llamar las cosas por su nombre.

—Ya. ¿Por eso sigues viviendo con tu ex y trabajando con ella?

Hace un ruido con la lengua.

—Tengo la mitad de la casa y del club, no voy a largarme así como así.

—Pero tengo entendido que Drew se ofreció a comprar tu parte, ¿me equivoco?

—No estoy de acuerdo en el precio, además, no hablábamos de mí, sino de ti y esa ridícula apuesta que has hecho con tu amiga con derecho a más que un roce.

—Ya no hay roce, solo queda la amistad. Una muy buena, por cierto.

—¿De verdad crees que la jugada va a salirte bien?

Pienso en lo que pasó hace un par de días y asiento, como si pudiera verme.

—Está celosa, Aaron. Celosa de que una mujer me escribiera su número de teléfono en la tapa de un café.

—¿En serio? —duda.

—Como lo oyes. Despotricó lo que quiso y más.

—¿Y qué fue lo que dijo?

—Oh, bueno, ya sabes... Que no es la mujer adecuada para mí y esas cosas.

—¿Y por qué no es la adecuada?

Carraspeo.

—Porque acaba de divorciarse de su tercer marido y tiene críos con los otros dos.

Se le escapa una carcajada. Y luego otra. Y otra más.

—¿Qué es tan gracioso? Dímelo y así podremos reírnos los dos —mascullo.

Escucho cómo coge aire y lo suelta.

¡Será capullo!

—Esa chica no está celosa, Hyun, solo trata de salvarte el pellejo.

—Ya, claro, pues no ha vuelto a hablarme desde entonces.

—¿Cuántos años tienes, macho? ¿Dieciséis? No te habla porque piensa que eres idiota si quedas con esa tipa que ella parece conocer tan bien.

—Eso no es verdad.

—Lo que creo que es verdad es que te estás haciendo pajas mentales con algo que no es, tío.

—Pues lo que yo creo es que te equivocas.

—Ya veremos.

—Sí, por supuesto que lo veremos —exclamo de mal humor.

Pego un brinco al ver mi número en el marcador digital.

—Aaron, tengo que dejarte. Te avisaré en cuanto te haga la transferencia.

—Qué mal tomado eres, tío.

—No es por eso, luego te lo explico.

Y cuelgo sin más para no perder el turno y que me hagan venir otro día.

La mujer del mostrador es joven y me da mala espina cuando tiene que preguntarle a su compañera, en todo momento, cada paso que tiene que ir ejecutando en el ordenador.

«¿A que te ha tocado la chica de prácticas y te tienen medio día más aquí?».

Menuda lumbrera estás hecho.

Pues claro que me ha tocado la de prácticas. ¿No es evidente? Si es que tengo una suerte... Si solo tiene que revisar que todos los apartados estén cubiertos en la solicitud, admitirla a trámite y ponerle un sello, que tampoco es tan difícil.

Hora y cuarto es lo que tardo en salir por la dichosa puerta.

Al menos espero que, esta vez, sí sea la definitiva y no tenga que volver a pisar este suelo para hacer ningún otro trámite o alguna reclamación.

Cruzo la calle, enfilo la acera y camino a paso ligero hasta el edificio del fondo, donde giro y sigo caminando hasta que encuentro el banco que vi antes al buscar un hueco, cerca del ayuntamiento, para dejar el coche.

Hacerle la transferencia a Aaron va mucho más rápido, gracias a Dios.

Le escribo un mensaje una vez estoy ya en el coche:

Yo: «Transferencia hecha. Revisa que esté bien. Antes te colgué porque era mi turno para hacer el trámite, no seas mal pensado».

No tarda en responder:

Aaron: «Recibido. Todo ok. Tengo una duda...».

Yo: «Dime».

Aaron: «¿Qué va a pasar si descubres que estás en lo cierto?».

Sonrío.

Yo: «Que voy a ir a por todas».

Aaron: «¿Todas... todas?».

Yo: «Sí».

Aaron: «Buena suerte, tío».

Le respondo con un guiño y pongo en marcha el coche.

En la granja, cuando llego, me sorprende no encontrar mucho movimiento. No veo por ningún lado a Dakota. Tampoco a Colette, que la mayoría de las veces parecen ir pegadas la una a la otra.

Entro en casa y voy directo a la cocina, donde sí está Isabel, afanada en algo que huele delicioso. Como todo lo que cocina.

Le doy un beso en la mejilla en cuanto se gira para mirarme. Adoro a esta mujer. La conocí en casa de Brianna y, desde entonces, se ha convertido en alguien importante para mí. Siempre está pendiente de mis cosas, me cuida y me da la atención que debería darme mi progenitora. Sí, ya sé que paso de los cuarenta, pero nunca se es lo suficientemente mayor como para no necesitar, de vez en cuando, el abrazo de una madre o un simple achuchón. No recuerdo a la mía haciendo ninguna de las dos cosas. Nunca. También adoro a Sebastián, claro. Es un gran hombre y me encanta que, de alguna manera, ambos formen parte de mi vida.

—Están donde Colette y Archer —me dice antes de que pregunte—. Una vaca se ha puesto de parto y el veterinario tenía otra urgencia. No creía llegar a tiempo.

Me quedo pasmado.

—¿Me estás diciendo que ellos mismos van a traer al mundo un ternero? —exclamo, horrorizado—. ¡Pero si no saben nada de medicina, por Dios! ¿Es que se han vuelto locos?

—Ay, Hyun, tú sí que no sabes nada del mundo del granjero, ¿verdad?

—Sé mucho de publicidad —me defiendo.

Sonríe.

—No te preocupes, ellos saben cómo hacerlo. Están acostumbrados a este tipo de cosas.

—Pero tu marido conduce un coche y...

—Donde nos criamos también parían los animales, ¿sabes? No siempre vivimos en la gran ciudad —me interrumpe.

—¿Y qué va a hacer entonces el veterinario cuando llegue? ¿Quedarse mirando?

—Cuando llegue, si la vaca ya ha parido, se cerciorará de que los dos animales estén bien y

poco más.

—¿Y si surge alguna complicación y él no está?

Me mira y frunce el ceño.

—Recemos para que eso no ocurra. ¿Irás hasta allí?

Suelto un chillido agudo:

—¿Y qué se supone que voy a hacer allí, aparte de desmayarme?

Como si no me conociera... ¿Cuándo he visto yo parir a un animal, eh? Ya bastante hice el ridículo con el mafioso del cerdo. No, gracias, prefiero quedarme aquí y esperar las buenas nuevas.

Subo a la habitación y cambio el traje por un pantalón vaquero y una sudadera. Han bajado las temperaturas de repente y ya empieza a notarse que nos acercamos al invierno. Al fin.

Abro en el móvil la aplicación de ligar y selecciono a unas cuantas candidatas para que Dakota les dé más tarde el visto bueno. Si está enfurruscada y no me habla, de alguna manera tendré que obligarla a hacerlo, ¿no? Por eso elijo a las más extravagantes que voy viendo. Tampoco hay muchas, solo cuatro.

«¿Y si Aaron tiene razón y los tiros no van por donde tú quieres?».

Encojo los hombros.

Habré salido de dudas y podré seguir con mi vida sabiendo que lo intenté.

14

Dakota

Archer se asegura de que la dilatación de la vaca ya ha llegado más o menos a su plenitud y asiente, haciéndose a un lado para que el parto siga su curso. Cuando todo viene bien en un momento así, y el parto transcurre con toda normalidad, nosotros apenas tenemos gran cosa que hacer, salvo mirar y esperar a que el ternero sea expulsado. Enseguida vemos coronar la cabeza y, con un par de empujones, el resto del cuerpo; viene envuelto en eso que nunca me acuerdo cómo se llama y que parece una mucosa bastante asquerosa y que su madre, tras expulsar la placenta, no tarda en quitarle a lametazos.

Sonríó, emocionada por la escena.

Es tan bonito...

Colette y yo, mientras Sebastián y Archer cambian a la vaca y al ternero de sitio, limpiamos el hueco, quitando primero el heno manchado y rociándolo después con agua limpia y jabón espumoso. Por último, cuando el suelo seca, volvemos a extender más heno limpio y nos cercioramos de que tengan suficiente agua y comida. El ternero ya está mamando de la madre y, como si fueran de mi propiedad, me siento muy orgullosa.

Todos aplaudimos tras el momento.

—¿Tomamos algo después de la cena para celebrarlo? —me pregunta Archer.

—Claro, por mí genial.

Se echa el pelo hacia atrás y me guiña el ojo.

—Entonces hasta luego, Dakota.

Uy, esa sonrisa y esa caída de ojos... No sé, no quiero ser malpensada, pero parecen indicarme que quiere algo más que tomarse una copa conmigo más tarde. Pues le va a salir el tiro por la culata al pobre. Lo que menos ganas tengo yo, ahora mismo, es de complicarme la vida enrollándome con él. Además, aunque fuera el caso contrario, que ya digo que no lo es, Colette es mi amiga y está enamorada de Archer, jamás le haría algo así.

Miro a mi alrededor y no la veo por ninguna parte. ¿Se ha largado sin decirme nada?

«Habrás visto la caída de ojos de ese idiota».

Exhalo con fuerza.

Sí, la habrá visto y seguro que sacó conclusiones precipitadas y equivocadas al ver que acepté la invitación.

¡Maldita sea!

Regreso a casa sola, Sebastián se queda aquí para echarle un vistazo a una fuga de agua que tienen en el baño pequeño; este hombre vale para todo, la verdad, no hay nada que se le resista.

Camino por la carretera a paso normal, estoy cansada y, de repente, se me ha venido el ánimo abajo. Puede ser que el subidón de adrenalina que se vive durante un parto de estas características ya esté disminuyendo, de ahí el bajón. Tardo diez minutos en recorrer la distancia que separa su granja de la nuestra; un kilómetro y poco más. Las nubes grises y ponzoñosas auguran tormenta de las buenas y, en lugar de entrar en casa, sigo el camino vallado y voy a asegurarme de que los animales estén bien; suelen ponerse nerviosos con el temporal y mi deber es tranquilizarlos y hacerles sentir que nada malo les va a pasar. Y, ya que estoy en las cuadras,

aprovecho para hacer inventario del pienso de los animales y hacer un pedido antes de que termine la semana. Cuando nuestros animales no pueden alimentarse de la propia naturaleza, los alimentamos con piensos ecológicos que les aportan los nutrientes necesarios para una crianza buena y feliz.

Me asusto con el primer trueno.

Una vaca muge y algunas gallinas revolotean, nerviosas.

Ya diluvia cuando le echo el cerrojo a la última de las cuadras. Y me calo hasta los huesos en cuestión de segundos.

¡Mierda!

Corro hasta casa y, antes de entrar, me deshago de las katiuskas y escurro el pelo.

Isabel ya me espera del otro lado con una toalla en las manos.

—Te he visto por la ventana de la cocina —explica.

—Gracias.

—De nada, niña, ve a cambiarte o cogerás el resfriado de tu vida.

Me castañetean los dientes.

—¿Soy yo o el invierno ha llegado en un abrir y cerrar de ojos? —exclamo muerta de frío.

—No eres tú, no. Las temperaturas han caído en picado. Ya lo anunciaban en la radio esta mañana.

—Esto de pasar de un extremo a otro con un chasquido de dedos lo llevo fatal.

—Pues ve acostumbrándote, es lo que tiene el cambio climático. La cena estará lista en media hora.

Asiento y, antes de poner el pie en el primer escalón, la miro de nuevo.

—¿Hyun aún no ha llegado del pueblo?

—Sí, claro, hace tiempo ya. Está encerrado en el cuarto de la abuela.

Dejamos ese cuarto limpio como una patena, los dos; ahora él lo usa como despacho y refugio.

—Vale, por un momento me había preocupado.

Me debato entre ir a preguntarle qué tal le ha ido en el ayuntamiento o seguir mi camino y darme una ducha. Gana lo último; sigo enfadada con él por no hacerme caso y empeñarse en quedar con Eleaine a pesar de que le advertí que no lo hiciera.

«Igual se vieron hoy en el pueblo...».

La madera de las escaleras cruje con los pisotones que le pego.

«Mejor le dabas a él una patada en el trasero».

Merecer se la merece, pero no voy a hacerlo, por mucho que me tienta la idea. Que haga con su vida lo que le dé la gana. Luego que no se queje.

Cojo ropa limpia en la habitación y entro en el baño. Ojalá poder tener tiempo de darme un baño largo y relajante, sin embargo, me conformo con una ducha rápida, qué vamos a hacerle; otra vez será.

Para cuando bajo a cenar, ya entré en calor y huelo a fresco.

Y Hyun me dedica la sonrisa más bonita del mundo, consiguiendo que un millar de hormigas se me despierten a la vez en la boca del estómago.

«Si solo fueran las hormigas...».

¡Maldita fauna interna!

Frunzo el ceño.

¿Por qué me sonrío de esa manera?

Hyun

Sonríó al verla entrar por la puerta; es inevitable. Primero, porque me parece preciosa así tal cual está: pelo húmedo, cara limpia y ojos resplandecientes. Segundo, porque esa calma que parece sentir se va a evaporar en cuanto vea lo que le tengo preparado. No soy mala persona, no, soy un hombre que empieza a pensar que se ha vuelto loco y quiere salir de dudas de una vez por todas. Y si para ello tengo que andar con triquiñuelas, pues que así sea.

—Estás muy guapa —le digo cuando toma asiento frente a mí.

Suspira y exclama sin mirarme:

—¿Qué quieres, Hyun?

—¿Qué? ¿No puedo hacerte un cumplido?

Compone una mueca de desagrado.

—¿Te has metido en algún lío hoy en el pueblo?

—No, no me he metido en ningún lío. Aunque ganas no me faltaron, para qué mentir.

—Explícate.

Y lo hago bajo la atenta mirada de todos, contándoles el suplicio que esa gente me hizo pasar hoy en el ayuntamiento.

—Menuda panda de inútiles —grazno para finalizar.

—Aquí la vida va a otro ritmo, acostúmbrate.

La miro perplejo.

—No entiendo vuestra forma de ver las cosas.

—El estrés mata, Hyun.

—Ya, como tantas otras cosas, ¿no te fastidia?

Isabel hace una pregunta sobre el parto de la vaca para desviar el tema de conversación y evitar que nos enzarcemos en otra pelea de las nuestras. Muy poco sutil, sí. Y un buen tema para una cena, cómo no. De hecho, y creo que solo lo hace para fastidiarme, Dakota se recrea en relatar la escena del feliz alumbramiento con todo lujo de detalles. Que si la placenta, que si la sangre, que si no sé qué asqueroso líquido viscoso que la vaca le quitó al ternero con la lengua...

«¡Puaj!».

Ya te digo.

—¿Alguien me pasa el puré de coliflor? —interrumpo.

Es Sebastián el que estira el brazo, coge la fuente y me la tiende, sin dejar de prestarle atención a Dakota y de asentir a todo lo que esta cuenta. Decir que está entusiasmado y más feliz que una perdiz salvaje, es quedarse corto.

Carraspeo unas cuantas veces, sin conseguir que dejen de ignorarme.

¿Acaso soy invisible?

Aprieto los dientes y espero mi oportunidad, que da la casualidad de que llega cuando dejo de importunarlos.

Mastico lo que tengo en la boca y trago.

—Necesito que le echés un vistazo a la aplicación de citas —le digo a Dakota.

Sebastián tose e Isabel pone los ojos en blanco. La he visto, aunque ella cree que no, porque se ha puesto de lado y de cara a su marido, pero no lo hizo con la rapidez suficiente como para

que no me diera cuenta de ese detalle.

—¿Por qué? —inquire Dakota levantándose de la silla.

Recoge la fuente de ensalada y la de coliflor para llevarlas a la encimera, junto al frigorífico.

Espero a que tome asiento otra vez y respondo:

—En vista de que no te gusta Eleaine para mí, he escogido a otras cuatro señoritas. Son buenas candidatas. Y quiero que tú les des el visto bueno.

El tenedor que estaba llevándose a la boca queda a mitad de camino.

—Entonces, ¿no vas a llamar a Eleaine?

—Me aconsejaste que no lo hiciera.

—¿No has estado hoy con ella en el pueblo?

Me reclino en la silla y sonrío.

—No, ¿por? Ni siquiera pasé por la cafetería.

«Esa respuesta le ha gustado, ¿ves?».

Claro que lo veo.

Se ruboriza un poco y yo sigo sonriendo.

—Vale, pues... luego me las enseñas y ya te digo algo.

—Sí, por favor. Me muero por empezar con esto de las citas.

—Ya veo —masculla.

—¿Quieres echarles un vistazo tú también, Sebastián?

Su esposa me fulmina con la mirada y, luego, levanta el dedo índice hacia él, advirtiéndole:

—Ni se te ocurra.

El pobre hombre meneaba la cabeza y a mí se me escapaba la risa.

Más tarde, cuando ya hemos terminado de cenar y de recoger la cocina con Isabel, ella, aprovechando que Dakota ha subido a por el teléfono a la habitación, me dice en susurros, como si tuviera miedo a que la escucharan:

—Eres malo, Hyun Dune.

—Eso fue por ponerme los ojos en blanco. No lo niegues, Isa, que te vi.

—Estás jugando a un juego muy peligroso.

—¿Quién dice que esté jugando?

—Ya veremos.

Y se despide, yéndose a la cama con su querido Sebastián.

Poco después, llaman a la puerta y, cuando la abro...

«Machito de pueblo».

Me cruzo de brazos.

—¿Qué pasa, Arden, se te ha perdido algo?

—Soy Archer, y, no, no se me ha perdido nada. He quedado con Dakota para tomar algo.

Alza la mano y, con ella, una botella de aguardiente.

Chasqueo la lengua, burlón.

—Pues no ha debido de acordarse, ya está en la cama.

—Lo dudo mucho.

Dirige la vista a las escaleras.

Gracias a Dios, no hay ni una luz encendida por allí arriba.

Me encojo de hombros.

—El feliz alumbramiento la ha dejado hecha polvo, supongo. Le diré que has venido.

Sonrío y le cierro la puerta en las narices.

Y, no, no me siento mal por ello.
Ni un poco.

15

Hyun

Preparo las cosas en la sala de estar, sobre la mesita del café. No es una botella de licor, pero sí una tetera, un par de tazas e infusiones varias, para que la señorita elija la que más le apetezca; también dejo el móvil del lado en el que me voy a sentar, con la aplicación de citas en primer plano, por si acaso. Ojalá reciba unos cuantos de esos «me gustas» para que vea que hay mujeres que se interesan por mí. Que las hay, por supuesto, pero no al nivel que podría imaginar, y no porque no esté de buen ver. Supongo que las cosas han cambiado y ahora se llevan más los revolcones esporádicos que las relaciones serias que terminan en matrimonio. Así es la vida. Algunos dicen que evoluciona. Yo, sin embargo, a veces tiendo a pensar que acabaremos extinguiéndonos como los dinosaurios, pero en nuestro caso por gilipollas, no por nada que tenga que ver con fenómenos naturales.

Un relámpago ilumina la estancia.

La tormenta no ha amainado y está cayendo agua como si no hubiera un mañana. No entiendo mucho de cultivar ni de llevar una granja, creo que eso queda bastante claro en cuanto se me mira dos veces; no obstante, empiezo a entender por qué son necesarios los invernaderos de policarbonato para lo que Jason tiene en mente. Una de estas tormentas en plena cosecha lo fastidiaría todo en cuestión de minutos, tirando por tierra el trabajo realizado y el tiempo invertido.

Enciendo el televisor, con el volumen bajo, y me acomodo en el sillón dispuesto a esperar.

Suspiro.

Estoy un poco... ¿ansioso? ¿Expectante? No sé cuál de las dos palabras me describiría mejor en este momento. Lo que no estoy es arrepentido por haberle cerrado la puerta en las narices a ese granjerucho de tres al cuarto. ¿O sí?

«No, para nada».

Me yergo en cuanto ella entra en el salón.

—Hola, me has hecho esperar, ¿eh? —digo como si nada.

—Estoy cansada. Y casi me duermo mientras hablaba con mi hermano y Brianna.

—¿Hablaste con los tortolitos?

—Sí, eso acabo de decir.

—¿Dónde están?

—Llevan unos días en Italia, pero mañana ya viajarán a Francia y, luego, España.

—Qué envidia más asquerosa les tengo —confieso.

Se sienta a mi lado y coge la cajita de las infusiones, eligiendo las de cítricos y jengibre.

—Ya somos dos.

Vierte el agua caliente en las tazas.

Yo soy más de café que de infusiones, la verdad; sin embargo, confieso que las tomo desde hace bastante tiempo; sobre todo cuando voy sobrepasado de cafeína. Mi padre, como buen americano, es adicto al café. Mi madre, todo lo contrario. En Corea del Sur se estila más esto otro. Su forma de vida es diferente, aunque también puede que mi madre ya no se acuerde de eso.

Dakota mira el reloj y, luego, a la ventana.

Me hago el tonto y pregunto, sabiendo la respuesta de antemano:

—¿Azúcar?

Pone los ojos en blanco.

—Sabes de sobra que no tomo azúcar, Hyun, no sé para qué preguntas.

—¿Educación? ¿Costumbre?

Sus ojos vuelven a desviarse a la ventana.

«Y al reloj».

—¿Pasa algo?

Niega con la cabeza.

—Archer quedó en pasarse a tomar una copa para celebrar la llegada del ternero.

—Oh, vaya, no te habré fastidiado el plan proponiéndote que me echaras una mano con esto, ¿no? Teniendo en cuenta que fuiste tú la que se ofreció a ayudarme, pues...

—No has fastidiado nada, Hyun.

Sonrío para mis adentros.

«A ella, no, pero ¿a él?».

—¿Qué? —inquiero cuando alzo los ojos y me encuentro con los suyos, entrecerrados y suspicaces.

—¿Por qué sonríes? —exclama.

—No lo hago.

—Claro que sí, hace dos segundos.

Me llevo la taza a los labios y soplo.

—Te lo habrás imaginado.

—Claro, imaginado... Anda, enséñame lo que tienes ahí y acabemos con esto de una vez.

—Si no te apetece, puedo encargarme solo, que lo sepas.

—Ha sido un día largo y estoy muerta de sueño, Hyun, quiero irme a la cama.

Aprieto la taza con demasiada fuerza, quemándome los dedos.

Hago una mueca al dejarla sobre la mesa.

—¿Y por qué quedaste con Axel si tan cansada estás?

—Porque en aquel momento me pareció buena idea. Además, ¿a ti qué te importa? ¿Acaso estás celoso?

Lo que me faltaba por oír, vamos.

Me señalo el pecho y replico:

—¿Celoso yo? ¿En serio?

—No sé qué pensar. Nunca lo llamas por su nombre y te pones a la defensiva con él. ¿Tú qué crees?

—No he estado celoso en mi vida, Dakota Morgan.

«Anda que no».

—Ah, ¿no?

—¡Por supuesto que no!

—¿Seguro?

—¿Estás sorda o qué te pasa?

Asiente.

—Entonces, ¿por qué le dijiste hace un rato que ya me había ido a la cama cuando sabías que no era así? ¿Y por qué le cerraste la puerta en las narices?

«¡Pillado!».

Se habría enterado igual cuando el otro se lo contara, así que...
Tenso los labios, buscando una explicación.
«¿La hay?».
Seguro que sí, solo tengo que encontrarla.
—¿Hyun...? —insiste, presionándose.
Si tuviera una pala en la mano, o cerca, juro que me pondría a cavar como un loco hasta hacer un agujero enorme que me tragara, haciéndome desaparecer.
Pero no la tengo.
Y la respuesta tampoco.
¡Qué capullo soy!

Dakota

Justo esto es lo que quiero, que se avergüence por su comportamiento; aunque tampoco es que parezca muy arrepentido de mandar a freír espárragos a Archer sin cortarse un pelo, para qué engañarnos. Hace un rato, cuando escuché que llamaban a la puerta y salí de mi habitación para bajar, no podía creerme lo que estaba escuchando, de verdad. Nunca imaginé que Hyun, que es un tío supereducado, cortés y amable, fuera capaz de algo así. Vale que noté la tirantez entre ellos desde el minuto uno, pero ¿algo así y, encima, cerrarle la puerta en las narices? Ni de broma.

«Pudiste hacer algo para evitarlo».
¿Y dejarlo en evidencia? ¡Es mi amigo, por Dios!
«¿Y qué pasa con Archer?».
—¿Hyun...? —presiono, ignorándome a mí misma.
Sus ojos vuelan por el salón, como si estuviese buscando el lugar indicado para esconderse. Al no encontrarlo, al parecer, agacha la cabeza y juega con una pelusa imaginaria en la pernera del pantalón; o puede que sea un hilo suelto, no lo sé.
Se aclara la garganta y, cuando alza la vista, mirándome, casi estoy a punto de partirme de risa. ¿Arrepentido este? ¡Y un cuerno!
—¿No vas a decir nada? —inquiero.
Otro aclaramiento de garganta y un par de toses.
Sus cejas se levantan, formando un arco perfecto.
Y, entonces, suelta:
—¿No quería que Ariel supiera que estoy buscando esposa?
«¿Ariel? ¿Ahora es la sirenita?».
Me trago la carcajada a duras penas.
—Preguntas o afirmas —digo.
Encoge los hombros y, luego, exhala con fuerza, derrotado.
—¿La verdad?
Asiento.
—La verdad, Hyun.
—Ese tío no me cae bien —confiesa.
—¿Por qué? Archer es buen tío.

—Le gustas.

—No lo creo.

—Entonces es que estás más ciega de lo que parece.

—¿Y qué si le gusto?

—Joder, solo quería estar a solas un rato contigo, ¿vale? No me hablas desde lo de la camarera esa y te echo de menos, ¿contenta?

Me retiro hacia atrás, conteniendo el aliento. ¿Me echa de menos? Pero si solo han sido dos días y...

«Quieres abrazarlo».

Si solo fuera abrazarlo...

Por eso guardo las distancias. Podría dejarme llevar y liarla parda. Y eso no es lo que quiero, me cago en todo.

—Así que me echabas de menos, ¿eh? —murmuro al fin.

—Pues claro que sí. Además, sabes de sobra que también me gustas.

Sonrío, sintiendo toda esa fauna recorrerme el estómago a trompicones, de un lado a otro.

—¿Estás admitiendo que estabas un poco celoso o son imaginaciones mías?

—¿Admites tú que te pusiste celosa con la tal Eleaine? —Me la devuelve.

Niego con la cabeza.

—Entonces son solo imaginaciones tuyas.

Menuda cara tiene, pero lo dejo estar, porque si fuera igual de sincera que él, estaría admitiendo que sí, que tiene razón y que yo también estaba un poco celosa de esa caza hombres del pueblo. A ver, que es maja y no tengo nada en contra suya, pero Hyun es demasiado bueno para ella. Imaginármelos juntos... ¡Grgrgrgr!

—Asunto zanjado, pues —musito.

—Asunto zanjado.

—Venga, echémosle un vistazo a las chicas que has elegido.

Se pone aún más serio, si cabe, y espeta:

—Espero que el día que te des cuenta de que estás loca por mí, no sea demasiado tarde para nosotros. Y lo digo de corazón.

—Hyun...

—Lo sé —me interrumpe—. Lo que tú quieres no es lo mismo que quiero yo, lo tengo claro. Sin embargo, por muchas mujeres que conozca y por muchas citas que tenga, nunca dejaré de creer que, tú y yo, somos perfectos el uno para el otro. Y esa es la pura realidad, por muchas vendas que queramos ponernos en los ojos.

—Puede que tengas razón, no obstante...

Me quedo callada, sin saber muy bien qué decir.

Él suspira.

—¿Por qué no dejamos de jugar y lo intentamos, Dakota?

—Sería una pérdida de tiempo, Hyun. Nunca voy a casarme ni a formar una familia, ¿entiendes?

Se pone en pie, guardando el teléfono en el bolsillo.

—Nunca sería una pérdida de tiempo estar contigo, al menos no para mí.

—Hyun...

—Buenas noches, Dakota, que descanses.

Y aquí me quedo, como un pasmarote.

¿Qué demonios acaba de pasar? Juro que no entiendo nada. Y lo que menos quiero es hacerle daño a Hyun, de verdad. Claro que tengo sentimientos por él, tampoco hace falta ser muy lista para darse cuenta, pero no podemos jugar en el mismo equipo teniendo metas diferentes. Punto.

Me voy a la cama.

Aunque no pego ojo.

16

Dakota

Los días pasan y la rutina, por lo menos la mía, sigue siendo la misma. Me levanto a las cinco y media de la mañana, le echo gasolina al cuerpo, café solo y sin una gota de azúcar, y a funcionar; primero es atender a los animales y, después, todo lo demás, que no es poco.

Exhalo mirando al cielo.

Hoy las lluvias nos han dado una tregua y por fin puedo pasar el cortacésped por los laterales de la zona donde se instalarán un par de invernaderos de esos que Jason anhela desde que empezó con todo esto de la granja ecológica, que, por cierto, no sé cómo acabará la cosa porque, en el ayuntamiento, han extraviado la última solicitud que Hyun les llevó y el pobre ha tenido que realizar una nueva; decir que está que se lo llevan los demonios con el tema es quedarse demasiado corta. Ayer, durante la cena, llegó a insinuar que alguien nos odiaba a los Morgan en el pueblo y que por eso se estaba complicando la cosa; eso, «o que en el ayuntamiento son unos incompetentes que no tienen ni idea de cómo se hacen las cosas», aseguró con énfasis y muy mala leche. Está tan centrado en el trabajo que no hemos vuelto a hablar de la estúpida apuesta que hicimos ni de la aplicación de citas. En realidad, para tratarse de nosotros, hablamos más bien poco desde que aquella noche me dejó con un palmo de narices en el salón; no parece que esté enfadado conmigo, pero tampoco dispuesto a entablar una conversación como si nada. Tal vez se haya dado cuenta de que no merece la pena luchar por mí y ha dejado de insistir en eso que los dos sabemos que no puede ser.

«A lo mejor...».

«No quiero ni escucharte», me digo a mí misma zanjando de golpe cualquier conversación mental.

Agarro la cuerda de arranque del cortacésped y le doy un pequeño tirón. Y otro. Y otro más. Hasta que consigo que la máquina vibre y haga ruido. Siempre me cuesta un montón ponerla en marcha, igual que a la tartana, como la llama Hyun, de mi coche.

Empiezo con el lateral de la derecha, el que está más próximo al cercado de la finca que está abandonada desde que tengo uso de razón. Y, no, no es la que mi hermano quiere añadir a la nuestra comprándola. Recorro la distancia de un lado a otro, varias veces, hasta que el césped está justo como nos gusta en esta época: a ras del suelo. Después, cuando termino con este lado, paso al siguiente, con mucho cuidado de no pisar con la máquina la zona que ya tenemos lista.

Me quito los tapones de las orejas cuando veo que alguien me hace señas desde la carretera. Es Colette, que apunta al enorme camión de reparto que hay en la entrada de la granja con el brazo.

Apago el aparato y me acerco a grandes zancadas a la portilla.

Hyun también sale de casa.

Ambos llegamos a la vez.

—¿Y esto? —exclamo un poco perdida.

—Son los invernaderos de policarbonato —responde, dirigiéndose al hombre de la cabina.

—Pero no tenemos permiso para instalarlos —grazno.

Me mira de refilón y compone una mueca de desagrado.

—Gracias por el apunte, genio.

—¡Oye! —protesto.

Sí, esa respuesta ha dolido.

Y la mirada también.

Guardo silencio, escuchándolo hablar con el conductor; aunque no me entero de gran cosa, la verdad. Le veo asentir y gesticular con brío; el otro hombre parece un poco mosqueado y tengo mucho interés en saber por qué.

—¿Qué les pasa?

Estoy tan concentrada en ellos que la voz de Colette me asusta y la miro, ahogando una palabrota. Igual que hacía cuando la abuela nos obligaba a Jason y a mí a meter un dólar en un bote cada vez que soltábamos una, por eso suelo morderme la lengua; espóiler: no siempre lo consigo.

—Estoy igual que tú, no tengo ni idea.

Entonces Hyun abre las dos hojas de la portilla de par en par y corro hacia él.

—¿Qué haces? —gruño.

—Tiene que descargar el camión.

Niego con la cabeza.

—Ni de coña.

Resopla, clavando las manos en las caderas.

—Digo yo que en algún sitio tiene que dejar los materiales, ¿no?

—No será aquí.

Cierra los ojos y mueve los labios sin pronunciar palabra.

«Igual está contando...».

—Dakota —habla bajando el tono de voz—, este hombre viene de lejos, tiene hogar, familia y un trabajo al que regresar. Lo más lógico, ya que la mercancía que trae es vuestra, es dejarla aquí en la granja para su próxima construcción, ¿no crees?

¿A que le arreo un sopapo por hablarme en ese tono tan condescendiente?

«Pero tiene razón».

—Aún no tenemos el permiso —murmuro.

Colette no nos quita la vista de encima. Sus ojos pasan de uno a otro, como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Lo sé, aun así, el camión tiene que descargarse aquí, y lo sabes.

Asiento, dándole la razón y haciéndome a un lado.

Archer, que debe de intuir lo que pasa desde lejos, se acerca con el tractor ofreciéndose a echar una mano, porque el buen hombre que conduce este trasto no trae un compañero que lo haga.

Isabel y Sebastián también se unen al equipo y, entre todos, aunque tardamos lo suyo, vamos dejando los materiales en el lado más extremo de la zona preparada para tal menester, sin llegar a ocuparla del todo. Es alucinante lo sincronizados que trabajamos entre todos, como si siempre nos hubiéramos dedicado a esto. Hora y media después, me limpio el sudor de la frente con el dorso de la mano; tengo la respiración acelerada y me duelen los brazos de cargar con cosas muy pesadas. Colette no parece estar mejor que yo e Isabel ha entrado en casa, seguro que para traernos algo de beber. En cuanto a los hombres del equipo..., bueno, no sabría muy bien qué decir.

«¿Hyun le está dando palmadas en un hombro a Archer?».

Entrecierro los ojos.

Y se ríen. Los dos. No, los cuatro, el conductor y Sebastián están con ellos.

—¿Por qué frunces tanto el ceño? —inquire Colette.

Señalo al grupo masculino, en concreto, a quien ya sabemos.

—Vamos, Dakota, era cuestión de tiempo que dejaran atrás la rivalidad, ambos son buenos tíos.

«¿Esa respuesta ha sonado un poco mordaz?».

Sí, y me sorprende viniendo de ella. Puede que esté enfadada conmigo por lo del otro día con Archer, cuando vino a casa a tomarse algo conmigo y Hyun le cerró la puerta en las narices. Mi amiga no sabe esa parte. Quizá tendría que habérsela contado para que no hubiera malentendidos, como parece estar ocurriendo. Sin embargo, en lugar de hablar con ella del tema y aclararlo todo, asiento, espetando:

—Tienes razón. Y me alegro de que, al menos ellos, tengan las cosas claras.

Estoy dolida, ¿vale? Pero no porque ese par empiece a entenderse, sino porque Colette piense que soy capaz de hacerle daño a ella sin importarme que esté enamorada de Archer.

«Si piensa eso, es que no te conoce bien».

No, no me conoce en absoluto.

Sonrío, agradeciéndole a Isabel la interrupción del tenso momento, y cojo uno de los vasos de limonada, bebiéndomelo de tres tragos. Tengo los músculos del cuerpo agarrotados y no me encuentro bien; no obstante, espero a que el camión de reparto se vaya para volver a lo mío, despidiéndome del grupo que queda en la entrada.

Antes de alejarme lo suficiente, escucho a Hyun preguntar, sorprendiéndome:

—Colette, ¿sigue en pie lo de esta noche?

Su respuesta me deja más descolocada aún.

—Por supuesto que sí. ¿Era a las ocho?

Maldigo para mis adentros, dejando de escucharlos.

¿Desde cuándo quedan ellos dos solos? ¿Tan amigos se han hecho en este corto espacio de tiempo? ¿Cómo es que no me di cuenta de nada? ¿Y por qué me molesta tanto, maldita sea?

«¿Porque parece que están actuando a escondidas?».

Sí, ¿verdad? Como si quisieran que no supiera de su amistad o algo así. Aunque también puede ser que, últimamente, vaya tan a lo mío que ni siquiera me haya fijado en ellos. ¿Estoy siendo una paranoica?

«Puede ser».

¿Sí o no?

Silencio rotundo.

Mucho más tarde, después de una ducha, la cena y una conversación bastante trivial durante esta, me encierro en la habitación sabiendo que pronto llegará Colette para su cita con Hyun. Sí, sigo sin poder quitármelo de la cabeza, qué le voy a hacer. Por eso, cuando estoy segura de que Isa y Sebastián ya están en la cama y los otros dos encerrados en el cuarto de la abuela, bajo las escaleras de puntillas y recorro el pasillo, dispuesta a espiarlos, pegando la oreja a la puerta.

«Te estás pasando de la raya».

¿Qué raya?

Contengo el aliento y presto atención. Ahí dentro se está manteniendo una conversación y yo no me estoy enterando de nada. Murmullos quedos y, de repente, unas cuantas carcajadas, como si uno de los dos hubiera dicho algo graciosísimo. Rechino los dientes. Más risas y el ruido

de los hielos al caer dentro de los vasos. Unos vasos que no tardan en entrechocarse entre sí. ¿Por qué demonios están brindando? El resquemor que siento es tan inesperado y raro que me yergo por completo, alejándome de la puerta. ¿Me he vuelto loca o qué leches me pasa? Yo no hago este tipo de cosas. No espío a mis amigos. No me comporto como una tarada. No me...

«¿Eso son pasos?».

Corro por el pasillo, entrando en el salón y cogiendo lo primero que pillo, antes de sentarme en el sofá.

Pasan por delante del salón sin verme, o eso creo, porque, cuando se despiden en la puerta, Hyun viene directo a por mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, suspicaz.

Alzo la vista y la mano.

—Leer un poco.

—¿A oscuras?

—No es la primera vez que leo este libro. Me lo sé de memoria.

Asiente.

—Supongo que por eso lo tienes al revés, ¿no?

El calor en las mejillas es *ipso facto*.

¡Mierda!

—Buenas noches, Dakota.

—Sí, buenas noches —farfullo.

Supongo que lo mejor que puedo hacer, ahora mismo, aparte de morirme de vergüenza, es hundirme en este sillón y esperar a que deje de sentirme como una completa patética. ¿Cómo voy a mirarlo mañana a la cara?

«¿Con los ojos?».

Dije cómo, no con qué, idiota.

Me maldigo.

Me maldigo una y mil veces.

17

Hyun

Releo, una y otra vez, el correo electrónico que he recibido esta mañana sin creermelo del todo lo que ven mis ojos. Me los restriego con las manos, por si fueran imaginaciones mías o estuviera teniendo un sueño, pero, no, lo que leo es tan cierto que a punto estoy de gritar: «¡Aleluya!» y encenderle una vela al santo que haya hecho posible que en el ayuntamiento por fin hayan dado el visto bueno a la solicitud y nos hayan concedido la dichosa licencia. Dios, mira que me las han hecho pasar canutas. Hasta llegué a pensar que alguien odiaba a los Morgan en este pueblo y que por eso no hacían más que poner trabas a la solicitud de marras.

Sonrío.

Estoy contento, pletórico y con ganas de empezar de una vez por todas con la instalación de los invernaderos y todo lo que conlleva. El retraso que llevamos con el proyecto no es poco y en las oficinas de Seattle esperan tener una reunión conmigo esta semana. Habrá que ir pensando en la campaña de publicidad que lanzaremos en unos meses, cuando todo esté dispuesto y funcionando. Y el eslogan tiene que ser diferente, contundente. Tiene que llamar la atención y que todo el mundo, al ver el anuncio, esté dispuesto a comprar los productos ecológicos de la granja. Empezaremos con los pequeños comercios, por supuesto; sin embargo, no nos quedaremos ahí, sino que seremos atrevidos e iremos más lejos. Todo lo lejos que Jason Morgan quiera ir.

«Te vienes arriba demasiado rápido, frena un poco».

Inspiro y espiro.

Son las ganas que tengo de que todo esto salga bien, nada más. Hay que pensar a lo grande y creer que se puede con todo, por muy cuesta arriba que a veces se pongan las cosas.

Miro el reloj y, cogiendo el teléfono, le marco a Brianna. No tengo muy claro en qué parte de Europa se encuentran, estoy bastante perdido con su luna de miel, pero me da igual. Aquí es muy temprano, así que, donde quiera que esté, será por la noche.

—Tengo buenas noticias —anuncio en cuanto escucho su voz al otro lado.

De fondo, suena música, creo que guitarras.

—¿Hyun? ¿Me escuchas? —grita un poco.

—Yo a ti sí. ¿Tú a mí?

—No muy bien.

No me extraña, con el jaleo que se oye por ahí.

—Espera un segundo —masculla, disculpándose con su marido y con alguien más.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa impoluta que ahora uso en el cuarto de la abuela, esperando. Hace días que Dakota y yo lo limpiamos. Ahora lo uso como despacho. Me viene bien y está alejado de la zona central de la casa.

—¿Sigues ahí? —pregunta mi querida amiga.

La echo mucho de menos. Más de lo que ella se imagina y yo esperaba.

—Sí, aquí estoy.

—Perdona, es que estamos en un local de música flamenca y ahí dentro había mucho ruido.

—España, ¿eh?

—Sí, llegamos anoche y estamos en el sur. Esto es precioso, Hyun.

—Me lo imagino.

—¿Qué me decías antes?

—Que tenía buenas noticias. El ayuntamiento de este pueblo por fin nos ha concedido la licencia.

—Eso es genial, Jason empezaba a desesperarse un poco. ¿Has hablado ya con la empresa que instalará los invernaderos?

—Aún no, hoy mismo me pondré en contacto con ellos. Los materiales llegaron anteayer.

—¿Punteaste el albarán y te cercioraste de que no faltara nada?

—¿Con quién te crees que estás hablando? Lo tengo todo controlado, Bri.

—No esperaba menos de ti.

—Pelota.

—¿Y cómo estás tú? —se interesa.

—¿Que cómo estoy? Pues no lo tengo muy claro, por lo que no sé muy bien qué contestarle, la verdad. Podría decirle que me encuentro bastante solo y que por eso me centro en el trabajo. Que Dakota y yo no podemos estar en la misma habitación sin enfadarnos, la mayoría de las veces por tonterías. Conociéndola, sacaría conclusiones bastante acertadas y no tengo ganas de dar explicaciones. Además, empiezo a darme cuenta de que mi plan no va a ninguna parte y lo mejor que puedo hacer es dejarlo estar. Un plan del que mi amiga no sabe nada, claro. Su marido podría estrujarme las pelotas si se enterara y no estoy muy por la labor de que eso pase. Soy muy joven para perder así mis «cositas».

Opto por tirar por la vía fácil y miento al asegurar:

—Estoy bien. Todo va genial.

—Me alegro mucho, porque la vida ahí es difícil, aunque a mí no me costaría nada acostumbrarme a ella. Me gusta.

—Pues toda para ti. Yo prefiero la ciudad, el caos y la oficina. Los cerdos no son lo mío. Tampoco cultivar ni estar pendiente de los ciclos lunares.

—¿Seguro que estás bien?

—Perfectamente, sí.

—Ya, lo que tú digas. Tengo que dejarte, Hyun, voy a contarle a Jason las buenas noticias. Tú respira hondo y trata de tomarte las cosas con calma.

—Te echo de menos, amiga —confieso.

—Y yo a ti. Volveremos pronto.

—Disfrutadlo a tope. Te quiero.

Sé que ella a mí también, pero no llego a escucharlo porque la música solapa sus palabras.

Dejo el teléfono sobre la mesa y cierro los ojos un par de minutos. Después, vuelvo a la carga y cojo las riendas del proyecto de Jason con ganas. Cuanto antes termine aquí, antes podré volver a mi vida y a mi rutina.

Antes de la hora de comer, ya he programado la reunión con el director de cuentas, el planificador de medios y el director de arte de nuestra agencia de publicidad. Yo soy el director creativo, así que... necesitamos una lluvia de ideas en la mayor brevedad posible. También hablo con la empresa de fabricación de los invernaderos y con la persona que ellos me recomiendan para su instalación. Mañana estará aquí un equipo a primera hora. Estoy tan inmerso en el trabajo que ni siquiera me entero que llaman a la puerta. Por eso pego un pequeño brinco cuando levanto la cabeza y veo a Dakota al lado de la mesa, observándome.

Lleva el pelo recogido en una trenza que le cae sobre el hombro, y va vestida con ropa que le queda demasiado grande, aun así, resplandece, joder.

«Preciosa, ¿eh?».

Esa palabra se queda corta para describirla.

Exhalo despacio.

—¿Pasa algo?

Niega con la cabeza.

—No has venido a comer.

Miro el reloj.

Mierda, se me ha ido el santo al cielo.

—Y tampoco has salido de aquí en toda la mañana. De hecho, ya casi son las tres.

Lo sé, acabo de mirar la hora.

¿Está preocupada? Porque lo parece.

—Lo siento —me disculpo—, demasiado trabajo. El ayuntamiento nos ha concedido la licencia y voy a mil por hora desde que recibí el correo de confirmación.

—¿Necesitas que te ayude con algo?

—No es necesario, gracias. Bastante tienes ya con lo tuyo, y yo lo tengo todo controlado por aquí.

—Como quieras.

Y se va sin decir nada más.

Contemplo la puerta cerrada. Las cosas están raras entre nosotros desde el otro día, la noche de la tormenta. Dakota me gusta muchísimo, hasta el punto de que estaría encantado de comer de la palma de su mano. Disfrutamos como locos en Seattle y podríamos seguir haciéndolo si ella quisiera, pero no es el caso. Soy demasiado mayor para andar con jueguecitos tontos. Tengo claro lo que quiero y, evidentemente, no soy correspondido. Por eso necesito largarme cuanto antes. Sin embargo, no voy a negarme a pasarlo bien el tiempo que me quede por aquí. Hoy tengo una cita con una mujer despampanante. Colette me ayudó en el proceso de selección. Sí, las cosas han cambiado, al menos eso intento. Por mi parte, se acabaron las tonterías y los «sí, pero no». Punto.

La puerta vuelve abrirse y entra Isabel con una bandeja en las manos.

—La niña me dijo que estabas muy ocupado y te traigo algo para que repongas energía —dice.

—Gracias, Isa.

—No tienes buen aspecto, ¿estás bien?

Le guiño el ojo.

—Lo estoy.

Suspira.

—Sal a que te dé un poco el aire, anda. Pero abrígate bien, hace frío.

Hemos pasado de sudar la gota gorda a morirnos de frío en cuestión de pocos días.

—Lo haré.

—Si necesitas algo...

—Yo mismo me encargaré —la interrumpo—, no te preocupes por mí, de verdad que estoy bien. Ve a dar tu paseo con Sebastián, aprovechad que ahora no llueve.

—Vale.

Y vuelvo a quedarme solo.

No quiero que estén preocupándose por mí. No pasa nada porque las cosas no sean como quiero. No siempre se consigue lo que uno desea, ¿no? Y, repito, no pasa nada, de verdad que no. La vida sigue y con ella la de todos los mortales.

A eso de las cinco, más o menos, subo a darme una ducha. Las horas me han pasado volando y, a pesar de que no he salido de ese cuarto en todo el día, estoy contento porque he sido muy productivo y no he sentido que estaba perdiendo el tiempo con el proyecto. Confieso que los de ese puto ayuntamiento llegaron a desmoralizarme, pero ya casi vuelvo a ser yo.

«Casi».

Eso acabo de decir.

Compruebo que tengo dinero en la cartera y la guardo en el bolsillo trasero de los pantalones. Me echo un poco de colonia y cambio el reloj por otro un poco más sofisticado. Por último, después de pasarme los dedos por el pelo, me arreglo el cuello de la camisa frente al espejo. Para haber estado encerrado todo el día en una habitación, y fuera del mercado durante un tiempo, no estoy mal del todo.

«Podrías estar mejor».

Cierra el pico.

Bajo las escaleras y justo entra Dakota por la puerta principal.

Sus ojos me recorren de pies a cabeza y los entrecierra.

—¿Vas a alguna parte?

Alzo las cejas.

—Tengo una cita.

Ladea la cabeza.

—¿Con una mujer?

—Con una mujer —confirmo.

—¿De la aplicación?

—Sí.

¿Por qué estoy tan tenso? ¿Y por qué siento que la estoy engañando o algo así?

—Se suponía que yo debía dar el visto bueno, ¿no?

Alzo los hombros, quitándole importancia.

—Lo ha hecho Colette.

Se le tensa la mandíbula.

«Sabía que no iba a gustarle esto».

Ya, yo también, pero es lo que hay.

—¿Y la apuesta? —inquire.

Chasqueo la lengua.

—Estoy mayor para juegos, Dakota.

Se cruza de brazos, desafiante.

—¿Qué significa eso?

—Que ya no hay apuesta.

Y me largo conteniendo el aliento.

Un aliento que me sale a trompicones una vez en el coche.

¡Mierda!

18

Dakota

La puerta se cierra detrás de él y aquí me quedo como un pasmarote, contemplándola; como si estuviera esperando a que diera la vuelta y entrara de nuevo para explicarme a qué leches ha venido todo esto. ¿Ya no hay apuesta? ¿Por qué coño ya no la hay?

«Le debes un dólar al tarro de las monedas».

Puf, le debo tantos que ya he perdido la cuenta.

Pensé que a él también le parecía divertido lo de apostar para encontrarle esposa. Un juego, como tantos otros. No sé, a los dos nos pareció buena idea y no entiendo por qué ahora ya no lo es.

«Te lo ha dicho. Es mayor para juegos».

Ya lo he oído, pero a Hyun, igual que a mí, nos motivan este tipo de cosas: apostar, poner reglas, retarnos... ¿Por qué ya no?

«Puede que Colette sepa algo».

¿Te refieres a la traidora? Sí, seguramente ella esté al tanto de todo.

Giro sobre los talones y subo al baño.

Estoy sucia de llevar toda la tarde en el cobertizo, encargándome de colocar el pedido del pienso de los animales. Ni me acuerdo de los sacos que acarree hasta el almacén. Huelo a sudor, a animales y a saber qué más. Necesito una ducha con urgencia y dejar de pensar en esos dos que, de repente, se han vuelto tan inseparables. Hago lo primero sin problema; sin embargo, con lo segundo..., bueno, eso ya es harina de otro costal. Y, como soy idiota, ya lo he dicho más veces y no pienso negarlo, bajo a la cocina dispuesta a cenar, y también a ir en busca de respuestas, en lugar de dejarlo estar y aceptar la decisión de mi amigo. ¿Podré seguir llamándolo así o eso también habrá cambiado?

«Respira hondo».

Y lo hago. Justo antes de entrar en la cocina.

—Hyun ha salido —anuncio yendo a por la cesta del pan.

Isabel remueve una ensalada y Sebastián está repartiendo las servilletas.

—Sí, nos lo dijo antes —me responde ella.

Pues qué bien, por lo que se ve, soy la última en enterarme de las cosas.

Nos sentamos a la mesa, pero no estoy a gusto; es como si nos faltara algo. Y no pienso decir el qué.

El pescado no me entra y masticar la ensalada es como comer alfalfa, muy sana pero insulsa; igual que el pescado, que no sé si sabe a lomo de cerdo o guiso de lentejas. Debo de tener las papilas gustativas atrofiadas, porque no lo entiendo.

—¿No tienes hambre?

Miro a Isabel que, a su vez, me devuelve una mirada rara.

—Me duele un poco la barriga.

—¿Te preparo una manzanilla?

Niego con la cabeza, levantándome de la mesa.

—Ya lo hago yo.

Mientras pongo el agua a hervir, ellos hablan de uno de sus hijos y de la graduación del mayor de los nietos en la escuela de primaria. Aún son pequeños, sí, pero están tan felices por ese acontecimiento... Y hay tanta añoranza en sus palabras...

Suspiro.

—Deberíais ir a esa graduación —manifiesto.

—¿Cómo vamos a dejaros a ti y a Hyun solos? —exclama Isabel, perpleja.

Me cruzo de brazos, apoyándome en la encimera.

—Somos mayorcitos, Isa —digo—, podremos apañárnoslas solos. ¿Cuándo es la graduación?

—Dentro de una semana —responde su marido.

—Pues no os lo penséis e id. No moriremos de hambre, sé cocinar. Y seguro que Hyun también.

A Sebastián se le escapa la risa.

—Lo dudas, ¿verdad? —inquiero.

Hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Yo me encargaré de alimentarlo, no os preocupéis.

—¿Qué dices, Sebastián? ¿Les damos una sorpresa a los chicos?

—Es una idea fantástica. Y no los vemos desde... ¿cuándo? ¿El verano?

—Mayo, cuando se casó Laura.

—Cierto —con cuerda él.

Laura es su hija pequeña y, cuando estuve esas semanas en Seattle, Isa me enseñó las fotografías de su boda. Una sencilla y preciosa en la que se notaba que todos estaban la mar de contentos; sobre todo los orgullosos padres.

Pensar en eso me emociona.

No voy a casarme nunca, pero, si lo hiciera, no tendría unos padres que me acompañaran al altar ni estuvieran orgullosos de mí. Y echaría mucho de menos a la abuela.

«Pero sí que estaría Jason».

Sí, él nunca me dejaría sola.

Sirvo el agua en la taza y, con ella en las manos, vuelvo a sentarme en silencio, escuchando como ellos dos planean un viaje sorpresa que, seguramente, hará muy felices a sus hijos.

Más tarde, cuando ya lo tienen todo bien planeado y se han acostado, se irán el fin de semana y regresarán al siguiente, yo salgo de casa y camino hasta la granja vecina, donde solo veo una luz encendida.

Respiro hondo y exhalo.

Decidida, subo las escaleras del porche y llamo a la puerta.

Se ilumina el recibidor y pronto aparece Colette, que se sorprende al verme. Y no me extraña, porque es muy raro que venga a estas horas por aquí y, además, sola.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —pregunta.

—Todo está bien. ¿Puedo entrar?

Se hace a un lado, aunque poco convencida.

—Claro, pero Archer no está —suelta—. Ha ido al pueblo.

Pongo los ojos en blanco.

—Vengo a verte a ti, no a él. Espero no haber interrumpido nada.

Sonríe.

—Estaba arriba, en la habitación. ¿Te acuerdas de ese libro que me dejaste hace tiempo y

que a ti te había gustado tanto?

—Pues lo cierto es que no caigo, como no me des más detalles... Ya sabes que leo demasiado, aunque ahora no tanto como me gustaría.

Cierra la puerta, apoyándose en ella.

—Es ese de romance en el que ella está enamorada de uno de sus amigos, pero él, que siente lo mismo, no está por la labor de mantener una relación con ella porque tiene un trauma. ¿Ya sabes cuál es?

Lo pienso unos segundos, sin embargo, no caigo. Tengo tantos libros que a saber de cuál de ellos habla.

—Ni idea. ¿Cómo se titula?

Ahora la pensativa es ella, pero frunce el ceño.

—Dakota, sabes que soy pésima para esas cosas. Y no preguntes por la sinopsis, ni las miro. Con las lecturas voy a ciegas, siempre lo hago. Así no me como ningún espóiler.

—¿Y terminan juntos? ¿Hay final feliz?

—Ah, bueno, aún no he llegado a esa parte, pero espero llegar muy pronto.

—Pareces muy enigmática.

—Sí, ¿verdad?

Está tan centrada en mí que hasta me pongo un poco nerviosa.

—¿Por qué me miras así? —interpelo, envolviéndome el torso con los brazos.

Hace frío, y yo he salido de casa solo con una sudadera. Las prisas, supongo.

—¿Por qué has venido, Dakota?

Esta tirantez entre nosotras no me gusta. Y menos por un tío, maldita sea.

Encojo los hombros.

—Solo quería hablar contigo, si puedes y quieres, claro.

—¿Hablar de qué?

Me aclaro la garganta.

—De nosotras, Colette. Ya no pasamos tiempo juntas y apenas hablamos.

—Estoy muy liada.

Chasqueo la lengua.

—Ya, claro, liada... Lo que estás es enfadada porque el otro día Archer quiso tomar una copa conmigo y vino a casa.

Se separa de la puerta, acercándose un poco a mí.

—¿Tú no lo estarías?

—Entonces no lo niegas... ¿Por eso te has acercado a Hyun? ¿Para cabrearme?

Suelta una carcajada, pero no maliciosa.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa si tú no estás enamorada de Hyun? Es solo un amigo, ¿no?

Tiene razón, claro.

«Pero sí que te has cabreado».

—Es un amigo igual que Archer, sí. Y que tú —añado.

—¿Seguro?

Empiezo a perder la paciencia.

—Colette... —hablo dispuesta a dejar las cosas claras—, eres mi amiga, te respeto y te quiero. Nunca tendría una cita romántica, ni nada que se le parezca, con el tío del que estás enamorada, ¿vale? Yo no soy así. Si acepté la copa con Archer, fue como amigo, nada más. Y, para que lo sepas, vino a casa, no obstante, no cruzó la puerta. Hyun se la cerró en las narices.

Abre los ojos como platos.

—¿Me tomas el pelo?

—Ni un poco.

—Pues no lo entiendo.

—¿El qué?

—Archer llegó a casa de madrugada y...

—Joder, ¿pensaste que había estado todo ese tiempo conmigo?

«¡Moneda!».

—¿Qué iba a pensar si quedasteis delante de mí? Dos más dos...

—Esta vez no son cuatro, Colette, te salieron mal las cuentas.

—¿Y dónde estuvo? Porque el coche no lo movió de su sitio. Y venía bebido.

—Y yo qué sé. ¿En el pajar, tal vez?

Gruñe por lo bajo y luego se frota la cara, ofreciendo:

—¿Quieres una copa?

—No me vendría nada mal, te lo aseguro.

Pasamos al salón, donde me siento en el sofá mientras ella prepara las bebidas: dos tequilas con mucho hielo, eso es lo que nos gusta beber a las dos.

—Lo siento —murmura sentándose a mi lado—, pensé que tú y él...

—Nunca te haría algo así, Colette —la interrumpo—, deberías de saberlo.

—Ya, bueno, a veces se malinterpretan las cosas, ¿nunca te ha pasado?

—Claro que sí.

—¿Me perdonas?

—Somos amigas, Colette, no hay nada que perdonar.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—Entonces, ¿no te enfadó ni un poquito que me acercara a Hyun?

—Para ser sincera, sí, pero no por el motivo que crees.

—Ah, ¿no?

—No.

Se le ensancha la sonrisa, mostrándome unos cuantos dientes.

—Lo que tú digas, Dakota, lo que tú digas.

Suspiro, atreviéndome a lanzar la pregunta que me guardo desde que crucé el umbral de esa puerta:

—¿Vas a contarme por qué eres tú y no yo quien ayuda a Hyun con las malditas citas?

—Él me lo pidió.

Bebo del vaso y compongo una mueca. El tequila está demasiado fuerte.

—¿Por qué? —mascullo.

—Eso es algo que debes preguntarle a él, Dakota.

—Pero...

—Sin peros —me corta—. Hyun ha confiado en mí y no voy a defraudarle. En mi lugar, tú harías lo mismo.

—Entiendo.

Me muerdo los labios.

—Te mueres por saber cómo es su cita de hoy, ¿eh?

«Al final sí que te conoce, oye».

No lo niego, y ella empieza a hablar, contándome que la mujer es muy atractiva; pelirroja, ojos azules y piel de alabastro. Según el perfil de la aplicación, es un año menor que Hyun, abogada y busca una relación seria.

Se me seca la garganta, pero dejo que siga hablando, aunque no estoy muy segura de seguir escuchándola.

Para rematar la faena, me habla de un rumor que ha escuchado en el pueblo. Uno que tiene que ver con la granja, el proyecto de mi hermano y los O'Sullivan.

Me quedo muerta.

Tanto que dejo de pensar en la cita de Hyun.

¿De verdad nos odian tanto los vecinos?

19

Hyun

Apoyo la cabeza en la almohada y cierro los ojos repasando la cita con Abigail. No estuvo mal para ser la primera que tengo a través de una aplicación. Al principio, como se escuchan tantas cosas al respecto, pensé que me encontraría a otra y no a la misma mujer de la fotografía del perfil. Hay tantos engaños en estas aplicaciones, tantas personas que se hacen pasar por una cosa y son otra que..., bueno, dudé con lo que fuera a encontrarme, para qué engañarnos. Pero, no, ahí estaba ella, despampanante, como en todas las imágenes que vi antes de decidirme a pedirle que nos viéramos, después de mantener una conversación por el chat. No solo me encontré con una mujer atractiva, sino que, además, era simpática, atrevida y muy sensual. Cenamos en el único asador que hay en el pueblo, y mantuvimos una conversación que no decayó en ningún momento. Una conversación en la que hubo espacio para todo: estudios, trabajo, relaciones pasadas, risas... Me gustó estar con ella, sin embargo, no sé, tengo la sensación de no haber disfrutado como debería haberlo hecho. Me encontré un poco raro, todo hay que decirlo.

«¿Quizá porque era la primera vez?».

Puede ser, sí, no lo descarto. Hemos vuelto a quedar la próxima semana y, quién sabe, puede que esta vez sí lo disfrute de verdad y no eche de menos otras cosas.

«U otras personas...».

Bah, eso solo será cuestión de tiempo.

Compruebo que tengo activada la alarma en el móvil e intento entregarme en los brazos de Morfeo. Espóiler: no lo consigo. Antes, al subir la escalera, vi que por debajo de la puerta de la habitación de Dakota se colaba la luz. Son casi las dos de la madrugada y me preocupa que no esté dormida a estas horas.

«Igual que tú».

Sí, pero yo salí.

«¿Y qué sabes lo que hizo ella? Igual está leyendo».

Se me escapa la risa.

Al parecer, eso suele hacerlo a oscuras y con el libro del revés.

«Solo cuando ya se sabe el libro de memoria».

Menuda pillada la del otro día. Seguro que estuvo espiándonos a mí y a Colette; con lo que a ella le gusta el chisme, por Dios. Apuesto todo lo que tengo a que se moría por saber por qué había quedado con su amiga, y no perderé ni un céntimo.

Suspiro y salgo de la cama.

La madera cruje bajo mis pies cuando me acerco a la puerta y la abro, asomando un poco la cabeza por el hueco. La luz sigue encendida y, por un momento, me debato entre ir a ver si se encuentra bien o volver a la cama. Gana la opción número dos. Puede que se haya quedado dormida con la lámpara encendida, y no quiero que piense que estoy muy pendiente de ella. Las cosas ya están demasiado raras entre nosotros como para complicarlo todo aún más.

Vuelvo a la cama.

No duermo a pierna suelta, ya me gustaría. Lo hago a trompicones. Tengo sueños raros y el

gallo empieza a dar su serenata a la cinco en punto. Menos mal que los grillos han dejado de dar el cante. Por lo visto, estos solo actúan durante el verano y la época de calor. Igual que las típicas orquestas, esas que van por los pueblos amenizando las fiestas con la música actual. Ahora no sé, pero antes existían. Estoy bastante perdido con el tema.

Abro el ojo del todo cuando empieza a amanecer y, en lugar de disponerme a hacer la rutina de ejercicios, como siempre hago, me visto directamente y bajo al cuarto de la abuela. Tengo que estar listo para cuando llegue la cuadrilla que instalará los invernaderos en la parte de atrás, junto a la finca que Jason quiere comprar más adelante.

Dakota me da el susto de mi vida cuando enciendo la luz y la encuentro ahí, en la mecedora, esperándome.

Ahogo un grito y me echo hacia atrás, con la mano en el pecho.

—Joder, ¿quieres matarme o qué coño te pasa? —grazno entre dientes.

—Tenemos que hablar, Hyun.

Me fijo bien en ella y no parece tener buen aspecto, por decirlo de alguna manera. Hay ojeras debajo de esos ojos tan bonitos y su piel parece más pálida de lo que ya lo es de por sí.

Me entra congoja.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Cierro la puerta detrás de mí y me acerco a la mesa. Aunque me preocupa su estado, prefiero mantener las distancias. No tengo ni idea de por dónde van los tiros y no quiero pecar de confiado y meter la pata.

«¿Y si está así por lo de la apuesta? No pareció gustarle mucho lo que dijiste ayer».

Allá ella, es mi decisión y no pienso echarme atrás para hacer que se sienta mejor.

—Tenemos que hablar —repite.

—Ahora estoy muy ocupado, Dakota, tengo que rellenar unos informes antes de que llegue la cuadrilla de obreros.

—Es importante —insiste.

Me froto la cara con las manos y exhalo.

—Mira, Dakota, cuando me subí al coche en Seattle, te juro que lo hice con la intención de respetar el pacto, pero al llegar aquí y verte, pues ¿qué quieres que te diga? Me gustas. Muchísimo, de hecho. Y por eso acepté la apuesta, para pasar tiempo contigo y tenerte cerca, pensando que, con el tiempo, si veías que había más mujeres interesadas en mí, podría hacerte cambiar de opinión respecto a nosotros. Sin embargo, por alguna razón que no llego a comprender, pero que respeto, tú no quieres tener nada conmigo, a pesar de que nos entendemos a las mil maravillas y estamos hechos el uno para el otro, en todos los sentidos.

—Hyun... —balbucea, tratando de interrumpirme.

No la dejo. De tirados, al río.

—Me ha costado, pero lo acepto. No sigo adelante con la apuesta porque no quiero seguir enamorándome de ti si no voy a ser correspondido, ¿entiendes?

Me clava los ojos con fijeza.

Tengo el pulso a toda pastilla.

—¿Lo entiendes o no, Dakota? —repito a duras penas.

El ambiente se carga de intensidad y de algo más que no soy capaz de pillar.

¿Por qué no dice nada?

«Porque la has dejado sin palabras».

Es Dakota Morgan, lo dudo mucho.

Espero. Y espero un poco más. Entonces me doy cuenta.
¡Mierda!

Dakota

Freno la mecedora poniéndome en pie, perpleja.

Vaya... Esto sí que no me lo esperaba. Y no sé qué decir porque no quiero equivocarme y meter la pata. ¿Hyun...? ¿Hyun se está enamorando de mí? ¿He oído bien o me lo he imaginado? «Le gustas muchísimo».

Esto no debería de estar pasando. Yo tendría que estar centrada en otra cosa y no... en esto. En esta confesión que no me esperaba para nada. Creí que estaba todo claro entre nosotros. «No te enamores de mí», me advirtió al poco de conocernos.

Sacudo la cabeza.

No estoy dormida y soñando, ¿verdad?

Carraspea.

—No era de esto de lo que querías hablar —no pregunta.

No desvío la mirada al negar con la cabeza.

Cierra los ojos y murmura:

—Joder, qué imbécil soy.

—No lo eres.

—Claro que sí, acabo de hacer el ridículo más espantoso de mi vida.

—Hyun...

Se sienta en la silla, farfullando por lo bajo y llamándose de todo.

Me siento fatal por él y por mí.

Necesito tiempo para asimilar sus palabras y...

—¿De qué querías hablar entonces? —espeta.

Su voz no tiene el calor de siempre. Ni el timbre.

—Somos amigos, Hyun.

Se ríe, rebuscando algo entre todos los papeles que hay sobre la mesa.

—Después de esto, tardaré unos días en volver a mirarte a la cara, pero, sí, por supuesto, somos amigos —dice.

Tamborileo con los dedos en el borde de la madera. No tengo muy claro cuándo me he acercado tanto a la mesa, pero aquí estoy, a medio metro de él. Se siente dolido y avergonzado, y me mata ser la causante de ambas cosas. Pero ¿qué puedo hacer?

—En estos momentos, hay algo más importante que una apuesta cancelada, Hyun.

Sigue sin mirarme cuando inquiere:

—Ah, ¿sí?

Asiento.

—Hay un rumor.

Coge un bolígrafo y frunce el ceño.

—¿Un rumor?

Vuelvo a asentir, pero él no se da cuenta, claro.

—Sí, Colette lo escuchó en el pueblo.

—¿Y de qué trata ese rumor que es tan importante como para que te dé igual lo que acabo de decirte, Dakota?

«Genial, está enfadado».

Más de lo que imaginaba.

—No me da igual, Hyun. Me has pillado por sorpresa y...

—El rumor, Dakota, ve al grano.

Trago saliva.

Coño, ¿por qué parece que el latido de mi corazón ha pillado carrerilla?

—¿Dakota? —me apremia.

Cojo aire y lo suelto poco a poco, preparándome para hablar:

—Al parecer, Brendan O’Sullivan está en contra de la granja ecológica de Jason.

Ahora sí que me mira.

—¿Brendan O’Sullivan? ¿Quién es ese?

—El dueño de la mayoría de las tierras que ves a tu alrededor. De hecho, la parte que mi hermano quiere comprar para ampliar la granja también le pertenece.

—¿Estás de broma? —exclama.

—Ojalá.

—¿Y por qué narices ese hombre está en contra de algo tan bueno y positivo para el pueblo?

—No lo sé, pero Colette cree haber entendido que tenía que ver con algo que la abuela hizo hace mucho tiempo.

—No puede ser cierto.

—Pero lo es. Y, antes de hacer nada, debemos asegurarnos de que no infringimos ninguna ley de fincas.

—Y también averiguar qué le hizo tu abuela, a ver si podemos subsanarlo de alguna manera. ¿Tienes idea de qué puede ser?

—No.

—¿Y tu hermano?

—No lo sé, hablaré con él.

Se reclina en la silla, pinzándose el puente de la nariz con los dedos.

—Sabía que había alguien en este pueblo que os odiaba —pronuncia en voz baja.

Y yo odio que se estén complicando tanto las cosas.

Y que nada esté saliendo según lo planeado.

«¿Te refieres a vosotros dos?».

A todo en general.

20

Dakota

Despido con la mano a Isabel y a Sebastián. Hyun los lleva al aeropuerto para ir a la graduación de su nieto; si no cambian de opinión, regresarán en una semana. Se van tranquilos y sin saber nada del rumor que nos trae de cabeza estos días a Hyun y a mí. Y menos mal que no se han enterado, de lo contrario, el avión que despegará en un par de horas, lo haría sin ellos. Por eso preferimos mantenerlo en secreto, para que no cambiaran sus planes. Se preocupan tanto por nosotros que la mayoría de las veces dejan de pensar en ellos mismos. Y merecen estar con los suyos en un día tan especial para todos ellos.

Bajo la mano y entro en casa en cuanto pierdo el coche de vista.

Hay un montón de cosas que debo hacer y, la verdad sea dicha, muy pocas ganas de ello; me duele la cabeza y, de vez en cuando, me dan escalofríos; creo que me ronda el primer resfriado de la temporada y, precisamente ahora, no es un buen momento para ponerme enferma. Con lo que tenemos encima, por Dios...

Voy a la cocina y me preparo una de esas infusiones que la abuela siempre tenía en la despensa, en un tarro de cristal con cierre hermético para que no se humedecieran. Una mezcla de distintas especias: tomillo, romero, manzanilla y creo recordar que algo de jengibre. Con la infusión me tomo también un ibuprofeno para el dolor de cabeza, que no tarda en hacer efecto y aliviar las palpitaciones en las sienes.

Dirijo la vista a la ventana.

La cuadrilla de obreros llegó hace un rato y están midiendo una parte del terreno. Nada pudieron hacer estos días, ya que no teníamos muy claro cómo iba lo de la ley de fincas en construcción. Hyun tuvo que darle muchas vueltas en el ayuntamiento; el pobre está hasta las pelotas de ir y venir, tratando con esos inútiles que no hacen más que fastidiarnos. Al final, fue uno de los abogados de la agencia de publicidad el que le envió por correo electrónico todo lo referente a este tema en cuestión. Esa parte de la finca, en la que irán los invernaderos, no es urbanizable, pero siempre que la construcción esté vinculada a la explotación ganadera, agrícola o forestal, no hay problema. Además, la distancia con la finca colindante concuerda con lo estipulado por la ley; hay muchísimo más de cincuenta metros con la autopista, veinticinco con la red de carreteras básica y dieciocho con el resto de carreteras, lo que significa que, por ese lado, tampoco hay problema alguno. Una vez que se tuvo todo eso claro, y nos aseguramos de que no se infringía la ley por parte alguna, Hyun volvió a poner en marcha el tema del montaje de los invernaderos. Sin embargo, no es eso lo que nos trae de cabeza, sino el maldito rumor que Colette escuchó en el pueblo.

La sien me vuelve a palpar solo de pensar en ello.

No sé qué hacer en cuanto a eso, y tampoco por dónde empezar. Para colmo, no consigo hablar con mi hermano, que es la única persona que podría arrojar algo de luz al asunto. Y todo ello me pone de los nervios.

«Si solo fuera eso...».

Lo sé, pero de lo mío con Hyun, que no hay nada de nada, prefiero no hablar. Que conste que él tampoco; dijo lo que dijo en su momento, y ya. Y lo entiendo, porque debería de ser yo la

que se pronunciara al respecto; no obstante, sigo procesando sus palabras. Lo malo de todo esto es que el buen rollo que había entre nosotros se ha esfumado. Ahora, antes de decir nada, ambos andamos con pies de plomo, cuando nunca fue así entre nosotros. Y lo de pasar tiempo juntos, ni hablar, vamos. No recuerdo cuándo fue la última vez que nos sentamos a charlar y a reír, sin llegar a soltarnos pullas y a enfadarnos.

«La amistad se ha ido a la mierda».

Más o menos, sí.

Me lavo las manos en el fregadero y las seco con el primer trapo que encuentro. Estoy a punto de encerrarme en el cuarto de la abuela, ahora despacho de Hyun, cuando me suena el teléfono en alguna parte.

Lo encuentro en la habitación.

Y es Jason.

—Peque —dice en cuanto descuelgo—, tengo muchos mensajes y llamadas tuyas, y Brianna de Hyun, ¿qué pasa? ¿Va todo bien?

—Al fin —pronuncio al instante—. Llegué a pensar que no volvería a hablar contigo nunca más. ¿Se puede saber dónde os metéis? Es imposible dar con vosotros.

Y le cuento lo poco que sé del rumor de las narices y de que no tengo ni la menor idea de qué hacer al respecto.

—¿Tú sabes de qué va el tema? —pregunto ya más calmada.

—Pues, no, tampoco tengo ni idea, peque, estoy igual que tú. De hecho, me has dejado un poco descolocado.

—¿Verdad que sí? A mí me pasó lo mismo cuando Colette me lo comentó.

—Hasta donde yo sé, la relación de la abuela con los O'Sullivan era buena. A ver, no eran íntimos, pero no se llevaban a matar ni nada por el estilo.

—¿Y con el abuelo?

Exhala lento, pensativo.

—Pues no lo recuerdo, Dakota, yo era muy pequeño cuando el abuelo murió y no sé si entre ellos había o no alguna disputa.

—¿En serio?

—¿Qué quieres que te diga? La abuela jamás insinuó nada de nada. Aunque espera...

—Dime —mascullo, esperanzada.

—Una vez, hace muchos años, encontré a la abuela viendo viejas fotografías. En ellas salía el abuelo con Brendan O'Sullivan y parecían los mejores amigos del mundo. ¿Dices que el rumor tiene que ver con la abuela?

—Sí. ¿Se te ocurre algo?

—Pues, a no ser que los dos estuvieran enamorados de ella, no.

«Ostras, con lo devoradora de romance que eres, ¿cómo es que no pensaste en esta posibilidad?».

Me doy una colleja mental.

Sonrío.

—Eso sería muy posible, hermanito. ¿Dónde estaban esas fotografías? ¿En el cuarto de la abuela?

Le dice algo a mi cuñada y, luego, me habla a mí:

—No, en el cuarto de la costura no, fue en el desván.

Mierda, ahí no. Esa es la única parte de la casa que odio pisar. Las arañas de allí arriba son gigantes, y solo de pensar en ellas se me ponen los pelos como escarpas.

—¿Estás seguro?

—Sí, recuerdo que estaba en mi cuarto cuando escuché pasos arriba y subí muy acojonado a ver quién andaba por allí.

—¿A ti también te dan pánico las arañas gigantes del desván?

Se ríe con ganas, el muy caraculo.

—No, peque, lo que a mí me daban miedo eran los fantasmas, y te juro que pensé que era uno. Como la abuela siempre nos contaba aquellas historias...

Sí, ella siempre nos metía miedo con el hombre del saco y la mujer que se llevaba a los niños que no se dormían pronto. La abuela era una santa, pero cuando quería, nos tenía acojonados perdidos. Menuda imaginación tenía la señora, no se dejaba ningún detalle escabroso en el tintero.

Suspiro.

—Entonces tendré que esperar a que Hyun regrese para poder subir a investigar sobre el tema —murmuro.

—¿Y dónde está Chun si puede saberse?

Se me escapa la risa pensando en todas las veces que Hyun le ha cambiado el nombre a Archer desde que está aquí, y le cuento a mi hermano que ha ido a llevar a Isabel y a Sebastián al aeropuerto.

—¿Y Brianna lo sabe? —exclama, sorprendido.

—Si dices que también tiene mensajes y llamadas perdidas de Hyun, imagino que no, pero supongo que no pasará nada porque se hayan cogido unos días de descanso, ¿no? Además, fue idea mía que fueran a visitar a sus hijos y estuvieran en la graduación del niño.

—Por supuesto que no pasa nada, no lo decía por eso, peque, ¿por quién me tomas?

—No lo sé, como ahora eres un niño rico y todo eso... —me burlo.

—Qué cabrona.

Los dos nos reímos.

—Cuéntame algo del viaje, anda.

Y lo hace. Me dice que se han quedado en España más tiempo de lo estipulado en el itinerario de la luna de miel; que es un país precioso, de norte a sur y de este a oeste; que la comida es una delicia y la gente encantadora; y que su arquitectura es para quedarse ojiplático, y eso que él no entiende mucho de edificios antiguos, pero que ha flipado con todo lo que han visitado y con todas las historias que el guía turístico les relató a su paso.

—Ojalá pudieras ver lo que yo he visto hasta ahora, peque. Conociéndote, lo ibas a disfrutar muchísimo, estoy seguro.

Pienso en la apuesta que había hecho con Hyun y en la posibilidad de irme a la Ciudad de la Luz y del amor si la ganaba. Me conformaría con ir a París; ese sí que sería uno de mis sueños cumplidos, poder beber vino, comer queso y bailar a orillas del Sena.

Suspiro, soñadora.

—Algún día haré un viaje alucinante —aseguro.

—Y yo haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

Sonríó aún más.

—Te quiero mucho, hermanito —murmuro antes de despedirme.

—Y yo a ti, peque. Tengo muchas ganas de verte.

Yo sí que tengo ganas de verle, pero aún quedan unos cuantos días para eso.

Dejo el teléfono sobre la cama y salgo al pasillo, alzando la cabeza y centrando la mirada en la pequeña y estrecha puerta que se ve en el techo. Si tiro de esa cuerda que hay ahí, se abrirá y descenderán unas escaleras que no estoy muy segura de querer subir.

Escucho los pasos de Hyun por las otras escaleras, por eso no me asusto cuando inquiere:

—¿A quién le estás rezando?

Bajo los ojos hacia él y contengo el aliento.

Qué guapo es, coño.

21

Hyun

Entro en casa y enseguida noto la ausencia de ruido en la cocina y el silencio absoluto que reina en todas las demás estancias. Me ha sorprendido que Sebastián e Isabel se tomaran unos días libres, pero no en plan mal, todo lo contrario. Pasar tiempo con sus hijos y con sus nietos es lo mejor que pueden hacer, teniendo en cuenta que uno nunca sabe lo que puede llegar a pasar el día de mañana ni cuándo será la última vez que puedas tener esa oportunidad.

Dejo el anorak en la entrada y subo las escaleras.

La visión al llegar arriba me deja sin aire en los pulmones. Dakota, toda desaliñada, peto vaquero extra ancho, jersey de lana holgado y ajado y el pelo tan revuelto y recogido de una forma que parece el nido de una familia de cuervos, mira al techo ensimismada y mordiéndose el labio inferior. Un labio que no puedo dejar de mirar, deseando ser esos dientes.

«¿Qué suerte tienen?».

Ya te digo.

Así, sin arreglar y sin nada, incluso debe de tener alguna mancha de polvo en la cara, me quedaría corto al pensar que es la mujer más preciosa que he conocido en la vida. La más divertida, la que más rápido se enfada y en la que no puedo dejar de pensar, por mucho que me empeñe. Debí de estar loco para creer que cumplir el pacto era pan comido y que nada cambiaría entre nosotros.

«¿Arrepentido?».

Ni un poco, joder.

Exhalo con lentitud.

—¿A quién le estás rezando? —pregunto, desviando todo pensamiento impuro de la cabeza.

Sus ojos descienden despacio hacia mí y el corazón me late desbocado al instante. El otro día tuve una cita con una mujer despampanante, y hoy la tendré con otra que no tiene nada que envidiarle a la primera, aun así, con la única con quien quiero estar y pasar el tiempo es con esta, que me pone cachondo con solo mirarme y no me da la más mínima oportunidad.

«Igual lo que necesitas es echar un polvo».

Suspiro.

Eso fijo, pero no con cualquiera.

¿Me está devorando con la mirada o son imaginaciones mías? Porque, para ser sincero, ya no sé distinguir qué es verdad y qué un invento de mi imaginación.

Trago saliva.

—¿Dakota?

Se pasa la lengua por el labio que antes se mordía y, lo dicho, no puedo evitar la puñetera erección.

Bochornoso, sí, yo también lo creo.

—He hablado con mi hermano —dice entonces—, sobre el rumor de la abuela y eso.

Parece un poco acalorada, ¿no?

«Más o menos igual que tú».

¿Y también estará pensando en lo mismo?

«Más quisieras».

—Hyun, ¿me estás escuchando? —Me chasquea los dedos delante de las narices y vuelvo en mí.

—Perdón, no, no escuchaba, estaba en otra cosa.

Cruza los brazos sobre el pecho, seguro que tiene los pezones...

«Por ahí no, Hyun».

—¿Qué cosa? ¿Trabajo? —exclama.

—Sí, sí, trabajo, claro. —Carraspeo—. ¿Qué me decías de tu hermano?

—Que hablé con él sobre el asunto del rumor. Y cree posible que tanto el abuelo como Brendan pudieran estar enamorados de la abuela y que por eso tuvieron problemas.

—¿En serio?

—Sí, es factible. Si la abuela eligió al abuelo en lugar de Brendan, pues...

—No sé —dudo, interrumpiéndola—, yo me inclino más en creer que todo es cosa de tierras, aunque vete a saber...

—Bueno, Jason también dijo que una vez pilló a la abuela viendo fotografías antiguas en las que el abuelo y el vecino parecían tener una buena amistad.

—¿Y eso qué tiene que ver? —replico.

Se encoge de hombros, diciendo:

—Hay que averiguarlo sea lo que sea, ¿no?

—Sí.

—Bien, pues las fotografías están ahí arriba, en el desván.

Ah, vale, ya lo pilló, por eso miraba antes al techo con tanta concentración.

—¿Y pensabas que esa puerta se iba a abrir con el poder de tu mirada o algo así? —me burlo.

Me da un golpe en el brazo.

—¡Oye! —me quejo—. Eso es maltrato.

—Sigue tomándome el pelo y sabrás de verdad lo que es el maltrato, idiota.

Me río y tanteo:

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de subir al desván?

Desvía la vista, poniéndose un poco nerviosa.

—Hostia, Dakota, ¿he dado en el clavo?

—Hay arañas —masculla entre dientes—. Unas arañas gigantes, ¿sabes?

—¿Y qué pasa? ¿Se alimentan de seres humanos?

Otro golpetazo, esta vez en el pecho.

—¡Au! —chillo.

—Sube ahí arriba, busca las fotografías y bájamelas.

—¿Y que me coma uno de esos bichos? Ni de coña.

—Hyun...

Está perdiendo la paciencia y yo estoy disfrutándolo de lo lindo y a punto de descojonarme. Mira que ponerse así por unas arañas...

—O subes conmigo o paso —manifiesto.

Aprieta los labios y los puños.

—Está bien —acepta—, pero subes tú primero.

—¿No se supone que primero van las damas?

—¿A que al final te arreo un sopapo?

Suelto la carcajada sin poder evitarlo.

Dios, y cómo lo agradezco. La erección hace rato que se ha evaporado y no queda nada del deseo repentino; sin embargo, es imposible dejar de pensar que los dos encajamos tan bien que es un sacrilegio dejarlo pasar y no comprobar hasta qué punto.

—¿Te importa si antes me cambio de ropa? —Me señalo de pies a cabeza.

—No, pero date prisa.

—A la orden.

Le guiño el ojo y la dejo ahí, taladrándome con esos preciosos ojos que tiene.

Sigo riéndome mientras me pongo un pantalón de chándal y una sudadera que había puesto para lavar. Si el cuarto de la costura estaba como estaba, no quiero ni imaginar lo que me encontraré por allá arriba. Igual sí que me come una de esas arañas tan gigantes y todo.

Vuelvo al pasillo y me froto las manos.

—Bien, allá vamos —animo con más énfasis del necesario—. ¿Preparada?

Niega con la cabeza, compungida. Pobrecita, hasta me da un poco de pena y todo.

—Vas a obligarme a hacerlo, ¿verdad?

—Eres una mujer fuerte, valiente y decidida, Dakota, ¿qué son para ti unos bichos de nada?

—Te odio —grazna.

Sonrío de medio lado.

—No es cierto. En realidad, me amas, pero aún no lo tienes asumido.

Y me estiro para tirar de la cuerda que cuelga del techo. Una fina y no demasiado larga. Automáticamente, se despliega una escalera doblada en dos partes. Me cercioro de que podemos subir por ella, y pongo el pie en el primer escalón y, luego, en el segundo; así hasta estar dentro del desván. Un desván que huele un poco a humedad y con un ventanuco por el que entra un resquicio de luz que apenas nos deja ver nada.

—Hay un interruptor a tu izquierda —musita Dakota detrás de mí.

Palpo la pared hasta dar con él y presionarlo.

Una bombilla ilumina un poco más el cuarto. Un cuarto bastante grande y que está hasta los topes de cosas viejas: cajas, un espejo, herramientas, bolsas de ropa, estanterías con botes de lo que parece pintura... Y telarañas espesas y grandes que dan bastante yuyu, para qué mentir.

—¿Por dónde empezamos? —pregunto.

La expresión de su cara es... ¿terrorífica? Comienzo a creer que su aracnofobia es verdadera y no una exageración de las de ella.

—Por donde quieras, pero que sea rápido, por favor.

—Oye..., pensé que solo exagerabas con el tema de las arañas, pero si tanto pánico les tienes, espérame abajo.

—No es pánico, es..., no sé ni cómo explicarlo.

—Entonces baja.

—Ni hablar, ya estoy aquí, así que... Entre los dos buscaremos más rápido.

Asiento, poniéndonos manos a la obra.

Ella por un lado y yo por el otro extremo. El polvo nos hace toser a los dos. Menos mal que no tenemos alergia, de lo contrario, madre mía. Abro los cajones de un tocador de madera, comprobando el interior, y nada. Abro bolsas y cajas, rebusco entre diversas telas y sigo abriendo más cajas. Buscar esas fotografías es como buscar una aguja en un puto pajar, lo tengo más claro que el agua. Se me caen unos cuadros encima y me golpeo la cabeza con la esquina de una de las estanterías; nada serio, pero sí doloroso. Me la froto y estornudo cinco veces seguidas. Dakota,

por su parte, tampoco parece encontrar nada interesante. Menuda mierda. ¿Qué podrá ser eso tan importante que pasó como para que el vecino nos complique la vida de esta manera? Se siguieron todos los pasos que hay que dar antes de una nueva construcción y se publicó en el boletín oficial del pueblo el anuncio, por si alguien tenía algo en contra y todo ese rollo. ¿Por qué el tal Brendan O'Sullivan no dijo nada entonces? ¿Por qué no dar la cara? Podríamos hablarlo como personas adultas y civilizadas que somos, ¿no? Menos la muerte, todo tiene solución. Todo.

—¿Qué tal la cita del otro día? —Se interesa de pronto Dakota—. Colette me dijo que la chica era impresionante.

«Así que ha hablado con su amiga de ti, ¿eh?».

Eso parece.

—Lo era —confirmo.

—¿Te gustó?

—No estuvo mal para ser la primera vez.

—¿Qué hicisteis? ¿Cenar y unas copas?

—Justo eso, sí.

¿Por qué me cuesta tanto hablar de Abigail con ella? Tampoco es que tenga nada que esconder, maldita sea.

—¿Vais a volver a quedar?

—Sí, la próxima semana.

—Ah, ¿sí? —Le tiembla un poco la voz.

Asiento sin mirarla.

—La próxima semana es el maratón de baile, acuérdate. Y, por cierto, con todo el lío de la granja, aún no te he enseñado a bailar. Deberíamos aprovechar los siguientes días para hacerlo, ¿te parece?

Sonrío para mis adentros.

«Ya sabes bailar».

Lo sé.

«¿Y qué piensas hacer al respecto?».

—Entonces cancelaré la cita con Abigail. Ya nos veremos en otra ocasión —pienso en voz alta.

—¿Seguro?

No tengo ninguna duda. Ya lo dije, Abigail es increíble y lo pasamos bien conociéndonos y eso, pero no es Dakota. Y si tengo que fingir que no sé bailar para pasar tiempo con ella, lo haré a ojos cerrados.

—Seguro —afirmo.

22

Dakota

Nos cambia la rutina por culpa de las malditas fotografías, que no aparecen por ningún lado, y del rumor de las narices. Me cabrea no saber a qué viene todo eso de estar en contra del proyecto, la verdad; pensé que todo el mundo de por aquí se alegraba y lo apoyaban; al menos todo aquel que sabe de qué va el tema. Nos hemos devanado los sesos y, por mucho que pensemos en ello, no se nos ocurre qué podría haber pasado entre nuestros vecinos y los abuelos para que, unos cuantos años después de lo que fuera, lleguen las represalias. Hyun se ha empeñado en hablar personalmente con ellos y esta tarde, en cuanto terminemos con nuestra primera clase de baile, los dos iremos a buscarlos; quizás un cara a cara sea lo mejor y así consigamos salir de dudas y arreglar lo que sea que se haya estropeado en la era de los dinosaurios.

«Ya te vale».

Dije que esto me cabreaba y no mentía.

Esparzo el heno limpio en el establo de las vacas mientras ellas pastan a sus anchas en el prado. La palabrota que Hyun suelta, a unos metros de mí, me obliga a alzar la cabeza y preguntar:

—¿Qué pasa ahora?

Sí, aunque parezca raro, que lo es, me está ayudando con el ganado y con todo lo demás. Lo decidimos hace un par de días, cuando nos unimos para dar con el objetivo del rumor y las fotografías que mi hermano nombró en nuestra conversación que, por cierto, en el desván no estaban. Si él me echa una mano con mi trabajo en la granja, tendremos más tiempo libre para seguir buscando por toda la casa e investigar el tema.

Se me escapa la risa cuando lo veo pegarse con la manguera.

—No tiene gracia —gruñe.

Al pobre no se le da nada bien esto de la granja, pero le honra el que quiera ayudarme, todo hay que decirlo.

—Solo tienes que desenroscarla y abrir el grifo, Hyun.

—No me hables como si fuera un niño pequeño y no supiera cómo va esto.

—Es que no parece que lo sepas, con lo fácil que es.

Se yergue, entrecerrando los ojos y fulminándome con ellos.

—Ah, ¿sí? —Se enfada—. ¿Por qué no pruebas tú a dirigir una campaña de publicidad a ver qué tal se te da, listilla?

Pongo los ojos en blanco, suspirando.

Tiene razón, si fuera el caso contrario, yo no sabría ni por dónde empezar.

—¿No vas a decir nada?

—Pues a lo mejor te sorprendería —alardeo.

—Sí, claro, eso no te lo crees ni tú.

Me río al ver la lucha que se trae entre manos.

—¿Vas a venir a ayudarme o piensas quedarte ahí toda la mañana descojonándote de mí?

La estampa es para partirse el culo, para qué engañarnos; no estaría mal esperar y dejarlo a

ver si es capaz de desenredarse por sí solo de esa maraña que se ha creado entre la manguera y sus pies; no obstante, opto por apoyar la horca en el poste de madera e ir a echarle un cable.

—Deja de reírte —me advierte según me voy acercando.

—No lo hago.

—Entonces, ¿por qué te veo todos los dientes? —exclama.

—Porque le costaron un dineral a la abuela, quedaron bonitos y me gusta enseñarlos —bromeo.

—También tienes bonitas otras cosas y no las vas mostrando por ahí —murmura creyendo que no le oigo.

Freno en seco a su lado, apoyando las manos en las caderas.

—¿Cómo dices?

Frunce los labios, mirándome con cara de cordero degollado.

—Ups, se me ha escapado, lo siento.

Si no nos conociéramos, podría creer que sí, que ese solo ha sido un pensamiento expresado en voz alta; pero es Hyun, y él nunca dice nada porque sí.

—¿A que me largo y te dejo para que te las apañes tu solito con tu amiga la manguera?

«Uy, eso ha sonado un poco guarrillo, ¿a que sí?».

Bastante, pero juro que no ha sido intencionado.

Él alza las cejas y mantiene los ojos abiertos como platos.

Yo me tapo la boca, tratando de ahogar todas las carcajadas que están a punto de salir de ella; espóiler: no lo consigo. Y pasan un par de minutos, por lo menos, antes de que deje de reír, me limpie las lágrimas y me agache para ayudarlo a salir del embrollo de goma; ahí va otro espóiler: ambos acabamos tirados en el suelo y empapados de pies a cabeza. El error ha sido mío por levantarle un pie y dejarlo desestabilizado. Por eso se tambaleó, apoyándoseme en el hombro y haciéndome perder el equilibrio a la vez que, con el codo, le daba a la manilla del grifo. Todo un desastre, vamos.

Nos miramos y reímos, es inevitable.

Respiro hondo y él también.

—Ha sido culpa tuya —acusa.

Niego con la cabeza.

—Eres un torpe y te falla el equilibrio.

—Y una mierda, lo has hecho aposta.

—¡Qué dices, caraculo!

—Tengo razón, y lo sabes. Querías revolcarte conmigo y no sabías cómo hacerlo, confiésalo.

—Más quisieras.

Su mirada se intensifica y admite:

—Sí que quiero.

Esas tres palabras me dejan sin aliento. Siempre lo hace. Dejarme así, muda y sin poder de reacción. Y mira que es difícil, ¿eh? Pero al muy capullo le sale de perlas.

«El bote de las monedas está rebosando».

Que le den al bote de las monedas, coño.

Alza una mano, dirigiéndola al mechón que me tapa la vista del ojo derecho, y se me dispara el latido del corazón.

—Eres preciosa —susurra.

Trago saliva.

Si él inclinara un poco la cabeza y yo la elevara, nuestros labios estarían a la par y respiraríamos el aliento del otro.

No sé si se congela el tiempo o soy yo que me he quedado paralizada. El caso es que no puedo moverme y, lo más sorprendente, no estoy segura de querer hacerlo, por mucho frío que haga ahí fuera y por muy empapados que estemos.

Me repasa toda la cara con los ojos, hasta dejarlos instalados en mi boca.

Yo tampoco pierdo la suya de vista. Sobre todo cuando advierte:

—O nos ponemos en pie o te beso, tú decides.

Elijo la primera opción. La segunda, aunque reconozco que la estoy deseando, sería perjudicial para mi salud mental. Y no tengo ganas de pelearme conmigo misma por haberme dejado llevar y cometer un error garrafal.

«¿Y si no es un error?».

Carraspeo y balbuceo:

—De... Deberíamos de ir a cambiarnos de... ropa.

—¿Juntos? —inquieta para mi desgracia.

Suspiro.

—Déjalo ya, Hyun. —Apenas me sale la voz.

Exhala y yo giro sobre los talones, pero me retiene enredándose los dedos en la muñeca y pegándose a la espalda.

Se me acelera la respiración al instante.

—Sabes que volverá a pasar tarde o temprano, Dakota. Acabemos con esta agonía de una vez y que sea lo que Dios quiera.

Ojalá fuera tan sencillo como eso. Para mí no lo es, aunque parezca que empiece a morirme por ello.

Me suelto del agarre y continúo mi camino con él a la zaga. Salimos del establo y seguimos por el sendero delantero, el que va directo a la puerta de casa. Estamos a punto de entrar cuando espeta:

—Mierda, Corleone se ha escapado otra vez.

Miro por encima del hombro.

—No es Corleone, es John Wayne.

—¿Cómo lo sabes?

—Por los andares, fíjate.

Menea la cabeza, divertido.

—Joder, me dejas flipando.

Encojo los hombros.

—Se me da bien diferenciar a los cerdos.

Entrecierra los ojos.

—Eso no irá con segundas, ¿no?

Sonrío.

—Tú no eres un cerdo, Hyun.

—¿Qué soy?

—Un pesado.

Y juntos nos dirigimos a la caza de Wayne, que nos hace sudar la gota gorda, el muy cochino.

Más tarde, antes de la clase de baile y de salir a investigar, mientras él responde algunos correos y mantiene una reunión con la gente de Seattle por videoconferencia, llega Colette y me tomo un té de jengibre con ella en la cocina. Últimamente, no nos vemos todo lo que quisiéramos y, como no hay mucho que contar, tardamos muy poco en ponernos al día.

—¿Tú y Hyun pasáis más tiempo juntos o son imaginaciones mías? —expresa de repente.

—Es por el tema del rumor ese, el que escuchaste en el pueblo —explico.

—Me lo imaginaba.

—Ahora me ayuda con la granja para tener más tiempo libre.

—Sí, ya vi que hasta jugáis al pillapilla con los cerdos.

—Los muy mamones no dejan de escaparse, así que...

—Ya. ¿Y habéis descubierto algo nuevo? Ya sabes, del rumor.

«¿Por qué te mira así?».

Pues no lo sé, pero me está poniendo nerviosa.

—¿Te pasa algo? —inquiero.

—No, nada, estoy bien.

Frunzo el ceño sin llegar a creérmela del todo. Estará bien, pero rara de narices; no obstante, lo dejo estar.

—Aún no hemos descubierto nada, por eso iremos luego a ver a los O'Sullivan.

Desvía la mirada a alguna parte de la cocina.

«Le pasa algo».

Lo sé.

—Así que a ver a los O'Sullivan, ¿eh?

—Sí, Hyun piensa que coger el toro por los cuernos es lo mejor.

—Estoy de acuerdo —dice—. Ojalá tengáis suerte.

—Dios te oiga, porque todo esto nos trae de cabeza. ¿Has terminado el libro del que me hablaste el otro día? —Cambio de tema.

Se ruboriza, de nuevo sin mirarme.

—No he leído mucho estos días, no he podido.

—Vale. ¿Y qué tal con Archer? ¿Mejora la cosa?

—Ya me gustaría. —Se pone en pie, anunciando—. Tengo que marcharme.

—¿Tan pronto?

—Sí, me quedan cosas por hacer para rematar el día.

—¿Nos tomamos luego una copa en el pueblo? —propongo—. Hace un siglo que no salimos a divertirnos.

«Lo que significa emborracharla para que te cuente qué le pasa».

Exacto.

—Ya veremos, luego te digo algo.

La acompaño hasta la puerta, y cuando la cierro tras ella y me giro...

«¡Madre del amor hermoso!».

Sí, coincido con eso.

23

Hyun

Bajo las escaleras con parsimonia, silbando y las manos metidas en los bolsillos del pantalón de chándal, que me queda un poco más ajustado de lo que recordaba; debo de estar echando culo, porque no me lo explico.

«El trabajo en la granja supone que hagas esfuerzos».

Sí, eso será.

Y no es ironía.

Estos últimos días estoy más hecho polvo que nunca. Ahora entiendo que el granjero esté tan en forma, teniendo en cuenta todo lo que hay que hacer por aquí y los pesos que se cogen a diario, porque los animales comerán pienso ecológico y todo eso, pero cagar cagan que da gusto. Nunca he recogido tanta mierda en mi vida, literalmente. ¿Cómo puede estar Bri acostumbrándose a todo esto con tanta rapidez y sin importarle el exceso de trabajo que se realiza aquí? Solo de pensar en los olores que desprenden las pocilgas..., joder, me muero de asco.

«El amor puede con todo».

No sé si yo podría renunciar a gran parte de mi vida si Dakota decidiera darme una oportunidad, la verdad sea dicha. Prefiero mil veces el barullo de la ciudad, a toda esta tranquilidad y silencio.

«Hablando de Dakota...».

Corto el silbido de raíz en cuanto la veo ahí, cerrando la puerta de espaldas a mí. Ella sí que tiene un trasero para ponerle un monumento; firme y respingón. Salivo solo de pensar en posarle las manos encima, otra vez. Qué tiempos aquellos en los que lo tocaba a diario y comérmela con los ojos no era lo único que hacía. Solo han pasado unas cuantas semanas desde la última vez y ya me parecen siglos. Echo de menos tenerla encima, debajo y de lado. Echo de menos esas piernas rodeándome las caderas y esa lengua fundiéndose con la mía. Echo de menos enroscar los dedos en esa maraña de pelo y el olor de su piel. Echo de menos fundirme en ella hasta ser solo uno y movernos al mismo compás, ya sea rápido o lento. La echo de menos y punto.

Exhalo.

La erección se me marca un poco en los pantalones, y eso que son más flojos en la parte delantera que en la trasera.

Contengo el aliento cuando se gira.

Me devora con la mirada en cuanto me ve, lo que no ayuda a que la minga vuelva a su estado vegetativo y reposado, como acostumbra a estar desde hace un tiempo. Para que luego hablen del descaro de los hombres a la hora de mirar a una mujer, pero ella lo está haciendo sin cortarse un pelo. Lo negaría si se lo dijera, claro. La conozco bien y me tacharía de loco o algo peor, no obstante, es tan cierto como que me llamo Hyun Dune y soy medio surcoreano.

«Es que vas marcando tableta con esa camiseta de tirantes».

Con esa intención me la he puesto. Tentarla nunca se me ha dado mal y hay que aprovechar todas las oportunidades que se presenten. Nunca se sabe cuándo puede volver a sonar la flauta y me deje demostrarle, de una vez por todas, que lo nuestro podría salir muy bien.

Enarco una ceja, sonriendo de medio lado.

—¿Quieres que me dé una vuelta? —exclamo, girando el dedo en el aire.

Sacude la cabeza ligeramente, como si estuviera en trance y así se obligara a salir de él.

—¿Per...? ¿Perdona? —balbucea.

—Ya sabes, para que me escanees también la parte de atrás.

«No seas capullo, hombre».

Lleva las manos a las caderas y esta vez alza la voz para hacer la misma pregunta:

—¿Perdona?

Bajo el escalón que me queda, acercándome a ella.

—Vas a negarlo, pero los dos sabemos que, hace un par de segundos, me devorabas con la mirada y, aunque ahora lo disimules, te estaba gustando lo que veías. Mucho, me atrevería a decir.

Ahoga un exabrupto, causándome gracia.

—¡Serás creído! ¡Y encima te ríes de mí!

—No me río de ti, sino del esfuerzo que haces para disimular que no es cierto lo que digo, cuando sabes de sobra que sí. —Un paso más y ya estamos casi rozándonos—. Por cierto, aparte de mirar, que es gratis, también puedes tocar —susurro.

Da un paso atrás, estampando la espalda contra la puerta.

«Estás tensando la cuerda demasiado».

Se me escapa una carcajada.

—No tiene gracia, idiota.

Dos zancadas y tengo el pecho pegado al suyo y la nariz escondida en el hueco del cuello y la clavícula, inhalando mi droga favorita.

Se le eriza la piel con el primer roce.

—Sé que no la tiene —musito con la voz ahogada—, pero tentarte es la única opción que me queda, Dakota, deja de esforzarte tanto en negar lo evidente.

Traga saliva y mueve la cabeza, sin desviar los ojos de los míos.

—¿Qué pasaría si hiciera esto?

Saco un poco la lengua y le lamo el cuello, justo donde sé que le gusta. No tarda en acelerársele la respiración, como a mí. Lamo un poco más, resiguiendo un camino invisible hasta el lóbulo de la oreja.

Jadea.

—¿Y si hago esto?

No sé ni cómo consigo que me salga la voz del cuerpo, para qué mentir. Estoy tan duro que se me va a cortocircuitar el cerebro. Y lo de más abajo también.

«Es lo que tiene jugar con fuego».

Y solo puedo pensar en quemarme, maldita sea.

Se le escapa otro jadeo cuando voy acercándome a su boca y le atrapo el labio inferior con los dientes. Sin embargo, y a pesar de que lo está deseando tanto como yo, gira la cabeza en el último segundo, dejándome con las ganas. Dejándonos, más bien.

Suspiro y busco su mirada para susurrarle al oído:

—Cuando te bese de nuevo, que pasará, ya no voy a dejar de hacerlo nunca. Y no es una amenaza, Dakota, solo una afirmación.

Me separo, guardando las distancias. Si presionara un poco más, lograría mi propósito, pero no es así como quiero conseguirlo. Se fuerzan las cosas hasta cierto punto, pasando de ahí, ya

sería una obligación y no un deseo. Y paso de cruzar esa línea y que se me acuse de lo que no soy.

—¿Te parece si dejamos lo del baile para más tarde? —propongo.

Asiente, desviando la mirada. Por cómo se le eleva el pecho, sé que aún no se ha recuperado. Yo tampoco.

—¿Sigues queriendo venir conmigo a buscar a Brendan O’Sullivan? —Quiero saber.

—Claro.

—Entonces te espero en el coche.

Se hace a un lado y salgo por la puerta, respirando profundo en cuanto el aire frío me da en la cara. Un aire que me viene de perlas para que el riego sanguíneo, y todo los demás, vuelvan a su redil. Debería entrar de nuevo y coger el anorak, pero he salido tan decidido y envalentonado que reconozco que me da un poco de vergüenza hacerlo.

«Eres gilipollas, macho».

Dime algo que no sepa, anda...

Enfilo el sendero y abro el coche, colándome en el interior para encender la calefacción. Sí, aquí son tan confiados que se dejan las llaves en el contacto todo el tiempo. ¿Quién va a robar nada si estamos en el culo del mundo?

Miro el reloj del salpicadero.

Me he dejado dentro el teléfono, la cartera y la documentación. Y si no llevara la cabeza sujeta al cuello, tampoco la tendría conmigo. Suelto una palabrota y, cuando estoy a punto de salir del coche y regresar a casa, sale Dakota de esta con todas mis cosas. Viene abrigada, peinada y no parece muy cabreada. A lo mejor solo son imaginaciones mías, pero, no, no me fulmina con la mirada ni me amenaza al subirse al coche.

—Toma, pónitela o pillarás un resfriado de mil demonios. No es bueno salir a este frío con un calentón de narices —se burla.

Me río, no puedo evitarlo, aunque quiera, que no es el caso.

Abrocho el anorak y guardo el teléfono y la cartera en los bolsillos.

Meto primera y quito el freno de mano.

—No voy a pedir perdón por algo que deseo con toda mi alma, Dakota.

—Y no quiero que lo hagas.

—Sabes tan bien como yo que pasará, ¿verdad?

Giramos la cabeza a la vez para vernos bien.

Entonces, suelta, dejándome pasmado:

—Ya veremos.

«No ha sido una negativa firme».

Sonrío para mis adentros.

No, no lo ha sido.

Y lo dejo estar, de momento.

—¿Por dónde empezamos la búsqueda?

Me guía hacia la parte contraria del pueblo, donde, al parecer, viven los parientes más cercanos del tal Brendan. Un hombre que, según me ha contado Dakota, nunca se ha casado ni ha tenido descendencia propia, que se sepa. Lo que me lleva a pensar que, tal vez, sí es posible que todo esto tenga que ver con un amor no correspondido y no con propiedades de terrenos, como creía en un principio. Tiene toda la pinta. En el ayuntamiento, cuando fui a preguntar, me dijeron que nadie había puesto ninguna demanda de cese de obra ni nada por el estilo, por eso estoy más

perdido que un pingüino en un desierto. Al menos hemos podido empezar a levantar uno de los invernaderos, que ya es decir. Es la primera vez que me enfrento a algo así y no sé por dónde van o vienen los tiros.

Llegamos a una granja abandonada, o eso parece.

Cristales rotos, algunas ventanas tapiadas y todo más muerto que yo qué sé.

—Pues no parece que aquí viva nadie, ¿no? —mascullo—. ¿Qué hacemos?

Se encoge de hombros.

—¿Echar un vistazo por si acaso?

Y lo hacemos, pero no hay un alma en la puñetera granja. De hecho, creo que hasta los ratones se han esfumado de aquí.

—¿Y ahora?

—Pues no lo sé —duda—, los de aquí eran los únicos parientes que tenía Brendan.

—¿Y Colette no puede decirte quién era la persona que estaba difundiendo el rumor?

—No la vio, solo la escuchó.

Resoplo, pasándome la mano por el pelo.

—Entonces creo que estamos jodidos, Dakota.

—Algo se nos ocurrirá, ya lo verás. ¿Los abogados de Seattle...?

—Sí, justo estaba pensando en pedirles ayuda a ellos —la interrumpo—. Puede que consigan más que nosotros.

Asiente, dirigiéndose al coche.

Y, cuando llegamos a casa, los obreros nos dan una mala noticia: han desaparecido piezas de los nuevos invernaderos.

«¿Qué cojones está pasando?».

Eso me gustaría saber a mí.

24

Dakota

Los últimos dos días han sido una auténtica mierda. Un no parar de dar vueltas y de comernos el coco. Llevo toda la vida viviendo aquí, con todo bien a la vista, y jamás nos ha desaparecido nada. Nunca nos han robado, ni los huevos de las gallinas ni una ínfima hortaliza. La abuela alucinaría de lo lindo como levantara la cabeza y se enterara de que ahora nos ronda un ladrón interesado en las piezas de los invernaderos del proyecto ecológico de Jason. Manda narices, si no es una cosa es otra, y empiezo a estar bastante harta del tema. Para colmo, la parejita feliz ha desconectado del todo y somos incapaces de hablar con ellos.

«Esa luna de miel está durando demasiado».

Sí, ya hace más de un mes que se fueron y pienso exactamente lo mismo. Que sí, que se merecían un buen descanso después de todo lo vivido, pero aquí están sucediendo cosas importantes y empiezan a superarme, para qué negarlo.

Suspiro, echándome agua a la cara.

Estoy en el baño del Mandrágora y los demás ahí fuera, tomándose una copa que necesitábamos como el respirar. Cuando digo los demás, me refiero a Hyun, Colette, Archer y un par de conocidos que se nos han unido hace nada. La tensión en el ambiente era tan tangible que fue lo único que se me ocurrió hacer para relajarnos. Bueno, lo único único... No voy a negar que lo primero que se me pasó por la cabeza fue otra cosa. Una en la que se está con poca ropa, por no decir desnuda del todo, y bien acompañada... por Hyun. Ese hombre me trae de cabeza y echando humo. Qué facilidad tiene para ponerme al límite y hacerme anhelar lo que no debo, por mi propia cordura. Sin embargo, no dejar que haga conmigo lo que quiera empieza a ponerme muy cuesta arriba. Y eso me aterra. Me aterra porque estoy a un tris de mandarlo todo a la mierda y que salga el sol por donde quiera y me pille saciada del buen sexo que sé que él me dará. Solo de pensar en lo que hacíamos en Seattle y lo bien que nos lo pasábamos juntos... Tiene razón, encajamos tan bien que no debería ni de pensármelo siquiera, pero si metemos la pata, ¿qué? ¿Y si me enamoro hasta el punto de dejar de ser yo misma como siempre hizo mi madre? ¿Y si después todo se va al garete y pierdo su amistad, eh? Porque su amistad para mí es muy importante y por nada del mundo me gustaría que se acabara por unos cuantos orgasmos.

«Muy buenos orgasmos».

Y muy buena la puntualización, como siempre.

Pero ¿si sale mal? Además, cuando acabe aquí con el proyecto de mi hermano, regresará a Seattle y, entonces, ¿qué será de mí? Sé que parezco una niñata, dándole demasiadas vueltas al tema y todo eso, no obstante...

«¿Y si mañana te mueres? Porque nadie tiene la vida asegurada, y lo sabes».

Me angustia pensar en esa posibilidad.

Me sobresalto al abrirse la puerta y le sonrío a la chica que entra; es una de las camareras, pero no la que quiere tirarse a mi Hyun.

«¿Tu qué?».

Carraspeo, dándome cuenta de ese pequeño detalle, y salgo disparada de aquí; necesito un chupito. O dos. O varios. O, ya puestos, un buen garrotazo en la cabeza que me espabile y me obligue a no pensar en mi amigo de forma tan posesiva.

El bar sigue abarrotado, han bajado un poco las luces y han cambiado el estilo de la música. Colette baila con Chris en la pista, Archer habla con alguien al fondo, junto a la gramola, y... ¿Hyun? ¿Dónde se ha metido? Paseo la mirada por el local sin verlo, poniéndome nerviosa. Miro a la otra punta de la barra, la contraria a la nuestra, y me paralizó. Ahí está, con el canalillo de Eleaine casi en la cara y tan tranquilo, pasándoselo de puta madre.

«Esa boca...».

Algo me escuece con intensidad en el pecho. Algo que me enfurece, obligándome a rechinar los dientes. Algo que jamás, en toda mi vida, había sentido. Algo que me asusta porque no sé cómo gestionar.

Me siento en un taburete, llevándome la mano al pecho.

¿Qué coño me está pasando?

«Estás celosa».

¡Eso ya lo sé, lumbrera! Pero ¿por qué?

«Es tu Hyun».

Ahogo una exclamación.

¡Ay, madre! Estoy... Estoy...

—¿Me das la tabla de chupitos? —pido con urgencia al primer camarero que se acerca.

Sonríe, extendiendo una cartulina plastificada y llena de nombres muy originales. Escojo cinco al azar: satán, pikachu, drácula, cerebritito y, cómo no, un orgasmo. Coloca cinco vasos delante de mí, llenándolos tan rápido que solo me quedo con lo que le echa al último: vodka, licor de café y Baileys. La gracia de esto es bebérselos del tirón.

—¿Lista? —pregunta el chico guapo de detrás de la barra.

«¿Chico guapo?».

¡Cierra el pico, coño!

Y lo hago, sí. Sin pensarlo y del tirón, me voy echando al gaznate el contenido de los cinco vasos, consiguiendo con ello un sabor de boca raro de la hostia.

—Ponme otros cinco.

—¿Seguro? Son bastante fuertes y...

Lo interrumpo poniendo el dinero sobre la mesa.

—Tú mandas —acepta cogiendo el dinero.

Repito la operación anterior y, en lo que tarda en cantar un gallo, tengo otros cinco vasos delante de las narices. Cojo el primero y busco con los ojos a Hyun; los entrecierro y bebo. Cojo el segundo y lo mismo. Con el tercero, él me devuelve la mirada y sonríe.

—Que te jodan —mascullo antes de bebérmelo.

Cojo el siguiente, pero alguien me detiene antes de que me lo beba.

Fulmino con la mirada la mano que sujeta la mía y, luego, al dueño.

—¿No deberías de bajar el ritmo?

—Métete en tus asuntos, Archer.

—Dakota...

—¿Qué? —gruño con un nudo en la garganta.

—Escúchame —dice—, nos conocemos y, en realidad, sé que no quieres pillarte el pedo del siglo.

—Sí que quiero. —Se me traba la lengua con la última palabra.

Siempre he tenido muy poco aguante con el alcohol y por eso se me sube rápido a la cabeza. Sus ojos son tiernos cuando me implora, apartándome un mechón de pelo de la cara:

—No lo hagas, ya sabes lo mal que te sentirás mañana.

«Él sí que es un buen amigo, ¿eh?».

Me asiento a mí misma.

—Tú no lo entiendes, Archer, lo necesito.

—No, no lo necesitas. Venga, vamos a bailar.

Bailar... Eso he intentado que Hyun hiciera las dos tardes anteriores; que aprendiera a bailar. Espóiler: se le da de puta pena. Pisotones por aquí, pisotones por allá; giro al lado contrario cuando no toca, vuelta cuando no es... Sin embargo, han sido unas tardes increíbles, de risas, de coqueteo, con él siempre hay mucho de esto último, y de ese cosquilleo en el estómago que siempre he sentido estando juntos. También hubo varios roces de dedos, miradas hambrientas y respiraciones demasiado aceleradas, y no precisamente por el esfuerzo de bailar. Cierro los ojos, con el vello de la nuca erizado, dejándome llevar por Archer; él sí que baila bien. Y él sí que se lucirá en el maratón de pasado mañana, no como otro que yo me sé. Pobre Hyun, lo hará muy mal y quedará como el culo, pero al menos lo habrá intentado, ¿no es eso lo que cuenta?

Suspiro, apoyando la cabeza en el hombro de Archer.

—Sabes que ese tío está loco por ti, ¿verdad? —Su voz me llega susurrada, más cerca de la sien que de la oreja.

No respondo y él continúa:

—No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que le encantas, Dakota, Eleaine no tiene nada que hacer con él, salvo perder el tiempo.

Alzo la cabeza y todo me da vueltas.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquiero a duras penas.

¿Qué mierda llevaban esos chupitos? Noto como si la lengua no me cogiera en la boca y tuviera que llevarla fuera todo el tiempo, como los perros.

Le tiembla el pecho por la risa.

¡Será capullo!

Me tiene rodeada con los brazos por los hombros y me acaricia el pelo con una mano, antes de soltar:

—No te pongas nerviosa, ¿vale?, pero hace unos minutos que no nos quita el ojo de encima y ahora viene hacia aquí.

¡Ay, mierda! ¿Qué?

«A tomar por saco el bote de las monedas».

Cuando quiero darme cuenta, y sin que me dé tiempo a reaccionar, he pasado de unos brazos a los otros en un pis pás, mareándome aún más en el proceso. Sé que estoy un pelín borracha. Bueno, vale, empiezo a estarlo bastante, pero que me maten si no acabo de escuchar a Archer amenazar a Hyun con trocearle el cuerpo en trocitos pequeños y dárselo de comer a los cerdos como me haga daño de alguna manera.

¡Mi héroe!

—Luego no digas que no te lo advertí, capullo de ciudad.

—Lo que tú digas, machito de pueblo.

Una palmada en el hombro, un asentimiento de cabeza, con guiño de ojo incluido, ¿y eso es todo? ¿O me lo he imaginado por culpa del alcohol?

Me entra la risa floja y Hyun frunce los labios.

—Menudo pedal llevas, ¿eh? ¿Nos vamos a casa?

Asiento, levantando la mano y rozándole la boca con los dedos.

—Me gustan tus labios —musito.

—Lo sé.

Sigo hacia arriba.

—Me gustan tus ojos.

Sonríe.

—Lo sé.

Le doy un golpecito en el pecho con la otra mano, tambaleándome.

—Me gustas tú, joder. Muchísimo —énfasis de un modo raro.

—Cariño..., eso también lo sé.

—Y quiero... quiero besarte mogollón. Y quitarte la... la ropa. Y...

Sonríe como nunca.

—Nada de eso va a pasar mientras estés así de borrachina, Dakota.

—Hyun...

—No lo haremos por mucho que insistas.

—Hyun...

—Dime, preciosa.

—Creo que voy a vomitar.

25

Hyun

Sonríó en cuanto abro los ojos, a pesar de que ayer terminó la noche como lo hizo; espóiler: Dakota me vomitó encima, nos puso perdidos a los dos con una mezcla de licores varios y parte de la cena engullida antes de salir de casa. Asqueroso. Mucho. Pero, tratándose de ella, no me importó en absoluto.

Giro la cabeza un poco a la derecha.

Duerme a mi lado como una bendita. Aparto el mechón de pelo que le tapa un tercio de la cara y le acaricio la mejilla con el pulgar. Sé que en cuanto se despierte se sentirá fatal, no solo por haberse pillado el pedo del siglo, a lo tonto, sino por lo que pasó cinco minutos después.

«Eso si se acuerda».

Ya me encargaré yo de refrescarle la memoria.

«No seas capullo».

Anda que no, no pienso desaprovechar la oportunidad de meterme con ella por esto.

Murmura algo en sueños, pegándose a mi costado y apoyándose la mano en el pecho. La rodeo con el otro brazo y la beso en la frente, pensando en las ganas que tenía de tenerla justo así; pero por otro tipo de circunstancias, claro. Anoche tuvimos que salir cagando leches del Mandrágora, no sin antes habernos limpiado un poco en el baño. Conseguir llevarla hasta allí fue toda una odisea que logré gracias a Archer y Colette, que en todo momento se mostraron solícitos y preocupados por su amiga. Nunca la habían visto así. Y yo tampoco. Si en estado de sobriedad es la más testaruda del lugar, estando ebria, pues... mejor no contarlo.

Inspiro y exhalo.

Ya empezaba a arrepentirse del espectáculo al llegar a casa, aunque aún no era muy consciente de todo ello. Debí de ser por eso que no se opuso a que la metiera en la bañera y me encargara de lavarle hasta la cabeza; ni una protesta salió de esa boca; ni siquiera cuando le metí el cepillo de dientes en esta y froté, obligándola a escupir después. Quitarle la humedad del pelo con el secador fue pan comido; luego tocó ponerle el pijama y acostarla. Creí que se había quedado frita cuando fue mi turno de quitarme aquel pestazo del cuerpo; sin embargo, no era en su cama en la que estaba durmiendo cuando salí del baño y vine a hacer lo propio.

Miro el reloj y suspiro.

Son casi las siete de la mañana y hay mucho por hacer. Por eso me levanto con sigilo, me aseguro de cubrirla bien con las mantas y me visto con lo primero que pillo. Bajo a la cocina, lleno un vaso de agua y rebusco por los armarios hasta dar con una caja de ibuprofeno. Vuelvo a subir a la habitación y se lo dejo en la mesita de noche, por si despertara antes de que yo termine ahí fuera. Me cercioro de llevar el teléfono conmigo al volver a salir y cerrar la puerta detrás de mí.

Lo primero que hago es tomarme un café, quemándome la lengua con el primer sorbo; después, abrigarme bien, calzarme las botas de goma, no recuerdo cómo las llama Dakota, y ocuparme de los animales. Limpio las pocilgas, arrastrando toda materia orgánica con el cepillo y el detergente diluido en agua, mientras los cerdos campan a sus anchas en el otro corral. Poco a poco, nos vamos haciendo amigos y ya no me las hacen pasar tan putas como al principio,

aunque creo que Corleone me la tiene jurada desde el primer día. Con las gallinas me llevo mucho mejor, no obstante, hay un par de ellas que me picotean cuando voy a quitarles los huevos; son unas cabronas, pero las entiendo; a mí tampoco me gusta que me toquen los míos, así que... Con las vacas es otro cantar, me miran con esos ojos tan grandes y tan fijamente que me acojonan un poco, la verdad sea dicha. Dakota no deja de decirme que son inofensivas, para ella todos los bichos lo son, pero, joder, esos cuernos no tienen pinta de ser de plástico, precisamente.

Me tomo un descanso a la vez que los obreros.

Me acerco a ellos con unas cuantas botellas de agua en los brazos para que se sirvan.

—¿Siguen sin aparecer las piezas? —pregunta el encargado.

Ya nos han robado dos veces esta semana; unas cuantas piezas pequeñas de la estructura y alguna caja de tornillería y tuercas. Los invernaderos tienen un tamaño considerable, por lo que hacerse con las viguetas y demás no les es tan fácil sin llamar la atención; necesitarían un camión para moverlas y por eso se están dedicando a llevarse lo que sí pueden transportar sin problema. Como cace a quien lo está haciendo..., juro que se va a cagar. Dakota no ha querido dar parte al *sheriff* del condado, alegando que igual todo ese material se habían olvidado de incluirlo en el pedido, cuando no es así; todo el material está punteado en el albarán por mí.

—No, ni rastro de ellas —respondo—. He vuelto a pedir las anteayer, no creo que tarden en llegar.

—De momento, nos vamos arreglando —dice—, pero las necesitaremos en dos o tres días.

Asiento.

—Me aseguraré de que las tengáis aquí para entonces.

Los dejo a lo suyo, cogiendo el teléfono que me vibra en el bolsillo del pantalón.

—Brianna —pronuncio con algo de brusquedad.

Hace días que tratamos de hablar con ellos, sin conseguirlo, y estoy algo mosqueado por eso. Sé que poco pueden hacer desde Europa para ayudarnos, pero, coño, dar señales de vida es lo mínimo que haría yo en su lugar.

—Lo siento —murmura—, nos hemos quedado colgados con los teléfonos en Reino Unido y hemos tenido que comprar otros.

—¿En serio? —ladro.

—Te lo juro, Hyun. No nos dimos cuenta hasta que vimos que hacía días que no sabíamos nada de vosotros.

—Ya, claro —dudo.

—Oye, estamos a muchísimos kilómetros de distancia y en horarios completamente diferentes, y nos hemos ido comunicando sin problema todo el tiempo, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué iba a inventarme algo así ahora?

Tiene razón y, por raro que sea, esas cosas pueden pasar. Una caída de red mundial. O europea. O que falla el dispositivo por encontrarse en otra área... En fin, ¿qué sé yo de toda esta mierda tecnológica?

—Jason quiere hablar con Dakota y tiene el teléfono apagado, ¿está por ahí?

Frunzo los labios, negando con la cabeza.

—Pues no, no la veo por aquí. Debe de estar en el establo de atrás —miento—. Y recuerdo haber visto su teléfono cargando en la cocina. —Otra mentira más.

—Vale, dile que llame a su hermano. O a mí. Ahora ponme al día.

Y lo hago.

Los robos de las piezas. Los putos O'Sullivan, que no dan la cara ni tengo idea de dónde encontrarlos. La promoción de la campaña publicitaria del reloj de diamantes para esa firma tan conocida. La propuesta para la marca del granjero. El modelo que tuvimos que despedir por presentarse en el set de rodaje puesto de coca hasta las cejas...

—¿Habéis denunciado el robo de las piezas? —inquire.

—Aún no, Dakota se niega en redondo.

—Pues no sé a qué estáis esperando, la verdad.

—Ella piensa que todo tiene que ver con lo mismo.

—¿Te refieres a los O'Sullivan?

—Sí, cree que, de alguna manera, todo esto de los robos y el maldito rumor está conectado.

—¿Le has pedido ayuda a Burton para encontrarlos?

Burton es el abogado principal del bufete, que se encarga de todo lo relacionado con la agencia de publicidad. Él tiene buenos contactos y siempre sabe por dónde tirar.

—Claro, pero de momento solo ha conseguido averiguar que la granja en la que vivía con un pariente lejano, la que está a unos cuantos kilómetros de aquí, fue embargada por impago. Fue la que visitamos Dakota y yo el otro día. Todo esto es muy surrealista, Bri.

—Lo sé, no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Verdad que no?

—No. Y ya verás cuando se lo cuente a Jason. En fin, siento haber estado ilocalizable los últimos días, Hyun.

—Vale.

—Contrata a alguien de seguridad si lo ves necesario.

—Lo haré.

—Nos vemos pronto.

Me despido de ella y guardo el teléfono, refunfuñando para mí.

No vuelvo a hablar con nadie en lo que queda de mañana.

Y no entro en casa hasta el mediodía, momento en el que hago algo rápido de comer, unos bocadillos con sobras de la cena de ayer, y subo a ver cómo va la borrachina. Justo empieza a parpadear cuando acabo de sentarme a los pies de la cama.

Mentiría si dijera que no es una delicia verla despertarse.

Bosteza y se estira. Parpadea de nuevo, llevándose la mano al estómago. La otra mano va a la cabeza. Creo que le duele. Normal, la resaca tiene que ser de órdago. Entonces me ve y se sobresalta.

Alzo las cejas.

—Hola, Bella Durmiente.

Los ojos le van en todas las direcciones; paredes, cama, mesitas de noche, cuadros...

—Tú... Yo... —balbucea, cubriéndose hasta el cuello con las mantas.

—Ya lo he visto todo —me jacto—. Y me encanta.

Gruñe.

Entrecierra los ojos.

—¿Por qué estoy...?

—¿En mi cama? —interrumpo.

Asiente.

—Anoche te pusiste muy cariñosa e insististe en dormir conmigo.

—¿Dormir? ¿Contigo?

—No recuerdas nada, ¿verdad?

—Ay, Dios, dime que no nos hemos acostado —ruega.

Sonríoladino de oreja a oreja.

—¿Lo hicimos? —insiste.

Chasqueo la lengua.

—No, no lo hicimos.

Suspira de alivio.

—Pero sí que dijiste que querías arrancarme la ropa. Y besarme por todas partes.

—Ay, madre, ¿lo dije?

—Me temo que sí, señorita. —Me río—. Ahora viene cuando deseas que un enorme agujero se abra en el suelo y te trague, ¿a que sí?

«Pero qué capullo eres, hombre».

—Sí. ¿Hice mucho el ridículo anoche?

Niego con la cabeza y murmuro.

—Ni siquiera cuando me vomitaste encima.

Y lo digo en serio.

26

Dakota

Colette se descojona en mi cara sin cortarse un pelo. Yo contándole mis vergüenzas, sin saber dónde meterme, y la muy caraculo partiéndose de risa; claro, como lo vivió todo desde la primera fila, pues tampoco es que le esté contando nada nuevo. Cada vez que pienso en las cosas que Hyun dice que hice... ¡uf! ¡Si hasta me metí en su cama, por Dios! Por cierto, no recuerdo haber dormido tan bien en las últimas semanas como lo hice la otra noche, todo hay que decirlo.

Fulmino a mi amiga con los ojos, pero no pillla la amenaza.

—¡Qué! —Se lleva la mano a la barriga, inclinándose hacia adelante.

«Ojalá pierda el equilibrio y se caiga de morros».

Sí, sería una buena manera de interrumpir tanta carcajada.

—Me largo —anuncio.

Hace un rato que vine a su casa porque necesitaba hablar con ella, pensando que encontraría una aliada en mi desgracia, pero, visto lo visto, ni aliada ni leches.

—Espera —pronuncia con gran esfuerzo.

Coge aire por la boca y lo suelta despacio.

—¿Y ver cómo te lo sigues pasando pipa a mi costa? No, gracias. Ya he tenido de sobra por hoy.

Por una buena temporada, en realidad. Ni Hyun se ha reído tanto, joder. Hombre, un poco sí que se burló, pero no alcanza el nivel de esta cabrona, ni de coña.

—Lo... siento —balbucea.

Cruzo los brazos sobre el pecho y pregunto mordaz:

—¿Qué es lo que sientes?

Vuelve a exhalar.

—Reírme de ti como una hiena desquiciada.

Entrecierro los ojos.

—Mentirosa, no lo sientes ni siquiera un poco.

—Le vomitaste encima, te llevó a casa, te duchó y te metió en la cama, aunque tú decidiste que la suya era mejor opción.

—Lo sé.

—Ese tío bebe los vientos por ti, Dakota.

—¿Por qué dices eso? Es mi amigo...

—Sí, y le gustas muchísimo, cielo, es muy evidente.

—No lo es.

Resopla.

—Estás tan cerrada en banda a enamorarte que no ves lo que pasa delante de tus narices. O no quieres verlo, que es muy diferente.

Lo pienso durante unos segundos, pero no le doy la razón. No quiero hacerlo.

—Hasta Archer se ha dado cuenta —continúa.

—¿Archer?

Y es entonces cuando me vienen retazos de un baile con él y de lo que me dijo mientras nos

movíamos de un lado a otro en el Mandrágora:

—Sabes que ese tío está loco por ti, ¿verdad? No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que le encantas, Dakota, Eleaine no tiene nada que hacer con él, salvo perder el tiempo.

Me llevo las manos a la cara, empezando a creer que la única que está perdiendo el tiempo aquí soy yo.

—¿Dakota? —murmura Colette.

Suspiro, irritada conmigo misma.

—No quiero seguir hablando de ello, por favor.

—Está bien, como tú prefieras.

—Gracias.

—¿Cómo va la investigación? —Cambia de tema—. ¿Sabéis algo de la desaparición de esas cajas?

Niego con la cabeza.

—Brianna quiere que contratemos personal de seguridad. Y Hyun irá el lunes a la oficina del *sheriff* a poner una denuncia. Serán ellos los que se encarguen a partir de entonces.

Se echa hacia atrás, mirándome raro.

—¿Vais a poner una denuncia?

«¿Por qué se extraña tanto?».

Ni idea.

—Claro —respondo—, es lo que suele hacerse en estos casos, ¿sabes? Para eso están las autoridades pertinentes.

—Pero ¿no te parece que es un poco precipitado?

—¿Precipitado? Nos están robando, Colette, ya van dos veces esta semana.

—Ya..., pero no sé...

—Es la única solución. No podemos dejar que las cosas sigan así.

—Entiendo.

—¿Por qué estás tan rara? —inquiero.

—¿Qué? Yo no estoy rara —se defiende.

—Sí que lo estás, Colette. Y mucho. ¿Hay algo que quieras contarme?

Desvía la mirada al infinito.

«¿Se ha puesto a la defensiva?».

—No, nada. Será que estoy nerviosa por el maratón de baile de hoy.

¡Ostras, el baile!

Me pongo en pie de un brinco, como si acabaran de pincharme con una aguja.

—¿Habías olvidado que era hoy? —Se sorprende.

Y no sé por qué, porque con todo lo que está pasando a mi alrededor últimamente, no es nada extraño que en lo que menos piense sea en el puñetero baile.

«Pues te has esforzado mucho en enseñar a bailar a Hyun».

Ya, pero ahora no estoy tan segura de querer que participe en él, para qué engañarnos. Mis clases no han servido de nada y no quiero que haga el ridículo.

«Sí, claro, será por eso».

¿A qué viene esa voz tan sarcástica?

—Tengo que irme —anuncio—. ¿Nos vemos después? —digo corriendo hacia la puerta.

Alcanzo a ver su cara de alivio en el espejo del recibidor, antes de que cierre la puerta detrás de mí; pero como no tengo tiempo de interrogatorios, lo dejo para más tarde. La otra noche quise

emborracharla para que hablara y la única que salió perjudicada del Mandrágora fui yo. Qué mal se me dan estas cosas, antes lo hacía mejor, puedo asegurarlo.

Corro como alma que lleva el diablo hasta la granja, pensando en todo lo que tengo que hacer en cuanto llegue: ducharme, arreglar el pelo y maquillarme; decidirme por uno de los dos vestidos que tengo elegidos en el armario y buscarle un calzado adecuado.

De repente, me he puesto muy nerviosa.

«¿Por qué?».

Eso me gustaría saber a mí.

Cruzo la portilla, sigo corriendo por el sendero y entro por la puerta como una exhalación.

Hyun está al pie de las escaleras, interrumpiendo el paso.

—¡Aparta! —chillo.

—¿Quién demonios te persigue?

—El tiempo —mascullo sin aliento.

—¿El tiempo?

Se hace a un lado y subo unos cuantos escalones de dos en dos, pero freno en seco y me giro. No me sorprende la cara de pasmado de Hyun mirando hacia arriba, pero sí su atuendo. No se ha puesto su típico traje de tres piezas, sino unos vaqueros oscuros y una camisa beis, que lleva remangada hasta los codos, como a mí me gusta; el pelo le cae lacio sobre la frente y lleva la perilla marcada.

«Ay, Dios...».

Se me contrae el estómago.

—¿Qué pasa? —Quiere saber.

Sonrío.

—Estás cañón, Hyun Dune.

—¿Cañón? ¿Y eso qué significa?

No dejo de sonreír.

—Que estás muy pero que muy bueno.

Enarca una ceja con arrogancia.

—Ah, ¿sí?

—No finjas que no lo sabes.

Se ríe.

—Ve a vestirme o llegaremos tarde.

Obedezco sin rechistar, con el corazón desbordado de una emoción diferente. Una que ya sentía, pero con menos intensidad; y, al parecer, eso ha cambiado de repente.

«No vas a poder bailar ni una canción con él, y lo sabes».

¡Cierra el pico!

Me lavo el pelo, me ducho y paso diez minutos delante de los dos vestidos que elegí en su momento, decantándome por el más vaporoso; se parece mucho al que llevaba Marilyn Monroe en *La tentación vive arriba*, en aquella escena tan famosa, pero en color melocotón. No es un vestido nuevo, sin embargo, me queda como un guante y me siento muy cómoda con él. Cambio los zapatos por unas sandalias doradas, aunque haga un frío de narices; total, vamos a ir en coche...

A veinte minutos de que empieza el maratón de baile, desciendo las escaleras, atacada de los nervios.

Hyun, que pasea de un lado al otro por el vestíbulo, esperándome, se para de golpe y me

contempla de una forma que me dispara el pulso. Ya solo por eso, merece la pena haberme puesto este vestido, aunque esta noche no vaya a tener la más mínima oportunidad con él.

¡Mierda!

Hyun

Escucho los pasos arriba y el ruido que hace la puerta de su habitación al cerrarse. Estoy nervioso. Nunca lo había estado tanto. Y no sé si es por el puñetero baile o por haber pensado todo el puto día en ella y en lo que me hace sentir.

Mascullo por lo bajo, pinzándome el puente de la nariz con dos dedos y caminando de un lado al otro, solo para frenar en seco en cuanto diviso el ruedo de su vestido, de soslayo. Y las sandalias. Y las pantorrillas. Y la curva de las caderas y la estrecha cintura. Y los pechos firmes y el cuello esbelto. Y esos labios que tiemblan y esos ojos que me miran así de esa forma tan...

Contengo la respiración.

¡Hostia puta! Está tan jodidamente preciosa que no me salen las palabras. No puedo dejar de mirarla ni por un segundo; como si tuviera miedo de que, al hacerlo, pudiera perderme parte de su esencia o algo así.

Me acerco despacio, con miedo a babear cuando la tenga más cerca.

Carraspeo y ella sonríe.

—Te he dejado sin palabras, ¿eh? —musita.

—No lo niego.

—Con eso me basta —murmura.

—¿En serio?

Asiente.

—Por ahora.

Vuelvo a carraspear.

—Dakota, te juro que puedo hacerlo mejor.

—Lo sé. ¿Nos vamos?

Podría decirle que no quiero, que me niego a compartirla con los granjeros de la zona; que no quiero que nadie más la contemple embobado, así como hago yo. Y que tampoco quiero que nadie enrede los brazos alrededor de su cintura ni la cojan de la mano para bailar. Yo, y solo yo, quiero ser el afortunado de poder hacer todo eso y mucho más. Pero no pronuncio ninguna de esas palabras.

—Sí, vámonos.

En el trayecto, me explica de nuevo en qué consiste el maratón de las narices. Los hombres y mujeres que participen estarán separados y alienados a cada costado de la pista de baile, que no será otra que la pista del polideportivo del pueblo. El resto de los presentes que quiera bailar con cada uno de nosotros tendrá que pagar dos dólares en caja. Habrá comida y bebida, y nos darán diez minutos de descanso cada equis tiempo. Y, así, durante las seis horas que dura el rollo este.

—Siempre es muy divertido —añade.

Lo dudo mucho, porque no tendré ni la más mínima oportunidad de bailar con ella.

¡Maldición!

27

Hyun

El polideportivo ya está atestado de gente cuando llegamos, lo que demuestra lo buenos samaritanos que son todos por aquí con el prójimo. La recaudación para la nueva construcción de ese granero no tengo duda de que será un éxito; siempre y cuando todos estos paguen por bailar con nosotros, claro. No somos los únicos apuntados en la lista de..., no sé ni cómo llamarlo, la verdad. Me refiero a que Dakota y yo no somos los únicos por los que pagarán para bailar; también están Archer y Colette, junto con un gran grupo, hombres y mujeres, que desconozco por completo.

—¿Estás nervioso? —pregunta Dakota cogiéndome de la mano.

«¿Cogiéndote de la mano?».

Increíble pero cierto, sí.

Miro nuestros dedos entrelazados y respondo:

—Mentiría si dijera que no. Me pasa siempre que no sé a qué voy a enfrentarme.

Recibo un ligero apretón por su parte y sonrío.

—Bueno, eso ya te lo digo yo, tengo experiencia en esto.

—Ah, ¿sí?

Asiente.

—Esta es la octava vez que participo, y sé lo que vas a encontrarte.

La miro con atención.

—Ya estás tardando en desembuchar, Dakota.

—Pues te encontrarás a un montón de gente dispuesta a pasárselo bien.

—¿Solo eso?

—Solo eso. Relájate, nadie va a juzgarte, te lo prometo.

—¿Seguro?

Sus labios se fruncen un pelín y durante un segundo, pero lo veo. La pobre piensa que pareceré un pato mareado cuando salga ahí a darlo todo.

«Culpa tuya, por hacerla creer que no sabías bailar».

Cierto, no correré cuando quiera arrearme uno de esos sopapos con los que me amenaza cada poco cuando compruebe que la he engañado un poco.

—¿Listo? —inquire, evitando darme una respuesta a la pregunta anterior.

Alzo los hombros y los dejo caer.

—Ni por asomo, pero ya que estamos aquí...

—Eres un gran hombre, Hyun Dune.

«A ver si sigue pensando lo mismo dentro de un rato».

Probablemente, no, pero habrá merecido la pena, solo por haber pasado los últimos días a su lado, tratando de enseñarme a bailar. Las risas, los pisotones falsos, los giros equivocados...

«Te va a hacer picadillo como a los cerdos, macho».

No lo dudo.

Nos acercamos al grupo más concurrido, saludo a los vecinos de granja y ella me presenta a los que no conozco. El ambiente está cargado de algo parecido a la expectación, y eso también me pone nervioso, para qué mentir. Me da tiempo a darle un sorbo a una cerveza que alguien me

pone en la otra mano, antes de que nos llamen a filas con un bocinazo; es entonces cuando no me queda más remedio que desenredar nuestros dedos y separarme de ella con gran pesar; estaba muy a gusto así, rozándole con el pulgar los nudillos, pero qué se le va a hacer. Nos colocan un dorsal con nuestro nombre, y un maestro de ceremonias, por cómo va vestido parece el párroco, va anunciándolo a bombo y platillo. No tarda en hacerse una fila delante de lo que parece ser la mesa de recaudación.

Trago saliva.

Que sea lo que Dios quiera.

¡Que suene la música!

Y lo hace, pegándome un susto de muerte. A partir de aquí, paso las siguientes dos horas moviendo los pies, las caderas, respondiendo preguntas de mis compañeras de baile, algunas bastante indiscretas, y evitando la mirada inquisitiva de Dakota al ver que me desenvuelvo bastante bien en la pista de baile y darse cuenta de que lo de su casa fue una pantomima.

«¡Pobres pelotas!».

No quiero ni pensarlo.

Fuera del recinto ya es noche cerrada, a pesar de que solo son las ocho de la tarde cuando llega el primer descanso.

—Eres un capullo —masculla acercándose a mí con grandes zancadas—. Todo este tiempo creyendo que ibas a hacer el ridículo más espantoso hoy y...

—Aun así, dejaste que participara en el maratón —la interrumpo—. Qué gran gesto de amistad por tu parte, señorita.

—Estoy muy cabreada contigo, Hyun.

Sonrío.

—Lo sé.

—Pues no tiene gracia.

—Pues no, no la tiene, pero si no te hubiera mentido, los últimos días contigo enseñándome a bailar en el salón de tu casa no habrían sido tan geniales, ¿no crees?

—Me has pisado un montón de veces.

—No vi que te quejaras.

—Y me has empujado otras tantas.

—Pero no con fuerza.

—Y... Y...

—¿Las risas? ¿Los roces no tan casuales? ¿La subida de temperatura? Te han gustado esas tardes conmigo, y lo sabes.

—¡Cretino!

Me pego a ella y le susurro al oído:

—Yo también te quiero, Dakota. —Busco sus ojos y enfatizo—: Y no es coña.

El bocinazo nos separa y volvemos a la pista sin perdernos de vista.

La música que suena ahora no es de mi estilo, no obstante, trato de hacerlo lo mejor posible. Las mujeres no dejan de llegar a mis brazos y yo solo deseo estar en los de esa otra que me la tiene jurada ahora mismo y que también pasa de unos brazos a otros, todo el tiempo. Tenía que haber comprado todos sus boletos para que solo pudiera bailar conmigo, maldita sea. Por primera vez en mi vida, siento unos celos terribles, y no puedo hacer nada por evitarlo, joder.

Bebo agua en el siguiente descanso.

Unas quince veces me han pedido el número de teléfono en lo que va de maratón; no lo he

dado ni una sola. Solo estoy interesado en una mujer, y ni siquiera se ha acercado a mí esta vez.

Para cuando suena el último bocinazo de la noche, el que marca el final de este maratón de baile, los pies me echan humo y tengo la cabeza como un bombo; por no hablar de ese nudo que tengo en el pecho y que no se desata por mucho que lo intente. Llevo unas seis semanas en este lugar, y he cambiado. Llegué aquí con un propósito, y, ahora, tengo otro totalmente diferente. No he besado a Dakota. No me he acostado con ella, y no por falta de ganas. Le he seguido el juego y traté de mantenerme alejado, sin conseguirlo. Estoy enamorado de esa condenada mujer, y no sé cómo ni cuándo pasó. Intuyo que ya fue en Seattle. ¿Qué cojones hago ahora con mi vida?

La busco con la mirada, encontrándola a escasos metros.

«Ojalá ella sintiera lo mismo por ti».

Sí, ojalá así fuera.

Pero no es.

Dakota

Sigo sin poder creer que Hyun me haya tomado el pelo todo este tiempo; ¡qué cabrón! Y yo sintiendo lástima por él.

«¿Segura? Porque tiene razón y no hiciste nada para evitar que hiciera el ridículo, al contrario».

Sí, lo reconozco, tampoco actué como una buena amiga; solo pensé en la recaudación que se podía conseguir esta noche, que, por cierto, superó todas las expectativas, y en todas esas mujeres que él podía conocer sin necesitar una aplicación. Y no me siento orgullosa, todo hay que decirlo.

Evito mirar al lugar en el que se encuentra. No quiero ver a todas esas desesperadas rodeándole y rogando su atención. Me da rabia. Me cabrea. Y confieso que puede que esté un poco celosa; pero solo un poco, no vayamos a confundir las cosas.

«¡Esa sí que es buena!».

Veo a Colette y a Archer perderse entre la gente, al fondo. Le sonrío a Tommy, que me saluda, y felicito al padre Evans por la buena organización del maratón, como todos los años; sí, en Tunner tenemos un párroco muy enrollado y suele ser el que se encarga de estas cosas cuando se trata de recolectar dinero para ayudar al prójimo.

Mis ojos tropiezan con los de Hyun a escasos metros. Intensos. Mucho.

¡Qué guapo es!

Y está solo.

¿Por qué me siento tan rara?

Voy hacia él y él viene hacia mí, encontrándonos a medio camino.

—¿Nos vamos a casa? —propone con la voz ronca y sexi.

Noto la electricidad que nos envuelve y me cosquillea la base del estómago.

—Sí —musito—, vayámonos a casa.

Y lo hacemos.

Nos subimos al coche en silencio y no pronunciamos palabra hasta que estamos en la granja, en la cocina.

La luz de la luna entra a través de la ventana y dibuja sombras en las paredes y el suelo.

Me aclaro la garganta.

Hace tanto tiempo que lucho contra esta química que hay entre nosotros que, ahora, en este momento, no sé cómo enfrentarme a ella.

—¿Una... copa? —ofrezco.

En lugar de responder, Hyun mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca el teléfono y busca algo. No tardan en escucharse los acordes de una canción que desconozco. Es bonita. Lenta. Sensual.

¡Ay, Dios mío!

Me tiemblan las manos y un poco las piernas cuando se va acercando con parsimonia; como si fuera un tigre a punto de abalanzarse sobre su presa.

¿Está mal desear que me coma entera?

—¿Qué... qué haces? —tartamudeo, sin embargo.

Apenas me sale la voz y me da una rabia....

—Lo que llevo queriendo hacer toda la noche. Bailar con la mujer más espectacular de todo Oregón.

Arrugo la nariz.

—¿Solo de Oregón?

Me apoya las manos en la cadera y tira, pegándome a su cuerpo.

Se me pone el vello de punta cuando me roza el lóbulo de la oreja con la nariz, y murmura:

—De todo el puto planeta.

Me mece de un lado a otro, con lentitud. Rodeamos la isla, tropezamos con una silla, pero no dejamos de movernos. Ni de mirarnos. Ni de sentirnos.

—Dime que tú también lo notas —me susurra en los labios.

Asiento con la garganta tomada.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —interroga con la ceja alzada.

Ni me lo pienso.

Mi respuesta es devorarle la boca. Con hambre. Con ansia. Con desesperación. El vaivén de las lenguas se sincroniza, el aliento se acelera y la temperatura sube por las nubes. Cuando quiero darme cuenta, estoy sentada en la isla, tengo las piernas separadas y el vestido enroscado en la cintura.

—Espera —pido sin aliento.

—¿Qué pasa?

Tiene las pupilas dilatadas de deseo y eso me quema por dentro.

—No hemos establecido normas —digo.

Me acaricia las mejillas con los pulgares.

—Nada de pactos, Dakota Morgan, ni de reglas. Esta vez no.

Trago saliva.

—¿Sin... sin reglas? —Me tiembla la voz.

—Sin reglas —afirma, dándome un ultimátum—. Que pase lo que tenga que pasar. Lo tomas o lo dejas.

28

Dakota

Sin pactos.

Sin reglas.

¿Lo tomo o lo dejo?

He sentido atracción por este hombre desde que le conocí hace unos meses en Seattle. Allí tuvimos nuestra historia; una muy picante, llena de diversión y conversaciones; pasamos mucho tiempo juntos. Las últimas semanas he luchado por mantener a raya lo que siento, no querer ser como mi madre es... una prioridad; sin embargo..., también en las últimas semanas han sucedido cosas; no sexuales, por supuesto, pero no por ello menos importantes. Trabajamos codo con codo, investigamos un rumor, un robo. Nos hemos unido y somos una piña. Juntos somos mejores. Y la pura verdad, la única, es que le deseo con todas mis fuerzas. ¿Tengo miedo de meter la pata? Sí. ¿Quiero dar un paso atrás?

—¿Dakota? —apremia.

Su voz sigue cargada de eso que me electrifica la piel. Y sus ojos, rasgados y oscuros, bonitos, me contemplan con una intensidad que siempre me obliga a contener el aliento.

Me paso la lengua por los labios y pronuncio:

—Lo tomo.

Se le ensanchan los labios *ipso facto*, mostrándome esa sonrisa que siempre me noquea y me deja alelada perdida.

—¿Estás segura?

Asiento, enroscándole las piernas en la cintura.

—Al cien por cien.

—Gracias a Dios —susurra estampando la boca contra la mía.

Enseguida nos olvidamos de todo lo que no sea este momento. Lengua y manos me dejan fuera de juego en segundos, deseando con ansia todo lo que sé que vendrá a continuación. Gimo, echando la cabeza hacia atrás, con sus manos deshaciendo el lazo que aún me sujeta el vestido al cuello. El aire a mi alrededor se vuelve húmedo y caliente, y se me endurecen los pezones con el primer roce de esa boca que siempre tiene algo que decir. Paseo las manos por su pecho con urgencia, anhelo, y, de repente, perdida en este mar de sensaciones increíbles, tiro de los bordes del cuello y se la abro de un tirón, haciendo que parte de los botones salten por los aires.

Se le abren los ojos como platos y me río.

—Ups, ¿le tenías mucho aprecio a la camisa?

—Me la suda la camisa —gruñe.

—Buena contestación.

Termina de quitársela de otro tirón y me lanzo a lamerle las tetillas y a acariciar cada marca que le define el torso; esos montículos que no son exagerados pero sí perfectos, y que siempre me han gustado más de lo que deberían.

Se le escapa un jadeo que me hace sentir poderosa.

Y atrevida.

Mucho.

Por eso no pierdo el tiempo y resigo el camino hasta la cinturilla de los pantalones, buscando el botón; un botón que se me resiste porque, de pronto, los dedos se me han vuelto torpes y me tiemblan; o puede que las ansias me superen.

—Joder —mascullo.

Hyun se ríe y me llama impaciente; no obstante, no se queja cuando nota el calor de la palma de mi mano en toda la longitud de su paquete.

—¡Hostia! —Vuelve a jadear—. Me matas, Dakota.

Cierro la mano alrededor del pene y se lo masajeo, haciéndole boquear como un pez. Presiono el glande y bajo hasta la base. Tiene la frente apoyada en la mía y le tiemblan los hombros. Acelero un poco el movimiento, obligándolo a contener el aliento. Balancea las caderas a delante y atrás. Es tan sexi verlo así... Tan excitante... Tan...

Me sujeta de la muñeca, frenando el movimiento de golpe.

—Después de tanto tiempo deseando esto, no voy a correrme en tu mano, señorita.

Sonríó ladina.

—¿Seguro?

Me coge en volandas y anuncia:

—Se acabaron los preliminares, cariño.

«¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!».

Podría batir las palmas de felicidad, pero no lo hago, porque están entretenidas con sus hombros, pelo y cuello, todo a la vez.

Subir las escaleras es una odisea. No porque le suponga un problema hacerlo conmigo a cuerdas, sino porque no dejamos de besarnos y tocarnos por todas partes. Cada dos por tres me presiona el culo contra la barandilla y vamos dejando nuestra esencia en cada escalón. No sé cómo coño logra deshacerse del vestido, pero cuando llego a su habitación, se ha esfumado y casi estoy en pelotas.

Cierra la puerta y me empotra contra esta.

Saca un condón del bolsillo y se lo enfunda en un santiamén.

«¿Lo llevaba ahí todo el tiempo?».

—Qué optimista, ¿no? —me burlo.

Sonríe de medio lado.

¡Ay, cómo me gusta!

—Digamos que nunca he perdido la fe.

Y ¡zas!

Hasta el fondo de un empujón.

¡Madre mía!

A partir de aquí se vuelve todo más salvaje y nos descontrolamos. Me penetra con tanta fuerza, se me clava tan adentro, que incluso llega a doler, pero me encanta. La sensación de tenerlo dentro es tan increíble que no quiero que salga nunca. Los movimientos de las caderas son bruscos y los besos desenfrenados; gemidos, jadeos y palabrotas inundan la habitación, volviéndose una cacofonía discordante y muy de película para adultos. El orgasmo me llega de sopetón, barriendo la poca cordura que me queda.

—Dios, Dios, sí, sí —grito sin control.

Cierro los ojos, apoyando la cabeza en la puerta y cogiendo bocanadas de aire.

¡Santa madre del Señor!

¿Qué acaba de pasar?

«¡Guau!»

Hyun

Esas cuatro palabras que Dakota acaba de pronunciar: «Dios, Dios, sí, sí», me catapultan a un orgasmo bestial y la hostia de intenso. Tanto que hasta me tiemblan las piernas cuando hundo la nariz en el hueco de su clavícula e inhalo hondo para recuperar el aliento y empaparme del maravilloso olor que desprende su piel sudorosa y ardiente. En mi vida me había pasado algo así. Jamás. Y eso que todas las veces que lo hice con ella fueron increíbles y memorables, pero no recuerdo haberme corrido con tanta intensidad en mi puta vida.

Saco la cabeza del hueco de su cuello y la miro.

—¿Todo bien? —murmuro.

No es por dárme las de machito ni de listillo, pero ya sé la respuesta a eso, me lo ha dejado bastante claro hace un minuto; solo quiero cerciorarme, nada más.

Sonríe de oreja a oreja, asintiendo.

—En la puñetera gloria. ¿No ha sido muy intenso? —inquiéreme tan asombrada como yo.

—Mucho. Ni siquiera tengo palabras para describirlo.

—¿Por qué crees que ha sido?

Encojo los hombros.

—¿Porque nos echábamos de menos y nos teníamos demasiadas ganas?

Sigue sonriendo y con eso me basta.

—¿Recuerdas lo que te dije hace unos días? —pregunto.

Me acaricia el mentón con el dedo índice.

—Hyun, dices tantas cosas que no sé a cuál te refieres. Refréscame la memoria.

Le lamo el labio inferior con parsimonia, obedeciéndola:

—Dije que cuando te besara de nuevo ya no volvería a dejar de hacerlo nunca.

Entreabre los labios.

—¿Y vas a cumplirlo?

—No era un farol.

Y la beso. Mucho. Muchísimo. Suave, tierno y con dedicación, haciéndola suspirar de placer.

—Me encantas, Dakota Morgan.

Se mueve en mis brazos, no con brusquedad, pero como llevo un buen rato con sus piernas enroscadas en la cintura y las mías parecen de plastilina, me enredo con mis propios pantalones, que los tengo en los tobillos, y pierdo el equilibrio, cayéndonos al suelo. Yo de espaldas y ella sobre mí. Y las carcajadas por su parte no tardan en llegar, claro. Sonoras. Contagiosas. Nos reímos sin control. Y menudos lagrimones nos caen a los dos. Es para grabarnos, aquí tirados en el suelo, a medio desvestir y desternillándonos.

—Vaya momentazo, ¿eh? —exclama, leyéndome la mente y sin parar de reír.

—Quedará para la posteridad en nuestra memoria —añado.

—Ya te digo. Uf.

Cogemos aire cuando parecen haberse acabado las carcajadas y me apoya la barbilla en el pecho para mirarme. Le engancho un mechón de pelo detrás de la oreja. Y, cuanto más la miro, cuanto más tiempo paso con ella, más seguro estoy de que es la mujer con la que quiero pasar el

resto de mi vida. No quiero a ninguna otra. O con ella o solo.

—Dakota...

Me interrumpo al escuchar algo que viene de fuera y me tenso.

—¿Tú también lo has escuchado? —sondeo al ver su cara.

—¿Crees que son...?

—Joder, ¿los ladrones? —la interrumpo.

Ambos nos apresuramos a ponernos en pie.

—¿Y mi vestido? —chilla.

Resoplo.

—Y yo qué sé, estará tirado por ahí.

—Mierda, Hyun —protesta.

Me subo los pantalones a trompicones y, sin llegar a abrochármelos, salgo disparado de la habitación y bajo los escalones tan rápido que ni los noto bajo los pies.

Lo único que alcanzo a ver, una vez fuera, son los faros traseros de un coche que ya ha salido de la propiedad y se aleja por la carretera en dirección al pueblo.

—¡Maldición! —grito dándome un puñetazo en la pierna.

Dakota me sujeta el brazo.

—¿Qué ha pasado? ¿Eran ellos? ¿Llegaste a verlos?

—Joder, solo alcancé a ver los focos traseros del coche.

—¿Y la matrícula?

—Estaban ya demasiado lejos como para distinguirla. Además, con esta oscuridad, ni de coña.

—Mierda. ¿Qué crees que se han llevado esta vez? ¿Echamos un vistazo?

Exhalo con fuerza, frustrado.

—Sí, pero antes voy a llamar al *sheriff* del condado. Esto ya se pasa de castaño oscuro y voy a ir a por esos cabrones con todas las de la ley.

Regresamos dentro y cierro la puerta a nuestras espaldas.

Me siento impotente y estoy furioso. Como los pille, se van a cagar. Juro que no les van a quedar más ganas de coger lo que no es suyo. Y me encargaré de que pasen una buena temporada entre rejas.

Hago la llamada y, mientras esperamos a que venga el poli de turno, nos adecentamos un poco, cojo una linterna de uno de los cajones de la cocina y me abrigo antes de volver a salir ahí fuera.

—Voy contigo —anuncia Dakota.

Entrelaza los dedos con los míos y un cosquilleo me recorre el brazo y el pecho. No me lo esperaba y, que haga esto, que me coja de la mano así, sin pedírselo ni nada, debe de ser una buena señal, ¿no?

«Yo diría que sí».

Juntos recorreremos el sendero hasta donde se están construyendo los invernaderos.

Aprieto los dientes con fuerza.

No sé si se han llevado algo, pero sí se ve a simple vista lo que han estado haciendo: desarmando la parte más pequeña de la estructura. Todas las piezas están desperdigadas por el suelo.

¡Hijos de puta!

29

Hyun

Abro las tumbonas, son dos cochambrosas que estaban en uno de los cobertizos, el que tiene los trastos viejos, y las coloco en el borde del terreno, sentándome en una de ellas y tratando de ponerme lo más cómodo posible. Ya que la empresa de seguridad más cercana no puede enviarnos a nadie hasta pasado mañana, es lo que venimos haciendo los últimos tres días: vigilar nosotros mismos nuestro territorio y que no puedan volver a hacernos una putada.

Miro al cielo y me quedo absorto en él.

La policía ha estado aquí, claro, pero, salvo lo que ya era evidente, no encontraron pruebas fehacientes de que se hubiera robado algo; tacharon lo hecho de vandalismo y, ahora, lo están investigando; aunque, al no encontrar huellas ni nada parecido, es poco probable que hallen algo sobre el tema.

—Seguro que han sido unos chavales aburridos —dijo el tonto de las narices que vino esa noche.

Dakota me lo presentó como Darwin, y no dejaba de mirarle las tetas a mi chica.

«¿Tu chica? Qué rápido nos volvemos posesivos».

Resoplo con fastidio.

Tuve que ir al día siguiente hasta la oficina del *sheriff* a formalizar una denuncia en la que dejé bien claro que hacía días que venían sustrayéndose cosas de la granja y que si no habíamos acudido a ellos primero, fue porque creímos que había sido algo aislado y que no volvería a pasar. Y como no había sido así, allí estaba. Tenían que investigarlo y punto.

«Qué poco les gusta trabajar, ¿eh?».

Dakota me explicó el motivo:

—El pueblo es pequeño y nunca pasa nada de gravedad en él, Hyun. Al menos que yo recuerde. Después de todas estas semanas que llevas aquí, ya deberías de saber que en Tunner todo va a un ritmo diferente al de Seattle.

¡Ja! No es que todo vaya a un ritmo diferente. Es que tienen demasiada parsimonia y son unos vagos de cojones.

Me subo el cuello del anorak, encogiéndome un poco.

Ya estamos en diciembre y hace muchísimo frío. Tener que pasar parte de la noche a la intemperie es una putada, pero es lo que hay y la única opción que nos han dejado. Sí, Dakota suele pasarla conmigo; los dos arrebujados en una manta, teniendo conversaciones interesantes y conociéndonos aún mucho más.

Sonrío.

A la mañana siguiente del maratón de baile, siempre lo recordaré como nuestro punto de inflexión, yo ya tenía preparado el desayuno cuando ella bajó a la cocina, quedándose parada al ver el despliegue de alimentos que había sobre la mesa.

—Has madrugado —pronunció con voz tímida.

—En realidad, no he pegado ojo —respondí, vertiendo agua en la tetera.

Enarcó una ceja.

—¿No estás acostumbrado a compartir tu cama? —soltó burlona.

—No estoy acostumbrado al vandalismo de este pueblo.

—Ah.

—¿No vas a darme un beso? —pregunté cuando se acercó a la encimera.

Rebuscó en el armario y sacó la caja de las infusiones. Luego, como si nada, se acercó a mí, plantándome la mano en el pecho y alzando la cabeza para darme un beso. Uno cálido y tierno. Simple y, para mí, muy especial.

«Pensaste que lo rechazaría».

Conociéndola, pensé que estaría arrepentida de lo ocurrido la noche anterior y que no me querría cerca de ella durante algunos días.

La veo venir por el sendero y sonrío, no puedo evitarlo.

—¿Por qué has tardado tanto? —inquiero.

Deja en el suelo mi termo de café y también el suyo, que imagino que llevará alguno de sus brebajes. A continuación, se sienta a mi lado y extiende el edredón que trae con ella, cubriéndonos con él.

—Ha llamado Isabel.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo les va?

Suspira, cogiéndome de la mano bajo el edredón.

Me gusta mucho cuando hace esto, buscarme por elección propia.

—Pues no muy bien —contesta—. Ayer se cayó en casa de su hija Laura y se rompió la cadera. Tienen que operarla y no podrán regresar mañana como tenían previsto.

Me yergo en la tumbona y la miro.

—No me fastidies.

—Pobre, dice que fue una caída de lo más tonta. Y, claro, ya la conoces, ahora se siente fatal por tener que quedarse más tiempo.

—Bueno, lo primero es ella y su salud.

—Eso mismo le dije yo.

—Supongo que hay que mirar el lado bueno de la situación.

Entrecerró los ojos al preguntar:

—¿Y cuál es, si puede saberse?

—Que vamos a estar más tiempo solos. ¿No habías reparado en ello?

—Lo cierto es que no.

Subo y bajo las cejas, varias veces.

—Pues tenlo en cuenta.

Menea la cabeza, escapándosele la risa.

—Eres de lo que no hay, Hyun Dune.

Me fastidia que Isabel se haya hecho daño y que tenga que ser intervenida quirúrgicamente, por supuesto. Es una persona a la que le tengo mucho cariño y me preocupo por ella; sin embargo, no voy a negar que su ausencia, la de ella y Sebastián, me vienen de perlas para seguir conquistando con mi encanto a esta bella mujer que tengo al lado. Duermo mucho mejor desde que lo hago con ella. Y no me siento mal por no querer compartirla con nadie más durante un tiempo; aunque solo sean unos días de nada.

«Pronta recuperación para Isabel».

Claro que sí.

Ambos clavamos la vista en el cielo cubierto de estrellas y guardamos silencio durante unos pocos minutos. No es incómodo, al contrario. Ahora mismo, me siento la mar de relajado.

—Se me cierran los ojos —anuncia en un murmullo—, y no quiero dormirme.

Es lógico, estamos reventados. Pasamos parte de la noche en vela y luego trabajamos un montón durante el día. Apenas descansamos porque el tiempo que tenemos para hacerlo lo dedicamos a disfrutar de unas bestiales sesiones de sexo. Y cuando digo bestiales, juro que no exagero ni un poquito. Imagino que estamos recuperando todo el tiempo perdido; eso me digo para no empezar a pensar que somos unos obsesos del sexo y que, desde hace tres días, no podemos vivir sin él.

«¿Yonquis sexuales?».

Algo así.

—Deberías haberte quedado dentro y dormir a pierna suelta. Necesitas descansar.

—¿Y tú?

Alzo los hombros.

—Siempre puedo echar una cabezadita aquí.

—No pienso dejarte solo, y lo sabes. Dame conversación para que no me duerma.

—¿De qué quieres hablar?

—No sé, ¿de tu familia? Nunca los mencionas para nada.

La miro de reojo.

—Ya te hablé de ellos en Seattle.

—Sí, pero solo que tu madre era surcoreana, tu padre americano y que el contacto entre vosotros apenas existe.

—¿Y qué más quieres que te cuente?

—¿No has sabido nada de ellos desde que estás aquí?

—No he mirado el correo electrónico personal, solo el de la empresa.

—Pero ¿no te llaman? —exclama, asombrada.

Inspiro hondo y espiro con lentitud.

No me gusta hablar de mi familia, porque no hay mucho que decir al respecto.

—No suelen hacerlo, salvo que sea una urgencia. Y ni siquiera entonces. Me enteré de que a mi madre la habían operado de apendicitis meses después de que lo hicieran. Y se me comunicó mediante un correo, como siempre. Van a lo suyo y no se preocupan de mí. Solo me tuvieron para que hubiera alguien el día de mañana que heredara su patrimonio, nada más.

—Eso es muy triste —musita.

—Lo sé, pero es lo que me ha tocado. Los únicos abrazos que recuerdo son los de las niñeras que me cuidaron. Son fríos. Condescendientes. Arrogantes. Se olvidaron de mí en cuanto pude valerme por mí mismo.

—Lo siento.

—No lo hagas. A pesar de eso, he sido feliz y nunca me ha faltado nada.

—¿Los quieres?

—Claro. Al fin y al cabo, son mis padres, ¿no?

—Eres un hombre increíble, Hyun, no saben lo que se pierden al no relacionarse contigo.

—No se pierden nada porque ni siquiera me conocen, Dakota. No saben nada de mí. Ni mis aficiones ni nada de nada. Esa es la pura verdad.

—¿Y no les guardas rencor?

Niego con la cabeza.

—Ni un poco.

—Eso te honra. —Suspira—. Yo a mi madre sí.

—¿Por haberte abandonado?

—¿Y por qué iba a ser si no?

Su respuesta es mordaz, y la entiendo.

—¿Nunca te has parado a pensar que dejarte con tu abuela fue lo mejor que te pudo pasar?

—Sé que es lo mejor que pudo pasarme, créeme. La abuela me quiso con locura y fui feliz. Aun así, siempre eché de menos tener una madre como la que tenían mis amigas, ¿sabes?

—Y la tuviste, cielo, fue tu abuela. La madre que te dio a luz no era como las madres de tus amigas.

Chasquea la lengua.

—No, no lo era. Esa mujer fue desconsiderada, egoísta y patética, por preferir ir detrás de un pene a quedarse con nosotros. No se traen hijos al mundo para abandonarlos. Ningún hombre es más importante que un hijo ni que una misma.

De repente, lo tengo claro y farfullo:

—¿Por eso no quieres enamorarte, casarte y formar una familia?

—Sí —admite.

Me deshago de la manta y me acucillo a su lado, acariciándole las mejillas y buscando esos preciosos ojos con los míos.

—Cariño... —digo cuando tengo toda su atención—, tú no eres tu madre. Tu forma de ser y de pensar marca una diferencia abismal con esa mujer. Tú nunca te centrarás en un hombre, olvidándote de ti misma y de tus hijos, porque tienes principios y otra forma de ver la vida. Te quieres y te valoras como mujer y como persona, algo que ella nunca hizo. Y eso es lo más triste de todo, que, al contrario de lo que piensas, ella nunca se quiso.

Parpadea, dejando salir un torrente de lágrimas.

—Tú tampoco eres como tus padres, ¿sabes? —manifiesta.

Me echo un poco hacia atrás.

—¿A qué te refieres?

—Tienes la necesidad de casarte, formar una familia y cuidar de ella, para demostrarte a ti mismo que no eres como ellos. No eres consciente de que, aunque nunca tengas nada de eso, ellos jamás te llegarán a la suela de los zapatos, Hyun. Jamás.

Vale, no había reparado en mis deseos desde esa perspectiva.

Y tiene razón.

Siempre vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, como suele decirse.

¿Acabamos de situarnos en la misma casilla de salida o son solo imaginaciones más? Teniendo en cuenta la conversación que acabamos de tener, ¿no queremos ambos lo mismo?

30

Dakota

Espolvoreo la harina y amaso con brío. Estoy preparando un pan de nueces y canela para hornear; fuera hace un día de perros, los animales están atendidos y, en esta época, no puede hacerse nada con la tierra, por eso estoy aquí, entretenida en la cocina. No creo que Hyun haya comido en la vida un pan como el que esta noche probará. Es una de mis especialidades culinarias y estoy deseando ver la cara que pone cuando le dé el primer bocado.

Le doy forma a la masa y bato el huevo.

Hace algo más de una semana que dormimos juntos todas las noches; y cuando digo dormir..., bueno, creo que se sobreentiende que eso no es lo único que hacemos. El tiempo pasa muy deprisa y nuestra obligación es aprovecharlo al máximo. Tengo la sensación de que esta vez es mejor que la anterior, aun así, no me planteo un futuro con él; su vida está en Seattle, no en una granja perdida de la mano de Dios. Y la mía está aquí, ayudando a Jason, no quiero dejarlo solo ahora que esto va cogiendo forma y su proyecto ya casi es una realidad.

«Sabes que no está solo, tiene una esposa».

No importa, he prometido estar a su lado y ayudarlo, y eso haré.

«Disculpas, disculpas».

Déjame en paz, voz de pacotilla.

Pinto con huevo el pan y voy a la despensa a buscar la canela para mezclarla con un poco de vino dulce de repostería, pero no la encuentro en el sitio acostumbrado. Entro del todo en el hueco, encendiendo la luz y rebuscando el botecito en todos los estantes; puede que Isabel lo haya cambiado de sitio y por eso no aparece. Es entonces cuando me fijo en la caja que hay arriba del todo, vieja y algo oxidada por el paso del tiempo. Me estiro todo lo que puedo, poniéndome incluso de puntillas, y la alcanzo con la punta de los dedos, trayéndola más al borde.

Frunzo el ceño cuando ya la tengo en la mano.

—¿Qué demonios...? —murmuro intentando abrirla.

Está tan oxidada y cochambrosa que me cuesta un montón alzar la tapa.

—¿Qué demonios...? —repito, escudriñando el interior.

¿Son las fotografías que buscábamos hace unas semanas? ¿Las que me mencionó mi hermano y que tenían que ver con los O'Sullivan?

«Compruébalo a ver».

Lo hago, por supuesto, pero no aquí dentro, sino en la mesa de la cocina.

Me pongo nerviosa solo de pensar en lo que pueda descubrir. Algo debería de estar ocultando la abuela si las tenía escondidas en la despensa, ¿no? Con todas las veces que entré ahí, y nunca reparé en la caja... ¿Por qué no lo hice?

«¿Porque desconocías su existencia, tal vez?».

Sí, probablemente.

Son una veintena de fotografías, en blanco y negro y en color sepia; toda una reliquia. Y las voy dejando sobre la mesa, una por una, fijándome en todas ellas. Son preciosas, simples y sin nada que reseñar, salvo la cantidad de años que deben de tener. Los abuelos debían de estar

recién casados, porque se les ve muy jóvenes. Hay varias aquí en la granja, frente a la casa y al fondo, donde ahora está uno de los gallineros; y en todas ellas sale el señor O'Sullivan, como si todos ellos fueran inseparables. Así, de primeras, viendo lo que veo, se me ocurre un disparate que ni siquiera me atrevo a pronunciar en voz alta, por si la abuela me escuchara desde el más allá y viniera a darme una colleja.

«¿Una pareja de tres?».

A eso no se le llama pareja, no obstante, por ahí van los tiros, sí.

«Debería de darte vergüenza, Dakota Morgan».

Se me ponen los pelos como escarpas al escuchar, con tanta nitidez, la voz de la abuela en la cabeza.

Me estremezco y desvío la mirada.

¡Ostras, el pan!

Tan ensimismada estaba con el hallazgo que me había olvidado por completo de lo que estaba haciendo antes de entrar en la despensa a buscar la dichosa canela para el mejunje.

Me lavo las manos y sigo con la receta, sin poder dejar de pensar en todas esas imágenes que, a simple vista, son bastante normales.

Acabo de llevar la bandeja al horno cuando entra Hyun, lleno de barro y empapado de pies a cabeza.

—Quieto ahí —ordeno impidiendo que dé un solo paso más.

—¿Por qué? —protesta.

Pongo las manos en las caderas, señalándolo con la cabeza.

—¿Tú te has visto, eh? No pienso dejar que entres de esa guisa en la cocina. Lo pondrás todo perdido.

—Solo quería darte un beso antes de ducharme, tirana.

—Ah, ¿sí?

Asiente, mirándome de pies a cabeza.

—Tú no pareces estar mejor que yo. ¿Has estado peleándote con un saco de harina? ¿Qué es eso que tienes en la mejilla?

—¿Dónde? —pregunto toqueteándome la cara.

Cuando me quiero dar cuenta, lo tengo a mi lado, sonriendo de oreja a oreja.

—Serás fulero... —Le doy un manotazo en una de las manos.

—¿Fulero?

—Sí, embustero, mentiroso...

Me atrapa la boca con la suya, impidiéndome seguir. No importa, esto es mucho mejor que enumerar los sinónimos de una palabra. Besa tan bien... Tiene los labios fríos, pero van cogiendo calor según devoran los míos; de hecho, creo que la del horno no es la única temperatura que va subiendo por aquí.

Gimo y él gruñe.

—Ven conmigo a la ducha —propone.

—No puedo —digo entre beso y beso—. Acabo de meter el pan en el horno.

—¿Cuánto tiempo le queda?

Me lame el lóbulo de la oreja y lo muerde.

Suspiro y jadeo, todo a la vez.

—No sé... Veinticinco minutos, puede que treinta.

—Tiempo más que de sobra. Será rápido e intenso, te lo prometo.

—Hyun, no quiero... no quiero que se queme... —balbuceo.

Dios, me está poniendo cardíaca.

—Cariño, él único que va a quemarse aquí soy yo como sigas resistiéndote.

Me aprieta las nalgas con las manos, pegándome a su cuerpo para que note con más claridad lo que me perderé si no voy por el camino que él quiere. Y como soy una mujer débil, pues doy un saltito, encaramándome a sus caderas. Volverá a la ciudad cuando acabe con el proyecto de Jason y ellos regresen de la luna de miel. El tiempo apremia y quiero saciarme de él tanto como me sea posible.

«Haberlo pensado antes».

¡A callar, cotorra!

Sube las escaleras conmigo a cuestras, algo que empieza a ser una costumbre, por lo que se ve; abre de un empujón la puerta del baño y vuelve a besarme, esta vez con más urgencia. Soy yo la que descorre la cortina de la ducha y tanteo la pared hasta dar con la manija del grifo, accionándola. No solo es el vapor del agua caliente el que empieza a empañar el espejo y los cristales de la ventana, Hyun ha puesto mucho empeño en hacerle la competencia, y se le da de maravilla.

Nos desvestimos con prisas, dejándolo todo desperdigado por el suelo.

Me mordisquea los pezones, los chupa y los vuelve a morder.

Se me nubla la vista.

—Hyun... Joder...

—Lo sé.

Apenas le sale la voz de lo excitado que está.

—¡Adentro! —grazna metiéndome en la bañera con él a la zaga.

Echo la cabeza hacia atrás y el agua me da de lleno en los ojos.

Hyun se arrodilla, metiendo la cara entre mis piernas. Las abro un poco más, haciéndole hueco entre ellas, dejando que sus dedos y el aliento se cueilen lo más dentro posible. Unos dedos la mar de hábiles, que hacen que me retuerza y anhele mucho más. Separa los pliegues y me roza el clítoris con la lengua, haciéndome temblar. Primero lame con parsimonia y, cuando creo que ya ha marcado un ritmo definitivo, me sorprende la desesperación con la que me devora; como si estuviera famélico y yo fuera su plato preferido. Él sí que es el mío. Le agarro el pelo con fuerza y estiro, gimiendo palabras inconexas y pidiendo más. Mucho más. El orgasmo va tomando forma en las entrañas y retuerzo los dedos de los pies al sentir la intensidad con la que me recorre, aproximándose.

—¡Dios, Hyun! —chillo.

Lame, lame, lame y, cuando estoy a punto de llegar, saca la cabeza y sonrío, dejándome a medias.

—¿Qué estás haciendo? —grito con frustración.

—No vas a correrte sin mí dentro.

Abre el envoltorio plateado y se coloca el condón.

—¿De dónde ha salido? —inquiero, sorprendida, señalándole el pene.

Se le escapa la risa.

—Del bolsillo trasero de los pantalones. Lo tenía en el puño desde que nos metimos en la bañera. Porque te referías al condón, ¿verdad?

—Ja, muy gracioso, hombre.

—Ven aquí —demanda.

Esta vez sí que no me da tregua.

Y, tal y como prometió, es rápido e intenso.

Enrosco una toalla en la cabeza, limpiando el espejo y mirándolo a través de él. La cortina de la ducha está medio abierta, dejándome ver cómo se enjabona el pecho. El cosquilleo que siempre tengo en el estómago se intensifica. Sé lo que significa. Y, por primera vez, sentir eso no me asusta, todo lo contrario.

—¿Qué pasa? —interroga con la ceja alzada.

Trago saliva, buscando sus ojos en el espejo.

—Nada, estoy bien.

—¿Seguro?

—Te lo juro.

Y lo digo muy en serio.

De nuevo en la cocina, tras ponerme ropa limpia y desenredar el pelo, saco del horno el pan, dejándolo en la encimera, junto a la ventana.

—Huele de maravilla —dice Hyun pocos minutos después—. ¿Qué es todo este despliegue? Miro por encima del hombro.

—Ah, son las fotografías que buscábamos el otro día en el desván, ¿te acuerdas?

—¿Y de dónde han salido?

—De la despensa. Las encontré de casualidad cuando fui a buscar la canela.

—Vaya... —pronuncia, echándoles un vistazo.

—¿Qué? ¿Ves algo que te llame la atención?

—Claro, es bastante evidente.

—¿El qué es tan evidente?

Carraspea.

—Que el tal O'Sullivan no estaba enamorado de tu abuela, sino de tu abuelo.

¿Qué? ¿Qué está insinuando? ¿Se ha vuelto loco?

Cojo la fotografía que me tiende.

—Fíjate bien —indica—. ¿Ya lo ves?

Asiento sin dar crédito.

¡No puede ser!

31

Dakota

Está claro que eso de que cuatro ojos ven más que dos es cierto. Y que todo depende del ojo que lo mire, también. Si Hyun no llega a indicar lo que para él fue tan obvio a simple vista, seguramente yo hubiera tardado algo más de tiempo en dar con lo que ahora tengo tan claro. Y lo entiendo. Me refiero al enfado del señor O'Sullivan con la abuela, pero por motivos diferentes a los que creíamos en un principio. La imagen, como ya dije, es vieja y tiene alguna marca de deterioro; en ella, no solo están los abuelos y el vecino de finca y dueño de la mayoría de las tierras de por aquí a este lado del pueblo, sino que hay tres personas más; otra mujer y dos hombres que desconozco; todos ríen y miran a la cámara, a la persona que tienen enfrente con ella en las manos y los apunta, menos el señor O'Sullivan; él no mira a la cámara, él mira arrobado al abuelo, con anhelo, con adoración. Es tan evidente que ese señor estaba enamorado del abuelo que no entiendo cómo no lo vi antes.

«Porque buscabas algo diferente».

Sí, tal vez sea por eso, pero el sentimiento está ahí. Y la pregunta del millón, la que no dejo de hacerme desde hace unas horas, es la siguiente: ¿ese sentimiento era correspondido? Porque el abuelo tiene cogida a la abuela de la mano, sí, no obstante, el otro brazo lo tiene pasado por encima del hombro del señor O'Sullivan y da la sensación de estar aproximándolo a él, imagino que para que no se sintiera fuera de lugar, dadas las circunstancias. O puede que esto solo me lo esté imaginando y él no supiera nada de lo que el vecino sentía; aunque tengo la corazonada de que en esto sí que estoy equivocada. No sé, llamémoslo intuición femenina.

—¿Aún sigues pensando en ello? —Hyun se mete en la cama, tapándonos a los dos con las mantas.

Fuera no ha dejado de llover en todo el día, y solo hemos salido para atender a los animales y poco más. El resto del tiempo lo hemos pasado aquí en casa, centrados en nosotros y nuestros cuerpos.

—Sí, no se me va de la cabeza.

—Comprendo.

—Es que es muy fuerte, Hyun.

Se coloca de lado, mirándome.

—Supongo que sí. En aquella época, las relaciones homosexuales estaban muy mal vistas, eran tabú y un escándalo. Por fortuna, eso ha cambiado con el paso de los años.

Me apoyo en el codo para verlo mejor.

—¿Piensas que el abuelo correspondía ese sentimiento?

—¿Tú no?

Asiento.

—Creo que una mirada vale más que mil palabras. Y esos dos se decían muchas cosas con los ojos. ¿Lo sabría la abuela o la pobre mujer se casó sin saber que su marido estaba enamorado de un hombre?

Suspira, acercándose para besarme en la frente.

—La respuesta a eso nunca la tendremos, cielo, tu abuela se la ha llevado a la tumba.

—¿Lo de ellos sería un matrimonio concertado? ¿Por conveniencia quizá? —sigo interrogando.

—También pudo ser por amor, ¿no? ¿Quién dice que tu abuelo no estaba enamorado de los dos?

—Tienes razón. La abuela siempre hablaba maravillas de él. La quiso mucho y la cuidó.

Me pasa la mano por el estómago, acariciándomelo con el pulgar.

—Es probable que el enfado del señor O’Sullivan fuera porque tu abuelo la eligió a ella y estuviera despedido. Lo que no entiendo para nada es que eso quiera hacérselo pagar ahora a vosotros, la verdad.

—Otra vez tienes razón, sigue siendo todo muy raro. ¿Has vuelto a hablar con el abogado de Seattle? ¿Ha descubierto algo más?

—Sí, que antes de irse a vivir a esa otra granja, la que visitamos tú y yo, vendió todas sus tierras y donó parte de ese dinero a la beneficencia.

Frunzo el ceño.

—¿Vendió todo lo que tenía? —exclamo, sorprendida.

—No sé si todo, pero sí la gran mayoría. No tengo muy claro hasta dónde alcanza el patrimonio de ese hombre. Burton no dijo nada en concreto respecto a esa parte.

—¿Significa eso que Jason no podrá comprar el terreno colindante para ampliar la granja?

—Podrá hacerlo si conseguimos averiguar quién es la persona que lo compró con anterioridad, si es que se lo vendió a alguien, y ese alguien esté dispuesto a vender, claro.

—Entiendo —musito.

Se acurruca contra mi cuerpo, escondiendo la cara en el hueco que hay entre la almohada y mi cuello, e inhala hondo.

—Me encanta como hueles.

Se me escapa la risa.

—Me haces cosquillas con la nariz —explico cuando alza la cabeza para mirarme.

Su mirada es risueña, relajada.

—¿Qué pasa? —inquiero.

Niega con la cabeza.

—Nada.

—Pues parecía que querías decirme algo.

Tensa los labios y luego los afloja para besarme.

Un beso de esos que me deja temblando de pies a cabeza.

No tardamos en deshacernos del pijama y en enredarnos entre las mantas, dándonos otro tipo de calor. Recorriéndonos los cuerpos con las manos y las lenguas, saboreando todas las partes que nos placen; soltando gemidos con el aliento contenido o gruñendo órdenes de aumentar los ritmos; erizándonos la piel con cada roce, cada contacto, cada exhalación. Terminamos a la vez, prodigándonos besos y palabras susurradas.

Me duermo con dos palabras en la punta de la lengua.

Dos palabras que me asustan y no me atrevo a pronunciar.

Y no sé si algún día seré capaz de hacerlo.

Suena el despertador a las cinco y cuarto, como siempre. El lado de la cama de Hyun está frío. Seguro que ya está corriendo por los alrededores o le ha llevado café al guardia de seguridad. Es tan atento con todo el mundo... No me costaría nada acostumbrarme a este tipo de rutinas con él, todo lo contrario.

Echo las mantas hacia atrás y cojo el poncho que cuelga de la puerta, arrebujiándome en él. Cualquiera día de estos empezará a nevar; lo extraño es que no lo haya hecho ya, teniendo en cuenta que ya estamos a mediados de diciembre y la temporada de nieve por aquí empieza a finales de noviembre. Suena la alarma del teléfono, siempre pongo una por si me duermo, y veo que mi hermano me ha llamado en algún momento de la noche pasada. Me fastidia no haber hablado con él, pero seguro que tenía cosas más apremiantes entre las manos.

«O las piernas».

Sonrío, avergonzándome un poco por esos pensamientos.

Huelo el café recién hecho según voy bajando las escaleras. Este hombre es un tesoro y, aparte de atento, siempre está en todo; ahora se encarga él del desayuno. Y de un montón de cosas que ha ido aprendiendo desde que está en la granja. Ya nunca usa corbata y muy pocas veces se viste con una camisa o uno de esos elegantes y caros trajes que acostumbraba. Se sentirá raro cuando vuelva a hacerlo. Se sentirá raro cuando vuelva a la ciudad. Y yo me sentiré rara sin él.

Se me contrae el pecho.

«Sabes que más pronto que tarde pasará».

Lo sé, y prefiero no pensar en ello o me echaré a llorar.

Inspiro hondo y exhalo despacio.

«¿Ya pasó?».

No, aún no, pero pasará.

Hyun viene sudado cuando entra por la puerta y sube a darse una ducha, no sin antes darme los buenos días con un beso de tornillo que me deja sin aliento. Poco después, los dos nos sentamos a la mesa y desayunamos, hablando de las tareas del día y todo eso que tenemos por hacer. Tras recoger un poco la cocina, nos despedimos en la bifurcación que hace el sendero de atrás; él va a las pocilgas y yo a los gallineros. No volvemos a vernos el pelo hasta media mañana y, para entonces, yo ya he hablado con Jason y le he puesto al tanto del gran descubrimiento que hicimos ayer. Decir que lo dejo pasmado es quedarse corta, no se lo esperaba para nada, igual que yo. Y, cuando se le pasa el susto, o lo que sea, hace un montón de preguntas para las que no tengo respuesta. Preguntas que yo misma también me hice y que seguiré haciéndome hasta que lo asimile todo. También hablamos de cómo va la construcción de los invernaderos, y que desde que está el tipo de seguridad que su esposa contrató, no han vuelto a robarnos nada ni a hacernos más putadas. Le aseguro que Hyun y yo estamos bien, y que, cuando lo vea, no lo va a reconocer de lo cambiado que está.

—Nunca dejaré de llamarlo Chun, y lo sabes —afirmó poco antes de despedirnos.

Tengo la esperanza de que sí lo hará.

Aprovechando que tenía el teléfono en la mano, tras hablar con él, le marqué a Colette para darle también la noticia; al fin y al cabo, fue ella la que escuchó el rumor en el pueblo y la que nos puso tras la búsqueda del secreto, ¿no? Su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, algo que me extraño sobremanera; de hecho, hace ya algunos días que no la veo y, después de haberla notado tan rara las veces anteriores, comienzo a preocuparme. La última vez que estuvimos juntas, si no recuerdo mal, fue en el maratón de baile; luego recuerdo haberla visto perdiéndose entre la gente con Archer.

Miro a Hyun, que bebe agua de una botella.

—¿Tú has visto a Colette o a Archer estos días por aquí? —Quiero saber.

Se limpia la boca con la manga de la sudadera.

—A Colette, no, pero con Archer estuve hace dos días. Me lo crucé al amanecer. Yo venía corriendo y él salía justo a hacer lo mismo. Estaba un poco... ¿distante? Tampoco es que lo conozca mucho, la verdad.

—¿Y no te dijo nada de Colette?

—Lo cierto es que no pregunté por ella, ¿por?

—No la veo desde el maratón de baile. La he llamado y no coge el teléfono. Estoy preocupada.

—¿Quieres que te acompañe a ver si se encuentra bien?

—Te lo agradezco, pero no es necesario que me acompañes. Además, tienes esa reunión con la agencia esta tarde por videoconferencia, ¿recuerdas?

Chasquea la lengua.

—Se me había olvidado por completo.

Diez minutos después, volvemos al trabajo en la granja.

Y no puedo dejar de pensar en mi amiga y en si estará bien.

32

Hyun

Los dos últimos días han sido una locura. La campaña de publicidad para la granja va viento en popa y me estoy reuniendo con el equipo de Seattle todos los días por videoconferencia. Hemos adelantado un montón de trabajo y ya tenemos enfocada la dirección que tomará la campaña. Aún nos falta decidir algunas cosas, como, por ejemplo, el o la modelo que la protagonizarán, pero eso, para mí, es lo de menos. Yo mismo sería capaz de plantarme delante de las cámaras y hacerlo. Estoy tan dentro de este proyecto que siento que ya forma parte de mí. Siempre lo hará.

Apago el ordenador y me reclino en la silla, frotándome los ojos, estoy agotado; sin embargo, cada día me acostumbro más a estar aquí, aunque sigo pensando que no cambiaría la ciudad por esto ni de coña, podría pasar largas temporadas sin problemas.

El teléfono me suena y observo la pantalla.

«¿Aaron?».

Esa es la misma pregunta que hago al responder.

—¿Cómo va todo? —inquire él a su vez.

—Pues la verdad que muy bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Bien, tío, he salido a caminar y me acordé de ti y aquella apuesta que habías hecho con tu chica. ¿Ya te has dado cuenta del poco sentido que tenía?

Me río.

—Creo haberte dicho que tenía un motivo para seguirle el rollo. Uno del que tú desconfiaste, ¿lo recuerdas?

—No has negado que fuera tu chica... ¿Significa eso que estaba equivocado? ¿Estáis juntos?

—Lo estamos, sí.

—Joder, no sabes cuánto me alegro, macho. Hacéis buena pareja. ¿Qué pasará cuando regreses a la gran ciudad? ¿Ya lo has pensado?

—No, aún no. Lo haré cuando llegue el momento —miento.

En realidad, lo hago constantemente. Es algo que no se me va de la cabeza por más que quiera restarle importancia y asegurarme de que todo irá bien.

—¿Qué me dices de ti? ¿Seguro que estás bien? Porque pareces alicaído.

Lo imagino encogiéndose de hombros con despreocupación, un gesto muy suyo.

—Estoy planteándome vender mi parte del club, ¿sabes? —suelta de sopetón, sorprendiéndome.

—¿Qué? Eso sí que no me lo esperaba. Creí que el club era el niño de tus ojos.

—Y lo era, pero empiezo a estar harto de los tira y afloja con Drew. Esa mujer se ha convertido en mi peor pesadilla.

—Siento que estés pasando por esta situación, de verdad. No debe de ser fácil.

—Cierto, no lo es.

—¿Y por qué en lugar de vender no contratas a alguien y lo pones al frente de tu parte? Ya sabes, un gerente que se encargue de todo por ti.

—No creas que no lo he pensado. Quizá lo haga. No quiero agobiarte con mis mierdas, tío.

—No lo haces.

—Te lo agradezco. Y, lo dicho, me alegro en el alma que todo haya salido bien con ella.

—Gracias, Aaron. Oye, me tienes aquí para lo que necesites, ¿vale?

—Lo sé. Eres un buen tío, Hyun Dune.

Me quedo con un poco de mal cuerpo cuando nos despedimos, para qué voy a mentir. Tengo la sensación de que me ha llamado, más que por saber cómo iba aquella apuesta ridícula, porque necesitaba hablar con alguien.

Me pongo en pie, cierro las contraventanas y salgo de la habitación.

Ahí fuera ha empezado a nevar. Lo copos aún no son muy densos, pero si sigue así durante toda la noche, terminará cuajando.

El pasillo huele a sopa y a algo que debe estarse asando en el horno; también a vainilla y a canela.

Me ruje el estómago.

Asomo la cabeza por el hueco de la puerta de la cocina, pero Dakota no está aquí. Puede que haya salido a ver si veía a Colette, que, de repente, parece habérsela tragado la tierra. Tampoco es que Archer se deje ver mucho por ahí, no obstante, coincidimos de vez en cuando. Algo está pasando y no tengo ni idea de qué.

Salgo al recibidor y miro la hora en el reloj de pared.

Creo que debería salir a buscarla, por si...

Se abre la puerta de golpe y entra Dakota, con la nariz roja de frío y el pelo cubierto de pequeños copos de nieve. Está preciosa, como siempre, pero no trae muy buena cara que digamos.

—¿Qué pasa? —interrogo poniéndome tenso.

Sacude las botas en la entrada, me da la bufanda y cierra tras ella.

—Colette me ha cogido el teléfono esta tarde, ¿sabes? Me dijo que tenía un resfriado muy grande y que llevaba en cama toda la semana.

—¿Y por qué traes esa cara entonces?

Me da una bolsa que lleva en la mano y se quita el grueso abrigo, colgándolo en el perchero.

—He hecho sopa y fui a llevársela. Nadie me ha abierto la puerta.

—Cielo, si está enferma y en la cama...

—¿Y Archer? —me interrumpe enfadada.

—Yo qué sé, estaría ocupado con algo. O no estaría, que también es posible. ¿No hablaste con ella de nada más?

Camina con paso enérgico hasta la cocina, y la sigo.

—Poca cosa, la verdad. Se interesó por la investigación de los robos, y le comenté que el *sheriff* Forbes nos había comunicado ayer que, al final, sí se habían encontrado unas huellas que no coincidían con las de los trabajadores, que las meterían en el sistema para todo eso que te explicó a ti. Entonces empezó a toser y dijo que tenía que colgar y que ya hablaríamos en otro momento. —Coge aire por la nariz y lo suelta, subiéndose las mangas del jersey hasta los codos —. Después le marqué a Archer y me colgó.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que te colgó?

Abre el horno, mira el interior y comprueba algo con un tenedor.

—Ya sabes a qué me refiero, Hyun. Cuando recibes una llamada no deseada, deslizas el dedo por la pantalla al lado contrario. ¿Nunca lo has hecho?

—Cariño, que Archer hiciera eso, no significa que tu llamada no fuera deseada, sino que no

podía responderte y ya. Deja de ver cosas donde no las hay, ¿vale?

—Pero es que todo esto es muy raro, Hyun. Siempre hemos estado aquí para ellos y ellos para nosotros. Siempre. Y, ahora, no sé, tengo la sensación de que se están distanciando. Me gustaría saber qué pasa, eso es todo. Igual hice algo que les molestara en el baile y no me doy cuenta.

Me aproximo y la abrazo.

—No has hecho nada malo, Dakota. Las personas, a veces, necesitan estar solas, tomarse un tiempo para ellas mismas... Puede que lo que esté sucediéndoles no tenga nada que ver contigo. ¿Te has parado a pensarlo?

—¿A qué te refieres?

Me separo un poco para verle bien la cara, a ver cómo reacciona a lo que voy a decir a continuación:

—A lo mejor les ha ocurrido como a nosotros.

Entrecierra los ojos.

—No lo pillo.

Carraspeo.

—Quiero decir que, a lo mejor, también se han dado cuenta de que están locamente enamorados, y ahora están recuperando el tiempo perdido.

—¿Tú crees?

Me late el corazón tan fuerte que me acojono.

—¿No podría ser? —balbuceo.

Lo piensa dos o tres segundos y niega con la cabeza.

—Colette me habría llamado para contármelo.

—¿Igual que hiciste tú?

—No, yo... —Abre los ojos como platos y exclama—: ¿Qué estás tratando de hacer, Hyun? Sonrío de oreja a oreja.

Amo a esta mujer con una locura desmedida.

—Nada, ¿por? —disimulo.

—No me manipules.

—Dios me libre.

Se da la vuelta, pero lo hace sonriendo.

«No ha negado que estuviera locamente enamorada de ti».

Joder, no, no lo ha hecho y estoy eufórico por eso.

«Pues respira hondo y relájate».

Lo hago sin que ella me vea, claro. No vaya a ser que me arree uno de esos sopapos y me siente de culo.

¡Dakota está enamorada de mí! ¡De mí!

«No dijo nada de eso».

Me pongo los ojos en blanco a mí mismo.

—¿Vas poniendo la mesa?

Mi respuesta es ir sacando los platos del armario.

Estoy tan pletórico ahora mismo que soy incapaz de pronunciar palabra. Debe de ser por eso que me paso toda la cena mirándola embobado y sonriendo a todo lo que dice. Siento que esto es real. Sí, me refiero a lo nuestro. Y empiezo a tener la esperanza de que, después de toda esa resistencia por su parte, la posibilidad de que todo acabe bien es más real aún.

«¿Seattle y Tunner?».

No me jodas el momento, hombre.

Silencio todas las voces de la mente y me centro en ella.

Es la mujer que acapara mi mundo.

Más tarde, hablo con Brinna mientras Dakota se da una ducha, poniéndola al día de todo lo que se va cociendo por aquí y que, gracias a Dios, es todo positivo. No solo lo que se cuece aquí, sino también en la ciudad. La campaña está encarrilada, Burton tiene una pista fiable sobre Brendan O'Sullivan que está investigando y Dakota está loca por mis huesitos surcoreanos. Esto último no se lo digo, claro, sigo callándomelo para mí. Ah, y le hablo de la llamada de Aaron y su intención de vender su parte del club. Y no me hace falta ver a mi amiga para saber que los engranajes de su cabecita han empezado a dar vueltas.

—Todo va viento en popa y a toda vela, Bri —aseguro, volviendo a la parte principal e importante de la conversación.

—¿Por eso estás tan exultante? —Quiere saber.

No, no es por eso precisamente, pero voy a dejar que lo piense... por el momento. No quiero gritar a los cuatro vientos lo que todavía no se me ha declarado a mí de forma oficial.

«Sí, anda, a ver si vas a meter la pata y al final no es lo que crees...»

Que dejes de liarme, coño, que paso de escucharte y no me vas a hacer dudar.

—Ya sabes que siempre me gusta que los planes salgan bien —replico.

Y no me refiero solo al proyecto de su marido.

No daba un duro por la idea de la apuesta para buscarme esposa y toda esa basura, sin embargo, aquí estamos Dakota y yo.

Muy juntos y muy revueltos.

«No lances las campanas al vuelo».

¡Y una mierda que no!

33

Dakota

Espero un par de días más para volver a probar suerte con Colette e ir a la granja a hacerle una visita; no he vuelto a hablar con ella, a pesar de que lo intenté con llamadas y mensajes. Llamadas y mensajes que no han sido devueltos y tampoco respondidos; sin embargo, sí que los leyó. En ellos me interesaba por cómo le iba y por su salud, poca cosa más. Estoy preocupada y enfadada a partes iguales. Siempre me he portado bien con ella, al menos que yo sepa, y no entiendo a qué viene este alejamiento por su parte; tampoco por la de Archer.

Cojo un paraguas y salgo de casa.

No ha parado de nevar en estos dos días y la nieve se acumula por todas partes. Caminar hasta allí me va a llevar algo más de tiempo de lo acostumbrado, pero no importa, siento la necesidad de verla cara a cara; de abrazarla y decirle que, sea lo que sea que haya pasado, todo tiene solución y que estoy aquí para lo que necesite; igual que ella lo ha estado para mí todo este tiempo.

Miro al cielo y exhalo.

Tiene un color gris plomizo que no me gusta un pelo, pero me arriesgo de todos modos. No soportaría estar un día más con este runrún en la cabeza, carcomiéndome por dentro. Ayer le mentí a mi hermano cuando hablamos por teléfono y me preguntó por los vecinos. ¿Qué más podía hacer, teniendo en cuenta que no sé nada de ellos y que tampoco podía darle una explicación al respecto? Apenas le quedan unos días de luna de miel, y no quiero ser yo la que se los fastidie por algo de lo que no estoy segura.

Acelero un poco más el paso.

La carretera está limpia y me puedo permitir el lujo de hacerlo sin miedo a resbalar y darme un castañazo que me siente de culo.

Traspaso la portilla de la granja, mirando hacia las contraventanas abiertas de par en par. Archer parece haber hecho los deberes, porque el camino de la entrada también está limpio de nieve, y aquí la máquina que limpia la carretera no entra; lo que significa que él ha estado activo no hace mucho.

Subo los tres escalones y llamo a la puerta con los nudillos, dejando el paraguas apoyado a un lado, en la pared.

Nadie responde.

Y no es tarde, solo son las nueve y cuarto de la mañana.

Escucho pasos dentro que se aproximan. Pasos acelerados y enérgicos. Rezo para mis adentros para que sean los de Colette.

Y lo son.

Mi amiga se queda pasmada en la puerta al abrirla y verme allí plantada, esperando.

De repente, empuja la puerta hacia fuera, pero como soy avispada y tengo la mosca detrás de la oreja, la freno interponiendo el pie antes de cerrarse del todo y dejarme aquí como una idiota.

Frunzo el ceño, escudriñando a mi amiga.

—¿Ibas a cerrarme la puerta en las narices? —exclamo, sorprendida.

Tarda unos pocos segundos en responder, avergonzada. O eso creo.

Cruza los extremos de la chaqueta a la vez que los brazos, sobre el pecho.

—No me encuentro bien y no quiero ver a nadie.

—Pues no parece que estés enferma, tienes buen color y...

—El resfriado ya se me ha pasado —dice, interrumpiéndome.

Tengo la sensación de que está a la defensiva, pero también parece arrepentida de... ¿qué?

—¿No vas a invitarme a pasar?

Alza los hombros.

—Ya estás más dentro que fuera, así que...

Suspiro, traspasando del todo el umbral y cerrando la puerta detrás de mí.

—Colette, ¿vas a explicarme qué pasa realmente? Porque estoy preocupada por ti y no me lo perdonaría si te pasara algo y no me dejaras ayudarte.

—Ya... Ya te dije que estoy bien, no me pasa nada.

—¿Y por qué no respondes las llamadas ni los mensajes?

—Porque no... tengo tiempo.

Le tiembla la voz.

Y no me ha mirado a los ojos ni una sola vez.

No deja que me acerque; cada vez que yo doy un paso en su dirección, ella recula otro. Es todo tan extraño...

—Por favor, Colette, habla conmigo. Sea lo que sea que haya pasado, lo solucionaremos.

Agacha la cabeza, mirándose los pies.

—No tiene que ver contigo, Dakota.

—¿Es por Archer entonces? ¿Qué te ha hecho? ¿Habéis discutido o algo así?

Mira en todas direcciones menos en la mía.

¿Qué demonios está pasando?

—¡Maldita sea, Colette, háblame!

Se le escapa una lágrima y, luego, otra.

—Lo hice con... con buena intención, Dakota. Yo no quería... no quería...

Sorbe por la nariz y la abrazo.

—Cielo, fuera lo que fuese que hicieras, seguro que no es tan grave. ¿Has hablado con Archer y le has confesado tus sentimientos? ¿Es eso?

—No, no es eso. Y... Y creo que se me ha ido... se me ha ido de las manos.

Está tan angustiada que se me contrae el pecho a mí también.

Le acaricio la espalda, tratando de calmarla hablándole en susurros:

—Colette, cariño, tú no...

Es entonces cuando me fijo en el libro que descansa en el mueble recibidor. El libro del que me habló hace semanas y que es mío. Una comedia romántica de la que empiezo a recordar el argumento como si acabara de leerlo ahora mismo.

Ahogo una maldición, cerrando los ojos.

Joder, no me lo puedo creer.

«Igual no es lo que piensas».

¡Anda que no!

Me echo hacia atrás, buscando los ojos de mi amiga.

—¿Qué has hecho? —grazno.

No es capaz de responderme y pierdo la paciencia.

De dos zancadas, cojo el libro, mostrándoselo. Y, por su reacción, no me cabe ninguna duda de que estoy en lo cierto.

—¿En serio? —gruño, yendo hacia la puerta y abriéndola de par en par.

—Dakota, espera.

No me da la gana y salgo como alma que lleva el diablo; no obstante, no enfilo el camino a casa, ni mucho menos. Lo que hago es rodear la suya, internándome entre los matorrales, sin hojas y cargados de nieve, hasta llegar a uno de los cobertizos. No tengo ni idea de por qué me dirijo a esos en concreto, pero lo hago con la firme idea de saber lo que voy a encontrarme dentro.

—¡Dakota! —grita Colette detrás de mí.

La ignoro por completo.

Archer sale del establo, asustado por los gritos, y, al verme, al ver la dirección que llevo, trata de interponerse en mi camino. Espóiler: no consigue frenarme. Nadie lo haría. Cuando me ciega la ira o la rabia, no hay quien pueda conmigo. Y, ahora mismo, voy a tope de ambas.

Descorro el cerrojo y entro, estudiando el interior con mucho, muchísimo interés; herramientas oxidadas, cestos de mimbre viejos y rotos, un cortacésped más antiguo que el catarro y... Tiro de la lona que cubre algo junto a la pared de la izquierda, casi a mi lado.

¡Bingo!

Deseaba con todas mis fuerzas no estar en lo cierto, pero...

—¿Cómo habéis podido? —pronuncio entre dientes—. ¿Cómo?

—Dakota...

Es Archer el que me llama en voz baja, compungido.

—Pensé que erais nuestros amigos. Os ayudamos cuando llegasteis aquí. Os... —Me muerdo los labios, incapaz de seguir hablando.

—Te dije que era mala idea, Colette. Te lo advertí.

—Lo hice por una buena causa, Archer, lo sabes.

—Sí, no lo niego, pero llevaste las cosas demasiado lejos.

Los escucho hablar y juro que no doy crédito.

—¿Tenéis idea de lo que hemos pasado las últimas semanas? —Los fulmino a ambos con la mirada, centrándome más en ella que él—. ¡Y una mierda una buena causa, Colette!

—Te juro que todo tiene una explicación, Dakota, si me dejaras...

—¿Si te dejara qué? —ladro, interrumpiéndola—. ¿Si te dejara explicarte? ¿Ahora que ya he descubierto lo que pasaba? ¡Llevo días detrás de ti y has pasado de mí, joder! ¿Por qué tendrías que dejarte hablar en este momento? ¿Eh?

—Te esquivé todo este tiempo porque tenía miedo de tu reacción al enterarte, Dakota. —Resopla—. Y ya ves cómo te has puesto.

—Igual que te pondrías tú si fuera el caso contrario, ¿no?

—Dakota, por favor.

Trago saliva, dolida a más no poder, y la enfrento:

—Inventaste el rumor, ¿cierto? Ya sabes, como en el libro que estabas leyendo.

—Sí, lo hice —confiesa.

—¿Quién te crees que eres, Colette?

—Tu amiga.

—Ja. A otro perro con ese hueso, chica. Una amiga no hace este tipo de cosas.

—Te negabas a ver lo evidente, Dakota. No me arrepiento de haber hecho algo que os uniera como lo hizo. Si no hubiera sido por ese rumor, no tendrías la relación que ahora tienes con Hyun, ni de coña. Así que agradécelo.

Camino hacia ella con ganas de darle un buen sopapo y girarle la cara.

—¿Que te lo agradezca? ¿En serio?

Archer se cuela en medio de las dos con las manos en alto.

—Creo que deberíais calmaros un poco. Sobre todo, tú, Dakota.

Odio que me pidan que me calme cuando estoy echando chispas, pero tiene razón, por eso los paso de largo, saliendo del cobertizo y, esta vez sí, dirigiéndome a la carretera.

—¡Dakota, espera!

Es Colette la que grita, sin embargo, me hago la sorda igual que lo hizo ella todos estos días; ya no me interesa escucharla. Ya no me importa lo que tenga que decirme. Es tarde para eso.

«Una herida tiene que respirar para curarse».

No sé si con eso será suficiente.

Me siento engañada, manipulada y como una gilipollas.

Encuentro a Hyun saliendo del cuarto de la abuela y viniendo en dirección al vestíbulo cuando entro en casa.

Se asusta al verme de esta guisa.

—¿Qué pasa?

Corre hacia mí.

Me quito las botas, lanzándolas con los pies contra la pared; después el abrigo, los guantes y la bufanda, que dejo ir cayendo en el suelo.

—Dakota, me estás acojonando, cielo. ¿Quieres decirme de una vez qué coño ha pasado para que estés así?

—Colette... me ha pasado.

Frunce el ceño.

—¿De qué estás hablando? ¿Habéis discutido?

Exhalo con fuerza.

—Llama al *sheriff* Forbes y quita la denuncia.

—¿Qué? ¿Por qué iba a hacer tal cosa? ¿Te has vuelto loca?

Vuelvo a exhalar, esta vez con menos fuerza.

—Colette y Archer son los ladrones.

—Hostia puta... ¿Que esos dos son qué?

34

Hyun

Sigo perplejo, escuchando por cuarta o quinta vez, ya he perdido la cuenta, lo que ha pasado en la granja vecina con Archer y Colette; lo que Dakota descubrió sin querer, de pura casualidad. No me esperaba para nada algo así. Me pinchan y de mí no sale ni gota de sangre. Si las cosas son como ella cree, tampoco estamos muy seguros porque no hubo una explicación oficial, en cierta manera debería de darle las gracias a esa mujer por su mente brillante y la gran idea de liarnos provocando un conflicto; algo en lo que ambos nos pusiéramos de acuerdo y nos uniera. Algo que nos obligara a pasar más tiempo juntos. A ver, yo no tenía ninguna duda de lo que sentía, pero Dakota, hay que reconocerlo, se negaba a ver lo que pasaba delante de sus narices; sin embargo, está tan cabreada que no me atrevo a decirle lo que siento al respecto. Ha sido una putada estar todos estos días dando vueltas como peonzas en busca del tal Brendan O'Sullivan, claro que sí, y durmiendo a la intemperie protegiendo las piezas de los invernaderos, la denuncia, el *sheriff* y sus ayudantes investigando por aquí... Todo ha sido una putada y una pérdida de tiempo, no obstante...

«Una pérdida de tiempo según se mire».

Estos sucesos han retrasado mi trabajo, me han obligado a gastar más dinero y contratar servicios que no tenía en mente, como al tipo de seguridad que los últimos días ha estado haciendo sus rondas toda la noche por la granja. Sí, sin ninguna duda una pérdida de tiempo, pero también el pegamento que nos ha mantenido juntos, no voy a negarlo. Estoy en mi derecho de tener sentimientos encontrados, ¿no?

—¿En qué piensas? —me pregunta empezando a calmarse.

Estamos sentados a la mesa de la cocina, con unas infusiones delante y las manos entrelazadas. No tiene los ojos a punto de salirse de las cuencas, lo que es una buena señal. Y tampoco parece que quiera arrancarle a alguien la cabeza con los dientes, así que...

—¿La verdad? —inquiero a mi vez.

—Sabes que sí.

Suspiro.

—Pienso que no te sobran motivos para sentirte engañada y cabreada. Lo que hizo Colette ha retrasado el proyecto de Jason y nos ha puesto en una situación complicada, pero podemos quedarnos con la parte buena, ¿no crees?

Se yergue, tensándose y soltándome las manos.

—¿Qué parte buena, Hyun?

Encojo los hombros, mirándola a los ojos.

—¿Nosotros? ¿Nuestra relación?

—¿Qué?

—Sabes de sobra que fue gracias a ese rumor que empezamos a pasar más tiempo juntos, Dakota.

Frunce los labios, haciendo una mueca.

—Estás en tu derecho de cabrearte, por supuesto que sí —continúo—, pero también debes reconocer lo evidente. Nos hemos ayudado mutuamente, nos hemos conocido mejor y hemos

aclarado nuestros sentimientos. Algo que no hubiera pasado de no ser por lo que Colette te dijo aquel día.

—¿Sentimientos?

—A ver, yo ya tenía claros los míos, no obstante...

—¿De qué estamos hablando ahora, Hyun?

No sé si quiere sacarme de quicio o lo que pasa es que está acojonada, para qué mentir.

Vuelvo a envolver sus manos con las mías y trago saliva.

—Dakota, cariño, estamos enamorados, y lo sabes. Yo también me negué a verlo al principio, pero creo que ya pasó en Seattle, al menos por mi parte. Te marchaste y a mí se me quitaron las ganas de todo. No sabía qué me pasaba, si era una gripe o qué. Lo tuve claro cuando llegué aquí y te vi. —La beso en los nudillos—. No tienes ni idea del alivio que sentí al verte. Del cosquilleo que me recorrió la columna vertebral. De lo contento que se puso mi corazón cuando me abrazaste ahí, en la puerta.

—Pero descargaste una aplicación para buscar esposa. Hiciste una apuesta conmigo y...

—Solo fingía y te seguía la corriente. Pensé que solo tenía que ponerte celosa para que te dieras cuenta de que tú también sentías algo por mí. Y, en parte, funcionó.

—No alucines, Hyun, nunca me puse celosa.

—¡Anda que no! ¿Qué me dices del día que te pillé leyendo a oscuras y con el libro al revés? Y cuando viste que la camarera esa había escrito su teléfono en el vaso del café, ¿eh?

—Eso no eran celos —se enfurruña.

—Di lo que quieras, pero ambos sabemos que estoy en lo cierto. Y, lo dicho, si Colette no hubiera inventado lo de ese rumor, es posible que tú y yo aún estuviéramos mareando la perdiz. Tú más que yo, todo hay que decirlo.

—¿Aún? —interroga.

—Tarde o temprano, con o sin ayuda, acabarías dándote cuenta de lo mucho que me quieres, Dakota. Soy un tío encantador y de muy buen ver. Estarías loca si no te enamoraras de mí.

—Fue precisamente eso lo que me pediste aquella noche en el Vip's, que no me enamorara de ti.

—¿Y desde cuándo haces caso a todo lo que te digo?

Se le escapa la risa.

—Estás como un cencerro, Hyun Dune.

—Ya, pero me quieres.

Asiente, haciéndome el hombre más feliz del planeta.

—Me cabrea más el robo que el rumor en sí. Los vi marcharse juntos del maratón de baile y no sospeché nada, ¿sabes? —murmura, cambiando de tema.

—No había motivos para sospechar de ellos.

—Ya, pero dejaron que pusiéramos una denuncia y que la comisaría del condado investigara un falso robo... Fueron demasiado lejos.

—Nada que no tenga arreglo.

—No voy a perdonarlos así como así —afirma.

—Lo entiendo.

—Y, sí, estoy enamorada de ti, pero no pienso casarme.

—No te lo he pedido.

—Idiota.

—Yo también te quiero.

Y la beso.

Muy despacio y saboreándola, deleitándome en cada roce de lengua. Subo las manos, enmarcándole las mejillas y acariciándoselas con los pulgares.

Se nos acelera la respiración.

Nos va el corazón a mil. El mío por lo menos.

Estoy tan enamorado de ella...

Un carraspeo a nuestro lado rompe el momento, sobresaltándonos. Ambos giramos a la vez la cabeza en esa dirección.

«¡Mierda, la pareja feliz!».

Sí, ahí están su hermano y mi amiga, escudriñándonos y con los brazos cruzados sobre el pecho.

«¿El granjero tiene cara de malas pulgas?».

Eso parece.

¡Tierra, trágame!

Dakota

Hyun deja caer las manos a los costados y yo me separo un poco de él; como si no hubieran visto ya suficiente como para hacerse una idea de lo que pasa aquí, pero bueno... Somos patéticos, sí.

Me he puesto tan nerviosa, de repente, que ni me sale la voz cuando intento decir algo que rompa el tenso momento que estamos viviendo. Porque es tenso de narices, vaya.

Me aclaro la garganta, intentándolo de nuevo.

—¡Hola! —digo con la voz demasiado aguda—. ¿Qué hacéis... aquí?

—Vivimos aquí, ¿lo has olvidado? —replica mi hermano.

Su cara de malas pulgas es fingida, lo conozco bien. Y su mujer está a punto de descojonarse viva.

¡Capullos!

Me cruzo de brazos yo también.

—¿Qué pasa? ¿Nunca habéis visto a una pareja morreándose y poniéndose cachonda? ¿Cómo lo hacéis vosotros?

—Dakota... —advierde Hyun a mi lado.

El pobre está cagado.

Le miro, sonriendo.

No deja de hacerme gestos con los ojos.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Es tu hermano —susurra.

—Lo sé —pronuncio en el mismo tono—, y no pasa nada, ¿verdad que no, Jason?

—¿Desde cuándo tú y Chun...? —Nos señala a uno y a otro.

—Es una larga historia —respondo.

—Tengo tiempo de sobra para escucharla.

Su mujer ríe.

—No seas malo, Jason.

—¿Crees que soy malo?

Ella le pone los ojos en blanco y camina hacia nosotros.

—No le hagáis caso —dice—. No es la primera vez que hablamos de lo buena pareja que hacéis y lo que tardabais en daros cuenta.

—Ah, ¿sí?

—Díselo, cielo.

Mi hermano niega con la cabeza.

—Se supone que tú, por ser mi esposa, me debes lealtad y todo ese rollo del matrimonio, ¿recuerdas?

—No seas arcaico y ven aquí, anda.

—Eres la mejor —le murmuro a mi cuñada cuando me abraza.

La palmada que mi hermano le da a Hyun en la espalda es más fuerte de lo esperado, pero no dice nada y aguanta como todo un campeón. Pobrecillo, es tan mono... Y respeta tanto a Jason que debe de estar pasándolo fatal.

—¿Debo de darte la bienvenida a la familia, Chun? —exclama el muy caraculo.

—¿Por qué estáis aquí? ¿No se supone que vuestra luna de miel terminaba la semana que viene? —me intereso.

Mi cuñada se sirve un vaso de agua y bebe antes de responder:

—Teníamos ganas de regresar y cancelamos esa semana del viaje. Os echábamos de menos.

—Ja, esa sí que es buena.

—Lo digo en serio, Hyun. —Se quita el abrigo, sentándose en uno de los bancos de la pared—. ¿Y bien? ¿Cuál es esa larga historia que mi marido se muere por escuchar?

Hyun y yo nos miramos, sin ganas de dar explicaciones ni contar nada de nada que tenga que ver con nosotros. No creo que sea el momento, o puede que sí; sea como sea, anuncio para desviar el tema de conversación:

—Ya sabemos quiénes son los ladrones.

A Jason se le tensa la mandíbula.

—¿Forbes ya ha dado con ellos? ¡Qué rapidez, ¿no?!

—En realidad, no fue el *sheriff*, sino tu hermana.

—¿Cómo dices?

No entiende nada, y con razón.

—Anda, cari... Dakota, cuéntaselo.

Busco la mirada de Hyun y sonrío, tranquilizándolo.

—Sí, anda, cariño, cuéntamelo.

—¿Por qué eres tan capullo? —le recrimino a mi hermano.

—Venga ya, peque, Chun ya es de la familia, ¿no sabe aguantar una broma?

—¿Quieres saber cómo descubrí a los ladrones o no? —zanjo.

—Soy todo oídos.

—Pues ponte cómodo y escucha con atención.

Espero a que todos estemos acomodados alrededor de la mesa para soltar la bomba descubierta esta misma mañana. Al principio, mi hermano, que no da crédito cuando nombro a Colette y Archer, piensa que todo es una broma; no obstante, cuando le explico el supuesto motivo para tal acción por parte de los vecinos... En fin, mejor dejarlo aquí y no hablar de todo lo que sale por esa boquita. Su tarro de monedas desbordaría. Y la abuela no estaría nada contenta.

Menos mal que Hyun es bueno relajándolo.

—Prométeme que dejarás que yo me encargue de esto —le pido.

—Peque...

—Por favor, Jason —ruego.

—Está bien —cede—, pero si no me convencen tus maneras ni sus explicaciones, me los cargo.

Espero que no tengamos que llegar a eso y no haya derramamiento de sangre.

«¡Suerte!».

35

Dakota

Me despierto en mi cama y, al instante, maldigo que Jason y mi cuñada ya hayan vuelto de la luna de miel; con lo bien que estábamos Hyun y yo solos... Y lo bien que dormía a su lado... Me fastidia que esta noche no haya vuelto a pegar ojo y que echara tanto de menos su cuerpo pegado al mío y su brazo rodeándome la cintura. ¿Qué va a ser de mí cuando regrese a Seattle ahora que ellos ya están aquí? Aún no hemos tenido esa conversación y me angustia pensar en ella, tengo que reconocerlo.

Suspiro, apartando el grueso edredón.

La mullida alfombra me acoge los pies, calentándolos. Hace un frío que pela y la nieve se va acumulando de lo lindo ahí fuera. Ojalá caiga mucha más, así Hyun no podrá irse de inmediato.

«A lo mejor te pide que vayas con él».

Pero no puedo hacerlo y dejar a Jason tirado con la que tiene encima. Hay demasiado trabajo que hacer por aquí y...

«No eres imprescindible».

Lo sé, aun así, no quiero irme sin que haya contratado gente que le eche una mano en la granja.

«Estabais solos antes de que él se casara y os arreglabais perfectamente».

También es verdad, muy buen apunte.

Me pongo ropa de faena, abrigándome bien, y me calzo las zapatillas.

No sé por qué demonios estoy manteniendo esta conversación conmigo misma tan temprano. Dios mío, qué intensidad la mía, parece que me despierto con ganas de volverme loca y no es eso lo que quiero.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras.

Hyun, justo en este momento, entra por la puerta.

—Dime que no vienes de correr con toda la nieve que ha caído esta noche —digo.

Tiene las mejillas rojas y suda a pesar del frío, así que...

—¿Y de dónde iba a venir, mujer?

—Estás loco.

Sonríe.

—Sí, por ti.

Y me abraza, pegándome a ese torso divino, besándome como si no hubiera un mañana.

—Te he echado de menos —me murmura sobre los labios.

—Y yo a ti. Conciliar el sueño ha sido un suplicio. Tanto que apenas he dormido.

—Yo estoy igual.

—Pues no entiendo cómo eres capaz de arrastrar ese culito a la calle.

Se ríe.

—No empieces o esta vez nos pillarán en bolas.

—Sigues sintiéndote fatal, ¿eh?

Me roza la clavícula con la nariz.

—No era así como me gustaría que se enteraran, pero, bueno, ya está hecho.

—Tienes razón, de tirados al río.

Y le aprieto las nalgas, jadeando con gusto.

La carcajada me reverbera por la piel del cuello; cálida, sexi.

—Eres perversa, Dakota Morgan.

Su boca sabe a pasta de dientes de clorofila y a enjuague bucal.

Le beso con unas ganas tremendas, saboreándolo y jadeando en el proceso. El ambiente se caldea a la velocidad de la luz, igual que nuestros cuerpos.

—No podemos —protesta, apartándome las manos de su... verga dura, como dicen en algunas de las novelas de época que leo.

—Pero están arriba —insisto.

—Y seguro que a punto de bajar, así que dejémoslo para más tarde.

—¿Cuándo?

—Luego.

—Ya, pero ¿cuándo?

Me encanta esa sonrisilla traviesa.

Mira el reloj.

—En el cobertizo del pienso para los animales —pronuncia en voz baja—. A las ocho en punto.

—Estoy deseándolo.

—Viciosilla.

—Pues anda que tú.

—Me doy una ducha y bajo, ¿vale?

Embobada me quedo viéndolo subir las escaleras.

Suspiro al perderlo de vista.

¿Cuándo me enamoré de él? ¿Fue gracias a Colette y a su rumor inventado o ya lo estaba alirme de Seattle hace todas esas semanas?

«¿Y eso qué importa?».

Me dirijo a la cocina, enciendo la luz y me pongo a funcionar, cortando rebanadas del bizcocho de uvas pasas y canela que horneé ayer y haciendo el café para el desayuno; hoy voy a necesitar un par de tazas de esto último, me lo pide el cuerpo.

Acabo de poner la mesa para los cuatro cuando aparece Hyun con el pelo húmedo y guapo a rabiar, como siempre.

—Antes he visto a Archer —anuncia—, dice que Colette está destrozada y ambos quieren venir a verte para disculparse.

—Me parece bien.

—¿Seguro?

—Sí, luego le escribiré a ella para quedar.

Frunce el ceño.

—¿Qué haces bebiendo café?

—Lo necesito.

Saca el envase de zumo del frigorífico y se sirve un buen vaso.

No tardan en aparecer mi hermano y Brianna.

Desayunamos en armonía, comentando lo que cada uno va a hacer hoy. Vendrá el *sheriff* Forbes a lo largo de la mañana y serán Hyun y Jason los que se encarguen de hablar con él y explicárselo todo. El hombre no es santo de devoción de mi hermano, pero ayer insistió en estar

presente en la conversación. Brianna se encargará de sus adorables pocilgas, gracias a Dios, y yo iré con las vacas y, luego, con las gallinas; aunque antes tengo una cita en el cobertizo de los piensos.

«Qué poco glamuroso suena, chica».

¡Como si me importara el glamur!

Recogemos la cocina entre todos, como si estuviéramos en el ejército, bien adiestrados. Mi cuñada habló ayer con Isabel, que se recupera de la operación de cadera en casa de su hija Laura, y dijo que lamentaba de todo corazón no estar con nosotros, pero que no negaba que estar con su familia le sentaba de maravilla. Obvio, ¿a quién no le gusta estar rodeado de los suyos? Sobre todo, en una situación como la suya, que ha sido intervenida y necesita cuidados y reposo. Nosotros también le hubiéramos dado todo eso de haber ocurrido la caída aquí en la granja, no obstante, no es lo mismo.

Hyun me acompaña unos metros y, luego, se desvía a la izquierda para hablar con los obreros y decirles que las piezas robadas han sido encontradas, no sin antes susurrarme al oído:

—No te olvides de nuestra cita.

«Como si fueras capaz, con las ganas que le tienes».

—Prometo no hacerlo —afirmo.

Voy pensando en lo que le haré cuando nos veamos más tarde, algo que leí en una de las últimas novelas no hace mucho; era una escena bastante picante en la que la protagonista, envalentonada y sintiéndose más sexi que nunca, se arrodillaba y...

—¿Qué haces aquí? —exclamo al entrar en la cuadra de las vacas y ver a Colette sentada en el suelo, compungida.

La voz me sale extraña. No sé si por el susto que acaba de darme o porque sigo cabreada con ella.

—Hola —saluda con timidez.

—Hola —respondo a la vez que voy moviendo las ordeñadoras y colocando las pezoneras en las ubres.

—Necesitaba hablar contigo, Dakota, por eso estoy aquí.

Me va ayudando con las máquinas, mirándome de soslayo.

—Hyun vio antes a Archer cuando salió a correr. Iba a escribirte.

No quiero parecer borde, pero me sale solo.

En cuanto todas las ordeñadoras están haciendo su función, nos apartamos un poco, pegándonos a una de las paredes.

—¿Y bien? —inquiero.

Me mira a los ojos. Los tiene anegados en lágrimas.

—Siento haberos robado las cajas de tornillos y piezas varias. Siento haber convencido a Archer para que me ayudara a desmontar la estructura aquella. Lo siento mucho, Dakota, de verdad que sí.

—¿Pero?

Sé que hay un «pero», la conozco bien, aunque no vi venir lo que hizo.

—Pero no me arrepiento de lo del rumor, ya sabes... Conociéndote, sabía que no tardarías en ir a investigar y que lo haríais juntos. Estarías más tiempo con Hyun, hablaríais y una cosa llevaría a la otra, y te darías cuenta de que era el hombre de tu vida. Como pasa en la novela que me prestaste. Te hablé de ella, ¿recuerdas?

—Recuerdo que me tanteaste, no que me hablaras de ella.

—Te conté la parte importante del argumento y ni así te diste por enterada.

Resoplo.

—¿Y cómo se te ocurrió hacer tal cosa?

—Leyendo una noche me di cuenta de que la historia se asemejaba a la tuya y me dije: «¿Por qué no intentarlo?».

—Nos hiciste perder mucho tiempo, Colette.

—Lo sé, y eso también lo siento, sin embargo...

—¿Qué?

Sonríe.

—Ganaste algo mucho más importante, ¿no?

—¿Qué hubiera pasado si llegamos a hablar con el señor O'Sullivan?

Chasquea la lengua.

—Bah, eso habría sido imposible.

—¿Por qué estás tan segura?

Suspira.

—Porque está muerto.

—¿Muerto?

Asiente.

—Tenía que buscar a una persona que no pudieras encontrar y lo desmontara todo, ¿entiendes?

—¿Y cómo lo hiciste? —pregunto alucinada.

—Entrando en el archivo de decesos de Tunner desde el ordenador.

—Madre mía, Colette —digo incrédula—, estás fatal.

—Ha funcionado, ¿no?

—Mi vida no es una novela romántica.

Se queda pensativa unos segundos, y suelta:

—En realidad, sí que lo es. Una novela romántica consta de tres partes importantes: el encuentro entre los protagonistas, un conflicto, de amor o de lo que sea, y un final positivo. ¿Lo pillas?

Me cruzo de brazos.

—¿En serio?

—Vuestro encuentro fue en Seattle, donde hicisteis un pacto y todas esas chorradas. Allí os enamorasteis, pero debido al trauma que te dejó tu madre, decidiste no ver lo evidente. Ojo, él también fue un poco capullo con el asunto. Ese podría ser vuestro conflicto, no obstante, decidí añadir más leña al fuego y ver hasta dónde os llevaba, que no ha sido a otra parte que al final positivo.

«Está como un cencerro, pero tiene razón».

Gruño para mis adentros y, luego, digo:

—Oh, esto..., a esa no fue a la única parte que nos llevó, créeme.

—¿De qué hablas?

—Hablo de que, sin querer, por tu gran idea del conflicto, destapamos un posible romance entre el señor O'Sullivan y...

—Ay, madre, ¿tu abuela? —interrumpe impaciente.

Niego con la cabeza.

—Con el abuelo.

—¡No me jodas! ¿Cómo lo sabes?

—Encontramos unas fotografías en las que parece bastante evidente.

—¿Estaban desnudos? —se escandaliza.

—Qué burra eres... Para ser tan romántica, pareces olvidar que no hace falta la desnudez corporal para darse cuenta de los sentimientos de una persona por otra. Las miradas pueden decir más que las palabras, y lo sabes.

—Qué fuerte, esto no me lo esperaba para nada.

—Ya ves, un secreto que los tres se llevaron a la tumba y que ahí permanecerá para siempre —concluyo.

—Pues sí. —Carraspea—. ¿Me perdonas?

—Claro que te perdono, idiota, pero la próxima vez que se te ocurra hacer algo así, que sea contigo misma.

—¿Qué?

Sonrío, ladina.

—Estás enamorada de Archer, ¿no? Aplícate el cuento y ve buscando un conflicto. O puede que lo haga yo, quién sabe...

—No te atreverás.

—No estés tan segura, Colette. Donde las hacen, las pagan.

No voy a hacerlo, pero que sufra solo de pensarlo.

36

Hyun

Hablo con los obreros y les cuento que las piezas han sido encontradas no muy lejos de aquí; sin embargo, no les doy explicaciones, solo las justas y necesarias. Tendrán todo lo que necesitan para terminar de construir los invernaderos, y eso es lo importante. Bueno, en realidad a quien se lo comento es al encargado y supongo que él le trasladará mis palabras al resto de la cuadrilla. En cuanto termino de hablar, quedando todo bastante aclarado, giro sobre los talones y vuelvo por el mismo camino, justo cuando el coche del *sheriff* Forbes entra en la granja.

«Con él la conversación no será tan fácil».

Lo sé, es un hombre peliagudo y bastante malhumorado, seguro que pone el grito en el cielo y nos las hace pasar canutas.

Me mentalizo y me acerco.

El granjero ya está con él, estrechándole la mano. Creo ver tensión entre ellos, como si hubiera mal rollo o algo así; al menos por parte de Jason, que, por su postura, juraría que está a la defensiva y todo.

Saludo al llegar junto a ellos.

—Buenos días. —Extiendo la mano hacia Forbes y él la acepta a regañadientes.

—¿Cuál era la urgencia de la llamada? —exclama, apoyando la mano cerca de la cartuchera.

«Quiere intimidaros».

No, lo que quiere es hacernos ver que tiene el poder, solo por llevar una pistola colgando del cinturón; algo innecesario, pero, bueno, qué le vamos a hacer.

—¿No quiere entrar y tomar un café primero? —ofrece para mi sorpresa el granjero.

«Seguro que es cosa de Brianna».

Tiene toda la pinta, sí.

—Tengo más cosas que hacer, Morgan, id al grano.

Y lo hacemos.

Yo lo hago.

Según voy relatando los acontecimientos, el rictus de su cara, ya de por sí agrio, se va transformando en malaleche o algo aún peor, si eso puede ser posible; de hecho, llega a mirarme de una forma que, todo hay que decirlo, me encoge un poco las pelotas y me hace bisbisear en alguna parte del relato. El granjero, que desde que llegó el *sheriff*, está más tenso que una faja nueva, ni se inmuta, llevándose toda mi admiración.

—¿Me está diciendo que todos estos días he perdido el tiempo investigando un supuesto robo? —gruñe Forbes.

—Igual que nosotros, sí —replico.

Me fulmina con la mirada, pero me da igual. Nuestro tiempo es tan valioso como el suyo. Teniendo en cuenta el bajo índice de criminalidad que hay en la zona, y lo poco que les gusta trabajar por aquí, me atrevería a decir que mucho más.

La perorata que suelta a continuación me parece ridícula e innecesaria; no obstante, la escucho con mucha atención, aunque por dentro esté acordándome de toda su estampa. Cuando se le acaban las palabras, o eso parece, saca una libreta pequeña del bolsillo interior de la

cazadora y un lápiz que debe de tener más años que yo.

—¿Va a ponernos una multa? —inquire el granjero incrédulo.

—Pues sí, qué menos, ¿no le parece, Morgan? Como acabo de decir, mi tiempo es muy valioso y ustedes me han hecho perderlo de la forma más infantil y patética que existe.

—Lo dudo mucho —pronuncia Jason a mi lado sin cortarse un pelo.

—¿Cómo dice? ¿Acaso quiere que le ponga las esposas y...?

—No será necesario, *sheriff* —intercedo con rapidez—. Lo entendemos perfectamente y asumimos los errores cometidos.

—Errores, dice...

«Este tío es gilipollas, de verdad».

Sí, muy gilipollas, pero no tengo ganas de dar con el culo en un calabozo de mala muerte. Además, no deja de tener razón por mucho que nos fastidie.

Sigue mascullando palabras por la bajo a la vez que escribe con demasiado énfasis en la libretita de las narices y, cuando veo que el granjero comienza a impacientarse, frunzo los labios y le hago un gesto para que deje de hacer el memo y se comporte como la persona adulta que es.

Cojo el papel que Forbes me da y bizqueo al ver la cantidad escrita y subrayada dos veces.

—¿Quinientos dólares? —interrogo levantando la vista del papel.

La sonrisa de suficiencia del tipo este me hace apretar los dientes y acercarme más a Jason, por si acaso.

—¿Le parece una cantidad abusiva, señor...?

Finge no acordarse de mi apellido, cuando todos estos días que pululó por aquí, no dejó de pronunciarlo cada dos por tres con arrogancia.

Sonrío de medio lado, soltando con frialdad:

—Ahora mismo iré a la oficina de recaudación a pagar, *sheriff* Forbes, ya puede marcharse. —Al ver su intención de protestar o algo mucho peor, recalco—: Recuerde el valor de su tiempo y deje de perderlo con nosotros.

Estrujo el papel en la mano en cuanto se sube al coche y da marcha atrás para salir de la granja.

—Cretino —mascullo.

—Si solo fuera eso...

Miro al granjero.

—¿Qué mosca le ha picado?

—Tú mismo lo has dicho, es un cretino.

—Pero ¿es legal que haga esto? ¿Ponernos una multa? No fue culpa nuestra que las cosas sucedieran así.

—No me dejaste intervenir para evitarlo.

Resoplo.

—¿Para evitarlo? Créeme, de no haber metido baza, habríamos tenido que pagar una fianza por ti también. Y, probablemente, un abogado. Demasiado cara la tontería.

Exhala con fuerza.

—Sí, tienes razón.

—¿Puedo saber a qué viene tanto resentimiento entre vosotros dos? —tanteo.

—Su mujer tiene un puesto de venta en el mercado y, a pesar de que insistió muchísimo, la abuela siempre se negó a darle a ella el producto de la granja. Cuando falleció, lo intentaron conmigo, pero tampoco cedí. Desde entonces, siempre que puede, nos hace la vida imposible.

—Menudo imbécil.

—No le bajes de categoría, cretino le va mejor.

—Ahora mismo iré al pueblo a pagar la multa y...

—De eso nada. —Me quita el papel, hecho bola, de las manos—. No seremos nosotros los que paguemos esto.

—Ah, ¿no?

—No. Serán Archer y Colette. Al fin y al cabo, toda esta pantomima fue idea suya, ¿no?

—Pues también tienes razón, sí.

Nos quedamos unos pocos minutos aquí fuera, contemplando la nada y pensativos. ¿Sería este un buen momento para...?

—Ven conmigo dentro —ordena—. Tenemos que hablar.

Le sigo al interior de casa y vamos a la cocina, centro neurálgico de operaciones de la granja. En ella se habla, se decide y... digamos que pasan otro tipo de cosas que nada tienen que ver con las anteriores.

—¿Y bien? —pronuncio, acercándome a la cafetera.

Él me alcanza las tazas y espera.

No habla hasta que el humo de la suya le roza las narices.

—¿Qué intenciones tienes con mi hermana? —espeta de repente.

Y menos mal que mi café está sobre la encimera, porque me hubiera quemado con él de no ser así.

Remuevo con parsimonia el líquido negro.

«Pareces muy tranquilo».

Lo estoy.

—Tengo cuarenta y tres años, Jason, ¿qué intenciones crees que puedo tener con ella?

—No lo sé, Chun, por eso acabo de hacerte la pregunta.

Suspiro.

—Estoy enamorado de tu hermana y pienso dedicarme, en cuerpo y alma, a hacerla feliz. ¿Te parece bien?

El muy capullo sonrío.

—Es un buen plan, sí, pero no se casará contigo. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento.

—No me importa. No necesito un papel firmado delante de un juez y un sacerdote para quererla el resto de nuestras vidas.

—Bien, entonces tienes mi bendición.

Se me escapa la risa.

—¿Tu bendición? ¿En serio?

Bebe de la taza y sonrío.

—A que he quedado genial, ¿eh?

—Uy, sí, no veas cuánto.

—Bienvenido a la familia, Chun.

Me emociono, no puedo evitarlo.

—Gracias.

El reloj de pared que hay en el salón suena de pronto, anunciando que son las ocho en punto y recordándome que tengo algo muy importante que hacer en el cobertizo donde se guardan los piensos ecológicos para los animales.

Me bebo el café de un solo trago, abrasándome en el paladar, y me despido como si nada. No quiero que tenga la más mínima sospecha de lo que está a punto de ocurrir al otro lado de la granja con su hermana. Me moriría de vergüenza si eso llegara a pasar. Ya tuve bastante con que nos pillaran besándonos la otra noche en la cocina y a punto de..., bueno, de lo que fuera.

La respiración se me acelera solo de pensar en Dakota y en poder disfrutar a solas de ella. Dormir separados ha sido un suplicio y la he echado de menos como nunca creí que haría. No veo la hora de estrecharla en mis brazos y besarla como me gusta, disfrutando de cada aliento contenido y de cada exhalación de deseo.

Freno en seco al escuchar carcajadas en el establo de las vacas.

—¿Qué demonios...?

Cambio el rumbo de los pasos, dirigiéndolos hacia allí, muerto de curiosidad.

Al abrir la puerta, las veo, a ella y a Colette, sentadas en el suelo y desternilladas de risa. Una risa fresca y muy contagiosa. A saber de qué estarían hablando para terminar por el suelo de esa guisa. Me gusta verlas así, con las paces hechas y volviendo a llevarse bien.

«¿Aunque eso te fastidie el plan a ti?».

Sí, aunque eso me fastidie el plan a mí. Si he estado todas estas semanas con ella, solo como amigos, puedo aguantar un día más sin problema. Su amistad con Colette es más importante que un polvo rápido en un cobertizo.

«¿En serio?».

Trato de ser buen tío y convencerme de que sí.

«Si tú lo dices...».

Y, como no me han visto ni se han enterado de que estoy aquí, vuelvo a cerrar la puerta, dejándolas reírse a gusto y poniéndose al día.

El teléfono me suena cuando estoy cerca de los invernaderos en construcción.

—Dime, Burton —pronuncio tras el saludo inicial.

—Tengo novedades sobre el señor O’Sullivan, Hyun.

Asiento, dándome cuenta de que se me olvidó llamarlo para ponerle al corriente de todo.

—¿Vas a decirme que lleva muerto más de diez años?

—¿Ya lo sabías?

Miro al cielo en cuanto empiezan a caer copos de nieve.

—Sí, ya lo sabíamos.

—¿Cómo?

Evito darle los detalles de toda la historia, haciéndole un resumen de lo más importante.

—¿Cuándo vas a volver? —pregunta con interés, acelerándome los latidos del corazón.

Me mata pensar en separarme de Dakota, algo que pasará tarde o temprano si no la convengo para que se venga conmigo a Seattle.

«Sabes que no lo hará».

Tengo que intentarlo de todos modos.

«No vas a salirte con la tuya».

El miedo me atenaza la garganta.

Ojalá no fuera así.

37

Dakota

Hyun me está evitando. Pensé que eran imaginaciones mías, pero no. Al principio, como se me pasó la hora de nuestro encuentro en el cobertizo, lo achaqué a que estaba cabreado conmigo, que por eso pasaba de mí. Llegué a acorralarlo en la habitación de la abuela, una de estas tardes que trabajaba concentrado y no se lo esperaba; le pedí perdón. Le dije cuánto sentía haberme olvidado de nuestro revólver por el heno, consiguiendo que se le escapara la risa por mis ademanes y gesticulaciones exageradas. Le expliqué el motivo del olvido, la reconciliación con Colette y todo eso.

—Os vi esa mañana —musitó—, justo cuando iba de camino al cobertizo para verte. Escuché vuestras carcajadas y me acerqué a mirar.

—¿Y por qué no dijiste nada?

Se encogió de hombros.

—Porque llevabais varios días raras y parecíais estar muy a gusto. No quise interrumpir el momento.

Asentí agradecida.

—Entonces, ¿no estás enfadado por eso?

Negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a estar enfadado?

—No lo sé... Apenas te veo y, cuando lo hago, casi ni me diriges la palabra.

—Estoy muy ocupado, Dakota.

—Antes también lo estabas y siempre sacábamos tiempo para nosotros.

—Dakota...

Levanté una mano en el aire, exclamando:

—Entiendo.

Salí de la habitación, dejándolo con cara circunspecta y sin saber qué pensar de lo que estaba sucediéndonos.

De eso ya han pasado tres días.

Y sigo sin saber nada de nada.

Según voy recogiendo huevos, los voy dejando en el cesto y contándolos a la vez. Lo hago con cuidado de que no se rompan. Esto, aunque nunca he hablado de ello, es parte del trabajo diario en la granja. Recoger los huevos para luego vendérselos al panadero; con ellos hace parte de la repostería que vende en el pueblo.

Anoto tres docenas más y suspiro.

En pocos meses, todo cambiará y ya no serán cinco las docenas que se recogerán al día, serán muchas más. Escuché a Hyun y a Brianna hablando de ello ayer, en el salón. Al parecer, la mayoría de los pequeños comercios que se han tanteado para que sean clientes de la granja han aceptado sin llegar siquiera a ver el producto. Como dijo mi cuñada, una buena señal sin ninguna duda.

«Esto va a ser una locura».

Lo será, sí.

Y mi hermano habrá cumplido su sueño.

«¿Y tú qué?».

Yo estaré muy feliz por él.

Me coloco bien los mitones, son los únicos guantes que soy capaz de soportar cuando trabajo y hay bajas temperaturas, y salgo de los gallineros con un cesto en cada mano. Cestos que llevo hasta la puerta de casa para que Nicole, la ayudante del panadero, se los lleve más tarde.

Espero a mi cuñada, que sale de las pocilgas y viene en esta dirección. Sigue haciéndome muchísima gracia verla con esa mascarilla colgando del cuello. Con lo delicada que parecía, y nunca se le han caído los anillos para echarnos una mano en la granja.

«A Hyun tampoco».

Ahora no quiero hablar de él. Su pasotismo empieza a desesperarme y no sé qué hacer al respecto.

—¿Cómo ha ido hoy? —pregunta señalando los cestos.

La puesta de las gallinas en invierno es mucho menor que en el verano; de hecho, hay varias que han dejado de poner por completo.

—Cinco docenas —digo.

—¿Y eso es bueno o malo? —Quiere saber.

—Para la época en la que estamos, no es malo del todo.

—Bien, estoy haciendo un esquema con este tipo de cosas, ya sabes, haciendo cálculos y así hacernos una idea de cómo pueden ser las cosas más adelante y a qué nos enfrentamos.

—Interesante.

—¿Te tomas un café conmigo? Necesito entrar en calor.

—¿Limpiar la mierda de todos esos cerdos mafiosos no te ha hecho sudar? —inquiero, burlona.

Me ríe la gracia.

—No lo suficiente, al parecer.

Asiento y entro en casa detrás de ella.

En la cocina, mientras Brianna se sirve un café, yo me hago una infusión en la que mezclo varias hierbas y una cucharada de miel.

Me siento a la mesa con la taza en las manos.

Y, no, no me he quitado los mitones.

—¿Qué te ocurre? —interroga mi cuñada mirándome fijamente.

—Nada, ¿por? —miento.

Sonríe de medio lado.

—Mientes de pena, Dakota.

Exhalo con fuerza y bebo de la taza.

—Tu amigo pasa de mí, eso es lo que ocurre. Habéis llegado vosotros y yo ya no existo para él —suelto sin rodeos.

Total, ¿para qué si, como ella dice, miento de pena?

—¿Crees que es por nosotros?

—No le encuentro otra explicación. Estábamos bien hasta hace unos días.

—Ya veo... ¿Qué sientes por él?

Me reclino en la silla y cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Es necesaria esta conversación?

—No, pero me gustaría saber qué sientes por mi mejor amigo, porque es un tío genial y, si te sirve de consuelo, él no parece estar mejor que tú en los últimos días.

Frunzo el ceño.

—Ah, ¿sí?

—¿Le quieres? —insiste.

—Claro que le quiero, Brianna, qué preguntas tienes. No estaría con él si no lo hiciera.

—¿Hasta qué punto?

Me yergo a la defensiva y espeto:

—¿Perdona?

—Ese hombre, mi amigo, mi familia, te ama con locura, Dakota. Nos conocemos desde hace muchos años y te puedo asegurar que nunca le vi así de enamorado. Jamás.

—Yo también estoy enamorada de él, Brianna.

—¿Hasta el punto de dejarlo todo atrás como hice yo con tu hermano?

Trago saliva y aprieto los dientes.

—¿Qué intentas decirme?

Entrecierra los ojos, bebiendo café.

—Ya sabes lo que quiero decirte, Dakota, lo sabes muy bien.

Me pongo nerviosa.

—Tú no dejaste la agencia de publicidad —ataco.

—¿Acaso no estoy aquí? Cambié los Louboutin por unas katiuskas y limpio las pocilgas, entre otras cosas. ¿Estás dispuesta a hacer tú lo mismo? ¿Amas a Hyun hasta ese punto?

Me quedo pensativa, pero no porque no tenga clara una respuesta. Me crie en esta granja, es lo único que conozco y lo que se me da bien. ¿Qué podría hacer yo en Seattle aparte de estar con Hyun?

«¿Y eso no es suficiente para ti?».

Claro que sí, pero yo no soy mi madre y no pienso centrar mi vida en una persona. Nunca lo he hecho y nunca lo haré, sin embargo...

—¿Dakota?

Carraspeo, dispuesta a contestar, pero Hyun entra como una exhalación, interrumpiéndome:

—Aquí estás...

Está acelerado y le tiembla la voz.

Ambas lo miramos, esperando a que continúe.

—¿Me buscabas a mí? —pronuncio, esperanzada y con el pulso disparado.

Se me cae el alma a los pies al ver que desvía la vista hacia su amiga.

—Era a ella, ¿no? —mascullo como si no fuera evidente.

Ninguno de los dos dice nada y, como por lo visto sobro, me pongo en pie y me dirijo a la puerta.

—Dakota...

Le ignoro por completo y salgo, quedándome apoyada en la pared del pasillo; de aquí no me voy sin saber qué coño le pasa para que esté así.

Contengo la respiración cuando escucho:

—Tengo que volver a Seattle en el primer vuelo disponible, Bri.

El corazón me golpea el pecho a lo loco.

—¿Qué ha pasado?

—Acaba de llamarme Burton. Ha surgido un problema con la campaña de ese prepotente diseñador. Ya sabes de quién te hablo. Amenaza con denunciar a la agencia si no cumplimos con no sé qué exigencias.

—A saber qué se le ha ocurrido ahora a ese idiota. ¿Cuándo vas a decírselo a Dakota?

Juro que siento un dolor en el pecho que me asfixia.

—¿Cuándo vas a decírselo, Hyun? —repite Brianna—. No pensarás irte sin más, ¿verdad?

Las lágrimas me ruedan por las mejillas, silenciosas e incontrolables.

—No puedes hacerle eso, Hyun.

—No quiero hacerlo —responde después de lo que me parece una eternidad.

—¿Entonces?

Escucho ruido sobre mi cabeza, en la parte de arriba; una puerta que se cierra y pasos.

«¿Jason está en casa?».

Eso parece, sí.

Me escabullo antes de que me vea aquí en el pasillo, escuchando una conversación ajena y llorando como una pringada.

Salgo de la granja y corro por la carretera como alma que lleva el diablo. Ahogándome por culpa del llanto. Con ese dolor agudo en el pecho. Sin un lugar en concreto al que ir. Y queriendo estar sola.

¿Qué coño acaba de pasar?

Hyun

Brianna me mira sin comprender lo que trato de decirle, pero es la verdad. No quiero irme de aquí sin antes haber hablado con Dakota y ofrecerle que se venga conmigo porque no tengo muy claro que pueda estar sin ella. Ya no. No obstante, no sé cómo hacerlo sin que sienta que deja su vida atrás por mi culpa. Sin que sienta que, si accede a ir a Seattle conmigo, esté haciendo lo mismo que hizo su madre con ella y con su hermano.

«Hablando del rey de Roma...».

Jason entra en la cocina, mirando primero a su esposa y, luego, a mí.

—¿Qué pasa aquí? —indaga.

—Hay una emergencia en Seattle y Hyun tiene que irse en el primer vuelo —explica mi amiga.

—¿Por eso mi hermana acaba de salir corriendo por la puerta?

—¿Qué? —chillo.

Mierda, mierda, mierda. Nos ha escuchado y a saber lo que ahora se estará imaginando. Conociéndola, nada bueno, eso seguro.

—¿No estabais hablando los tres?

Brianna niega con la cabeza y él suelta un exabrupto, clavándome una mirada feroz que me acojona un poco.

—¿En serio, Hyun? —escupe mi nombre al final con rabia.

«Para una vez que lo dice bien... y tiene que ser así».

Maldita sea mi estampa.

—¿Hablabas de marcharte sin decirle nada a mi hermana?

Reculo hasta dar con las rodillas en el banco de la pared.

—No, no era eso. Yo... Yo...

—¡Joder, Chun!

Su mujer y yo pegamos un brinco, asustados por el estallido de esa voz que, por norma general, suele ser bastante moderada.

El portazo que da al salir de casa hace temblar los putos cimientos.

—Más te vale encontrarla a ti primero antes de que lo haga él, Hyun. Y, por el amor de Dios, habla con ella y aclarad las cosas. No tienes ni...

No espero a que termine de hablar.

Encontrar a Dakota y hablar con ella es mi prioridad.

¿Cómo he podido ser tan idiota?

¿Cómo?

38

Hyun

Una vez fuera me pregunto cuál será ese lugar al que Dakota suele ir cuando necesita estar sola; por norma general, se encierra en su habitación, pero teniendo en cuenta que su hermano la ha visto salir de casa, pues... Saco el teléfono del bolsillo y busco su nombre en los contactos, apretando la tecla de llamada con desesperación al encontrarlo; espóiler: no responde nadie; es más, está apagado o fuera de cobertura.

Resoplo.

A lo lejos, en la parte derecha, cerca de los nuevos invernaderos, veo al granjero entrando en el cobertizo de las herramientas; también escucho cómo, de tanto en tanto, la nombra a voces.

Rodeo la casa, yendo en la dirección contraria.

—¡Dakota! —grito imitando a su hermano.

No responde, claro.

Miro en todas partes que se me ocurren. Yo no conozco este lugar como la palma de mi mano. No sé si existe un escondite de cuando era pequeña o un árbol frondoso al que pueda encaramarse.

«Estamos en invierno».

¿Y?

«¿Ves algún árbol frondoso por aquí, tío listo?».

Me gruño a mí mismo por las cosas que se me ocurren. La nieve cubre las ramas de los árboles y sería imposible subirse a uno de ellos; además, si ese fuera el caso, verla sería muy fácil desde cualquier punto de la granja.

Brianna también se suma a la búsqueda, pero ninguno la encontramos.

—¿Nada? —exclama Jason al coincidir los tres en el gallinero.

Niego con la cabeza.

—Tiene que haber salido de la granja —dice Bri, uniéndose a la conversación.

—¿Estará con Colette o Archer? —se me ocurre de repente.

¿Cómo no había pensado antes en ello?

—No, ya los he llamado y no están en casa. Han ido a Salem a no sé qué rollo del mercado tradicional de invierno.

Brianna y yo le miramos.

—¿Existe un lugar al que haya podido ir y nosotros no sepamos? —pregunta ella.

—De pequeña, siempre que pasaba algo, se escondía en la despensa de la cocina y, aunque la abuela y yo sabíamos que estaba allí, le dejábamos su espacio. Siempre le costó un poco gestionar las cosas y las rumiaba en soledad hasta que se le pasaba.

—Entonces, ¿deberíamos dejar de buscarla? —inquieta mi amiga.

—Yo no pienso hacerlo. Miraré debajo de cada piedra si es necesario hasta dar con ella —zanjo cualquier otra respuesta.

Ellos que hagan lo que les dé la gana. Dakota se ha ido así por mi culpa y no me quedará de brazos cruzados.

Giro sobre los talones y los dejo allí, mirándome la espalda.

Entro en casa, me pongo el anorak y los guantes y me largo de la granja con decisión, aunque, una vez en la carretera, no tengo muy claro qué dirección debería de tomar; ¿derecha o izquierda? La duda me paraliza por un segundo y, por inercia o a saber, elijo la derecha.

Camino un kilómetro y medio, dejando la granja de los vecinos atrás, e internándome en el bosque al llegar a la primera bifurcación del camino.

«¿Y si ha ido al pueblo?».

¿Cómo iba a ir al pueblo en esas condiciones, animal?

«Es una posibilidad, ¿no?».

Sí que la es, pero algo me dice que no ha ido en esa dirección, sino en la contraria.

El frío me congela la cara.

Y ella ni siquiera llevaba ropa de abrigo, ¿o sí? Hago memoria, esforzándome en visualizarla. ¿Cómo demonios iba vestida?

«Gorro de lana, jersey grueso y esa cazadora forrada con borreguillo que era de su abuela».

Sí, eso es, ahora lo recuerdo.

«No morirá de frío».

Depende del tiempo que permanezca a la intemperie. Con este temporal, yo no me atrevería a asegurar nada. Podría devorarla uno de esos osos negros que pueblan la zona.

«Estamos en invierno y los osos hibernan».

Me pongo los ojos en blanco y asiento, dándole la razón a esa voz que no deja de ponerme en mi sitio cada vez que se me ocurre una gilipollez.

—¡Dakota! —grito una y otra vez.

Miro al frente: nieve, nieve y más nieve; también hay árboles cubiertos de toda esa nieve, igual que el camino. Ni rastro de ella.

—¡Dakota! —pruebo otra vez.

Presto atención a cualquier sonido, pero es que no se oye nada, maldita sea. Tampoco visualizo huellas en el camino. Y las habría si hubiera pasado por aquí, ¿verdad? Sin embargo, me sigo internando más y más en el bosque, gritando su nombre como un loco y rezando por lo bajo para que no le haya pasado nada y pueda encontrarse inconsciente o algo así.

Pierdo la noción del tiempo, centrándome solo en llamarla sin descanso, desgañitándome, y escudriñando cada rincón que se me ocurre. Entonces, llego a una zona en la que me es imposible avanzar más, llena de zarzas inmensas y espesas que cubren el resto del camino.

—Mierda —gruño—. ¿Y ahora qué?

«Ahora das la vuelta y buscas por otro lado».

—Gracias, lumbrera —digo irónico en voz alta apretando los dientes.

Desando los pasos dados y vuelvo a la bifurcación.

Empieza a anochecer y me entra el pánico. Si con la luz del día, a pesar de no ser mucha, no la he encontrado, no lo haré cuando esté oscuro del todo. Y, pensar en ello, el miedo aumenta a pasos agigantados.

«¿Y si ya está en casa?».

Me habrían llamado, ¿no?

Compruebo el móvil, por si lo tuviera en silencio, y lo único que veo, aparte de que hay cero mensajes, es que está al límite de la batería y me quedará incomunicado en cualquier momento.

—¡Joder!

Me enfurezco y pateo la nieve. Y menos mal que no hay una piedra debajo, de lo contrario, ya tendría el pie hecho polvo.

«Tienes que volver a la granja».

Lo sé, pero solo de pensar en que ella está aquí fuera en alguna parte, sola, me muero. No obstante, lo hago, vuelvo a la carretera con esa intención y, de pronto, al pasar al lado de la granja de Colette y Archer, se me ocurre que...

Corro en esa dirección y cruzo la portilla, algo destartada. Ya sé que no están en casa, que se han ido a la ciudad y esto es una propiedad privada. Me da igual. Me la suda, vamos. Si existe la más mínima posibilidad de que Dakota esté aquí, ya le pueden ir dando por saco a las consecuencias.

Voy directo a la parte de atrás.

Ya no se ve una mierda.

—¡Dakota! —llamo por millonésima vez hoy.

Me quedo quieto, escuchando.

Un leve ruido, proveniente del establo en el que recuerdo haber estado solo una vez, me hace girar la cabeza a ese lado y caminar en esa dirección, sin pararme a pensar en nada.

—¿Dakota?

Otro ruido más.

Suena como un quejido leve o algo así.

Se me paraliza el corazón.

—¿Dakota? —insisto.

La puerta del establo está entreabierta y, cuando estoy a punto de empujarla para abrirla del todo, un animal sale disparado de allí con algo en la boca.

Pego un brinco.

El pulso a mil por hora.

—Puto gato, el susto que me ha dado —mascullo.

Entro de todos modos, por si acaso, alumbrándome con la linterna del móvil y rogándole a ese cinco por ciento de batería que queda que aguante solo un poco más.

Enfoco dentro de cada cuadra.

—Vaca, vaca, vaca, vaca, vacío, vaca, va... ¡Quietos!

Reculo, enfocando otra vez el hueco.

—Joder.

Sonrío por primera vez en lo que va de día.

Dakota está acurrucada entre un montón de heno y tapada con una vieja manta de lana, durmiendo con placidez.

Trago saliva, recorriendo el cerrojo y pasando al interior de la cuadra. Me acucillo a su lado y le aparto un mechón de pelo de la cara. Parece tan tranquila, tan a gusto... Tiene la respiración acompasada y el cuerpo calentito. Me acurruco a su lado con alivio, tapándome con la misma manta, y envío un mensaje a Brianna:

Yo: «La he encontrado. Está bien. Sana y salva».

Pocos segundos después, la pantalla del teléfono se queda a oscuras. Y yo, poco a poco, ahora que ya la tengo a mi lado, me voy relajando y quedándome dormido.

«¡Putos mugidos que no me dejan...!».

Abro los ojos de golpe, encontrándome con los de Dakota. Entrecerrados. Escudriñándome.

Fuera ya está amaneciendo.

—¿Qué haces aquí? —espeta.

Sonrío.

Hasta cabreada está preciosa.

—¿Por qué sonríes?

Su voz es más fría que uno de esos témpanos que hay por ahí.

Carraspeo.

—Sonrío porque siempre es un placer ver tu cara al despertar, Dakota Morgan.

—Vete a la mierda, imbécil.

Intenta levantarse, pero lo impido cogiéndola de la muñeca.

—No vas a ir a ninguna parte, así que ven aquí.

Tiro con fuerza, me cae sobre el pecho y nos cubro otra vez con la manta.

—¿No tendrías que estar de camino a Seattle? —interroga, mordaz.

Suspiro.

—No iba a marcharme sin más, Dakota.

—No fue eso lo que escuché ayer.

—Siento que lo que escucharas ayer te hiciera creer eso, pero te juro que no era mi intención. Tenía miedo, ¿vale? De hecho, para ser sincero, lo tengo ahora mismo, y no puedes culparme por ello.

—¿Miedo?

—Sí, maldita sea, estoy acojonado.

—¿Por qué?

—Porque hay una urgencia en Seattle que requiere mi presencia allí y no quiero irme sin ti.

—Hyun...

—No, no y no. Me niego a escuchar eso de que tú no vas a hacer lo mismo que tu madre os hizo a ti y a Jason y marcharte detrás de un hombre. Tú no eres ella. Y yo te quiero con toda el alma, Dakota. Por favor, por favor, por favor —imploro—, ven conmigo a Seattle y hazme el hombre más feliz del mundo.

—Vale.

—No puedes seguir comparándote a... ¿Has... dicho vale? —Me tiembla la voz, sorprendido.

—Sí, eso he dicho.

—¿Así sin más? ¿Sin replicar ni nada?

Alza los hombros.

—Te quiero y, ante eso, no hay replica que valga. Además, tienes razón, no soy como mi madre. Esa mujer nunca me llegaría a la suela de los zapatos.

El corazón se me desboca.

—¿Lo dices en serio?

Asiente.

—Pero pídemelo en condiciones, Hyun Dune.

Trago saliva emocionado, sentándonos y mirándola a los ojos, antes de pronunciar:

—Dakota Morgan, ¿quieres venir a vivir conmigo a Seattle? Prometo hacerte feliz el resto de tu vida.

Su sonrisa es contagiosa.

—¡Sí, quiero!

Y la beso.

La beso hasta desfallecer.

«¿De verdad ha sido tan fácil?».

Lo es cuando hay amor del bueno.

EPÍLOGO

Dakota

Unos meses después...

No me puedo creer que ya sea hoy la inauguración del proyecto de Jason; ahora, todo este tiempo después, y tras los difíciles momentos del principio, confieso que dudé en si alguna vez la granja ecológica vería la luz; todo parecía estar en contra y, afortunadamente, nada fue lo que parecía. Cada vez que pienso en cómo me creí todo el cuento que Colette inventó..., uf. En este momento, me río de mí misma, pero, por aquel entonces, me lo creí todo a pies juntillas y, aunque no lo demostrara, empezaba a ver imposible que se llevara a cabo el gran sueño de mi hermano. Gracias a Dios, no fue así, y hoy podemos celebrar esta gran fiesta por todo lo alto.

Sonríó mirándome al espejo.

Me he puesto un sencillo vestido del color de la esperanza, esa que dicen que nunca se pierde por muy difíciles que se pongan las cosas. Con nosotros, Jason, Brianna, Hyun y una servidora, ha sido así. Por eso hoy estamos donde estamos.

Me aliso una arruga inexistente del vestido.

Hyun y yo llegamos anoche en el último vuelo. Las cosas por Seattle van genial, aunque me costó muchísimo acostumbrarme a vivir en la gran ciudad sin tener que entrar en un cobertizo a diario. No niego que las primeras semanas eché de menos la vida en el campo; sin embargo, tampoco diría que me gustaría volver a aquella rutina; lo haría si hiciera falta, por supuesto que sí, pero mi hermano y mi cuñada tenían razón cuando aseguraron que mi sitio no era este y sí el lugar en el que estoy desde hace unos meses. De hecho, fueron ellos los que propusieron que quien debía de protagonizar la campaña de publicidad del proyecto, la que mejor encajaba en el asunto, por la experiencia con la tierra y el ganado, era yo. Una locura tratándose de mí, sí, yo también lo creí así y pensé que me tomaban el pelo, pero, no, no estaban de guasa y, al final, entre los tres me convencieron para firmar un contrato con la agencia de publicidad y ponerme en manos de todo el equipo. Y, para mi asombro, la locura salió bien.

—¿Qué pasa por esa cabecita? —pregunta Hyun, mirándome desde la puerta.

—Pensaba en todo lo acontecido en este tiempo, ya sabes, mi marcha de aquí, la campaña de publicidad, nosotros...

Enarca una ceja.

—¿Arrepentida?

—Para nada, y lo sabes. La vida contigo en Seattle es perfecta, no cambiaría ni una coma de esta historia.

—¿Entonces?

—Solo pensaba en ello, nada más.

Se acerca con ese andar tan suyo, rodeándome la cintura con los brazos y apoyándose la barbilla en el hombro para mirarme a través del espejo en el que nos reflejamos.

—¿Echas de menos todo esto?

—Un poco, no lo niego. Mi vida aquí fue feliz, pero lo es más estando contigo.

—¿En Seattle?

—El lugar es lo de menos, Hyun.

Me gira entre sus brazos, mirándome a los ojos.

—El sentimiento es mutuo, Dakota. —Me besa la punta de la nariz—. Y, si quieres, podemos venir más a menudo.

—Venimos todos los meses.

—Sí, pero solo un fin de semana, a lo sumo, cuatro días.

—Está bien así. Ellos necesitan su espacio y nosotros el nuestro. Y yo estoy bien, ya te lo dije, solo me siento un poco nostálgica.

Me acaricia la mejilla.

—Eres preciosa, y yo muy afortunado de tenerte.

Se me acelera el pulso, como siempre que me mira con esa intensidad.

—El sentimiento es mutuo —repito sus mismas palabras de unos minutos antes.

Me besa, dulce y tierno; no obstante, no puedo evitar profundizar el beso, convirtiéndolo en hambriento y algo desesperado. Saciarme de él es una tarea que no pienso realizar... nunca.

—Dakota, no podemos —protesta jadeando.

—Uno rápido, para quitarnos el estrés y eso. Prometo ser silenciosa y no se enterarán. Además, están recorriendo juntos la zona de los invernaderos.

Se ríe.

—¿Crees que estamos estresados?

—Pues claro, ¿no lo está todo el mundo?

—Cariño, me gustaría muchísimo montármelo contigo ahora mismo, sabes que no hay nada que me guste más que estar dentro de ti, pero abajo hay un montón de gente, periodistas, invitados y especialistas en agricultura y ganadería ecológica. Además, también acaban de llegar Colette y Archer, por eso subí a buscarte. Así que, como verás, por muchas ganas que nos tengamos, no es el mejor momento.

—¿Y cuándo lo será? —inquiero, melosa.

Finge pensar, sonriendo.

—Creo recordar que me debes un revolcón en cierto cobertizo...

Suelto una carcajada y exclamo:

—Menuda cara tienes. ¿No te pareció bastante lo de aquel día en el pajar de los vecinos, cuando me pediste que me fuera a vivir contigo a Seattle?

Se relame, recordándolo.

—Qué buen revolcón el de esa mañana, ¿eh?

—Uno de los mejores —coincido.

Suspira.

—Imagino que es por eso que quiero repetirlo.

Niego con la cabeza.

—No tienes remedio y no disimulas para nada que estar en la granja te pone una barbaridad.

—Has empezado tú, cielo. Despiertas a la bestia que hay en mí, y...

Me roza la entrepierna con la suya, dura y apetecible a más no poder.

—¡Hyun! —me escandalizo.

—¿A qué pensabas que me refería con lo de despertar a la bestia?

—¡No podemos, tú mismo lo dijiste!

—Lo sé. Ve bajando tú mientras todo esto vuelve a su sitio, ¿vale?

—Luego nos compensaremos —le murmuro al oído.
—¿En el cobertizo del pienso para animales? —insiste.
—Donde tú quieras.
Lo beso una vez y, luego, otra. Y hasta una tercera.
Su cara no tiene precio al alejarme hacia la puerta.
—Cabrona —susurra cuando la cierro detrás de mí.
Hyun es el hombre de mi vida.
Y nunca me arrepentiré de elegirlo por encima de todo lo demás.
Jamás.

Hyun

Me río por no llorar.
Tengo un calentón de tres pares de narices y, aunque trato de pensar en otra cosa para que la zona de abajo se relaje, solo puedo imaginarme con Dakota en plan íntimo y muy carnal.
Dios, voy a matarla por ponerme así.
«No le echas a ella toda la culpa».
¡Anda que no! La muy bruja sabe bien qué tecla tocar.
«Si con soplarle en la oreja ya te pones tonto...».
Es verdad, lo reconozco. Me derrite con una mirada y me tiene disponible con un chasquido de dedos. Qué fácil soy.
Inspiro y espiro.
Podría ir al baño y ponerle remedio en cuestión de un par de minutos, pero no lo haré por muy grande que sea la tentación.
«Piensa en otra cosa».
¿Crees que no lo intento?
«Pues esfuérzate más».
Repaso mentalmente el itinerario de hoy. El discurso de Brianna y el agradecimiento del granjero ante los medios; el cáterin, la música y las flores; las muestras de los productos ecológicos: hortalizas, frutas y carnes. Hemos preparado una bolsa muy mona que se llevarán todos los invitados. Un pastizal si te paras a pensarlo, sí, no obstante, la jefa, mi gran amiga Bri, tiene razón cuando dice que, para ganar, primero hay que invertir. Nunca se le han dado mal estas cosas. Y siempre salimos ganando.
Sonrío al darme cuenta de que la «cosa» ya se ha relajado bastante y ya no tengo la bragueta como una tienda de campaña.
Me yergo delante del espejo.
Cuando la pille en el cobertizo, se va a enterar.
«No empieces, hombre».
Compruebo por última vez que estoy en condiciones y salgo de la habitación preparado para la función.
Dakota está al pie de la escalera con cara de malas pulgas.
«¿Hay pulgas buenas?».
¡Y yo qué sé!

—Dijiste que aquí abajo estaba todo el mundo, incluidos Archer y Colette —se queja.

—Y lo están —aseguro.

Frunce el ceño.

—Pues yo no los veo por ninguna parte.

Le cojo de la mano, llevándola a la entrada y señalando al frente.

—Ahí están, detrás de las puertas.

Se ha cambiado todo el cercado de la granja, por seguridad. Antes era de madera y ahora de metal, por eso no ve el barullo que hay fuera, sin embargo, sí que se escucha.

—¿Lo oyes?

—Pero tú dijiste que...

—Aquí estáis —dice Bri sonriendo de oreja a oreja—, Jason y yo queríamos hacer un brindis con vosotros antes de que empiece la inauguración.

Ambos asentimos.

Se acerca un camarero con la bandeja llena de copas y cogemos una.

El granjero alza la suya y dice, emocionado:

—Por vosotros. Por haber aportado vuestro granito de arena, ayudándome a realizar un sueño. Gracias por formar parte de mi vida. Os quiero.

A su hermana se le llenan los ojos de lágrimas.

Creo que todos estamos muy orgullosos del trabajo realizado y de haber cumplido ese sueño.

—Qué empalagoso, tío —me burlo.

—Que te den, Chun.

Poco después, se abren las puertas y da comienzo el gran evento. Llevamos esperando por este momento algo más de medio año. No nos han puesto las cosas fáciles, y no voy a negar que llegué a pensar que nunca viviría este día, pero aquí estamos, felices a rabiar y con muchas ganas de que dé los resultados esperados.

Miro a la mujer que tiene los dedos entrelazados con los míos. La mujer que no dudó en dejar su vida atrás para unirse a la mía, formando la nuestra. La mujer que es mi mundo y mi vida entera. ¿Se nota que estoy loco por ella? Porque, si no es así, entonces lo estoy haciendo de pena.

—¿Qué pasa? —interroga.

—Que estoy loco por ti, eso es lo que pasa.

—Pues ya somos dos.

—¿Tú también estás loca por ti?

—Qué caraculo eres...

Lo nuestro empezó con un pacto y una advertencia que fui el primero en mandar a la mierda, porque ¿cómo podría no enamorarme de Dakota Morgan? Si hasta un ciego lo vería con total claridad. Qué idiota fui al proponer aquel pacto y pronunciar esas palabras. No podía estar más equivocado.

Como dice mi gran amiga Brianna: «Las reglas están para romperse, Hyun».

Qué sabía mi querida Bri. Cuánta razón.

Dejarse llevar es lo mejor.

Al fin y al cabo, lo que tenga que ser, siempre será.

AGRADECIMIENTOS

GRACIAS, siempre y en primer lugar, a Dios, por su respaldo en esta andadura tan complicada, y su fuerza para seguir adelante.

GRACIAS a mi marido y a mi hija, las dos personas más importantes de mi día a día. El motor que me empuja a seguir adelante. Mi razón de vivir. Mi todo. ¡Hasta el infinito y más allá!

GRACIAS a mi familia, en especial a mis padres, por inculcarme los valores más importantes de la vida: el amor, el respeto y la lealtad. Por serlo todo.

GRACIAS a mis hermanos, mis mosqueteros, por su apoyo incondicional y por quererme como me quieren. ¡Siempre juntos; todos para uno y uno para todos!

GRACIAS a mis chicas: Mari, Sheila, por vuestra implicación en todo lo que propongo, por vuestro entusiasmo, por vuestros mensajes..., por estar ahí siempre. ¡OS QUIERO MUCHÍSIMO!

GRACIAS a Kris Buendía, por esas portadas tan maravillosas que me hace y que dan siempre en el clavo. ¡ERES UNA CRAK!

GRACIAS a Llyc.Correcciones, por su profesionalidad a la hora de corregir el texto y sugerir algún cambio para mejorarlo. ¡EQUIPAZO!

Y por ultimo, sé que siempre me repito bastante en esta punto, pero, es que, aunque no lo creáis, es una de las partes del libro que más me cuesta escribir; no porque no tenga mucho que agradecer, al contrario; no obstante, siempre me da miedo olvidarme de alguien a la hora de nombrarlo, pues, afortunadamente, sois muchas las personas que estáis ahí dándome vuestro apoyo incondicional. ¿Cómo no voy a estaros agradecida? Ya sabéis que sin vosotros esto no tendría ningún sentido; mi trabajo no valdría nada de nada, así que, ¡MILLONES DE GRACIAS! a todos los que seguís ahí desde el inicio de esta, mi aventura, y a todos los que me dais una oportunidad sin conocerme.

Y, por ultimo, recordaros que una valoración de la novela siempre es bien recibida.

¡¡GRACIAS DE CORAZÓN!!

¡¡SE OS QUIERE!!

SOBRE LA AUTORA

Nació en 1977 en Oviedo, Asturias, donde reside desde los catorce años. Hasta esa edad, creció en un pueblo a las afueras de Oviedo, donde ella misma confiesa, vivió una de las etapas más felices de su vida.

Se declara lectora empedernida y amante de la novela romántica, en todos sus subgéneros. Le gusta escribir desde niña, pero no fue hasta el año 2015 que decidió plasmar en un papel las historias que surgían en su cabeza y darles vida, consiguiendo con ello realizar uno de sus sueños al autopublicar su primera novela: «No quería enamorarme y apareciste tú» en junio del mismo año.

Su mayor debilidad, su familia.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

No quería enamorarme y apareciste tú (junio de 2015).

Reeditada en agosto de 2016.

Reina de Corazones (abril de 2016)

Empezar de Cero (junio 2016)

Bienvenida al Club (diciembre 2016)

Un adiós inesperado (septiembre 2017)

Un sueño por cumplir (noviembre 2017)

Aposté por mí (mayo 2018)

Adrien (diciembre 2018)

Arthur (mayo 2019)

Luis (diciembre 2019)

Lo que nunca imaginé (abril 2020)

Quédate conmigo, amor (noviembre 2020)

El cuaderno de Emily (mayo 2021)

Cuando habla el corazón (diciembre 2021)

Para toda la vida (mayo 2022)

¿Polos opuestos? (septiembre 2022)

Voy a besarte (diciembre 2022)

Deja que ocurra (mayo 2023)

Un trato imposible (noviembre 2023)

No me odies (mayo 2024)

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

ÍNDICE

CITA	
SINOPSIS	
PRÓLOGO	
CAPÍTULO 1	
CAPÍTULO 2	
CAPÍTULO 3	
CAPÍTULO 4	
CAPÍTULO 5	
CAPÍTULO 6	
CAPÍTULO 7	
CAPÍTULO 8	
CAPÍTULO 9	
CAPÍTULO 10	
CAPÍTULO 11	
CAPÍTULO 12	
CAPÍTULO 13	
CAPÍTULO 14	
CAPÍTULO 15	
CAPÍTULO 16	
CAPÍTULO 17	
CAPÍTULO 18	
CAPÍTULO 19	
CAPÍTULO 20	
CAPÍTULO 21	
CAPÍTULO 22	
CAPÍTULO 23	
CAPÍTULO 24	
CAPÍTULO 26	
CAPÍTULO 27	
CAPÍTULO 28	
CAPÍTULO 29	
CAPÍTULO 30	
CAPÍTULO 31	
CAPÍTULO 32	
CAPÍTULO 33	
CAPÍTULO 34	
CAPÍTULO 35	
CAPÍTULO 36	
CAPÍTULO 37	
CAPÍTULO 38	
EPÍLOGO	
AGRADECIMIENTOS	
SOBRE LA AUTORA	